

A close-up, high-angle photograph of a woman with dark hair styled in a bun, wearing a red dress. She is looking down, and her face is partially visible. The lighting is warm and soft.

LA ÚLTIMA SIBILA

ISABEL ABENIA



Lectulandia

En Delfos, el centro del mundo griego, donde su oráculo predice el futuro de todos, la pequeña Berenice es llevada a la enigmática vivienda de la sibila para que comience su aprendizaje. En ese fascinante lugar, lejos de su madre, convivirá con otras sacerdotisas e irá adquiriendo conocimientos, pero no solamente de gramática o de la digna filosofía impartida por Plutarco, sino también de otro tipo mucho más profundo, si cabe: la propia Pitia, la gran pitonisa, la entrenará para que logre controlar sus emociones e incremente sus dones adivinatorios, y pueda sobrevivir en un universo femenino lleno de belleza y sabiduría, pero también de oscuras pasiones y envidias.

Pronto se dará cuenta la joven de que, en ese particular escenario, están ocurriendo hechos de difícil explicación que desembocarán en muertes violentas que deberán ser resueltas.

La última Sibila es el retrato de una niña que debe aprender a ser mujer en un ambiente tan atractivo como hostil, y a la vez el reflejo de una época en la que el cristianismo avanzaba implacable frente a la decadencia de la esplendorosa religión de los dioses del Olimpo.

Lectulandia

Isabel Abenia

La última Sibila

ePub r1.0

Karras 01.04.2019

Título original: *La última Sibila*
Isabel Abenia, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Introducción

Primer año

Segundo año

Tercer año

Cuarto año

Quinto año

Sexto año

Séptimo año

Cinco años más tarde

Tres centurias y media después

Términos

Sobre el autor

*A mi madre, a Jesús y a mi familia
y amigos; sin ellos
todo sería mucho más difícil.*

Vayan mis primeras preces, antes que a los demás dioses, a Gaia.

La pitonisa en las Euménides. Orestíada.
ESQUILO. Siglo V a. C.

Ya no era capaz de sentir el aroma perfumado del bosque de laureles de Delfos, solamente el hedor que salía por la grieta sobre la que se situaba el séptimo día de cada mes, sin siquiera conseguir llegar a un trance revelador respirándolo. Deseaba con todas sus fuerzas volver a prever aquello que los demás no podían, apartar la espesa niebla que recientemente confundía sus sentidos y que la obligaba a temer, a detenerse, a dudar sobre si el próximo paso la llevaría a caer por un precipicio infinito. Únicamente quería alejar aquella terrible inseguridad vital que agarrota e impide avanzar al común de los mortales negándoles la clarividencia, el mayor de los dones que había poseído.

Mientras ascendía a trompicones por el largo sendero que llevaba de la ciudad a la cueva Coriciana, la rabia se acumulaba dentro de ella y fue creciendo a cada estadio de distancia que la acercaba a su destino. Avanzaba casi a oscuras, arañándose los tobillos con las plantas y resbalando por la dificultad del camino y por el estado de embriaguez en el que se encontraba.

—¡Maldita Gaia! —rugió a pleno pulmón—. ¡Oh, miserable! ¿Por qué me has abandonado? No eres una madre, sino la más cruel de las madrastras y ahora estás relegada por siempre a un puesto indigno para ti. Tú, que eras la Única, ¡no seas tan estúpida como para dejarte derrotar otra vez!

Buscaba incesantemente a la gran Diosa, pero sabía que Gaia no podía estar en la doble cima del nevado Parnaso como los dioses aéreos, ni sumergida bajo las oscuras aguas del puerto de Cirra al igual que las deidades acuáticas, ni tampoco en la fuente Castalia poblada por las divinidades de los ríos y corrientes subterráneas y tampoco en un primitivo templo construido por los hombres. Con toda seguridad la encontraría en las entrañas de la Tierra, en las zonas tectónicas, encerrada en sí misma, escondida en esa gruta tan antigua como el mundo y de donde nunca se había movido.

—¡Yo soy tu hija! —volvió a gritar, elevando los ojos al cielo y retando a la luna—, soy la pitia, la gran sibila, la verdadera profetisa.

Bajó la mirada para contemplar Delfos desde la altura, la ciudad bien llamada ombligo del mundo, un lugar mágico situado al norte del golfo de Corinto y escondido tras la corona del alto Parnaso. En las faldas del monte,

numerosas deidades ocupaban sus respectivos santuarios repletos de tesoros, y de noche todos ellos resplandecían, iluminados por unas lámparas que nunca se apagaban. En aquel centro religioso del Universo se hallaba el punto de reunión sagrado entre los humanos y los dioses. Era la polis griega donde se celebraban los mejores festivales musicales, teatrales y deportivos que atraían a gentes de todas las naciones e imperios, donde los poderosos reyes y emperadores iban a hacer sus consultas al famoso oráculo, donde los filósofos acudían para acrecentar todavía más su sabiduría, donde se congregaban los edificios más deslumbrantes, las esculturas y ofrendas más hermosas, donde siempre se habían tomado las decisiones más importantes de la humanidad, y donde ella había sido un personaje egregio.

Llegó a la entrada de la enorme cueva, agotada y aturdida. Justo antes de introducirse en ella, unas extrañas luces en el cielo iluminaron la noche y la mujer se percató de que sus manos estaban manchadas de sangre seca. Su mente confusa no logró recordar por qué y sacudió la cabeza queriendo apartar los terribles pensamientos que no cesaban de atormentarla. Entró en la gruta y encendió una de las lucernas de terracota situadas a un lado de la boca de la caverna para penetrar al máximo en ella, teniendo mucho cuidado para no golpearse con la innumerable cantidad de estalactitas y estalagmitas que se habían formado allí desde tiempos remotos. Del techo rocoso caían gotas de agua como lágrimas derramadas por la Diosa a causa del olvido al que la habían sometido los mortales, y la sacerdotisa recorrió frenéticamente una a una las cuarenta estancias a través de innumerables galerías rocosas para comprobar si Ella estaba en alguna, pero no la halló.

Desesperada por la ausencia, se arrebujó en la capa de piel y se sentó en el frío y húmedo suelo. Quizás allí podría volver a soñar, al igual que los nonatos en el útero de sus madres, y descubrir en el sueño lo que ya no conseguía mediante las emanaciones de los gases subterráneos. Sacó unas cuantas hojas de laurel de la bolsa que llevaba sujeta al cinturón y se introdujo en la boca la cantidad necesaria para alcanzar el estado deseado sin llegar a envenenarse. Tenía que descubrir dónde se escondía Gaia para comunicarse con ella, ya que era imposible que, tal y como algunos maldicientes aseguraban, la diosa Madre, la Magna Mater, la gran Gea, la Triple diosa o la también llamada Cibeles, hubiese muerto.

No tuvo que esperar al sueño para obtener una señal divina. Tras la primera plegaria lanzada a la Diosa sintió un ligero temblor bajo su cuerpo, y después otro más fuerte. Al parecer Tifón, el descendiente de Gaia provocador de catástrofes, había emergido del seno de la Tierra y estaba

comenzando a batir furiosamente sus alas. La mujer comprendió, incluso en su estado de semiinconsciencia, que Delfos estaba sufriendo un terremoto.



PRIMER AÑO:

ENCONTRARÁS A TUS NUEVAS HERMANAS,
A TU NUEVA MADRE Y A TU NUEVA DIOSA



Apolo, que había aprendido de Pan el arte adivinatoria, llegó a Delfos, y como la serpiente Pitón que guardaba el lugar le impedía acercarse a la sima, la mató y se adueñó del oráculo.

Biblioteca. Libro I.
APOLODORO. Siglos I-II d. C.

Delfos, Grecia, finales del año 114 d. C.

Los ojos negros de la niña estaban húmedos y brillantes por un llanto incesante. El día anterior había tenido lugar en el templo de Delfos la representación sagrada de la quema de la cabaña y la partida de Apolo hacia el valle de Tempe; el dios había abandonado la ciudad antes del invierno y no retornaría hasta el séptimo día del mes de *Býsios*, al inicio de las fiestas que anunciaban la primavera. La pequeña todavía no había cumplido los ocho años de vida y, al ser el siete el número mágico, su madre comprendió que el momento había llegado. Además, durante ese tiempo de ausencia del dios no había respuestas oraculares en el templo y Pitia, la gran pitonisa que todo veía, estaría descansada para mejor recibir a su nueva discípula.

—¡Berenice, no quiero que salga de tus labios ni una sola queja más! —gritó la mujer, asiendo del brazo a la niña—. ¿No comprendes que tu futuro cometido es el más honorable al que nadie pueda aspirar? Si las cosas salen bien, serás intermediaria entre el mundo divino y el humano, la conexión entre dioses y hombres.

La chiquilla se apartó un rizo del largo cabello oscuro que se había pegado a su mejilla por efecto de las lágrimas y asintió entre hipos.

—Eres la heredera de la primera sibila, hija mía, así habló el dios —dijo la mujer, acariciando el rostro infantil levemente.

La pequeña pareció serenarse ligeramente por el contacto materno y fue capaz de articular palabras entrecortadas, preguntas que la ayudasen a comprender por qué estaba sucediendo aquello.

—¿Pero quién era esa, madre?

—La de mente profética, la primera sacerdotisa del dios en épocas remotas, la pitonisa del templo de Apolo cuando este no era sino una cabaña construida con ramas de laurel, hace más de mil años.

—¿Y cómo puedo ser heredera de una mujer que vivió hace tanto tiempo?
—preguntó la niña sin comprender.

—Porque posees el poder de los dioses hiperbóreos, Berenice. No fui consciente de cuándo ni de cómo te engendré, mi esposo había muerto meses atrás y ningún hombre visitaba mi lecho, pero cuando mi vientre comenzó a abultarse comprendí que estaba esperando un hijo. No podía acudir al oráculo para que la actual pitia resolviese mis dudas por ser mujer, pero no hizo falta, ella misma vino a mi propia casa una noche, cubierta por un velo y rodeada de sacerdotes.

La pequeña atendía el recuerdo materno con una mirada húmeda de ruego, pidiendo compasión a través de unos ojos semejantes a un par de cielos nocturnos cuajados de estrellas.

—Mucho me impresionó su visita, aquello resultaba inaudito —continuó la mujer sin percatarse de la muda petición de la niña—, ella levantó mi vestido y colocó su mano en mi vientre anunciándome que estaba esperando una hija de la propia Gaia, de la mismísima diosa Tierra. Me aseguró que yo era un mero instrumento, el receptáculo utilizado por la gran Madre Todopoderosa para que tú vieses la luz y llegases a este mundo. También vaticinó que nacerías el séptimo día del mes de *Býsios*, como el dios Apolo, y así fue. Tú eres la elegida, Berenice.

La niña se cubrió el rostro con las manos, horrorizada por aquella responsabilidad que su madre le acababa de revelar. Al parecer tenía una misión sagrada cuyo alcance debería ir descubriendo con el tiempo, porque lo cierto era que en aquel instante apenas intuía su significado.

—¡Hala! —rugió la mujer—; coge de una vez tus cosas y vamos a la morada de Pitia, a partir de ahora vivirás allí y la servirás, ella será tu nueva madre.

—Pero yo no quiero que lo sea —gimió la pequeña—, mi madre eres tú, no puedo ser la hija de una vieja de más de setenta años.

—Ya te he explicado muchas veces que todos los seres vivientes somos hijos de la Madre Tierra y esto debe quedarte muy claro —dijo la mujer con rabia—. Tú no me perteneces a mí ni yo a ti. En el templo de Apolo hay una escultura en forma de ombligo con un cordón umbilical, el *omphalós*, señalándonos que Delfos es el centro del mundo y recordándonos que todos

los seres vivientes provenimos del seno de Gaia. ¿Acaso no comprendiste la inscripción bajo el relieve de bronce de Homero que te mostré hace unos días en la antesala del santuario? Ese divino poeta fue a consultar a la pitonisa hace muchos siglos para preguntarle cuál era su verdadera patria. Las palabras que hay grabadas bajo la imagen fueron la respuesta de aquella sabia pitia: «Feliz y desgraciado, porque has nacido para lo bueno y lo malo, buscas una patria, pero tú no tienes patria, sino matria; la isla de Íos es tu tierra madre, la que te recibirá cuando mueras».

La chiquilla pensó, sin atreverse a declararlo, que no le importaba en absoluto lo que aquella profetisa le hubiese dicho siglos atrás a un viejo poeta desconocido para ella. Sin embargo, para su madre parecía de vital importancia que atendiera sus incomprensibles palabras y, obedientemente, confesó que no había entendido el significado de la enigmática contestación oracular.

—Es muy sencillo, Berenice —explicó la madre con paciencia—, la sibila quiso transmitir a Homero que él había nacido para lo bueno, su poesía, y para lo malo, su ceguera y el sufrimiento que por ella padecía, pero que su única progenitora era la Tierra Madre donde está enterrado y a cuyo seno todos volvemos. Por eso no hay que buscar a los padres carnales ni la propia patria, todos somos hijos de la diosa Gaia y a ella retornamos al morir.

La hermosa niña tragó saliva asintiendo. Todo era demasiado confuso, aunque intuyó perfectamente que no había vuelta atrás y que no lograría permanecer en la casa familiar con sus hermanos por mucho que llorase y gimiese. Cogió el hato que su madre había preparado con sus escasas pertenencias y, tomando la mano materna, traspasó la puerta de un hogar a cuyo interior no volvería jamás.

La pequeña fue llevada a rastras por la empinada Vía Sacra hacia la parte más alta del recinto amurallado, para acabar deteniéndose ante la fachada de una imponente vivienda adosada al templo de Apolo. Tras anunciarse a la sirvienta que había abierto la puerta, madre e hija fueron conducidas a través de un patio con columnata jónica a una habitación tan bella como el interior de un santuario en la que una anciana velada descansaba sobre una silla dorada de brazos curvos. Berenice solamente se atrevió a echar un ligero vistazo a la figura al traspasar el umbral, ya que, siguiendo el consejo de su progenitora, debía permanecer ante la gran sibila sin apartar la mirada del suelo.

—¿Esta es Berenice? —preguntó la anciana con una voz grave y extremadamente hermosa.

—Sí, Pitia —respondió la madre de la chiquilla esbozando una reverencia—, y aquí te la traigo tal y como me ordenaste, en su séptimo año de vida.

—Bien, has hecho un buen trabajo. Ahora puedes irte.

La niña sintió una punzada de terror cuando la mano de su madre se desenredó de la suya, levantó sus ojos hacia ella rogándole en silencio y por última vez que no la dejara en aquel lugar desconocido con una vieja extraña, pero de nuevo el mudo ruego no obtuvo respuesta, y la vio alejarse lentamente y salir de la estancia sin volver la vista atrás.

Berenice notó un dolor desgarrador en su pequeño corazón, una sensación de soledad y abandono indescriptible. Quizás debido al pánico, Berenice olvidó humillar la mirada de nuevo y se enfrentó a la visión de la gran sibila, quien se levantó lentamente del lujoso asiento mostrando una impresionante estatura que hizo temblar a la niña. Por los laterales de un anticuado peplo dorado se entreveían los brazos flácidos de Pitia y unas piernas azuladas por las varices propias de su vida sedentaria. La anciana dio una vuelta alrededor de ella, observándola detenidamente, mientras hacía sonar los incómodos tacones de sus dorados *krepidoi*, inadecuados para llevar en una vivienda y más propios como calzado de una meretriz oriental.

—Voy a tener mucho trabajo —se dijo en voz alta hablando consigo misma—, pero valdrá la pena.

La larga y huesuda mano de la pitia alzó levemente la cabeza de la niña asiéndola por la barbilla y su rostro se acercó a solo un palmo del de ella.

—Deberás aprender rápidamente las normas de esta casa y acatar sin rechistar lo que se te ordene que hagas, ¿has comprendido?

La pequeña asintió aterrorizada observando los rasgos de la mujer que ya vislumbraba claramente a través del fino velo. Al tenerla tan cerca de sí, Berenice ahogó un grito al comprobar que sus facciones eran terribles, ojos glaucos escondidos por una enorme nariz y gruesos labios que colgaban hasta casi alcanzar la prominente barbilla. Además, percibió que emanaba un ligero olor acre, una mezcla de aceite perfumado y hedor de vejez o enfermedad, muy distinto al dulce aroma de su madre. Mecánicamente se llevó la mano a la boca queriendo contener alguna otra reacción que pudiese ser malinterpretada por aquella tétrica anciana, pero la gran pitia se la apartó ordenándole que respondiera en voz alta.

—Sí, he comprendido —murmuró la niña.

—Demasiado aguda —se lamentó Pitia chasqueando la lengua—, pero tu voz cambiará, o bien haremos que cambie. Dentro de unos años no va a reconocerte ni la que te engendró.

Pausadamente volvió a sentarse en su trono y sacó un antiguo brazalete del interior de una caja de marfil, una bella pieza de oro con la forma de una serpiente enroscada.

—Póntelo en el brazo derecho —ordenó—, así todos sabrán de tu nuevo rango.

Berenice se puso la pulsera que, inmediatamente, cayó hacia su mano incapaz de sostenerse en la delgada extremidad infantil.

—Puedes presionar el metal hasta ceñirlo a tu contorno, de momento es demasiado grande para ti.

Pitia quedó en silencio unos instantes durante los que pareció estudiar el interior de la niña hasta que, finalmente y sonriendo, lanzó una enigmática frase con su extraordinaria voz.

—Bienvenida a este gineceo, un Universo femenino donde encontrarás a tus nuevas hermanas, a tu nueva madre y a tu nueva diosa.

A continuación, pronunció un nombre y de inmediato se materializó en la estancia una joven de no más de catorce años, de rostro agraciado y con el largo cabello castaño sujeto por una redecilla milesia, quien parecía que hasta el momento de ser llamada hubiese estado mimetizada con la pared o fuese invisible a los ojos humanos. La pequeña Berenice se relajó ligeramente al comprobar que allí vivía alguien poco mayor que ella, quizás llegasen a ser amigas y compañeras de juegos en aquel lugar.

—Aspasia, Berenice vivirá con nosotras a partir de ahora y tú deberás hacerte cargo de ella —anunció la anciana—. Prepara un nuevo lecho y muéstrale las costumbres de este lugar, pero antes lávala y despiójala bien.

La joven Aspasia empujó suavemente a Berenice para sacarla de la habitación de Pitia y la condujo de nuevo a través del patio interior de la casa hasta una sala de baño. Entraron en la estancia rectangular en cuyo lado de mayor longitud frente a la puerta había una gran tina de piedra, mientras que, en el perpendicular, dos trébedes sobre unas brasas calentaban sendas palanganas de agua humeante.

—Es una pared que irradia calor —informó Aspasia viendo que la niña tocaba el muro termógeno y apartaba asustada la mano—. Quítate la ropa y métete en la bañera.

La niña se despojó de su tosca túnica de lana, se introdujo en el agua cálida que su compañera vertía en el interior de la pila con una jofaina y empezó a frotarse bien con una esponja. Aspasia se arrodilló tras ella para rebuscar entre sus cabellos la posible presencia de parásitos mientras charlaba alegremente.

—Imagino que es la primera vez que has visto un baño privado porque habrás ido únicamente a los públicos, y no sé con qué frecuencia. Como sacerdotisa candidata a la preselección para el puesto de pitia debes mantener tu cuerpo bien limpio a partir de ahora, además de observar las rígidas normas que imperan aquí y que ya irás aprendiendo. En primer lugar, tienes que saber que lo puro no puede ser tocado por lo impuro, así que deberás evitar entrar en contacto con los residuos de los alimentos y con excrementos tanto de personas como de animales. Tú, yo y una sierva concreta seremos las únicas que tocaremos a la gran Pitia directamente, su cuerpo, su comida, sus vestidos y su cabello; ni Clea ni Helena ni Calandra deberían hacerlo, aunque en los últimos tiempos estas reglas se han suavizado mucho.

—¿Quiénes son Clea, Helena y Calandra? —preguntó la pequeña Berenice mientras recibía una friega de vinagre en la cabeza.

—Las otras sacerdotisas que viven aquí —respondió Aspasia—, y junto a nosotras dos, las responsables de que la llama sagrada nunca se extinga en el santuario de Apolo.

—¿Y por qué has dicho que ellas no deberían tocar a Pitia?

—Durante el tiempo en que el dios Apolo abandona Delfos, su templo es ocupado por el alegre Dioniso, señor del vino y de todo lo húmedo, y las tíades, sus sacerdotisas, realizan ceremonias en su honor. Clea es la jefa del colegio délfico dionisiaco e imagino que no desconoces lo que hacen...

—Una vez fui con mi familia a una fiesta de las tíades y solamente las vi correr en competición.

Aspasia lanzó una carcajada y sus chispeantes ojos castaños adquirieron más viveza todavía.

—No me refiero a eso —dijo todavía riendo de buena gana—. Bueno, ya lo sabrás más adelante.

—¿Y por qué está aquí? —preguntó Berenice asombrada—. Nosotras servimos a Apolo.

—Ya sabes, o deberías saber, que el santuario pertenece a ambas deidades; Apolo se encuentra en él nueve meses, pero a principios del invierno lo abandona y es sustituido por Dioniso. Por eso durante este periodo

no hay respuestas oraculares de la pitia, precisamente porque el dios inspirador de profecías no está presente en el templo.

Berenice asintió comprendiendo.

—¿Y las otras dos mujeres que has nombrado? —volvió a preguntar.

—En cuanto a Helena y a Calandra, ya estaban casadas y tenían hijos antes de que fueran reclamadas para servir a Apolo. No entiendo bien el motivo por el cual fueron llamadas, quizás porque son buenas tañendo la cítara y ese tipo de música agrada mucho a Pitia.

Berenice alzó las cejas sorprendida.

—Solamente estaba bromeando —dijo Aspasia sonriendo—, ninguna de las dos sabe tocar instrumentos musicales, ni hacer casi nada en realidad. En tiempos antiguos se escogía a la sibila entre las familias más sensatas, cultas y respetables de Delfos y debía ser virgen, pero esto cambió cuando hace muchos siglos un joven de Tesalia llamado Equécrates se enamoró de la joven y hermosa pitia, la raptó y la violó. Por eso ahora la pitonisa tiene que ser una mujer madura, una vieja que no levante pasiones entre los hombres.

La niña abrió los ojos como platos, espantada.

—La actual pitia quiere establecer de nuevo las normas que regían antiguamente el oráculo, y por eso estamos nosotras aquí, para que nos acostumbremos desde pequeñas a contener los deseos de nuestros cuerpos, centrándonos únicamente en ejercitar nuestras mentes y en adaptarnos a los rigurosos servicios del templo. En realidad, creo que Pitia seleccionó a Helena y a Calandra para que la sucedieran tras su muerte, pero solamente hasta que nosotras alcancemos la edad de cincuenta años.

—¡Pero para eso falta muchísimo tiempo! —exclamó Berenice.

—No sé —reflexionó Aspasia—, nuestro maestro y sumo sacerdote del santuario asegura que para alcanzar la sabiduría no basta una vida, y si queremos llegar a ser pitias deberemos ser no solamente las más puras, sino las más sabias.

—¿Quién es nuestro maestro? —preguntó la niña.

—Tenemos varios, y ninguno es esclavo sino personas libres, pero me refiero concretamente al viejo Plutarco de Queronea, ¿no te suena? Pues es un famoso filósofo y un buen hombre, porque no nos pega ni con férula ni con látigo como el bestia de Orbilio, alias *Plagosus*.

—No sé latín, Aspasia.

—¡Ah, claro! *Plagosus* significa vapuleador.

La niña abrió la boca aterrorizada ante el panorama de que uno de sus maestros fuese a ser un tipo apodado así.

—Bueno, pronto los conocerás. Voy a por una túnica limpia para ti, mientras tanto, sécate bien con este paño.

Berenice hizo lo que Aspasia le había ordenado mientras se preguntaba cómo iba a ser su vida allí a partir de entonces. La suave toalla de algodón egipcio acariciando su menudo cuerpo le provocó una sensación de bienestar capaz de borrar la inmensa preocupación que sentía por su incierto futuro. Su piel despedía olor al aceite perfumado que su compañera había derramado en el agua del baño, un aroma fragante y delicioso que en su casa nunca se habrían podido permitir. Se enrolló en la toalla como una crisálida y se miró en el enorme espejo de metal turbio por el vaho; nunca había visto uno de semejante tamaño ni en el interior de las barberías, solamente esos pequeños de mano y medio rotos con que las mujeres de su barrio conseguían a duras penas acicalarse.

Respiró profundamente comenzando a sentirse más tranquila. Quizás los dioses hubiesen planeado aquello con alguna finalidad concreta y específica, y probablemente su madre tuviese razón al asegurar que lo que ella iba a disfrutar a partir de entonces era algo que el resto de los mortales no podía siquiera soñar.

Berenice, ya vestida con un quitón de buen lino y un sencillo ceñidor, fue conducida por Aspasia al dormitorio del segundo piso. Era la estancia donde pernoctaban únicamente las cinco sacerdotisas preservadoras del fuego sagrado, porque la pitia disponía de su propia estancia para el descanso en la planta baja de la vivienda. Cuando la jovencita estaba mostrando a la niña el lecho que se había dispuesto para ella, su orinal, y la rica arqueta para objetos personales, apareció en la habitación la mujer más hermosa que jamás hubiese visto Berenice en su corta vida. Su cabello rojizo era tan rizado como la espuma del oleaje, sus ojos del azul intenso de un mar fuertemente iluminado por el sol y en sus mejillas parecían bailotear las mismísimas Gracias, por no mencionar sus amplios labios similares a las rosas del regazo de Afrodita.

La recién llegada, sin inmutarse siquiera por la presencia de ambas, se quitó el manto y la fina túnica teñida con carísimo azafrán libio, y al hacerlo un aroma similar al que emanaban las flores de perfume más exquisito llenó la habitación. Completamente desnuda a pesar del frío invernal, se tumbó en una de las camas de la habitación a saborear un trozo de carne que sacó de algún lugar entre las ropas esparcidas por el suelo.

—¿Qué haces aquí, Clea? —preguntó Aspasia frunciendo el ceño—. ¿No deberías estar en el santuario?

—Mi turno ha terminado —graznó la aludida—, que se ocupe otra de echar madera de laurel al fuego. Además, mañana comienzan las fiestas en honor a Dioniso y debo estar descansada.

—¿Has dejado el fuego sagrado sin nadie que lo avive? —se horrorizó Aspasia.

—Los buenos tiempos en que todos los altares de los santuarios griegos debían encenderse con la llama de Delfos han terminado, querida —rio Clea con desinterés—. Ahora Roma gobierna el mundo y Trajano no va a enviar a ningún sacerdote a nuestra ciudad para que prenda una tea y la lleve de vuelta durante miles de estadios hasta un templo romano dedicado a Júpiter Óptimo Máximo. De hecho, lo único que últimamente nos manda el emperador son magistrados que juzgan los límites fronterizos de nuestras tierras sacras y que mangonean nuestros asuntos... como ese tal Avidio Nigrino, a quien no soporto y al que le deseo diariamente el peor de los males.

—¡Eres una inconsciente! El emperador Trajano es un gran admirador de nuestra polis y ha reconfirmado nuestra independencia —exclamó Aspasia con repulsa—. Y, por cierto, ¿qué estás comiendo con tanta voracidad?

—No creo que sea de tu incumbencia, aunque no me importa decirte que es un trozo de carne de cordero seca.

—Sabes que no debemos comer carne de cordero ni de cerdo, y tampoco flatulentas legumbres, ni cebolla, ni alimentos salados.

—Eso será vosotras, no yo.

—Pero... ¡tenemos que permanecer ligeras y no engordar! —exclamó Aspasia recordando cómo las adoctrinaban para que sus cuerpos fuesen apenas una envoltura ágil que no llegase a oprimir la divinidad del alma.

La sacerdotisa dionisiaca lanzó una risotada.

—¿Consideras que estoy mal hecha, amiga mía? —preguntó con sorna poniéndose en pie.

Berenice recorrió con la mirada el magnífico cuerpo de la joven y contuvo la respiración envidiando sus atributos de mujer adulta, altos pechos, estrecha cintura, redondas caderas y muslos firmes.

—Poco durará tu belleza si sigues bebiendo y comiendo de la forma en que lo haces —aseguró Aspasia.

—Tu ausencia de vicios me repugna —dijo Clea con un gesto de menosprecio—. Además, eso no sucederá, me entreno en el gimnasio y salto dándome en el culo con los talones.

—Esa frase es de una comedia de Aristófanes, y tú pareces uno de sus personajes con tal cantidad de colorete que llevas y el triángulo de mirto depilado que, por tu natural desvergüenza, ni siquiera cubres con tu mano como la Afrodita de Cnido. Necesitarías una buena dosis de eléboro para encontrar esa calma que no hallas. Nuestro maestro dice que la discreción y la humildad son el único camino hacia la sabiduría.

La beldad volvió a reír con ganas.

—¡No me digas! —exclamó divertida—. ¡Por el promiscuo Zeus, qué poco conoces a los hombres, querida! Plutarco de Queronea, nuestro gran maestro, filósofo, historiador, autor de multitud de obras literarias y sacerdote principal del templo de Apolo, a la par que buen padre y excelente marido, ese a quien tú tanto admiras por su intachable conducta, creo que sueña día y noche con retozar conmigo sobre la hierba o con ponerme agachada sobre mis extremidades como la escultura de la leona... y yo estaría dispuesta a hacerle el favor y gozar con él si fuese joven, hermoso y alegre como Calixto, y no un melindroso enterrado entre libros que ha vivido tres veces la edad de una corneja. En sus desvaríos de vejstorio servil, me dedicó una obra moral hace un par de años titulada *Isis y Osiris*.

—¡Qué gran honor! —suspiró la pequeña Berenice abriendo los ojos como platos.

—¿Y esta cría quién es? —preguntó Clea, fijándose en ella por primera vez.

—La nueva —informó Aspasia con paciencia—. Pitia nos informó hace unos días de su inminente llegada, ¿te acuerdas?

La hermosa Clea resopló con hastío.

—¡Maldición! —explotó cubriéndose de nuevo con su vestido—. Otro personaje más para la comedia que podría escribirse sobre mi vida aquí. Os dejo, queridas, voy a entrenar para la carrera de las tíades y las ménades, la fiesta de la Oribasia se acerca y no puedo perder el tiempo charlando con vosotras.

—¿Es esta la jefa del colegio délfico dionisiaco de la que me has hablado cuando estábamos en el baño? —preguntó Berenice viendo marchar a Clea.

—Sí —asintió Aspasia—. Y ya te habrás dado cuenta de que puedes confiar en esta ninfa tanto como en un lobo con la boca abierta.

El aula donde se impartían las clases durante los meses de frío era una pequeña habitación orientada al sur. En contraposición a los usos

arquitectónicos griegos, poseía una ventana que no daba al patio interior, sino hacia la calle, por donde penetraba una buena luz matinal que facilitaba los ejercicios de escritura y lectura. Las lecciones comenzaban al amanecer, y las sacerdotisas, y a veces algunos asistentes ocasionales, debían esperar al maestro sentadas en los taburetes y levantarse en cuanto entrase en señal de respeto.

Plutarco hizo su aparición en el aula y todas se pusieron de pie. Era el preceptor un hombre mayor, cano y barbado, como la mayoría de los filósofos, pero si en algo no se mostraba semejante a sus colegas de profesión era en que iba impecablemente vestido, probablemente por su condición sacerdotal. Como siempre que se disponía a impartir unas lecciones, previamente saludó y a continuación fijó sus ojos en la nueva alumna para después dirigirlos hacia Aspasia, instándola con la mirada a que le presentase a la pequeña.

—Ella es Berenice, maestro —dijo Aspasia entendiendo la seña visual.

Plutarco contempló a la niña unos instantes, con vivo interés, antes de decir palabra.

—La considero demasiado joven para que pueda llegar a comprender algo de los conocimientos que os imparto, pero si Pitia considera que ya debe acudir a mis clases, así será. En realidad, al igual que los sellos se imprimen mejor en ceras blandas, las enseñanzas calan más profundamente en las almas de los que aún son niños.

—Tiene la edad idónea para comenzar a estudiar y abandonar el juego, Plutarco, porque, aunque sea tan escuchimizada, ya va a cumplir ocho años —se mofó Clea entre risas, enojando a Berenice.

—El problema es que nosotros no hablamos aquí de los mismos temas que le enseñarían en la escuela primaria, y tampoco sé si ha tenido un pedagogo —se preguntó el maestro mesándose la blanca barba.

—El año pasado mi madre me matriculó en la escuela elemental pública, maestro, pero antes ella me había enseñado las letras y... ya he leído con su ayuda algunas fábulas de Esopo —afirmó la niña con orgullo.

—Eso está bien, tu progenitora merece todos mis respetos por su atinada forma de obrar —dijo Plutarco sonriendo—. Además, la elección de Esopo me parece muy acertada porque has de saber que los antiguos delfios acusaron falsamente al fabulista de robo sacrílego y lo despeñaron desde la roca Hyampeia. Después, concedores de su equívoco, indemnizaron al nieto de su amo como compensación, pero considero personalmente que tal acto no

fue suficiente para pagar tamaño error y que le debemos eterno reconocimiento.

La pequeña negó conocer tal dato sacudiendo la cabeza de abajo arriba, como siempre habían hecho los griegos desde tiempos remotos.

—Por cierto, Clea —saltó una preocupada Helena fijándose en su compañera—, tienes mal aspecto, será por el esfuerzo de esta semana con motivo de los rituales a Dioniso.

—O por la resaca —cloqueó la imprudente Calandra antes de que la aludida pudiera contestar.

—Ese comentario no procede —atajó el filósofo con severidad—, estás rebajando tanto al dios como a Clea. Ella se limita a cumplir con los ritos que agradan a Dioniso, una deidad de gran importancia y antigüedad tanto en toda la Hélade como en Egipto, y aprovecho ahora para contaros que el egipcio dios Osiris, el gran padre de las tierras del Nilo, es idéntico a él, o dicho de otra forma, son casi la misma divinidad, dato que corroboran nuestros poetas de todos los tiempos.

—Permíteme decir, maestro, que no creo que Dioniso pertenezca a la raza de los dioses —afirmó Aspasia enérgicamente—, sino a la de los demonios.

—¿Cómo te atreves? —rugió Clea visiblemente enojada—. ¡Qué sabrás tú, niña estúpida!

Aspasia se encaró con su compañera.

—Dime entonces cómo pudo morir si, como tú dices, hubiese pertenecido a la raza de los inmortales.

—¡Porque resucita cada invierno! —chilló la sacerdotisa dionisiaca, poniéndose en pie—. No tienes ni idea de lo que estamos hablando porque no estás capacitada para conocer de rituales secretos y nunca lo estarás, así que no opines de lo que no sabes.

Aspasia lanzó una mirada furibunda en derredor buscando apoyo a su postura, pero no lo halló de quien más la esperaba. Todo lo contrario.

—¿Quién más adecuadamente que tú, Clea, puede saberlo, cuando eres la jefa de las tíades de Delfos y has sido consagrada por tu padre y por tu madre en los ritos sagrados de Osiris? —preguntó el maestro, mirándola embobado.

La boca y los ojos de Aspasia se abrieron con expresión de incredulidad cuando Plutarco continuó.

—Y si en atención a las demás es necesario aclarar este punto proporcionando testimonios, y dejando a un lado los ritos secretos, os diré que no difiere en absoluto el comportamiento de los venerables sacerdotes egipcios en honor al dios al de los de aquí. Clea se viste con una piel de

ciervo y porta un tirso fálico en el cortejo en honor a Dioniso, al igual que los sacerdotes de Osiris hacen en Egipto, aunque la piel con la que se envuelven ellos suela ser de pantera por ser un animal que abunda en esas tierras. Y el toro o ternero que representa al dios egipcio también está presente en nuestros rituales dionisiacos porque...

—Hay cosas que no es necesario comentar ante este grupo de mojigatas —cortó Clea con expresión de asco.

—Así es, ya sabemos que hay asuntos en los que es mejor callar —dijo Aspasia alzando la voz y retando a todos con la mirada.

—Basta ya, sentaos todas en los taburetes, coged tablillas y estilos y comencemos la clase de una vez —dijo el maestro, carraspeando nervioso—. Bueno, hoy es tu primer día, Berenice, ¿sabes escribir?

La pequeña explicó que lo poco que su madre le había enseñado de escritura se había incrementado durante su año en la escuela, aunque no era un arte que dominara todavía con soltura.

—Bien, eres muy niña, ya mejorarás con el tiempo —aseguró Plutarco—. En primer lugar tienes que saber que es necesario que los hombres sensatos pidan a los dioses todo lo bueno y especialmente el conocimiento de la verdad, la *kátharsis* adivinatoria y medicinal. La deidad a la que todas serviréis, con cualquiera de sus nombres y en sus distintas manifestaciones, posee una excepcional sabiduría, por lo que el conocimiento y el saber deberán ser vuestras únicas metas. No ignoráis que la máxima principal del templo de Apolo en Delfos es «conócete a ti mismo» y de esta forma llegaréis a ser consideradas semejantes a los dioses o deiformes, como diría Homero; o como Platón aseguraba, perteneceréis a los intérpretes o santos démones, aquellos que ocupan un lugar intermedio entre las deidades y los hombres. El sabio Eurípides afirmaba que el hombre hábil en conjeturas es el mejor adivino porque no hay nada cuyo origen no pueda justificarse, ya que los acontecimientos actuales están conectados con los pasados, y los futuros a los presentes. Por ello, el conocimiento de la consecuencia os conducirá a la clarividencia. ¿Lo has entendido, Berenice?

La pequeña asintió poco convencida.

—Mi método para impartir enseñanzas consiste en la alternancia de preguntas y respuestas, como en el propio oráculo. Nada estimula más a los alumnos que saciar su curiosidad sobre algún punto en concreto y el debate razonado entre ellos. Por lo que empezaremos como siempre, ¿de qué queréis hablar hoy?

—Maestro —llamó Helena tímidamente—, desearía conocer el significado de la letra E que hay colgada en medio de las columnas de la pronaos del santuario y que también aparece en nuestras monedas, nunca he sabido por qué está allí.

Helena, al igual que Calandra, era una mujer sencilla, pero entre ellas estribaba la diferencia de que la primera poseía unas ganas inmensas de aprender cuestiones teológicas, mientras que la otra parecía aburrirse tremendamente durante cualquier explicación del maestro, cosa que a veces irritaba profundamente a Plutarco.

—Tu pregunta me parece muy oportuna —respondió el sacerdote con una amplia sonrisa—. Justamente hace unas semanas estaba con mis amigos y mi hermano Lamprias en la estoa de Átalo y surgió un debate sobre diversos aspectos del templo, que por antiguos se nos presentan oscuros a los delfios de hoy en día, y uno de ellos fue exactamente ese, Helena. En primer lugar, debéis saber que esa épsilon lleva allí desde épocas remotas. En principio era de madera, más tarde los atenienses dedicaron una de bronce y por último fue Livia, la mujer de Octavio Augusto, quien ofrendó la actual de oro. Como sabéis, esta letra representa el número cinco, y por ello hay quienes intentan explicar su significado a través de las matemáticas, otros a través de la dialéctica, los expertos en armonía mediante la música, algunos por los sentidos e incluso los hay quienes ven en los tres bastones de la E a las tres Moiras que deciden nuestra muerte. ¿Qué opináis vosotras?

—Que si el número de Apolo es el siete ¿por qué en su templo debe estar representado el cinco o el tres? —se atrevió a preguntar Berenice recordando lo que su madre le había explicado.

—¡Muy bien! —exclamó Plutarco sorprendido y emocionado ante la asombrosa precocidad de la niña—. Ese es el error de muchos. Os diré lo mismo que les respondí a mis amigos recordando lo que el gran Amonio me explicó cuando yo era su joven discípulo en tiempos del emperador romano Nerón. Mi maestro aseguraba que la letra E no simbolizaba ningún número en este caso, sino la primera letra de la salutación que los hombres debían dar a Apolo, *Ei*, «Eres tú», queriendo expresar que él es único y puro, dios principal entre los dioses. Con este saludo reconocemos su naturaleza inmortal e inmutable frente a la gran mutabilidad de todas las cosas y todos los seres, pues sabed que no es posible siquiera bañarse dos veces en el mismo río porque sus aguas varían constantemente.

Aspasia permanecía tan ajena al debate como la desinteresada Calandra, sin embargo, ella reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir. No podía

creer que Plutarco, siendo sacerdote de Apolo y un hombre de moral férrea, equiparase en categoría al dios al que principalmente servía con el borracho Dioniso, señor de la indecencia. La impúdica Clea tenía razón al decir que ella no conocía a los hombres, en el fondo todos eran iguales y no se podía confiar en ninguno. Tenía que hablar con Pitia para aclarar las confusiones a las que su raciocinio se enfrentaba. Con tristeza se percató de que la veneración que siempre había sentido por su maestro se tambaleaba, y deseó que no fuese disolviéndose como el humo que se elevaba de las fogatas de los altares, lenta e irremediabilmente.

La anciana escuchó gravemente las dudas de la jovencita, dándose cuenta de que había llegado el momento de comenzar a contarles la verdad de los arcanos. Aspasia comprendería, pero Berenice era todavía demasiado niña y quizás no alcanzase a entender algunos conceptos. De todas formas debía empezar con aquel magisterio sin demora, la enfermedad avanzaba y ya no le quedaban demasiados años de vida. Dos a lo sumo. Eso no hacía falta que se lo revelase ni el dios ni ningún médico, el tumor crecía y ella había leído los tratados de Hipócrates sobre los *karkinos* en los pechos de las mujeres.

—Trae a Berenice ante mí —ordenó a la jovencita.

La pequeña llegó jadeante ante Pitia, acompañada por Aspasia, y con un miedo incontrolable se preguntó qué querría la anciana de ella.

—Sentaos ambas y escuchadme —dijo mirándolas fijamente y desvelándose por primera vez ante Berenice.

A la niña volvió a intimidarle el rostro de Pitia y esta vez con mayor motivo. Sus facciones eran a la vez atrayentes y repulsivas, y había en ellas un misterio que la pequeña no supo descifrar, aunque razonó acertadamente que parecía que guardara en ella toda la sabiduría del mundo y a la vez toda su tristeza. La anciana tomó aire y comenzó a hablar con su hermosa voz grave que parecía salir del fondo de una caverna.

—Siete días después del séptimo de cada mes, en el cual me entrego a mis vaticinios, podréis disfrutar de mis conocimientos hasta que las Moiras corten el hilo de mi vida con sus detestables tijeras y mi alma sea conducida a los Campos Elíseos o al Tártaro. Ya decía Hesíodo que el día catorce de cada mes, o cuarto de en medio como se decía antaño, es especialmente sagrado, por eso durante esa jornada entera, y mensualmente, os iniciaré en el sacerdocio de la Diosa. Tendréis que memorizar cada una de mis palabras y repetirlas en vuestro interior como una plegaria, sin olvidar ni un solo detalle,

pero nada de lo que aquí se diga debe salir de estas paredes o el castigo que os impondré será terrible.

Las dos jóvenes sacerdotisas asintieron aterrorizadas por la trascendencia del asunto.

—Mi misión es que lleguéis a la Verdad, y a través de esta a la Sabiduría, y por medio de esta última a la Clarividencia; y para ello empezaré hoy mismo, aunque no sea mes sagrado, hablándoos en primer lugar de los orígenes del mundo y la religión. Pues bien, encontraréis muchas leyendas y mitos que explican la Creación, sobre todo con la cantidad de doctrinas que existen hoy en día, pero solo un relato es cierto y es el que voy a contaros.

Pitia tomó aire y se dispuso a narrar a las muchachas lo que ella consideraba fundamento esencial de lo divino, un conocimiento que debía calar para siempre en el alma de ambas sacerdotisas. Su mágica voz, que ella podía modular a su antojo, sonó especialmente grave en aquel momento, como si retumbase dentro de una máscara teatral y se proyectase hacia el exterior con un ligero eco.

—Antes del origen del mundo solamente había caos y oscuridad, hasta que de la nada surgió la gran Diosa. Únicamente existía Ella, la todopoderosa Gaia, pero a pesar de su omnipotencia no se encontraba a gusto en aquel vacío porque no podía pasear por un suelo firme ni disfrutar de las maravillas de la naturaleza, así que comenzó a crear todo lo que conocemos. Empezó separando la tierra del agua y del aire, y moldeó los astros y los siete planetas organizando un firmamento encantador con el que se deleitaba a diario, aunque siempre fue la Luna su favorita por ser una hija casi idéntica a ella. Gozaba recorriendo la tierra que había creado y que era su propio reflejo, pero un día pensó que era injusto que otros seres no la disfrutasen y decidió alumbrar a los gigantes de cien manos. Observándolos se sintió bastante orgullosa del resultado, pero cada noche contemplaba el cielo estrellado dándose cuenta de que había sido su más hermosa creación, hasta que en un momento de lujuria decidió unirse a él. A causa de este acoplamiento incestuoso concibió a los titanes y a los cíclopes, y el resultado también le agradó, por lo que dispuso generar más seres vivientes que llenasen su mundo. Un día frotó entre sus manos el viento del norte y de este acto nació la gran serpiente, llamada Pitón o Pitión u Ofión, hija muy querida para ella que la ayudaría con su tremenda fuerza a cuidar sus posesiones en Delfos.

—Sé que nuestro cargo de pitonisas o pitias deriva del nombre de esa serpiente, pero nosotras ahora servimos a un dios masculino, y entonces ¿de

dónde salieron los demás dioses que ahora residen en el Olimpo? —preguntó Aspasia completamente entregada al relato.

—No te adelantes, Aspasia, eso lo explicaré después. Ya os he dicho que hace miles de años no había más dioses que Gaia y sus hijos, ¿comprendéis a lo que me refiero? El antiquísimo poeta Hesíodo nos cuenta que, durante generaciones, las mujeres con astuta mente de zorra gobernaron el mundo mientras los seres masculinos vivían sometidos a ellas acatando sus normas... y aún añade el gran misógino que las mujeres son la maldición de los hombres, como los zánganos para las abejas. ¡Que los dioses lo tengan en lo más profundo del Tártaro! En realidad, cuando los humanos se esparcieron por la Tierra, solamente había sacerdotisas, reinas y juezas, y la sabiduría era potestad única de la mujer. En este matriarcado de los *hellás* imperaba la paz y una constante felicidad porque la violencia varonil estaba controlada por la magia femínea, los hombres nos respetaban y nos temían por ser poseedoras del don de la creación y la clarividencia. En cada asentamiento o poblado, por pequeño que fuese, había un único templo dedicado a la diosa Madre, aunque sus nombres variaran de un lugar a otro pudiéndosela llamar Gaia, Gea, Cibeles, Tierra, la gran Diosa, la Diosa blanca o la diosa Madre. Cada mortal, en su primitivo lenguaje y en sus circunstancias, adoraba a esta deidad en sus formas, Una y Trina, ya que es tres personas a la vez y se le representaba de tres maneras distintas, de joven doncella, de mujer núbil y de anciana.

—Al igual que la Luna en sus tres fases, nueva, media y llena —añadió Aspasia sabiamente.

—Así es —reconoció Pitia—. Pero es ley de vida que los hijos sean crueles con sus madres y se rebelen contra ella, por lo que pronto este mundo idílico, esta edad de oro en la que la Tierra premiaba a los mortales con frutos, miel y animales en abundancia, sin penuria ni necesidad de trabajar, fue cambiando hasta tornarse en la época de negro hierro en la que habitamos actualmente.

—¿Y es aquí en Delfos donde estaba el primitivo santuario de Gaia? —interrumpió Berenice conteniendo el aliento.

—En los tiempos más remotos se la adoraba en la cueva Coriciana, y posteriormente en el mismo lugar donde hoy se levanta el propio templo de Apolo en el cual nosotras servimos..., pero él se lo robó.

—¿Cómo es posible todo esto? Yo pensaba que Zeus, a quien llamamos padre y señor de todas las cosas, y Apolo eran los dioses más importantes y los primigenios —dijo Aspasia boquiabierta—. Pero entonces ¿de dónde surgieron ellos y el resto de las deidades de nuestro *pantheón*?

—Todo proviene de Ella, la gran Madre creadora es alfa y omega. El antiguo dios Urano era el cielo estrellado del que antes os he hablado, tanto hijo como esposo de la Diosa, y ya os he mentado que con él tuvo descendencia, diez hijos en total, tres cíclopes y siete titanes. Los cíclopes eran muy rebeldes y Urano los desterró al inframundo, pero Gaia se enojó por la decisión y mandó a los titanes que atacasen a su padre encabezados por el más joven y audaz de los siete, Crono, quien decidió castrar a Urano con una hoz y arrojar sus genitales al mar.

La pequeña Berenice abrió los ojos al máximo antes de resoplar, a continuación apoyó la barbilla sobre las manos cruzadas para adelantar el rostro hacia Pitia y concentrarse todavía más en lo que ella consideraba apenas un cuento, como los que su madre le contaba algunas veces para entretenerla.

—Y entonces... ¿qué sucedió? —preguntó con un hilo de voz.

—Que la sangre de la herida cayó sobre la Tierra y la Diosa parió a las tres Erinias o Furias, que en realidad son diversas manifestaciones de ella misma. Por otra parte el parricidio hizo sentirse poderoso al retorcido Crono y, tomando por esposa a su hermana, la titánide Rea, se proclamó nuevo amo del mundo. La diosa Madre castigó a Crono por ello, profetizándole que si tenía hijos acabaría también destronado por uno de ellos, al igual que él había hecho con Urano, por eso el titán decidió devorar a toda su descendencia nada más nacer. Su esposa estaba furiosa y cuando nació su tercer hijo varón, a quien llamó Zeus, lo entregó a la diosa Madre para que lo escondiera, dándole a Crono en lugar del niño una piedra envuelta en pañales para que se la tragara. El pequeño Zeus fue llevado a Creta y, en una cuna dorada en lo alto de un árbol para que su padre no lo encontrase ni en la tierra ni en el aire ni en el mar, fue creciendo amamantado por la ninfa-cabra Amaltea. Cuando el dios alcanzó la edad viril, pidió a su madre que lo nombrase copero de su padre para vengarse de él, y Rea así lo hizo. Un día Crono ingirió la bebida ponzoñosa que Zeus había preparado, vomitó la piedra y seguidamente a todos los hijos que se había ido tragando. Entonces estalló una gran guerra entre Crono y su descendencia, y la Madre Tierra de nuevo profetizó que, si su nieto Zeus rescataba a los cíclopes del inframundo y contaba con ellos para ayudarlo, saldría vencedor. No dudó de ello el joven dios y bajó inmediatamente al Tártaro con sus dos hermanos mayores para liberar a los cíclopes, quienes, agradecidos, dieron tres regalos a los titanes: un yelmo que convertía en invisible a quien lo llevara, un tridente y un fulminante rayo.

—¡Qué regalos tan bonitos! —exclamó Berenice—. A veces me encantaría ser invisible para poder espiar a quien me apeteciese... o para ir a sitios prohibidos.

Pitia sonrió levemente ante las infantiles digresiones de la niña sin importarle que se quedara con lo superfluo. Con el tiempo se iría dando cuenta del verdadero sentido del mito, y si no era así, ella se preocuparía de reiterárselo para que lo fuese intuyendo.

—Bueno, pues una vez en posesión de estos objetos, los tres hermanos idearon un plan, Hades iría a la vivienda de Crono portando el yelmo de la invisibilidad para despojar a su padre de las armas que tuviese; una vez desarmado, Poseidón amenazaría a Crono con el tridente y, finalmente, Zeus le derribaría con el rayo. Con esta estrategia vencieron a su padre, y luego ya sabéis, de la unión de los dioses entre sí o de estos con los mortales, surgió la multitud de deidades que tenemos en la actualidad, algunas más importantes que otras y, en ciertos casos, simples démones.

—Yo ya imaginaba que Dioniso era un demon —susurró Aspasia en una especie de éxtasis—, y al parecer también Apolo podría serlo... y todos los demás. Solamente hay una Diosa única y omnipotente a la que el mundo ha ido relegando, y por ello pagaremos. Nuestro maestro quiere confundirnos.

La pitia observó detenidamente a la radical Aspasia con sus ojos glaucos y esbozó una leve sonrisa de satisfacción. Aquellas pequeñas comenzaban a comprender lo que ella deseaba transmitirles y que pocas mujeres adultas llegaban siquiera a vislumbrar. Una nueva época dorada del oráculo estaba asegurada a través de Aspasia y Berenice, la vuelta a la pureza primitiva. Lo había visto claramente en un estado de trance tan intenso como pocas veces había padecido.

—Seréis testigos de muchos nuevos y falsos dioses, los romanos divinizan a sus emperadores y los griegos levantarán estatuas a hombres que no las merezcan, hasta que nuestra religión se olvide y se desprecie como algo legendario o puramente mítico; con ello llegará la desaparición de nuestra cultura y de nuevo el caos. Pero está en vuestra mano cambiar eso, aprovechad tanto las enseñanzas de Plutarco y Orbilio como las mías, todas son igualmente valiosas.

—Pero Pitia —protestó Aspasia—, ¿cómo van a ser de igual valor tus explicaciones que las tuyas? Tú hablas con la verdad mientras que Plutarco nos lleva al error con su palabrerío de filósofo.

—No digas eso, niña, Plutarco es uno de los mejores hombres que he conocido en mi larga vida.

—Pero defendió a Dioniso...

—Naturalmente —dijo Pitia dando la razón a su gran amigo—, Plutarco pertenece a los *hósioi* de nuestro templo, por lo tanto, es sacerdote tanto de Apolo como de Dioniso, ya que en realidad nuestro santuario es de ambas deidades, aunque no tengan la misma importancia. Me parece fundamental que comprendáis la fe antigua, pero también la filosofía y la teología actuales, pequeñas; deberéis dominar la gramática, la retórica, la música y la gimnasia y poseer conocimientos históricos, políticos, matemáticos y geográficos. Toda disciplina os será muy provechosa en el futuro.

—Pitia, por favor, ahora cuéntenos cómo Apolo robó el templo a Gaia aquí, en Delfos —rogó Berenice con sus grandes ojos negros brillando de emoción.

—No hace falta —dijo Pitia tranquilamente—, este año se celebrará el festival de Septerión y el primer día del festejo iréis al teatro conmigo para contemplar la representación del mito.

Las dos niñas palmorearon encantadas.

—Por hoy ya está bien, me siento agotada y sedienta de tanto hablar —rugió Pitia—. Aspasia, tráeme vino de Quíos endulzado con miel, y tú, Berenice, intenta hablar con un tono menos agudo y un volumen más bajo, tu voz me provoca dolor de cabeza.

La pequeña tragó saliva, tendría que esforzarse a base de bien si quería llegar a agradar a Pitia, tanto en sus estudios generales como en el control de sus cuerdas vocales.

Una dura rutina se iba apoderando de la vida de Berenice. La despertaban antes del alba y acudía medio dormida a las clases impartidas por Plutarco, o algún sustituto si este se encontraba ocupado o ausente de Delfos, y tras el almuerzo, asistía a las de Orbilio el Vapuleador, cuyas enseñanzas a menudo le resultaban incomprensibles. Se esforzaba al máximo durante las interminables jornadas de estudio y eso provocaba que muchas veces diese cabezadas a la hora de la cena, cosa que a Pitia no le pasaba desapercibida.

Llevaba ya tres meses en la casa pítica y, aunque no se pudiera decir que los rigores invernales hubiesen terminado porque todavía nevaba, llegó el mes de *Býsios* y con él el festival que conmemoraba el regreso anual de Apolo a Delfos y el final del gobierno de Dioniso en el santuario. El sexto día del mes, Pitia llamó a Berenice ante ella para comunicarle que, coincidiendo con que su cumpleaños iba a ser al día siguiente, al igual que el del dios, le permitiría

acudir por vez primera a contemplar cómo funcionaba el oráculo. La mezcla de emoción y miedo de la pequeña fue tal que no pegó ojo en toda la noche, y mucho antes del frío amanecer ya estaba en pie y preparada para el acontecimiento.

Cuando la débil luz ya auguraba el nuevo día, Pitia se dirigió en procesión con las cinco preservadoras del fuego inmortal y el resto de los sacerdotes de Apolo para purificarse en las aguas de la fuente Castalia. En séquito avanzaron desde la morada sagrada hasta el barranco de las rocas Fedríades, parándose únicamente para reverenciar las estatuas de Gaia y Temis erigidas poco antes de llegar a los manantiales. Al alcanzarlos, Pitia elevó su mirada al cielo, se despojó de la túnica y se introdujo en el agua cristalina y helada que llegaba del río Cefiso. A continuación, y bajo la atenta mirada del cortejo sacerdotal, se elevó ligeramente el velo púrpura que cubría su cara y bebió de la fuente para así purificarse por dentro y por fuera con el líquido sagrado, tras lo que pronunció las frases rituales.

Berenice contemplaba aquello sin perderse un instante, a pesar de la repulsión que sintió al ver el cuerpo viejo y desnudo de Pitia tiritando de frío. Tras la purificación, vistieron a la gran sibila con una túnica nupcial y retornaron hacia el templo por la serpenteante Vía Sacra, cruzándose con la turbamulta que la abarrotaba desde el exvoto de los corintios hasta el santuario y que se apartaba reverencialmente a los lados del camino para dejarles paso. No solamente había consultantes entre los miles de personas que se aglomeraban en Delfos aquella jornada tan señalada, sino todo tipo de comerciantes que iban a sacar una buena tajada de aquel día fasto: prestamistas usureros, vendedores de cabras, cresmólogos, charlatanes de feria que se interesarían por las consultas de aquellos que no pudiesen ser atendidos por la pitia, y rateros concentrados en sisar las bolsas de los más ingenuos. Entre toda aquella algarabía se encontraba una emocionada madre que observaba a la pequeña Berenice sin que esta se percatase siquiera de su presencia.

La procesión llegó a la terraza del templo de Apolo, deteniéndose ante la gigantesca estatua del dios sita al lado de la no menor esfinge de Naxos elevada sobre una alta columna. A continuación, la comitiva penetró en la pronaos del santuario, traspasó la puerta de marfil que llevaba al *mégaron*, y únicamente los sacerdotes y sacerdotisas avanzaron por el interior de sus tres naves plagadas de altares y ofrendas hasta la cella. Allí, en la parte posterior del templo, se encontraba el cubículo semisubterráneo con el trípode en el que Pitia debía sentarse para aspirar los vapores de la grieta del suelo, el *ádyton*.

En la sala de espera contigua aguardaban los nerviosos consultantes previamente purificados tras haber realizado sacrificios privados de algún animal. Eran gentes de todos los lugares del mundo mediterráneo que habían viajado durante semanas o meses para llegar allí, muchos de ellos representantes de ciudades e imperios, pero también personas corrientes que rogaban obtener respuestas a sus dudas. En presencia únicamente de los ministros sacerdotales, la pitia quemó harina de cebada y laurel en la llama sagrada del ara mientras entonaba una plegaria a todos los dioses.

—Con esta oración honro en primer lugar a Gaia, después a su hija Temis, a continuación, a la titánica Febe, y por último a Apolo, y ruego a este que me conceda el arte profético.

Después descendió majestuosamente al misterioso *ádyton*, el lugar semioculto al que solamente las pitias podían acceder y donde Berenice pudo entrever atónita que en él se encontraba no solo la escultura del ónfalo u ombligo del mundo, supuesta tumba de Dioniso, sino también una estatua de Apolo, su lira y sus armas. Sin ayuda alguna, la anciana pitia se subió a un trípode de bronce situado sobre una hendidura, una grieta por donde emanaban extraños vapores.

Berenice volvió la cabeza para tampoco perderse lo que hacían los sacerdotes, y vio cómo entre varios sujetaban a una cabra blanca y sin defecto alguno a la que rociaron con agua fría.

—Ha temblado desde las pezuñas hasta la cabeza —dijo Plutarco ceremoniosamente—, eso indica que Apolo está predispuesto para las consultas.

El maestro y otro sacerdote llamado Flavio Aristótimo, fueron seguidamente a sacrificar al animal en el gran altar dedicado a Hestia, situado en la parte central del templo, a la vista de la multitud que se arremolinaba ante sus puertas. Mientras tanto, Pitia continuaba en lo alto del trípode aspirando los vapores del dios con tranquilidad, mascando a la vez hojas de laurel sagrado y bebiendo pequeños sorbos de agua que llegaba hasta allí a través de un canal subterráneo. Saliendo al exterior, los sacerdotes quemaron las entrañas del animal sobre el altar de Quíos y la columna humeante que se produjo avisó a todo Delfos de que el dios estaba preparado para una nueva jornada oracular.

Por su condición sacerdotal, Berenice pudo situarse en la cella para contemplar, en primera fila y conteniendo el aliento, el estado que iba adquiriendo la anciana en el *ádyton*. Pitia tenía los ojos en blanco y largos hilos de saliva verdosa le escurrían por las comisuras de la boca. La pequeña

nunca había visto una escena semejante, entre terrorífica y hermosa, pues Apolo estaba poseyendo a la mujer a través de la cual iba a emitir sus profecías. Berenice sintió la maravilla de aquella magia en su interior, pero su estado de placidez cesó bruscamente en el momento en que Aspasia la empujó levemente obligándola a retirarse hacia atrás.

—Berenice, no es bueno que aspire tan directamente el *pneúma* del dios —informó con voz casi imperceptible.

A primera hora de la mañana, el sacerdote Nicandro había organizado a los suplicantes clasificándolos según su derecho de audiencia preferente con la ayuda de los diferentes *próxenos*, cónsules que certificarían que el peticionario era ciudadano de una patria determinada. Primero consultarían los propios delfios; en segundo lugar los habitantes de las polis griegas representadas en la Anfictionía; después los del resto de la Hélade, ordenándose según pactos realizados con la ciudad de Delfos a cambio de valiosos regalos; y finalmente los no griegos, comenzando por los romanos. De cualquier forma todos ellos habían entregado previamente el *pélanos*, la ofrenda que en épocas remotas había sido una torta para quemar en el altar, pero que posteriormente se había convertido en una cantidad de monedas cuyo valor ascendía si las preguntas eran oficiales y no personales, a excepción de los embajadores de ciertas ciudades que hubiesen sido previamente generosas con Delfos en exvotos y que por ello no tenían que pagar tasas por la consulta.

Ordenados dentro de la sala, separada de la sede oracular por una celosía, todos los consultantes o *theopropoi*, los que iban a proponer o preguntar al dios, eran conminados a tener pensamientos puros y pronunciar palabras bienintencionadas antes de recibir la profecía.

Cuando finalmente Pitia estuvo dispuesta, comenzó la tanda de cuestiones emitidas con voces trémulas por la tensión.

—¿Voy a obtener la victoria en determinado asunto? —se interesó un embajador dubitativo.

—¿Sería provechoso embarcar o emprender viaje por tal negocio? —preguntaba un tembloroso mercader.

—¿Debería casarme con fulana o con mengana? —proponía un joven aristócrata indeciso.

El sacerdote repetía la pregunta a Pitia o se la traducía con ayuda del *próxenos* si el consultante no hablaba la lengua griega, y la semioculta sibila aspiraba profundamente los vapores de la grieta del *ádyton* tras cada interpelación para pronunciar la respuesta correcta. El neuma ascendente la

envolvía, se filtraba por los agujeros de su nariz, se abría paso impudicamente entre sus labios y penetraba a través de todos los poros de su piel creando un estado de placer y clarividencia absolutos. Ella murmuraba frases inconexas en estado de ebriedad y con el sabor de las hojas de laurel en su boca, mezclando a veces prosa y verso o expresándose de forma tan enigmática que sus respuestas resultaban ininteligibles para la pequeña Berenice.

—¿Por qué no es más clara en sus consejos? —preguntaría después a Aspasia.

—Porque aunque Apolo es dialéctico, también es ambiguo, y habla solamente para aquellos que puedan comprender correctamente —fue la réplica de la joven.

—¿Y qué escribían los sacerdotes mientras tanto?

—Las palabras de Pitia. Ya siglos atrás dijo el filósofo Heráclito que «el oráculo ni revela ni esconde, sino que indica», por eso la contestación sibilina se plasma en un papiro o en una laminilla de estaño, para que el receptor de la respuesta reflexione sobre ella y tome la decisión adecuada.

Pero además de las manifestaciones de Pitia, Plutarco y Nicandro iban apuntando todo lo que el consultante desvelaba a través de las preguntas sobre su patria, su rey o su vida. Cualquier dato que un *theopropoi* revelase se consideraba una valiosa fuente de información para el gobierno delfio, y podía ser utilizada para conocer planes o acciones futuras de autoridades extranjeras.

Cuando el atardecer indicó que Apolo ya se retiraba a descansar, las respuestas oraculares cesaron ante lamentos de aquellos que no habían tenido tiempo de obtenerlas y ante las dudas sobre la decisión entre abandonar Delfos o permanecer en la ciudad hasta el séptimo día del mes siguiente.

Berenice y Aspasia, al ser las únicas que podían tocar directamente el cuerpo de Pitia y con la ayuda de un joven y casto sacerdote llamado Poliano, ayudaron a la extenuada anciana a bajar del trípode y la condujeron casi a rastras hasta la casa donde habitaban, conectada con el templo por una puerta interior. Berenice soportaba el peso de la pitia a duras penas, aun asistida por los otros dos cooperantes, pero sacando fuerzas de flaqueza logró resistir sin desfallecer hasta acostarla en la cama. Tras finalizar tal cometido subió a su dormitorio, se despojó de la túnica y, tumbándose en el lecho, recordó que aquel día había cumplido ocho años de vida. Agarró el edredón y se cubrió con él hasta la cabeza, creando una pequeña oquedad cálida, un refugio en el que solamente habitaba ella. Pero en ese recogimiento con el que a veces se recompensaba, inevitablemente echaba de menos a su madre. Y se rodeaba el

cuerpo con sus propios brazos rememorando la dulzura del abrazo maternal y la sensación de seguridad que este le aportaba. Pero después de esos breves instantes de placer, volvía a ser consciente de su soledad, y terminaba derramando abundantes lágrimas hasta que se dormía.

Las clases vespertinas impartidas por el cejijunto y obeso Orbilio eran un auténtico suplicio. La práctica de la escritura y la lectura a través de complicados textos en aquellos enormes rollos que Berenice no podía ni desplegar con facilidad, constituían una tortura mental acrecentada por la física que sufrían por cualquier error cometido. El vapuleador no osaba golpear con la férula a sus alumnas mayores, así que normalmente se ensañaba con las dos pequeñas, y sobre todo con Berenice.

—El que no recibe azotes no puede ser educado —solía repetir ante las quejas de las niñas—. Y ahora transcribid y memorizad lo que voy a dictaros.

De todos los posibles soportes existentes para la escritura, el gramático gustaba de que sus alumnas usasen trozos de papiro o tablillas blanqueadas y escribiesen sobre ellos con pluma y tinta previamente desmenuzada y diluida por él mismo. No le agradaban en absoluto las pizarras ni las tablillas de cera y consideraba que las incisiones de los estiletes eran a veces demasiado débiles para valorar la caligrafía correctamente.

—¡Borra eso ahora mismo! —gritaba a Berenice a menudo, tendiéndole una pequeña esponja—. Tu escritura se va deteriorando desde la primera frase hasta la última y quiero que todas ellas tengan la misma corrección y simetría. Y ahora lee.

—Con la educación todos somos civilizados.

Orbilio lanzó chispas por los ojos y descargó un vergazo en la espalda de la niña, que aulló de dolor dejando caer la tablilla.

—¿Pero acaso tú hablas así o es que tu padre te engendró estando borracho? —rugió encolerizado el grasiento vapuleador—. La escritura es continua, pero debes distinguir las palabras y leerlas separadas.

Berenice comenzó a llorar amargamente y Aspasia tragó saliva al notar que la atención del maestro había pasado a ella.

—Lee estos párrafos seleccionados del patriarca de las letras, el divino Homero, y hazlo bien a ver si mejora mi humor.

La jovencita se concentró al máximo, tenía que hacer las pausas adecuadas y entonar correctamente u Orbilio volvería a explotar.

—«¡Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida! —declamó Aspasia con un hilo de voz—, pues el rey de hombres, Agamenón, lo ha ultrajado arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngalo tú, pródigo Zeus olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo».

—Bien —dijo secamente Orbilio—. ¿Quién habla en este pasaje?

—La nereida Tetis, madre de Aquiles.

—¿Y quién era el rey de los troyanos?

—Pr... Príamo —respondió Aspasia.

—¿Y su general?

—Héctor.

—¿Y sus consejeros?

—Anténor y...

Aspasia recorrió con la mirada los rostros de sus compañeras en muda petición de ayuda, dándose cuenta de que solamente Clea conocería la respuesta y que, por supuesto, no iba a estar dispuesta a prestarle auxilio. Así que, como única solución, se fue encogiendo gradualmente dispuesta a recibir el inevitable golpe en la espalda, cuando la voz salvadora de Plutarco resonó en el aula.

—Mi profesor en Atenas, Amonio, era más amigo que verdugo —dijo el recién llegado—. No deberías utilizar el castigo físico, Orbilio, solamente alabanzas por los logros y únicamente reproches por las faltas, así conseguirás estimular su predisposición por las cosas buenas y avergonzarlas por las malas.

—A mí no me sermonees con tu sofística —espetó el vapuleador escondiendo su arma tras la espalda.

—Veo por los ojos enrojecidos de Berenice que ella ya ha recibido tu peculiar medicina correctora —dijo Plutarco con frialdad.

—¿Te digo yo acaso cómo debes educar? —preguntó Orbilio agresivamente.

—¡Oh Zeus y dioses todos! —exclamó Plutarco, comenzando a enfadarse—. Dirigi la prestigiosa escuela de Queronea, no lo olvides, y te aseguro que de la forma en la que te comportas no lograrás que tus alumnas lleguen a amar la poesía.

—Yo tengo la obligación de que estas aprendan, cualesquiera que sean los medios para conseguirlo.

—Salid de aquí —ordenó Plutarco a las mujeres—, tengo que hablar a solas con vuestro gramático.

Las cinco mujeres abandonaron el aula, pero no se resistieron a pegar el oído a la puerta para no perderse ni una palabra de la discusión que se avecinaba.

—Parece que te preocupas mucho por el calzado y poco por el pie —dijo severamente Plutarco a Orbilio—, y eso no es inteligente. Debes dominar tu ira y comprender que los golpes son para los esclavos, pero no para las mujeres libres y aún menos para sacerdotisas. Además, el hombre sabio difícilmente se irrita.

—¿Me estás llamando necio, Plutarco? —preguntó el gramático visiblemente irritado.

—Tú mismo te has respondido, Orbilio. Careces de la ejemplar templanza de Sócrates, quien una vez estaba dando clases cuando recibió la patada de un joven muy desvergonzado; indignados, el resto de sus alumnos se proponían perseguir al bribón para darle su merecido, pero el gran filósofo los detuvo argumentando: «¿Acaso también, si un asno me hubiese coceado, habríais considerado digno que yo le hubiese devuelto la coza?».

—¡No estarás ahora tratándome de asno! —gritó el obeso gramático, poniéndose del color de la grana.

—No, amigo mío, pero parece demostrar con tu conducta que eres similar a ellos. He sabido que frecuentas el barrio de los lupanares y por ello ya no distingues a las personas valiosas de las baratas.

—¿Y qué me dices tú? —se defendió el gramático—. A nadie pasa desapercibida tu admiración senil por Clea, por mucho que seas ejemplo de virtud y moral férreas.

—No te equivoques ni me insultes —dijo gravemente Plutarco—, amo la belleza en todas sus formas, no existe nada semejante a su contemplación, y admiro como el que más a las mujeres hermosas e inteligentes; pero la templanza me ha ayudado siempre a controlar mis instintos, aunque no espero que un sapo grasiento como tú lo comprenda.

Orbilio se aproximó a la puerta y las sacerdotisas, habiendo escuchado sus pasos acelerados, cesaron el espionaje y se diseminaron por la casa.

—Prefiero callar lo que he oído de ti —escupió el gramático girando sobre sus talones antes de abandonar el aula.

—¿Qué has oído sobre mí? —gritó Plutarco.

—Parece que, como todo el mundo, tú también tienes un pasado.

—Yo no he correteado nunca detrás de los efebos como otros, Orbilio, ni en prostíbulos ni en palestras. Es más, deploro ese tipo de amor con el que tú te regocijas.

El obeso vapuleador se contoneó grosera y obscenamente, como una alcahueta lasciva más que como un honorable ciudadano y, saliendo del aula, dejó a Plutarco sumido en lejanos recuerdos.

La primavera ya estaba en todo su esplendor en el mes délfico de *Heraios*, pero Berenice y el resto de las mujeres apenas fueron conscientes de su hermosura, pues llevaban una vida rutinaria de encierro, adquisición de sabiduría, oraciones y comidas frugales que solamente se veía alterada el séptimo día de cada mes por el ritual oracular.

Sin embargo, Plutarco se encontraba cansado y nervioso porque aquel año se celebrarían los Juegos Píticos durante el verano, como cada cuatro, y al ser él uno de los organizadores debía supervisar los actos tanto deportivos como culturales de la semana que durarían las fiestas. Tenía que preparar junto al magistrado agonoteta, de quien iba a salir gran parte del dinero de los juegos; no solo las instalaciones, sino además hacer listados de los competidores que habían solicitado asistencia en las diversas pruebas, proveer de residencia a los atletas, músicos, pintores, dramaturgos y sobre todo a las autoridades de cada ciudad participante, adquirir el centenar de animales puros para los sacrificios del primer día y preparar los actos rituales y los banquetes comunales. Y todo aquel trabajo, bajo la atenta inspección del romano Avidio Nigrino, que se dirigía a él llamándole *Mestrius Plutarchus* y le hacía la vida imposible con sus recortes económicos, aunque luego se tratasen como hermanos y existiese entre ellos una buena amistad. Llevaba meses con aquella tarea, pero la fecha se acercaba y hacía muchos días que no había impartido clases a las sacerdotisas, por falta de tiempo cuando estaba en Delfos y por sus constantes desplazamientos a Queronea, así que decidió aprovecharlo al máximo para intentar llegar a todo sin negarse a nada.

—Mi señora —dijo a Pitia formalmente, aunque entre ellos existiese una sincera amistad desde hacía años—, la semana pasada llegó a Delfos un conocido mío para participar en las próximas festividades, ya que es un gran aficionado a la música. Hoy ha concertado una visita guiada por la ciudad para contemplar las maravillas de Delfos y varios amigos vamos a acompañarle, todos reconocidos filósofos de corrientes y escuelas diferentes. Se me ha ocurrido que podría ser interesante para el aprendizaje de las dos pequeñas que viniesen con nosotros, así que pido tu permiso para que Aspasia y Berenice se ausenten esta mañana.

—Yo también considero que será bueno para ellas, Plutarco —afirmó Pitia con una sonrisa de entendimiento y confiando en el buen criterio de su amigo—, puedes llevarlas contigo.

El maestro y las dos niñas anduvieron hasta el monumento dedicado por los espartanos a su victoria en Egospótamos, lugar que los guías habían establecido como inicio del recorrido hasta el templo de Apolo. La zona se encontraba repleta de viajeros curiosos y futuros participantes en los Juegos Píticos, que entraban y salían de tabernas, talleres y tiendas de todo tipo provocando un ruido ensordecedor. Los amigos de Plutarco esperaban ya en las escalinatas y agitaron la mano alegremente al verle. Como después comentarían las dos jóvenes sacerdotisas, eran un puñado de pintorescos viejos barbudos enfundados en raídos capotes y bien provistos de la incesante verborrea que caracterizaba a los filósofos. Tras las saluciones y presentación de las pupilas, se unieron con el resto del grupo de visitantes y emprendieron el trayecto por la Vía Sacra, en el que pronto empezaron a surgir temas de conversación entre ellos por la contemplación de los monumentos del itinerario. Se detuvieron ante las estatuas de los míticos reyes de Argos en el hemiciclo, sin que los guías explicasen gran cosa sobre ninguno de los grupos escultóricos. Uno de los compañeros del maestro llamado Diogeniano se quejó hastiado de la mediocridad de estos en el conocimiento de la historia de Grecia.

—No dicen más que tonterías y, a menudo, confunden los nombres y las fechas —gruñó, y de ahí pasó a hablar del declive general de Delfos en aquellos tiempos, asunto que acabó incluyendo incluso el tema de la degeneración de oráculos, en los que tanto la expresión como la métrica resultaban muchas veces nefastas en comparación con épocas pasadas.

El poeta ateniense Sarapión, algo turbado ante el discurso de su amigo por ser mucho más creyente, espetó a Diogeniano su juicio.

—Eso último no es cierto, las respuestas emanadas de los labios de las pitias provienen siempre del dios, y ya solo por eso pueden calificarse de excelsas composiciones, aunque sean sencillas.

—Pues yo creo que si son respuestas torpes, no pueden estar inspiradas por Apolo —dijo el geómetra Boeto para enojar al pío Sarapión, quien quedó boquiabierto ante tal osadía.

A causa de tales puntos de vista divergentes se enzarzaron en una acalorada discusión bajo la estatua de oro de Atenea, sobre si la deidad contestaba por ella misma o se limitaba únicamente a inspirar visiones para

que después la profetisa se expresase según su talento natural. Lógicamente los guías les hicieron callar por estar molestando al resto de los visitantes.

—Apartémonos hacia la roca que está junto a la sede del Consejo —propuso Plutarco—, donde se dice que se sentaba la primera sibila.

Allí el sacerdote aprovechó para contarles que aquella primitiva pitia había asegurado que ni muerta cesaría su actividad mántica y que, a través de los siglos y convertida en cara visible de la Luna, continuaría con sus profecías. Tras tal introducción, pasó a recordar muchas de las respuestas oraculares que se habían cumplido a rajatabla a lo largo de la historia. Pero Boeto volvió a reír en su incredulidad, aduciendo que las oscuras contestaciones oraculares de las pitias, una vez ocurrido el hecho, no tenían nada de mágico, ya que su contenido podía interpretarse de diversas formas y adaptarse a lo que hubiese sucedido.

—¿Cuál es el motivo que ha llevado a las pitias a dejar de expresarse en verso? —preguntó Aspasia tímidamente a su maestro.

—Una de dos, jovencita —dijo Boeto adelantándose a la posible contestación de Plutarco—, o bien la pitia no se acerca al lugar donde reside lo divino, o bien la inspiración se ha extinguido por completo y su fuerza ha cesado.

Varios visitantes se habían unido al extravagante grupo de discutidores, por lo que los eruditos propusieron ir a sentarse más cómodamente en las amplias gradas meridionales del templo, casualmente situadas frente a la fuente y a la estructura absidial considerada entonces santuario de Gaia, para poder dialogar entre ellos y, con tan abundante público, en mejores condiciones. De todos era sabido que los filósofos se deleitaban sobremanera lanzando peroratas a las multitudes.

—No hay que abandonar la fe ancestral —advirtió Plutarco en voz alta y totalmente imbuido por la visión del pequeño templo de la diosa Madre—. Los hombres de letras también nos expresamos ahora en prosa cuando hace siglos lo hacíamos en verso y no por ello pensamos que la filosofía está abolida. ¿Acaso os parecen más inspirados esos falsos adivinos charlatanes que a veces venden profecías poéticas a esclavos y mujerzuelas en las fiestas? Algunos usan un lenguaje ampuloso y afectado para impresionar a los más necios, llamando a los ríos bebedores de los montes y otras ridiculeces parecidas.

Muchos rieron reconociendo que en aquel momento resultaría grotesca esa forma de expresión tan anticuada e inverosímil; en aquellos tiempos se

hacía obligatorio ser más concreto y preciso tanto en el lenguaje oral como en el escrito.

—Tampoco sería lógico que la pitia respondiese en verso a una pregunta material del tipo de: ¿Debo pedir un crédito? —saltó un espectador.

Ante tal sarcasmo volvieron a estallar en naturales muestras de hilaridad, muchos de ellos sin hacer mención a taparse la boca con el manto, gesto habitual de buenos modales entre los ciudadanos elegantes que consideraban que la carcajada convertía el rostro humano en animalesco, y que el sonido que se emitía en algunas ocasiones podía asimilarse al rebuzno de los jumentos.

—También antes se cuestionaban asuntos más relevantes porque no gozaban los antiguos de tanta paz y unidad como hoy en día —afirmó uno de los presentes—. Antes, cuando en la Hélade no había alianza alguna, se daban incontables luchas civiles, guerras cruentas, migraciones y espantosas enfermedades. Aunque quizás también sean la indecencia e impiedad las que llevan a los hombres a preguntar estupideces al oráculo sobre tesoros escondidos, herencias, préstamos o matrimonios ilegítimos.

—Probablemente, a estas cuestiones no respondan ya los dioses en los diferentes oráculos por considerarlas risibles —reflexionó Diogeniano elevando el tono—, sino los demonios, que como sabéis algunos son buenos y santos mientras que otros son perversos.

Aspasia asintió al razonamiento ante la severa mirada de Plutarco, a quien no le pasó desapercibido el gesto de la jovencita.

—Pero Apolo no permitiría de ningún modo que ningún semidiós usurpase su puesto en el templo —se quejó Sarapión—, no le encuentro la lógica.

—Así es —dijo Plutarco, mirando de reojo a Aspasia—, la respuesta proviene del dios en todo momento y no es cierto que antiguamente las profetisas se expresasen siempre en verso, sino también en prosa, ya que por mi calidad de sacerdote tengo acceso a los libros que contienen la totalidad de las contestaciones del oráculo. Pues bien, habéis de saber que la respuesta pítica dada a los lacedemonios hace más de quinientos años a su pregunta sobre la guerra con los atenienses fue «Victoria y triunfo», por citar un solo ejemplo no poético de respuesta de los cientos que os podría enumerar.

—Haces bien en recordárnoslo —afirmó Sarapión—. Además, estamos ante estas dos pobres niñas que tienes a tu cargo y que utilizan la juventud de sus cuerpos, de un modo impropio de personas libres y en contra de la naturaleza femenina, con un fin determinado; no creo que vuestras dudas

sobre la fiabilidad del oráculo les reporten ningún bien, dado que ellas serán las futuras pitias.

Todos los allí reunidos miraron a Berenice y a Aspasia con respeto; la primera parecía aturdida al no haber comprendido gran parte de la discusión y la segunda dubitativa por haber comprendido demasiado.

—Así es, Sarapión. Bien, amigos —se despidió el viejo sacerdote de Apolo mirando la sombra del reloj de sol—, voy a llevarlas de vuelta a la morada sagrada, mañana continuaremos nuestras conversaciones a solas.

Plutarco y las dos sacerdotisas se introdujeron por el templo para acceder al *oikos* pítico a través de la puerta que comunicaba ambos edificios.

—Espero que esta disertación filosófica os haya sido provechosa —les dijo el maestro mirándolas con interés.

Berenice no respondió; a ella le había parecido una aburrida charla de adultos sobre conceptos que todavía no entendía demasiado, sin embargo, Aspasia continuaba pensativa y concentrada, recordando algunas de las frases mencionadas en aquel debate tan esclarecedor.

—Muy provechosa, maestro —respondió la joven al notar la leve presión en el brazo ejercida por el sacerdote para que contestara.

—Entonces espero que algún día me cuentes tus conclusiones sobre la misma, Aspasia —murmuró Plutarco, preguntándose si había hecho bien llevándose a las dos sacerdotisas consigo.

Aquel mes de *Heraios* del calendario delfico resultó asfixiante y pestilente y el día del inicio del festival de Septerión fue uno de los más calurosos que se recordaban. Como ese año coincidían los Juegos Píticos con las consecutivas festividades de Septerion, Heroida y Carila, Delfos continuaba saturada de viajeros, atletas, músicos y poetas, ya que dos estaciones atrás los embajadores habían anunciado por todos los confines del Mediterráneo la celebración de las fiestas. La ceremonia matutina de apertura, el desfile, la hecatombe consistente en el sacrificio de cien bueyes y las procesiones fueron multitudinarias. Por la tarde, tanto los delfios como los visitantes extranjeros se apresuraron hacia el fastuoso teatro, situado intramuros al noroeste del recinto del santuario, para ver la primera representación que iba a tener lugar en él. La construcción del recinto teatral había tenido lugar seis siglos atrás, pero se embellecía constantemente con mármoles y ofrendas de las diferentes naciones agradecidas al dios por sus profecías, destacando entre todas ellas la colosal estatua de Dioniso regalada por los cnidios. Aunque en aquella

ocasión, lo que más llamó la atención entre los asistentes fueron los bellísimos bajorrelieves que mostraban los trabajos de Heracles con los que recientemente se había adornado el proscenio.

No había ni un asiento libre en el graderío semicircular de treinta y cinco filas y con capacidad para cinco mil espectadores que se extendía por la ladera del Parnaso y, como siempre, se habían producido serios altercados por conseguir los tejuelos de entrada. La totalidad de los sacerdotes y sacerdotisas de los diversos templos de Delfos poseían la anhelada *prohedría*, el derecho a una zona reservada de destacada visibilidad y cercanía a la escena, al igual que los representantes de otros estados, los magistrados del consejo de gobierno, los miembros de la Anficiónía y otros insignes personajes como la riquísima Memmia Lupa, una gran benefactora del santuario que había recibido a cambio de sus contribuciones la reserva vitalicia de diez asientos preferentes inscritos con su nombre, así como una estatua en su honor. Pitia y las cinco sacerdotisas mantenedoras del fuego sagrado se hallaban en los mejores puestos de la primera fila central, todas ellas erguidas y hieráticas mostrando un magnífico porte, a excepción de Berenice.

La niña se mordía las uñas nerviosa, tanto por ser su primera asistencia a tal espectáculo como por la posibilidad de ver a su madre y hermanos entre el público. De encontrarse su familia en el teatro estarían en las últimas filas del graderío, dada su baja condición social, por eso giraba constantemente la cabeza hacia atrás, ansiosamente, buscando con avidez el rostro materno y sufriendo enormemente porque a pesar de poseer una vista sagaz no fue capaz de hallarlo. Decepcionada y triste, cesó en su empeño ante la ligera reprimenda de Aspasia echándole en cara un comportamiento tan poco digno para una servidora de Apolo, y sobre todo en un lugar lleno de curiosos que estaban muy pendientes de ellas.

Aquella mañana se representaría, tras el discurso inicial y según la programación, el origen de Delfos como ciudad sagrada y el establecimiento en ella del santuario de Apolo, obra compuesta por un nuevo autor de tragedias muy prometedor llamado Diodoro, favorito en las apuestas como ganador de la corona de laurel y de quien se decía que escribía como los clásicos.

—Hoy tendréis la oportunidad de ver la representación del robo del templo de la Diosa perpetrado por Apolo —dijo Pitia a las dos sacerdotisas más jóvenes—. Atended y no os perdáis nada.

Los espectadores del atiborrado teatro estallaron en aplausos cuando Calixto, el actor de moda cuyo atinado nombre significaba «el bellísimo»,

apareció triunfalmente en escena. El magistrado que había organizado el espectáculo sonrió satisfecho al comprobar que el público contemplaba boquiabierto la entrada del joven ataviado como Apolo conduciendo un carro, tal y como se representaba al dios en la fachada oriental del templo. Vestía una corta túnica blanca bordada con esvásticas dextrógiras que se ceñía a su cuerpo perfectamente esculpido y rasurado, y cuya esbeltez se hacía más impresionante gracias a los altos coturnos que calzaba. Clea lanzó un suspiro y todo su cuerpo tembló de emoción, al igual que el de muchas de las espectadoras del evento. El *archimimo* Calixto bajó del vehículo con increíble elasticidad, sacudiendo su melena dorada y alzando el arco plateado que portaba en la mano, para acabar situándose en el centro de la escena y comenzar así su declamación.

—Aquí me propongo construir un templo glorioso que sea oráculo para los hombres que me traigan ofrendas perfectas, tanto los que habitan en el rico Peloponeso como los de Europa y de todas las islas bañadas por las olas —dijo con una potente voz que resonó por todo el auditorio a través de la máscara—. Vendrán a consultarme y yo les entregaré un consejo que no puede fallar.

Los componentes del coro, desprovistos de disfraz alguno y situados en la zona de la orquesta de espaldas al público, cantaron con voz melodiosa al estilo de otros tiempos mientras bailaban levemente:

—Zeus lanzó dos águilas al cielo desde los extremos del mundo para que se encontrasen en el centro, y estas coincidieron en Delfos, indicando que era el ombligo de la Tierra, el ónfalo que ahora se encuentra en nuestro templo lo demuestra. Con su fuerte arco el señor, hijo de Zeus, mató a una feroz serpiente con escamas de colores, una dragona enorme llamada Pitón que tenía los ojos del color del vino rojo y que yacía bajo los laureles guardando el oráculo de Gaia.

Un par de histriones salieron a escena por el pasillo lateral disfrazados de serpiente, para que Apolo escenificase danzando la muerte del terrible monstruo mientras un músico tocaba un solo de flauta. Los elegantes movimientos rítmicos del joven actor, luchando empapado de sudor por el sofocante calor, provocaron un rugido de admiración, y no solamente de las espectadoras. Hombres y mujeres, sin importar la edad ni la clase social, amaban al deiforme y andrógino Calixto porque sabía mezclar la robustez de Heracles con la delicadeza de Afrodita, pero nadie con más intensidad que la sacerdotisa dionisiaca Clea, quien se removía inquieta sobre la almohadilla de su asiento a cada postura de danza del pantomimo.

—A continuación, Apolo se convirtió en delfín y se fijó en una barca llena de marineros cretenses a la que desvió de su rumbo hasta el puerto de Cirra — volvió a cantar el coro, mientras Calixto imitaba los movimientos de los marinos y del propio dios convertido en criatura acuática—, y les ordenó que construyeran un altar para adorarle en esta tierra, que pasó a llamarse Delfos. Ellos, desesperados al ver el suelo yermo de nuestros campos, le preguntaron cómo iban a poder sobrevivir, y Apolo respondió:

—¡Gracias a la generosidad de los que lleguen a consultar el oráculo, del cual seréis sacerdotes! —gritó el joven, señalando al público con sus brazos abiertos.

Los espectadores rugieron y aplaudieron con fervor.

—El primer templo de nuestro señor estaba hecho con hojas de laurel; el segundo, con plumas de ave y cera de abejas; el tercero fue construido en bronce por Hefesto; el cuarto, de piedra por los héroes, pero se destruyó el año de la quincuagésima octava Olimpiada; y finalmente —explicó el coro rítmicamente—, el que aquí podéis admirar fue fabricado por los hombres. Se impuso la sabiduría frente al caos.

Al escuchar la última frase, Aspasia y Berenice volvieron el rostro hacia Pitia, quien observaba impasible la representación mientras Clea, con las mejillas tan sonrosadas como si se hubiese excedido pintándolas con polvo arrebol, continuaba atendiendo embobada por la belleza de Calixto.

Otros dos histriones, que representaban a la Madre Tierra y a Zeus, aparecieron en escena sobre el tejado del primitivo templo al fondo del decorado, sustentados por una grúa y ataviados con ricos ropajes dorados. La gran Diosa comenzó a quejarse ante Zeus por el asesinato perpetrado en su hija, y este, fingiéndose enfadado, indicó al joven dios Apolo que partiese al valle de Tempe, en Tesalia, para purificarse del crimen. Además, para acabar de expiar su culpa, le ordenó que fundase y presidiese los Juegos Píticos en honor a la memoria de la serpiente Pitón, hija de Gaia, y que recogiese laurel sagrado para coronar a los vencedores de los juegos.

—A su regreso —continuó el coro—, Apolo fue a buscar al dios arcadio Pan, a quien engatusó para que le dotara del arte de la profecía, y una vez conseguido se apoderó del oráculo y de su sacerdotisa, la pitonisa o pitia, poniéndola a su servicio.

A través de una mímica perfecta, Calixto se paseó victorioso por la escena arrancando otro aplauso general del numeroso público rendido a sus encantos. El joven, orgulloso tanto de su técnica interpretativa como de sus rasgos físicos, alzó las manos completamente pagado de sí mismo, y los

espectadores, en plena catarsis, lanzaron sus sombreros al aire, patearon y aullaron enardecidos.

La representación fue todo un éxito y aquella misma noche el hermoso actor celebró un banquete del que se habló en la polis durante toda una semana, rodeándose del cortejo de parásitos que solía acompañarle y de unas cuantas prostitutas. Se rumoreó que los invitados a la fiesta, entre los que se encontraba el vapuleador Orbilio, acabaron con docenas de odres de orujo y vino dulce y que, tras vomitar una y otra vez con cínica indiferencia, volvieron a alzar las copas, a bailar y a revolcarse con heteras y *pórnoi* hasta la madrugada del día siguiente.

—No había visto nada tan ridículo y aburrido como la actuación de Calixto —gruñó Aspasia con desprecio.

—Pues a mí me encantó —dijo Berenice entornando los ojos—. Admiro el arte de actores y bailarines que mediante la mímica y cimbreado como juncos te hacen sentir la historia tal y como el coro la canta, y consiguen que rías o llores según las situaciones que representen.

—¡Cuán diferente de la del emperador Nerón que contemplé siendo joven! —afirmó Pitia resoplando.

—¡Ah! ¿Estuvo Nerón en Delfos? —preguntó Aspasia—. ¿Y qué tal actuó?

—Al menos fue ameno —aseguró la anciana riendo al recordarlo—. El matricida participó en los Juegos Píticos representando a Orestes. ¡Qué irónico!, ¿verdad? Dicen, aunque yo concretamente no vi lo que voy a relataros, que resultó vencedor en la prueba musical porque asesinó a un actor rival cortándole las cuerdas vocales con el filo de una tablilla de marfil, tras lo que fue coronado con laureles de triunfador a pesar de ser totalmente mediocre.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Aspasia—. ¿Y qué más hizo?

—Naturalmente consultó a la pitia de entonces, quien le advirtió que se cuidara del septuagésimo tercer año, oráculo confuso a primera vista, pero que se clarificó posteriormente teniendo en cuenta que esa era la edad que resultó tener Galba cuando se rebeló contra él, nombrándose emperador a continuación. De todas formas, a cambio de la respuesta oracular, Nerón entregó al templo la fabulosa suma de cien mil denarios que, todo sea dicho, luego recuperó Galba, y de paso aprovechó para robarnos quinientas estatuas del santuario que acabaron en su casa de oro, la *domus aurea*. ¡Maldita sea la

hora en la que Grecia cayó en poder de Roma! Desde entonces los romanos saquean nuestra ciudad cuando les conviene.

—Gran Pitia —llamó tímidamente Aspasia—, en la obra que vimos se mostraba claramente a Apolo usurpando el templo de la Diosa, tal y como nos contaste, pero no acabo de comprender cómo Ella pudo permitir tal cosa.

—Es difícil de entender que la historia de la humanidad se explique con leyendas y obras similares que llevan representándose desde hace siglos para la gente sencilla, pero para el desempeño de vuestro futuro cargo yo tengo que contaros la versión correcta.

Aspasia y Berenice se prepararon para prestar toda su atención a las palabras de Pitia, sabedoras de que iban a recibir otra lección de sabiduría mística.

—Debéis saber que el significado real del argumento no es otro que el paso del antiguo matriarcado del que os hablé a un sistema de patriarcado por la fuerza impuesto por aqueos y dorios hace más de mil quinientos años.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Berenice.

—Que en la antigüedad, cuando los humanos conocían realmente sus orígenes y se disfrutaba de una existencia idílica en contacto con la naturaleza, todos los templos se erigían en honor a nuestra señora Gaia, no solamente aquí en Delfos, sino en Olimpia, Atenas y en el resto de nuestras polis.

—Entonces... ¿todos los habitantes de la ya constituida Hélade continuaban adorando únicamente a Gaia? —se interesó Aspasia confusa, pensando que el cambio de dioses se había dado en épocas mucho más remotas.

—Sí, por eso el nombre de griegos, *graeci*, con que los romanos nos designan, significa «adoradores de la Vieja», uno de los muchos apelativos de nuestra Señora; y el de helenos, con el que nosotros nos autodenominamos, proviene del sacerdocio de la diosa Hele, Helena o Selene, la Luna, otra de las manifestaciones de la Diosa a través de su profética hija.

—¿Y después ya no? —se extrañó Berenice.

—Así es, posteriormente eso cambió. Ya os dije que después de esa época gloriosa se inventó una nueva forma de vida generada por la cólera y violencia masculinas, y los varones comenzaron a guerrear entre ellos por la propiedad de las tierras. Esta explicación debería aclarar tu duda sobre lo que significa el término patriarcado, Berenice. Porque a continuación, llenos de vanidad por sus pobres logros y creyéndose los amos del mundo, crearon las polis e instauraron la preponderancia del principio paterno y la teoría del

germen masculino frente a la nutricia. ¡Qué ingenuos, como si los hombres pudiesen asegurar que el fruto del vientre de sus esposas proviniese de ellos!

—¿Y no es así? —inquirió Berenice inocentemente.

—Querida niña —dijo Pitia riendo—, únicamente las mujeres pueden saber quién es el padre de sus hijos, a no ser que estén ebrias y no recuerden nada, y te puedo asegurar que en muchos, muchísimos casos, no son sus maridos.

La pequeña sacudió la cabeza confusa.

—Considero a algunos escritores los seres más engañosos de la Creación —continuó la anciana—, más incluso que a los pescaderos, que rocían su mercancía con agua para que parezca fresca cuando ya está podrida. Porque cientos de filósofos y teólogos nos cuentan que Atenea nació de la cabeza de Zeus, anulando así la intervención del útero materno en el origen de la diosa.

—¿Y no es así? —volvió a preguntar Berenice.

—No, es una gran mentira que niega la participación corporal de la titánide Metis en el nacimiento de Atenea. Pero no solamente los teólogos engañan en la religión, sino que los comediógrafos nos ridiculizan y nos hacen parecer débiles, y los que legislan para regular la maldad masculina nos relegan de la participación política, como hizo Solón en su Constitución ateniense.

Aspasia chasqueó la lengua en un gesto de hastío ante tal injusticia.

—A través de obras literarias y leyes —continuó Pitia—, compusieron e inventaron un nuevo sistema masculino que, como requería de dinero y poder, provocó el nacimiento de la tiranía y una desigualdad desmedidas. Los políticos, los ricos y los banqueros tomaron el mando y buscaron a otros más débiles que trabajasen para ellos, dando lugar al modelo de sociedad en que vivimos actualmente. En esta civilización creada por varones, solamente necesitaban la magia femenina, ese poder exclusivamente nuestro que ellos nunca disfrutarán, consistente en el poder generativo y la visión profética, y nos obligaron a poner ambos a su disposición tanto para la necesaria reproducción como para emitir respuestas oraculares; estas últimas como sustitución del antiguo consejo de ancianas y de los inspirados dictámenes de las reinas de otros tiempos. Así los héroes y reyes de todo el mundo conocido no se atrevían a tomar decisión alguna sin consultar a las sibilas y se preguntaba a los oráculos sobre la fundación de colonias, el inicio de guerras, la estrategia de las conquistas y cualquier otro asunto de importancia vital.

—Pero entonces deberían reconocer nuestra superioridad en algunas facetas —sentenció Aspasia con ira mal contenida.

—No, en su petulancia llegaron a no identificar que la magia profética proviniese de la Diosa, sino de sus dioses varones que la habían sustituido y ultrajado, que le habían arrebatado su don y sus templos. Pero aun así, de entre todos esos santuarios brilló con fulgor el de Delfos, que adquirió fama en el mundo gracias a los consejos de las mujeres, porque sus pitias asesoraron sabiamente (según los hombres gracias a Apolo) a todo personaje relevante en la historia de la humanidad: al rey Midas, a Tarquinio, al rey Aliates, a Arquias de Corinto, al héroe Heracles, a Cresos, a Alejandro, a Menelao...

A Aspasia le brillaron los ojos al imaginar a todas aquellas sibilas de la antigüedad susurrando sus atinadas palabras a los gobernantes del mundo, quienes las escuchaban y obedecían con respeto.

—Pero con tales instituciones y situación política, el mundo no paró de evolucionar desfavorablemente y lógicamente vivimos la terrible primera guerra sagrada, resuelta de nuevo por una respuesta pítica de la que derivó la creación de la Anfitionía, que como ya debéis saber es una organización de polis constituida para proteger Delfos de ataques de otras ciudades y defender la religión.

—No, yo no sé qué es la Anfitionía —reconoció confusa la niña.

—Para que lo entiendas, Berenice —aclaró Aspasia con paciencia—, es como una especie de asociación de vecinos que estuvo formada en principio únicamente por Atenas, Tesalia y Sición, y que posteriormente se amplió con otras polis.

—Así es —asintió Pitia complacida ante la simplificación histórica de la inteligente Aspasia—. Nuestro templo sufrió un pavoroso incendio a causa del fuego sagrado que ahora vosotras tenéis la misión de mantener siempre vivo, y el actual santuario fue reconstruido por la Anfitionía sobre terrazas artificiales a diferentes niveles unidas por escaleras y rampas, con nuevas conducciones de agua, y protegido por una gigantesca muralla perimetral con sólidos bloques de piedra poligonales para encerrar todas las ofrendas de oro, plata y marfil que los estados de oriente y occidente regalaban a Delfos por la sabiduría del oráculo. La tarea duró cuarenta años y se invirtieron en ella más de trescientos talentos de oro. El resultado ya lo veis, es nuestro actual templo, de tamaño similar a toda una ciudad y reconocido como el más famoso del mundo... y vosotras estaréis algún día a su cargo para asesorar tan acertadamente como vuestras antecesoras.

Las dos niñas contuvieron la respiración.

—¿Comprendéis ahora el verdadero alcance de vuestra responsabilidad? —preguntó Pitia alzando la voz hasta convertirla en un trueno—. ¿Habéis sido capaces de entender hasta qué punto los consejos de la pitia délfica han influido en la historia de Grecia y del mundo mediterráneo?

—Lo comprendemos —respondió Aspasia por ambas—, lo que sigo sin entender es por qué Gaia, o bien el matriarcado, fue derrotado de esa forma.

—Porque las madres siempre perdonan y consienten a sus hijos, querida, es ley de vida que el potrillo cocee a la yegua cuando ya ha mamado lo suficiente. El amor, la bondad y la entrega femeninas son a veces cualidades absurdas y algunas mujeres permiten que sus seres queridos las conviertan en siervas, las golpeen o abusen de sus sentimientos sin ningún respeto hacia ellas. Y no creo que esto cambie mucho en los próximos milenios.

Aspasia asintió amargamente:

—Yo nunca seré así, Pitia —aseguró con firmeza.

—Lo sé, hija, en ti no existe ni un ápice de sentimiento maternal —dijo la anciana—. Aunque el resquemor no conduce a nada... en tu comportamiento deben estar presentes la audacia y la inteligencia, pero no la ira.

La anciana quedó en silencio unos instantes.

—Contención —finalizó—, esa es la clave de todo y deberéis luchar para alcanzarla. Y ahora reflexionemos sobre la conversación mantenida, para grabarla en nuestras memorias y poder sacar provechosas conclusiones.

Las tres mujeres entornaron la mirada y se dedicaron a la meditación. Pitia, en su trono dorado de brazos curvos, y Aspasia y Berenice, en un par de sillas de tijera frente a ella. A la pequeña le costaba bastante quedarse quieta durante este ejercicio mental al que la gran sibila les sometía tras cada debate teológico, y comenzaba a respirar frenéticamente o a jugar con su brazalete para contrarrestar las ganas de irse a hacer algo más divertido y propio de su edad. Pero Pitia no iba a ablandarse por esas pequeñas muestras de nerviosismo, quería someterla a una disciplina férrea para que llegase a controlar su cuerpo y su cerebro. Tenía demasiadas esperanzas puestas en ella.

Después del festival de Septerión llegaron las celebraciones de Heroida y Carila. Esta última festividad era totalmente pública y no tenía carácter secreto como muchas otras fiestas de la polis, sino meramente expiatorio. Cada ocho años se celebraba un hecho doloroso y antiguo acontecido en la época en la que Delfos tenía un rey, un pasaje de la historia de la ciudad que

contenía información oculta muy importante para el aprendizaje de Berenice, por lo que Pitia consideró necesario explicárselo a la pequeña como si fuese un cuento infantil para evitar que se impresionase demasiado al verlo, pues conocía bien su sensibilidad. Por contra, supuso que Aspasia lo soportaría sin inmutarse apenas.

Así que Pitia mandó llamar a Berenice y esta corrió encantada a la sublime sala principal del *oikos* pítico, donde la anciana solía reflexionar en esa especie de trono en el que la había visto por vez primera. La saludó cortésmente y se sentó en el suelo ante ella.

—Escucha, Berenice, mañana asistiremos a la representación de un suceso que vivió una niña poco mayor que tú, pero acaecido hace mucho mucho tiempo.

La pequeña cruzó las piernas como un escriba en miniatura, sonriente y dispuesta a escuchar la voz de la anciana que aquel día sonaba dulce y maternal.

—¿Y cómo se llamaba?

—Se llamaba Carila —comenzó Pitia—, y vivió durante malas épocas para Delfos, eran años de sequía y hambre que atormentaban a los angustiados ciudadanos, quienes se arremolinaban a las puertas del palacio real suplicando comida. Pero el soberano únicamente repartía algo de cebada y legumbres a los habitantes más importantes de la ciudad, desatendiendo a los más pobres porque no había suficiente para todos. Un buen día, una pequeña huérfana se acercó al monarca solicitándole insistentemente algo que comer, y el hastiado rey la golpeó con su sandalia arrojándosela a continuación al rostro.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó Berenice sintiendo pena por la niña y acordándose del bestia de Orbilio.

—La jovencita, sin decir más, se apartó del grupo de solicitantes, se despojó del cinturón y, usándolo como soga, se ahorcó.

Ya en este punto Berenice ahogó un grito, pero Pitia continuó impávida, no iba a variar una narración histórica y religiosa porque la pequeña se asustase. Debía conocer desde la infancia lo injusta que era la vida, sobre todo con los pobres y las mujeres.

—La hambruna aumentó y con ella surgieron pavorosas enfermedades, por lo que el angustiado gobernante fue a consultar a la pitia para encontrar una solución. Aquella sibila de antaño respondió que para acabar con la catástrofe que assolaba Delfos debía aplacar la ira de Carila, pero el monarca no comprendió el significado de tal enigma porque no sabía que ese era el

nombre de la adolescente a la que había llevado a la muerte. Sus consejeros dieron vueltas al asunto hasta que descubrieron que así se llamaba la niña que se había suicidado ante el desprecio real, por lo que acudieron al lugar donde el cuerpo de la doncella había sido encontrado y posteriormente sepultado para hacer un sacrificio y una purificación.

Berenice había enmudecido y sus grandes ojos estaban tan abiertos que parecían dos discos negros.

—Estate atenta mañana a la representación, reflexiona lo visto y más adelante te haré unas preguntas... a ver si has comprendido.

La pequeña asintió y abandonó la habitación todavía triste, pensando en la muerte de la pobre Carila.

Al día siguiente se simbolizó el ritual en las inmediaciones del árbol donde se había desarrollado el fatal desenlace, situado en el camino que iba desde el templo a la cueva Coriciana. Uno de los *hosioi* se vistió de rey y fue repartiendo porciones de cebada y legumbres a todos los ciudadanos de Delfos e incluso a los extranjeros participantes en el acto.

Berenice prestaba atención a los movimientos de cada uno de ellos, y contempló entusiasmada que, cuando el reparto hubo concluido, los asistentes se pusieron en círculo dejando paso a la procesión de sacerdotisas encabezada por la bellísima Clea. La tíade trajo ante el monarca una muñeca que representaba a Carila para que reprodujese el ultraje que el antiguo gobernante había cometido contra la niña y a Berenice le pareció preciosa, hubiese querido que fuera suya para poder jugar con ella, aunque eso era algo que en la casa pítica no estaba permitido. El sacerdote disfrazado de rey golpeó la figurilla con saña, a continuación Clea le puso una cuerda alrededor del cuello y finalmente la colgó del árbol. La muñeca quedó oscilando de la soga mientras el público mostraba el dolor que aquella imagen les producía y las penurias que tras tan injusta muerte aguardaban al pueblo delfio. A Berenice se le erizó el vello de los brazos y sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas cuando posteriormente fue enterrada bajo el árbol. Pero después llegó la escena de la purificación, las palabras y actos mágicos del exorcismo que los helenos practicaban para acabar con una posesión maligna, y así el espíritu atormentado de Carila dejaría de perjudicar a la ciudad de Delfos y descansaría en paz bajo la tierra.

Una vez finalizado el tétrico ritual, las veladas sacerdotisas subieron al espléndido carruaje procesional que las había conducido hasta la zona de la representación y que iba a devolverles a la morada pítica, un vehículo ceremonial excelente, de cuatro ruedas, cubierto y tirado por yeguas blancas

provistas de todo tipo de adornos de oro. Permanecieron en silencio hasta que Aspasia lo rompió bruscamente.

—Ha sido impresionante, pero hermoso —murmuró.

—A mí me ha dado mucha pena —confesó Berenice muy afectada.

Pitia sonrió entendiendo perfectamente el punto de vista de la pequeña y supuso que las dos sacerdotisas más jóvenes necesitaban una explicación por no haber comprendido del todo el mensaje del ritual.

—Debéis saber que este primitivo festival representa a una divinidad de la Tierra —dijo con tono enigmático—, Carila es una hija de Gaia que vuelve al seno materno por voluntad propia. ¿Comprendéis?

Aspasia asintió, conocedora del misterio, pero Berenice clavó sus ojos en Pitia al captar repentinamente parte del significado oculto. Carila quería recobrar la protección materna, acabar con las miserias que había conocido en este mundo cruel y terrible. Era una situación similar a cuando ella se escondía bajo el edredón, reflexionó angustiada, pero mucho más drástica y con un terrible final.

Helena, tras unos instantes de duda, se unió a la conversación.

—Así me ha sido explicado, gran pitia —anunció tímidamente.

Las otras cinco mujeres miraron a la usualmente silenciosa sacerdotisa con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Pitia perpleja.

—Siento a Gaia en mi interior y ella me cuenta cosas que desconozco —explicó Helena en estado de arrobamiento.

—¡¿Ah sí?! ¿Y qué te ha dicho exactamente? —preguntó Clea con sorna.

—Que el monarca-dios agrícola del festival no es otro que el primitivo Heracles, ancestro de reyes, especializado en el cultivo de cebada y cuyo reinado junto a su mellizo duraba ocho años. En cada uno de los años de estos periodos óctuplos, los monarcas sacrificaban a un niño, por eso en nuestras leyendas y pinturas se representa a Heracles matando a pequeños durante sus ataques de locura. Pero todo esto no es más que la reproducción de costumbres atávicas que se remontan a la oscuridad de nuestros siglos pasados y que reflejan el sistema matrilineal de la antigüedad, en el que la reina se casaba con dos hombres y donde también existía la costumbre de realizar sacrificios humanos; por último el motivo de que se celebre cada ocho años es porque transcurrido ese periodo se produce la conjunción del tiempo solar con el lunar.

Los ojos de Pitia se abrieron desmesuradamente.

—En realidad Heracles tiene una gran importancia en Delfos porque tanto Apolo como Dioniso son representaciones del mismo, en sus modalidades de dios inmortal y de semidiós o demon que resucita anualmente —continuó Helena—. De los tres se dice que son hijos de Zeus y tienen demasiados puntos en común como para no acabar siendo relacionados.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Aspasia sin entender.

—Sabes que Heracles mató a una serpiente cuando todavía era un niño, y cada día puedes ver la vasija grande que adorna la sala principal de nuestra casa y que muestra al héroe robando el trípode de la primitiva pitia.

—Sí, ¿y qué?

—No entendéis nada de nada —pareció desesperarse Helena—. La serpiente que mató Heracles en su infancia es Pitón, y la escena de la vasija no es otra que el robo del oráculo a la diosa Gaia. Pero las historias van mutando a través de los tiempos y llegan a corromperse. Así pues, Apolo es Heracles, pero también Dioniso cuando desvaría víctima de la locura o se entrega a sus desenfrenadas pasiones. Si no lo veis es que estáis completamente ciegas.

Berenice y Calandra parecieron no entender del todo los conceptos expresados por Helena, la primera debido a su corta edad y la segunda por su natural desinterés por todo tipo de discusiones tanto sobre temas religiosos como científicos si alcanzaban cierto nivel de complejidad; pero Pitia, Clea y Aspasia sintieron una especie de relámpago interior, sobre todo la última, quien nunca había hecho demasiado caso a su compañera de sacerdocio. Pero en aquel momento Helena se había expresado como un teólogo, como una filósofa que explicase una teoría sagrada concienzudamente fundamentada, y su hipótesis no carecía de cierta lógica. ¿Podría estar basada gran parte de la religión griega en la figura metamorfoseada de un solo hombre, héroe, dios, o lo que quiera que hubiese sido el célebre Heracles, que había reinado más de mil años atrás?

Una vez llegaron a la vivienda, Helena bajó de la carroza acompañada de Calandra y seguida de Berenice, dejando al resto de sus compañeras sumidas en profundas dudas y mirándose unas a otras con estupor a través de sus velos. Tras un prolongado momento de reflexión, Pitia lanzó una tremenda carcajada.

—¡Por todos los dioses! —exclamó todavía con risa floja—. Es sorprendente que a veces las deidades quieran residir en el interior de sus siervos más humildes.

El lucero Sirio, la estrella perro aparecida en los días de canícula, había anunciado con su brillo un otoño plagado de uránicas lluvias. Las grullas ya habían desaparecido de los cielos de Grecia y el mar estaba tan revuelto e impracticable que a los cercanos puertos de Cirra e Itea ya no arribaban naves de lejanos lugares ni de parte alguna, y solamente los pescadores más bravos se atrevían a navegar aun en las condiciones más adversas para conseguir su exiguo sustento y sin alejarse demasiado de la línea de costa. Los árboles de los alrededores de Delfos comenzaron a vestirse de variados colores y muchos se desnudaron lentamente de hojas para mostrar impúdicamente sus pelados troncos. Ante la aparición del gélido Bóreas en el aire y la constelación de Orión en los cielos, las mujeres delfias se fueron encerrando en sus respectivos *oikos* para tejer lana, coser gorros de fieltro y hacer capas de pieles de cabritos con las que proteger a sus esposos e hijos del frío y los aguaceros que estaban por venir.

Por fin, Pitia podría dedicarse a descansar, libre ya de ceremonias y sesiones oraculares durante tres largos y apacibles meses. Su extenuación constante pareció ir remitiendo poco a poco, pero aun así el aire helado calaba en sus viejos huesos con más ímpetu del que ella podía soportar y decidió encerrarse en sus aposentos bien caldeados y salir de ellos lo menos posible.

Aquella noche y en el recogimiento de su habitación, se dispuso a realizar un sacrificio personal a la diosa Gaia para rogarle que inspirase a sus sucesoras tal y como había hecho siempre con ella; pero no solamente a Helena, quien parecía gozar ya del favor divino, sino sobre todo a las dos pequeñas, en quienes había puesto todas sus ilusiones de continuidad por ser jóvenes, puras y, en un futuro, sabias. De su baúl sacó un rollo de tela escrito con caligrafía egipcia y lo desenvolvió hasta liberar una antiquísima figurita de la gran Madre, esculpida con toda seguridad mil años atrás y aun quizás mucho antes. El tallista primitivo la había representado como una mujer corpulenta y preñada a punto de reventar que amamantaba con sus enormes pechos a un animal que sostenía sobre su diestra. Era una imagen serena pero a la vez terrible, la expresión de los divinos ojos no era en absoluto maternal, sino tremendamente cruel y algo lasciva.

—¡*Akrakanarba!* —exclamó conociendo el poder de esta palabra mágica y alzando la pequeña imagen hacia el techo.

Después encendió tres lámparas, recitó un ensalmo y vertió en su oído derecho un unguento preparado con agua de lluvia, laurel, comino etíope y adormidera, que solía utilizar para llegar a estados de trance sagrado.

—Acércate a mí, oh diosa única y verdadera —rezó—, Madre incontaminada, eterna y primigenia. Te imploro a ti, Vieja, la de los mil nombres, no te alejes de mí hasta el día de mi pronta muerte y, después, toma mi alma y únela a la tuya. Alumbra con tu sabiduría a Aspasia y a Berenice para que te sirvan como yo siempre he hecho, llegando a una amplia comprensión de tu sobrehumano ser para que te adoren como mereces.

Se tumbó sobre su cama, previamente purificada aquel día con leche de burra y cubierta de hierba y hojas de laurel por la sirvienta, y colocó bajo su almohada la figura con la esperanza de invocar la aparición de la Diosa en sueños dándole respuestas, o bien para que al menos le enviase algún demon asesor que pudiera iluminarla.

Poco duró la espera, la receta sagrada que había introducido en su oreja había penetrado por su oído hasta el interior más recóndito de su mente. Sintió un indescriptible dolor de cabeza y sus ojos se tornaron vidriosos hasta que apareció ante ellos la imagen de la Diosa de la figura, aunque ampliada en tamaño cientos de veces. La espantosa y enorme deidad abrió la boca como si quisiera engullir a la aterrorizada anciana y exhaló un pútrido olor a cieno y cuerpos corrompidos.

—Todavía no vas a reunirme conmigo, triste servidora —bramó con el ímpetu del trueno.

—¿Cuánto me queda, Madre? —preguntó Pitia sintiendo que su espalda se separaba del lecho de hierbas.

—Lo suficiente —respondió la cavernosa voz de Gaia—. Únicamente morirás tras haber dejado resuelta tu sucesión.

—¿Y a quién debo entrenar para futura pitia, gran Diosa? —se atrevió a preguntar la anciana con voz temblorosa por el pavor que le provocaba la aparición.

La gigantesca imagen rio de forma estrepitosa y aterradora.

—Soy Una y Trina, una santa trinidad, y me manifiesto personificándome en tres momentos de la mujer, al igual que tus únicas aspirantes serán un trío de sacerdotisas de distintas edades.

—¿Y eso quiere decir que deberían compartir el puesto? —inquirió desesperada la anciana—. No puede ser, he visto que serán dos, solamente dos las que ostenten el cargo de profetisa.

La abominable aparición abrió las piernas entre carcajadas y entre ellas comenzaron a aparecer multitud de astros, la negra noche, las altas montañas y los piélagos de agitadas olas. Pitia se agarró al lecho en su estado de inconsciencia, sintiéndose incapaz de soportar el terror de aquel instante, pero

inerte para detenerlo. Después contempló cómo la diosa empezaba a alumbrar innumerables engendros, sus hijos primigenios dotados de monstruosas apariencias, como los cíclopes con un solo ojo, los gigantes con múltiples brazos y los terribles titanes. Parió al colosal y marino Taumante, al arrogante Forcis que engendró horripilante descendencia, a la extraña ballena Ceto de hermosas mejillas y cola de pez, también a la violenta Euribia de corazón de acero y a otros tantos seres de espantoso aspecto. Finalmente, vio la luz Tifón, el último de sus hijos, un monstruo de cuyos hombros salían cien cabezas de serpiente que con sus negras lenguas emitían todo tipo de fantásticos sonidos: una mugía, otra silbaba, una tercera rugía cual león, la cuarta ladraba como un cachorro, la de al lado aullaba, y mientras tanto la Tierra temblaba y se tambaleaba presa de un placentero dolor. Los rayos y el fuego llenaban la estancia en la que Pitia se abrazaba a sí misma horrorizada, mientras contemplaba con la visión de la mente aquel parto enloquecedor e incesante. En un momento dado vio cómo cinco de los ofidios de Tifón se adelantaban a los demás y adquirían los semblantes de las sacerdotisas que moraban con ella en la vivienda sagrada. Calandra, Helena, Clea, Aspasia y Berenice se observaban con desconfianza y se daban ligeras dentelladas las unas a las otras, como en un juego entre reptiles hermanos de una misma puesta, hasta que, repentinamente, la serpiente con el rostro de Helena se adelantó a las demás, abrió sus fauces al máximo y comenzó a destilar veneno a través de sus largos colmillos. La pitón con el rostro de Calandra quedó atrás, relegada a un segundo puesto, pero las que tenían las cabezas de Aspasia y Berenice avanzaron hacia delante quedando a la misma altura que la primera.

Ante aquel hecho, las risotadas de la diosa llegaron a convertirse en un alarido. El chirriante sonido de la risa divina y la macabra visión sagrada esfumándose sacaron bruscamente a Pitia de aquel estado terrible muy cercano a la muerte. La medio asfixiada anciana se sintió empapada de sudor, tenía la boca seca como la estopa y la cabeza a punto de estallar. El corazón parecía salirse del pecho y notaba sus latidos en demasiadas zonas de su anatomía, como si el órgano se hubiese multiplicado y tuviese uno en las sienes, otro en los oídos y varios repartidos por las extremidades. Quedó con la mirada fija en el vacío, buscando por unos instantes una explicación a aquella extravagante fantasía onírica, una interpretación a aquel sueño, una justificación al ideario del logos autónomo de su ser. Pronto dio con la lectura correcta de su ensoñación y, temblando de pánico, palpó bajo su almohada en busca de la deiforme figura, pero sus dedos no lograron encontrarla. Haciendo

un esfuerzo sobrehumano a causa de una relativa inmovilidad debida a las drogas y al impacto mental recibido, consiguió incorporarse para rebuscar mejor entre las sábanas de yerba. La angustia creció cuando tras revolver el verde y húmedo lecho minuciosamente no halló estatuilla alguna, ni siquiera trozos de ella, ni tampoco fracciones del material usado para tallarla, ni rastro alguno de que bajo su cabeza hubiese enterrado una pequeña representación de la Diosa.

Sintió ansiedad y una sensación similar al vértigo, su correcta interpretación de la visión comenzaba a materializarse, a convertirse en una realidad plagada de señales. De momento la gran Madre había desaparecido de su lecho, de su habitación y de su vida, tal y como había ocurrido en la ensoñación, y ya solamente tenía a su lado tres peligrosas serpientes.

El trío de pitones serían sus sucesoras. Una tríada de venenosas pitias se harían cargo en un futuro del oráculo más famoso del mundo.



SEGUNDO AÑO:
CONÓCETE A TI MISMA



Recibió de ellos una vasija de plata y la ofreció en Delfos a Apolo con esta inscripción: «Soberano Febo, yo, Homero, te di este hermoso presente por tu sabiduría; y tú concédeme siempre gloria».

Sobre el origen de Homero y Hesíodo y el certamen de estos.

Anónimo.

Siglo V a. C. con interpolaciones hasta el II d. C.

Los múltiples festivales musicales y deportivos que se organizaban anualmente en Delfos no cesaban tampoco en invierno. La victoria griega sobre los celtas cuatrocientos años atrás se conmemoraba en la fiesta de la Salvación, llamada Soteria, y posteriormente las sacerdotisas apolíneas y la pitia debían despedir al dios en la representación anual de su partida hacia el valle de Tempe, situado en el país de los hiperbóreos. Apolo se iba y Dioniso resucitaba como cada año, gobernando el santuario durante tres meses y permitiendo las actividades de las tíades encabezadas por Clea.

Desde que Apolo Pitio había abandonado Delfos, dando lugar a las celebraciones en honor a la epifanía de Dioniso, la ciudad se había llenado de marionetas egipcias provistas de un gran falo y otras representaciones lascivas que acompañaban a la desvergonzada deidad. Abundaban las fiestas de diversa índole, pero regidas todas ellas por la locura, el desenfreno, y siempre regadas por miles de ánforas de vino consumido sin aguar. En la primera de estas, los delfios, muchos de ellos disfrazados y acompañados por los sacerdotes y sacerdotisas del dios, llevaron la estatua de Dioniso en procesión hasta la entrada de la cueva Coriciana, dispersándose a continuación por la ladera del Parnaso, donde esperaron a que la carrera de las tíades diese comienzo. Desde ese punto elevado podían ver el desarrollo de la misma desde su origen en el santuario hasta la meta final, a poco menos de un estadio de la gruta. La gente rugió enardecida cuando se tocaron las trompetas indicando el inicio de la competición, pero, tal como había sospechado Aspasia, Clea no tardó en adelantar a sus contrincantes. Sus magníficas piernas se movían a tal velocidad que parecía volar por el camino procesional

del monte y a mitad de la carrera ya nadie dudó que aquel año volvería a resultar vencedora.

Tras el posterior banquete público y cuando ya comenzaba a oscurecer, sacerdotes y asistentes bajaron otra vez a la ciudad para continuar con los festejos, abandonando a las catorce tíades de Delfos y a otras tantas ménades atenienses para que llevaran a cabo el ritual del despertar de la deidad, rito secreto para los no iniciados en el magisterio de Dioniso. A excepción de las jefas de ambos grupos, el resto de sus integrantes eran mujeres con existencias corrientes, respetables madres y esposas con vidas vulgares que solamente ejercían el sacerdocio durante el tiempo de las celebraciones en honor al dios. Las atenienses llevaban un tipo de vida más encerrado que el resto de las griegas, salían de casa pocas veces y no practicaban deportes ni participaban en casi ningún tipo de actividad social, sujetas siempre a las rígidas normas del decoro establecidas por el legislador Solón. A consecuencia de ello lucían una piel blanca y descolorida, y sus cuerpos eran o envolturas flácidas repletas de grasa o bien estructuras delgadas y famélicas desprovistas de toda musculatura. Por ello, las ménades de Atenas nunca se perdían las celebraciones en honor a Dioniso, el único dios que les proporcionaba algunas migajas de libertad ocasional y secreta al margen de las férreas normas sociales, y las aprovechaban hasta sus últimas consecuencias protegidas por el hermetismo que las rodeaba, ya que constituía una grave infracción desvelar cualquier mínimo dato de lo sucedido durante las reuniones de las noctívagas bacantes, tan silenciadas por todos que incluso escritores y poetas de cualquier siglo no osaban narrarlas en sus escritos, sino mediante eufemismos. Lo cierto era que, tras días de viaje desde Atenas a Delfos, las esposas de los ciudadanos atenienses se transformaban en heteras y las madres de sus hijos en danzantes borrachas e impúdicas que empuñaban tirsos fálicos en sus manos.

—Quedémonos ocultas, Berenice —susurró Aspasia tras la carrera y arrastrando a la niña tras un arbusto—, aquí podremos verlo todo.

—¿Ver qué?

—La enigmática ceremonia oculta.

—¡¿Estás loca?! —exclamó la niña—. No podemos hacer eso, es un ritual secreto.

—Nosotras debemos saberlo todo y verlo todo, Berenice, es fundamental para nuestro futuro cargo de pitias. ¿No dijiste una vez, cuando Pitia nos contó la historia de Crono, que te gustaría tener el yelmo de la invisibilidad de Hades para poder espiar a quien te apeteciese o para ir a sitios prohibidos?

—Pero no lo tengo... ¿y si nos cogen espiando?

—Esta noche no habrá luna, así que no nos encontrarán —aseguró la mayor de las dos—. Pero no se te ocurra hacerte notar, permanece quieta e inmóvil como un muerto o nos molerán a palos.

—Está bien —refunfuñó la niña—, pero si volvemos muy tarde a casa nos reñirán.

—¡Bah! Pensarán que estamos por la ciudad, en cualquiera de las fiestas que van a celebrarse por todos los lados.

—¿Has traído algo de comer? —preguntó la pequeña, temiendo pasar una noche de ayuno.

—Sí, llevo pan en la bolsa.

—¿Y qué hacemos hasta que empiecen?

—Ya falta poco, pero mientras tanto voy a explicarte la trayectoria del semidiós Dioniso para que comprendas lo que veremos —dijo Aspasia, presa de gran emoción por lo que se disponían a descubrir—. Bueno, atiende... resulta que el dios Zeus tuvo un encuentro amoroso con Sémele, y de tal acto carnal nació Dioniso, un niño con cuernos coronados de serpientes que pasó los últimos tres meses de gestación cosido al muslo de su padre. La celosa Hera se enteró de la infidelidad de su esposo y ordenó a los titanes que capturasen al niño, desgarrasen su cuerpo a jirones y lo hirviesen en un caldero. Rea, que como recordarás por el relato de Pitia era esposa de Crono y madre de Zeus, se apiadó de su nieto y, tras recomponerlo, lo vistió de niña para intentar esconderlo de la cólera de Hera, cosa que lógicamente no logró. Sin saber qué hacer, la desesperada abuela del infante pidió ayuda a Hermes, y a este pícaro dios se le ocurrió transformarlo temporalmente en un chivo y regalárselo a las ninfas del monte Nisa... y de ahí viene su nombre, Dioniso, el divino habitante de Nisa. Estas lo escondieron y cuidaron hasta que alcanzó la edad viril, pero Hera lo encontró de nuevo y, furiosa por el engaño, enajenó los sentidos del joven. El enloquecido muchacho inventó el vino y comenzó a vagar por el mundo acompañado de su tutor, Sileno, y de una corte de sátiros y ménades armados. Al estar todos ellos constantemente borrachos, esta comitiva dionisiaca cometía muchos crímenes y sus componentes invitaban a las mujeres a participar en sangrientas orgías enloqueciéndolas con las asiduas transformaciones de Dioniso y con el delicioso néctar recién descubierto. Parece que, finalmente, este semidiós ascendió a los cielos para reclamar su dudosa divinidad, sentándose a la mesa de los doce a la diestra de su padre, en el puesto que la modesta y tranquila Hestia le cedió gustosa para

librarse de las disputas familiares que se organizaban en los banquetes del Olimpo.

—¡Sabes muchísimo sobre teología, Aspasia! —exclamó la niña, impresionada—. ¡Vaya historia! ¿Y qué hizo la celosa Hera al ver al bastardo de su esposo, al que tanto odiaba, compartiendo mesa con ella?

—Resignarse, nada más... ahora manda Zeus. Pero como ves, todo lo dionisiaco está teñido de sangre, nocturnidad, embriaguez y carnalidad, así que no te asustes por nada de lo que ocurra.

Berenice asintió temblorosa y se acurrucó todavía más hasta quedarse hecha un ovillo tras el espeso arbusto.

Cuando ya había oscurecido por completo, las delfias y atenienses comenzaron a beber vino y a mascar hojas de hiedra de cinco puntas en grandes cantidades alrededor de la hoguera que habían hecho a la entrada de la cueva Coriciana. En aquel lugar, primitiva morada de la Diosa y siempre habitado por ninfas, las mujeres se encontraban relajadas lejos de miradas masculinas, y pronto las participantes empezaron a reír y a bromear con sus tirsos fálicos. La enajenación general fue creciendo en intensidad, y los espeluznantes alaridos que algunas emitían se mezclaban con la música de los instrumentos que otras tocaban y con las carcajadas que muchas no podían contener hasta llegar al llanto.

Clea se puso en pie y comenzó a entonar un ditirambo, un patético canto coral en honor al dios y similar a un gemido, una extraña combinación entre alegría y terror como las dos niñas no habían oído jamás en sus cortas vidas.

—¡Oh, tú! —bramó melodiosamente—. ¡Guía de los coros de estrellas de ardiente aliento, señor de las canciones de la noche, hijo surgido de Zeus, aparece soberano, que tus sirvientas las tíades bailarán contigo frenéticas la noche entera!

—Dios del evohé, excitador de mujeres, Dioniso floreciente en enloquecidos honores —invocó una ateniense rasgándose la túnica y mostrando sus turgentes pechos—, ven hasta nosotras.

Clea dejó caer su capa de piel de ciervo moteado, quedando casi desnuda a pesar del frío, y continuó cantando a la vez que echaba la cabeza hacia atrás y agitaba sus largos cabellos bermejos al son de la chirriante música. La excitación del resto de las mujeres no dejaba de crecer hasta que, en el auge del clímax, abandonaron el lugar iluminándose con antorchas, armadas con lanzas y profiriendo monstruosos alaridos.

—No han hecho nada más que beber y bramar, y ya se han ido —susurró Berenice a su compañera—. Me estoy quedando helada, yo me voy también.

—Espera —rogó Aspasia reteniéndola—, no quiero perderme el ritual secreto, seguro que vuelven, la cosa no ha hecho más que empezar. Toma un trozo de pan y cállate.

Tal y como había predicho la joven, las mujeres volvieron una hora más tarde arrastrando diversos animales cornudos que ellas mismas habían cazado, cabríos salvajes y crías de corzo agonizantes y con lanzas y flechas hundidas en sus cuerpos. A continuación los despellejaron y comenzaron a arrancar con sus propias manos trozos de carne de sus presas moribundas y a engullirlos crudos, manchándose los rostros y las manos de sangre fresca. Berenice ahogó un grito de terror al contemplar el monstruoso *sparagmos*, que no fue oído gracias a la algarabía de las ensangrentadas rugientes del beodo Dioniso, quienes continuaban moviéndose en macabra y furibunda danza.

—¡Llamad al dios! —gritó una de ellas en un estado de excitación inexplicable.

—El dios está aquí —respondieron al unísono varias voces mientras alguien tocaba instrumentos de sonido indefinible.

Repentina y bulliciosamente, apareció un grupo de muchachos cuyos rostros se escondían bajo máscaras caprinas y que portaban, en una litera similar a una cuna, a otro especialmente hermoso. Este fingía estar dormido, iba coronado de laurel y vestido con un entramado de hojas de vid que escasamente cubría sus genitales. Aspasia y Berenice reconocieron inmediatamente a Calixto por su dorada melena, el actor del que Clea estaba enamorada, y que simulando abandonar el sueño con gran ímpetu y violencia, comenzó a perseguir a la jefa de las tíades hasta que la alcanzó y la asió fuertemente del brazo, arrastrándola después hasta la litera donde había sido transportado. El espantoso y a la vez fascinante despertar del sensual y cruel dios llevó el tremendo ritual a un momento de máxima tensión cuando la música se tornó rápida y frenética a través de los instrumentos de percusión que hacían sonar con acordes de ritmo frigio y otros tonos de difícil calificación melódica. Algunas mujeres chillaban fingiéndose presas de un celestial pavor que las dejaba sin aliento y se abrazaban unas a otras para terminar siendo literalmente arrancadas de sus compañeras y capturadas en volandas por los enardecidos faunos. Otras se comportaban como hombres entre ellas o con los muchachos, blandiendo su tirso fálico y rugiendo como guerreros en mitad de la batalla.

Todo era sangre, fluidos, golpes y gritos en aquella terrible orgía que mezclaba el placer más sublime con el dolor más insufrible. Los cuerpos se revolcaban con un ímpetu animal, con un impulso demencial que apenas

distinguía el sexo de la muerte, poseídos unos y otras por quién sabe qué démones feroces que les transformaban en monstruos del inframundo. Era un espectáculo insoportable para la vista, el oído e incluso el olfato, una aberración que los no iniciados podrían incluso asimilar a la tortura, al confundirse en aquellos participantes ebrios la divinidad del ser humano con la bestia más inmundada que alguien pudiera llevar en su interior.

Era la pura manifestación de la maldición de Dioniso.

Berenice comenzó a llorar y se tapó la cara para no ver nada más, pero Aspasia, con ojos desorbitados y casi sin pestañear, contempló la estampa abominable que se estaba desarrollando ante la cueva Coriciana. No supo interpretar la tamaña sinrazón de esos brutales acoplamientos rituales que databan de época arcaica, pero su deseo era llegar a contemplar el final del infernal festejo delirante de placer y terror. Luchó para vencer el asco y las ganas de salir corriendo de allí, hasta que ya no pudo soportarlo por más tiempo y vomitó sobre su propia túnica.

Aspasia acompañó a Berenice al complejo del enorme gimnasio de Delfos situado muy al este de la ciudad, cerca del arcaico santuario de Atenea Pronaia y de la fuente Castalia; se decía que en aquel mismo lugar, muchos siglos atrás, un jabalí había herido al legendario rey Odiseo en el muslo. Dada su antigüedad, el recinto había sido objeto de varias reformas y mejoras a lo largo del tiempo y las más recientes residían principalmente en la anexión de una gran biblioteca, unos resplandecientes baños, una nueva columnata para la pista de carreras cerrada y la ampliación del comedor donde se servían las mejores albóndigas de la Fócide.

Tras mostrar a la pequeña las instalaciones, Aspasia dejó a Berenice a cargo del paidotriba infantil y ella fue a encerrarse en la biblioteca, como casi siempre hacía. Lisímaco era un hombre risueño y locuaz como una tórtola. Se decía que no había habido mejor atleta que él en toda la región, pero un accidente deportivo le había producido una importante lesión imposibilitándole continuar participando en más competiciones. Su carácter optimista permitió la necesaria resignación, aunque para no separarse por completo de su pasión por gimnasios y pistas de carreras decidió dedicarse en cuerpo y alma al entrenamiento deportivo de los jóvenes.

Ante él tenía un nuevo reto enviado por Pitia y, lejos de desmoralizarse, contempló a la pequeña analizando hasta qué punto podría desarrollar la musculatura y fortaleza de aquella nueva y enclenque pupila.

—Eres delgada como una caña, no... en realidad como una lombriz, pero ¿qué naturaleza débil no cobra una fuerza extraordinaria con ejercicios gimnásticos y certámenes? Te aconsejo que desde este mismo instante comas abundantes higos, carne de vacuno y queso, y bebas leche de cabra. Tu cuerpo debe poseer vigor y desarrollarse armónicamente, ya que la base de una buena vejez, en la cual tú tendrás mucho y muy importante trabajo, dependerá de la salud que hayas tenido en la niñez. Por eso quiero verte aquí varios días a la semana a última hora de la mañana, comenzaremos con flexiones y pelota en el gimnasio y más adelante continuaremos con carreras pedestres sin llegar al cansancio porque, como decía Platón, el sueño y el agotamiento son enemigos de la enseñanza. Tras el entrenamiento te darás un buen baño de agua fría y una sesión breve de masajes, y a la hora sexta podrás estar de vuelta para la comida.

Berenice abrió los ojos de par en par y no dudó de que, con tantos ejercicios físicos y las innumerables horas de clase, no tardaría en caer muerta.

—Aprovecha y alégrate de que en nuestra tierra las mujeres frecuenten los gimnasios y compitan entre ellas en los juegos —recomendó el paidotriba—, pues en otros lugares del mundo, incluso en otras polis de Grecia, suelen permanecer en casa enclaustradas hasta que sus cuerpos se tornan fofos.

—No creo que llegues a convertirla en una Atalanta ni en una nueva Cirene, Lisímaco, pero haremos lo que podamos con ella —dijo Clea acercándose lanza en mano al entrenador y a la pequeña.

El paidotriba rio la gracia de su favorita, la incomparable Clea, vencedora de múltiples competiciones y a quien estaba entrenando junto al gimnasiarca para ganar la corona de olivo en los Juegos Hereos de Olimpia; o incluso en los de Antioquía, donde usualmente vencían las espartanas.

—¿Y esos moratones? —preguntó Lisímaco examinando el brazo de la joven tíade.

—Me caí hace unos días en una carrera —mintió Clea restando importancia al asunto.

Berenice la miró con el ceño fruncido, ella sabía bien a qué se debían esas marcas en las extremidades de la sacerdotisa.

—¿No has ido a ver al farmacéutico para que te dé algún unguento o una pomada calmante?

—No es necesario, Lisímaco, no me duelen y desaparecerán por sí solos.

El paidotriba y la pequeña contemplaron alejarse a la bella gimnasta para reanudar sus ejercicios de lanzamiento de venablo. Iba casi desnuda, con

solamente un taparrabos de cuero y una tira del mismo material cubriendo sus pechos. Varios hombres sentados en las gradas también la observaban con interés, eran pintores y escultores que acudían a menudo a la pista de carreras para esbozar los perfectos cuerpos de los deportistas y estudiar sus movimientos con el objeto de plasmarlos posteriormente en sus obras representando la fisonomía de los dioses. De hecho se decía que el cuerpo de Clea había sido el modelo para la última estatua de Artemisa erigida en Delfos.

—Ve a la tienda de confección de túnicas de competición situada cerca de la entrada oriental de la muralla —continuó diciendo Lisímaco a Berenice—, a no ser que consideres a las esclavas de tu hogar tan buenas tejedoras como la prodigiosa Ariadna. Hazte con un par de ellas, de tejido ligero, cortas y con el hombro derecho descubierto para que la tela no te impida realizar movimientos precisos de lanzamiento.

—No tengo dinero —dijo inocentemente la niña.

El hombre enarcó las cejas y emitió una sonora carcajada.

—Sé que eres la nueva a la que están educando para futura pitia —confesó todavía riendo y señalando el brazalete de la niña—, no creo que debas ir a casa del prestamista Cremes para conseguir unos cuantos dracmas.

La pequeña sonrió ante la broma.

—Y llévalas siempre bien limpias, diles a las esclavas que las froten bien con jabón y sosa de Calastra para eliminar los restos de polvo y aceite tras cada día de ejercicios y...

El paidotriba calló repentinamente cuando un hermoso joven de unos quince años de edad se aproximó a él. Enseguida los ojos de Lisímaco se llenaron de dulzura y una enorme sonrisa iluminó su rostro.

—Llegas tarde, Timarco —dijo como saludo al muchacho.

—El barbero se ha demorado conmigo, Lisímaco —se excusó el aludido, señalando su recién rasurado labio superior.

—¡Por los doce dioses, ese viejo canalla! —exclamó el paidotriba—. Como si tu fino bozo necesitase más de una pasada de navaja... ese bebe los vientos por ti.

Timarco sonrió con orgullo agitando sus rizos oscuros.

—Así debe de ser, porque no suele cobrarme por su trabajo —fanfarroneó el joven.

Berenice observó cómo los celos fruncían las facciones de su pedagogo gimnástico. La pequeña se asombró interiormente por la cantidad de conocimientos que estaba atesorando desde que era sacerdotisa, y no

solamente sobre filosofía y gramática, sino del variopinto comportamiento humano que todavía le resultaba muy misterioso.

—Cámbiate de ropa y dirígete a la palestra, ahora iré yo —ordenó el entrenador, visiblemente molesto.

Timarco se encaminó hacia el vestuario con gracia femenina. Al pasar por las gradas varios hombres le siguieron con la mirada y uno de ellos lanzó un comentario obsceno que hizo reír al resto.

—No sé por qué permitimos la presencia de mirones en estos lugares —dijo el paidotriba hablando consigo mismo—, muchos de los espectadores no son artistas ni personas que deseen ver luchas y ejercicios, sino perversos de jóvenes. Con razón muchos padres sienten reticencias a que sus hijos acudan a los gimnasios y les prohíben detenerse y hablar con desconocidos.

—¿No es ese Orbilio, el gramático? —preguntó Berenice señalando a uno de los hombres.

—Así es —respondió Lisímaco—, ya me dirás qué puede interesarle el arte o el deporte a esa vieja bola de sebo.

—Creo que también da clases particulares a algunos muchachos de buena familia —dijo la niña, recordando lo que había oído de su maestro—. A lo mejor está mirando los progresos deportivos de alguno de sus alumnos.

—¡Bendita inocencia! —exclamó el paidotriba mirando de hito en hito a la pequeña—. Bueno, Berenice, te espero pasado mañana a la misma hora, a ver qué logramos contigo.

Acabada la cena compuesta por exquisitos salmonetes que el padre de Helena solía enviar a la morada sagrada para agasajar a Pitia, costillares de liebres, y tarta de miel y pistachos elaborada sabiamente por la cocinera, las mujeres se frotaron las manos con migas de pan para después acabar de limpiárselas con el líquido perfumado del aguamanil y secárselas con unas magníficas servilletas de lino egipcio teñido con púrpura marina. El servicio de mesa de Pitia era tan lujoso como el de una casa de Síbaris, y ya Berenice se había acostumbrado a beber el mejor de los vinos calibonios mezclado con agua en copa de vidrio labrado y a tomar alimentos en fuente de ámbar y oro como algo natural. Aquellas mujeres y sus pedagogos se estaban convirtiendo en su nueva familia y poco a poco iba olvidando su antiguo modo de vida por considerar su actual existencia mucho más interesante y productiva, aunque añorara a su madre y a sus hermanos continuamente.

Las cinco sacerdotisas se levantaron al unísono mientras las sirvientas se disponían a recoger los restos de la cena. Berenice y Aspasia, en ausencia del sacerdote Poliano, fueron inmediatamente a ayudar a Pitia a erguirse y la acompañaron a sus aposentos. La pequeña estaba ansiosa y emocionada porque esa misma noche iba a tener su primera guardia como mantenedora del fuego sagrado con Aspasia y ese era un cargo de muchísima importancia. Tras acostar a la anciana, ambas se abrigaron bien con una gruesa capa y se introdujeron en el interior del templo a través de la puerta que lo comunicaba directamente con la casa, dispuestas a afrontar las horas de vigilia nocturna.

Aspasia avanzó hasta el altar de la diosa Hestia situado en el centro del *mégaron* y lo rodeó para comprobar si la fogata aromática ardía correctamente tras el áureo trono enviado por el rey frigio Midas al templo de Delfos como exvoto.

—El fuego sagrado no necesita ser avivado de momento —anunció satisfecha.

—¡Qué bien huele! —dijo la pequeña olisqueando el perfume—. Pero hoy no noto el aroma a beleño y láudano que noté el primer día que presencié el ritual oracular de Pitia.

—No, esas sustancias únicamente se ponen en el fuego sagrado cuando la sibila va a profetizar.

—Comprendo —dijo Berenice asintiendo.

—Dentro de un rato echaremos más ramas de abeto y laurel para que no disminuya su intensidad, pero mientras tanto jugaremos a los dados para entretenernos y vencer el cansancio, Berenice —anunció la joven sonriente, sacando tres cubitos de hueso.

—¿Y qué apostaremos? —preguntó la niña, emocionada.

—Información —respondió Aspasia—. Quien pierda cada jugada deberá responder a las preguntas de la otra con toda sinceridad.

—De acuerdo —palmoteó la niña.

Así lo hicieron y comenzaron a lanzar los dados una y otra vez hasta completar las tiradas oportunas de una ronda. Al parecer, Tique, la diosa de la fortuna, estaba de lado de Berenice aquella noche y ella fue la primera vencedora al sacar tres seises.

—¡Por Heracles! —exclamó Aspasia tras chasquear la lengua—, ἀνεπιφθω κυβος ο, como diría el romano, *Alea iacta est*. A ti te corresponde preguntar, querida amiga.

—¿Sabes mucho latín? —preguntó la niña, impresionada ante la sabiduría de su amiga.

—¡Bah, no tanto! —dijo Aspasia restándole importancia al asunto—. ¿Esa es tu pregunta?

Berenice rio negando con la cabeza y a continuación sonrió con timidez y picardía.

—¿Te gusta algún muchacho?

—No, odio a los hombres, y también a las mujeres que se someten a ellos haciéndose despreciables a sí mismas —respondió la joven tras una pausa—, por eso no soporto la presencia de Clea.

La niña asintió recordando los moratones del brazo de la beldad, aunque dudó esperanzada de los sentimientos del actor hacia la tíade.

—Pero quizás ellos se quieren... a su manera —dijo con un hilo de voz.

—No creo —negó Aspasia rotundamente—. En realidad Calixto también la menosprecia al verla tan entregada y la trata como a una vulgar prostituta de las muchas con las que se relaciona.

—¿Tú crees?

—Sí, cosa que además considero una humillación para quienes ostentamos el cargo sacerdotal.

—¡Ella, que es admirada por cualquiera que tenga ojos en la cara a causa de su enorme belleza! —exclamó Berenice, quien consideraba a Clea la mujer más hermosa de la Tierra.

—Y tanto... incluso por aquellos que prefieren a los efebos —corroboró Aspasia—. He oído decir a algunos que en Delfos se la considera más hermosa que Friné, la musa y amante del gran escultor Praxíteles, cuya estatua erigida al lado de nuestro templo vemos a diario y de quien se dice obtuvo una sentencia absolutoria por un delito con solamente enseñar los pechos a los jueces. Esa mujer sabía sacar partido a sus encantos y era inteligente a su manera, no como Clea, que se arrastra como una perra en celo tras su insolente Adonis y le consiente lo indecible con tal de recibir las escasas muestras de cariño que, supongo, consigue esporádicamente.

Berenice negó con la cabeza, incrédula ante ese comportamiento tan poco honorable.

—Sé que ella le manda cartas, regalos y recados cada vez que vuelve a Delfos —afirmó Aspasia tras un rato de silencio—, pues viaja constantemente con su compañía teatral, pero él la trata como a la amante ocasional que se toma y se deja por diversión, y ella utiliza su *olisbos* de cuero cuando le echa de menos.

La pequeña se tapó la boca con la palma de la mano y quedó pensativa.

—No... no hemos hablado de lo que ocurrió aquella noche durante la festividad de las tíades —recordó con horror.

—Ni quiero hacerlo —atajó Aspasia—, las arcadas me vuelven al traer a mi memoria ciertas imágenes que presencié. Mejor que tú no lo vieras todo, eres demasiado pequeña para comprender algunas cosas. Fue un error por mi parte obligarte a permanecer conmigo en ese momento, pero tampoco supuse lo que iba a pasar allí.

—A veces tengo pesadillas.

—El mundo es extraño y cruel, Berenice, y no sé lo que nos espera.

La niña asintió con tristeza:

—Menos mal que nos tenemos la una a la otra —murmuró—, te considero como a una hermana.

—Y eso somos ahora —asintió Aspasia—, vivimos en la misma casa, compartimos una nueva madre y tenemos un destino común.

—Aunque no seamos de la misma sangre...

—Eso tiene solución —dijo Aspasia alegremente—. Muérdete el pellejito que hay alrededor de la uña y unamos nuestras sangres.

—¡Buena idea! —exclamó la pequeña, entusiasmada.

Las sacerdotisas royeron sus dedos hasta que el tibio líquido rojo se abrió paso entre sus carnes y a continuación juntaron las dos heridas, mirándose a los ojos fijamente y sonriendo.

Y allí en el templo de Apolo Pitio, entre frescos pintados muchos siglos atrás por el gran Aristocleides y rodeadas por cientos de exvotos que iban desde carros de combate bañados en oro a las más preciadas joyas creadas por y para deleite de la vanidad humana, dos jóvenes mujeres hicieron un pacto de fraternidad indisoluble.

—¡Que la ira de Gaia caiga sobre nosotras si rompemos este vínculo! —rezó Aspasia.

—¡Que así sea! —exclamó Berenice.

Pitia estaba macilenta y un rictus de dolor se había dibujado en su rostro permanentemente a pesar de las cataplasmas de cicuta calmante. Pero eso no impedía que continuase compartiendo sus conocimientos religiosos con las dos pequeñas sacerdotisas; en ellas había depositado todas sus esperanzas y anhelos y debía seguir con su magisterio iniciático mientras su exigua salud se lo permitiese.

—Recordad que deberéis llevaros a la tumba todos los secretos que solamente os imparto a vosotras, de otra forma sufriréis la cólera de la Diosa.

—¿Y por qué no pueden saberlos Helena y Calandra, gran pitia? —preguntó Berenice ingenuamente—. Ellas serán pitonisas del oráculo de Apolo antes que nosotras.

La anciana rio con esfuerzo.

—Esas rústicas no entenderían nada de nada, ¡vaya par! Como asegura el dicho popular: un mono es un mono, aunque tenga una medalla de oro. Calandra es una campesina analfabeta que ya era madre de cuatro hijos cuando llegó aquí, y Helena, la hija de un humilde pescador que se casó con un viudo que ya tenía descendencia. La pobre tiene deseos de aprender, pero su educación en la infancia fue tan mísera que ya es algo tarde para ella, aunque a veces creo que... Bueno, seguramente Calandra cumplirá su cometido sin gracia alguna, balbucirá torpemente las palabras y sus vaticinios no servirán para nada, pero será por poco tiempo. He visto con claridad que luego llegaréis vosotras y este lugar volverá a ser el brillante ombligo del mundo, porque una verdadera sacerdotisa debe ser virgen y de vida irreprochable para alcanzar la manía profética a través de su «matrimonio» con Apolo, además de ser aleccionada desde la infancia como se hacía antaño. Solamente vosotras cumplís esos requisitos, me niego a creer que Helena pueda llegar a equipararse a vosotras en poderes mánticos, por eso no estoy instruyéndola en estos conocimientos.

Pitia quedó en silencio tras pronunciar la última frase, al recordar repentinamente el intenso sueño premonitorio en el que una de las serpientes de la Diosa era ni más ni menos que Helena. En su fuero interno se negaba a confiar enteramente en tal profecía onírica, porque no creía que aquella mujer fuese digna del cargo.

—Además ella asegura que la Diosa le habla personalmente —dijo Aspasia divertida—, por eso no le es necesario aprender ya nada de nada, ni iniciarse en ningún misterio.

Pitia fijó la mirada en el mosaico del suelo sin responder al sarcasmo lanzado por la sacerdotisa.

—¿Y podría haber tres pitias a la vez? —preguntó Berenice.

—En épocas remotas así era —asintió la anciana.

—¿Y esa costumbre puede volver? —se interesó de nuevo la niña.

—Quizás, pero yo siempre he visto claramente que serán dos las mujeres que se hagan cargo del oráculo, aunque no sé cuándo ni por cuánto tiempo.

—Helena me gusta —confesó la chiquilla—, es amable conmigo y es muy religiosa, aunque no entendí lo que nos contó sobre Heracles tras el festival de Carila.

—No dice más que tonterías —dijo Aspasia con desprecio.

Pitia no quiso enzarzarse en el debate. Las dudas sobre cierta inspiración divina presente en Helena ocupaban su mente desde el día en que las había obsequiado con su parrafada religiosa, y sentía cierta confusión por no haber captado antes tamaña singularidad. Se preguntaba por qué nunca había sentido ningún tipo de interés por ella y no encontraba respuesta a tal desatino, aunque sospechaba que, probablemente, se debiera a cierto desprecio frente a su ignorancia. De todas formas, si verdaderamente Helena sentía la voz de Gaia en su interior, realmente no tenía que compartir con ella el magisterio sobre la Diosa, como había dicho Aspasia, sino con aquellas que todavía no habían sentido su presencia. La obligación de un maestro era enseñar a quien no sabía, se dijo para justificar su conducta excluyente, pero por otra parte no conseguía olvidar la interpretación de la aparición de la gran Diosa aquella noche en que había llevado a cabo el ritual de invocación.

—Y ahora, Aspasia, repíteme lo que os enseñé el mes pasado —ordenó a la joven, alejando de sí sus inquietudes.

—La existencia es miedo, enfermedad, dolor y muerte —repassó mentalmente la jovencita casi en estado de trance—, un sendero finito e imperfecto que todos los vivientes deben recorrer y que soportan por la ilógica esperanza de inmortalidad que aportan los escasos momentos de falsa felicidad o breve placer, pequeñas recompensas a cambio de una incesante tortura, un engaño cruel para los pobres sentidos humanos.

—Bien —asintió Pitia—. Dame ejemplos del engaño creado por los sentidos.

—El aroma de las flores y la hierba mojada que a través del olfato crea dichosos recuerdos, el sabor de los deliciosos frutos dulces que inundan la lengua, la apreciación de la belleza y la perfección que invita a derramar lágrimas, la suave música y las palabras del ser amado que llenan los oídos, y finalmente las manos que nos acarician estremeciéndonos.

—Estás mirando a tu compañera muy poco convencida —dijo la anciana, observando a Berenice.

—Pues verás, Pitia —dijo la niña tras carraspear—, Plutarco asegura que, según Platón, el goce estético que se obtiene a través de la contemplación de la belleza es saludable para el alma y el gran filósofo rechazaba la vida puramente intelectual por considerarla algo limitada.

—¡Qué bien te expresas para tu edad, debes de aprenderte las sentencias filosóficas de memoria! —rio Pitia—. Pero verás, cada corriente tiene unas opiniones concretas y siento no estar enteramente de acuerdo con el platonismo. Yo creo que los sentidos nos llevan a creer en mentiras. Ese deleite sensorial nos despista de lo que sucede realmente en el exterior y en nuestro propio interior, porque puedo asegurarte por experiencia que mientras sientes lo externo, el cuerpo va muriendo, pudriéndose y enfermando a la vez que la mente va entorpecándose, nublándose y olvidando.

—¿Por qué es así? —preguntó la pequeña, horrorizada ante el funesto destino de los humanos.

—Los dioses lo han dispuesto de esa forma; esos seres inmortales de vidas eternas y dichosas se complacen viendo sufrir a los pobres mortales, incluso a veces influyendo para que todavía sean más desgraciados. Muchas deidades son semejantes a un niño caprichoso y consentido que goza aplastando insectos con su dedo, pero un insecto puede sacar el aguijón y picar al pequeño asesino, incluso matarlo si es capaz de inyectarle la dosis adecuada de veneno para acabar con él.

—Comprendo —asintió Berenice—. ¿Y cómo se consigue eso, gran pitia?

—«Conócete a ti mismo», «nada en exceso» y «un juramento conduce a la perdición» son las tres máximas de sabiduría talladas hace cientos de años en este templo. Ahora eres una bella mariposa, pero tienes que llegar a convertirte en un peligroso escorpión, o mejor en una serpiente como Pitón, y hacerte respetar tanto por dioses como por hombres, utilizando cualquier táctica, a través del miedo o incluso recurriendo a un peligroso doble juego. Para ello debes lograr comprender quién eres, no sentir ni placer ni dolor, no emocionarte, no apasionarte, ser imperturbable y engañosa, volverte fría como el hielo y sabia como la propia gran diosa Madre, y no realizar pactos que te comprometan. Ese estado de indiferencia se logra con un duro entrenamiento parecido a la *askesis* de Diógenes, aquel filósofo cínico que no necesitaba nada y que también consultó a una pitia hace casi quinientos años.

—Intentaré lograr todos esos propósitos —prometió la pequeña.

—Aspasia te ayudará —vaticinó Pitia—, en ella se juntan los dos principios, el masculino y el femenino, su alma muestra esa duplicidad, como Atenea. Es hija y heredera de dignos progenitores y posee una inteligencia fuera de lo común, aunque como el conocimiento extremo conlleva dolor, me temo que nunca llegará a alcanzar la más leve felicidad.

Berenice observó detenidamente a su compañera sin intuir siquiera el alcance de las palabras de la pitia e ignorando, por supuesto, que pronto lo

comprobaría por sí misma.

—A veces la felicidad se consigue a través del conocimiento —se defendió Aspasia ante tan negativa profecía sobre su futuro.

—Eso dicen algunos filósofos, mientras que otros aseguran lo contrario, que la dicha se consigue holgando.

—¿Y quiénes tienen razón?

—No lo sé, yo nunca la sentí plenamente y estoy ya tan acabada... —añadió la vieja, apretándose la axila izquierda—. Ahora acostadme y marchad a vuestros quehaceres, pequeñas, necesito soledad.

Las dos jóvenes sacerdotisas hicieron lo que Pitia les pedía y salieron de la habitación apresuradamente.

—La gran pitia está muriéndose, ¿verdad? —preguntó Berenice a su compañera con tristeza.

—Sí —asintió Aspasia—, y lo que más me preocupa es que yo todavía no estoy preparada para sucederla. Espero y ruego a los dioses que aún viva algún tiempo.

Berenice asintió preocupada:

—En cuanto a esa frase que asegura que un juramento lleva a la perdición —dijo finalmente—, ¿qué crees que significa?

—Algunos consideran que esas sentencias presentes en nuestro santuario corresponden a respuestas oraculares que recibieron tres de los siete sabios de Grecia cuando vinieron a consultar a las pitonisas de sus respectivas épocas.

—Pero tú y yo hicimos un juramento, Aspasia —gimió la niña—, un pacto fraternal, y pusimos de testigos a los dioses e invocamos a Gaia para que desatara su cólera contra nosotras si no lo cumplíamos a rajatabla.

—Y así será, Berenice, nunca lo romperemos o la gran Diosa nos castigará duramente, esa sería nuestra perdición.

Realmente Aspasia se desvivía por Pitia. Muchas veces la anciana ya ni siquiera cenaba con el resto de las sacerdotisas y permanecía en su habitación recostada durante varios días seguidos. El séptimo de cada mes parecía resucitar y cumplía con su cometido oracular sin rechistar, aunque tras cada jornada de vaticinios caía desplomada e inerte sobre el suelo del templo y era necesario transportarla sobre una parihuela hasta depositarla en su lecho. Los sacerdotes y sacerdotisas se reunieron para tratar el asunto y por unanimidad se permitió que el fuerte y casto Poliano la trasladase directamente en brazos hasta sus aposentos, más cómodamente para ella. Pero la víspera de una

sesión oracular ya resultó imposible ponerla en pie y se decidió que fuese sustituida por primera vez. Calandra no estaba preparada para tan repentino estreno y la noche anterior a la jornada de vaticinios sufrió un ataque de pánico espantoso, quedando muda tras la cena y profiriendo gemidos hasta el alba.

Cuando la diosa de la aurora anunció el comienzo de aquel día cuyos funestos hechos iban a ser narrados durante meses en Delfos y en medio mundo, la atormentada Calandra salió del *oikos* pítico hacia la fuente Castalia temblando, acompañada por un preocupado séquito sacerdotal. Solamente Berenice y Aspasia se privaron del espectáculo que acaeció a continuación, ya que no abandonaron el lecho de Pitia ni un solo instante para cuidarla y ayudarla en lo que fuera necesario. Hora tras hora, la anciana vomitaba sangre y espantosos fluidos brotaban de su organismo en forma de bilis y demás sustancias putrefactas que la pequeña ignoraba que pudiese arrojar un cuerpo humano. La habitación hedía y el médico preparaba drogas incesantemente, intentando mitigar el dolor que la enferma sentía, sacudiendo la cabeza con impotencia ante sus quejidos.

Ya era de noche cuando Plutarco y Helena se presentaron cabizbajos en la estancia de la anciana para interesarse por su estado de salud e informarle de lo sucedido, tal y como le habían prometido el día anterior.

—He... he tenido horribles visiones, Plutarco —anunció Pitia aferrando el brazo del sacerdote—, cuéntame la verdad y no omitas ni un detalle.

—No voy a mentirte, gran Pitia, ha sido un desastre —reconoció el filósofo, dando muestras de profundo nerviosismo.

—¡Lo sabía! —se desesperó la mujer.

—A mí también se me ha hecho previsible desde el comienzo —razonó el sabio, demostrando su experiencia sacerdotal—, la víctima ha aguantado impasible las aspersiones con agua y por más que los ministros hemos intentado lo indecible, el animal solamente ha temblado ligeramente una vez a pesar de estar casi inundado y helado.

—Entonces, Plutarco, ha sido un error continuar —dijo la enferma, con rabia mal contenida—. ¿No os habéis dado cuenta de que esas señales indicaban que la pitia no iba a estar en disposición adecuada para someterse a la inspiración sin ser dañada?

Berenice, Aspasia y Helena escuchaban en compungido silencio la dura conversación entre el maestro y la anciana.

—¿Y qué íbamos a hacer? —se excusó el viejo Plutarco arrugando la frente—. El templo estaba lleno de *theopropoi* oficiales de distintas polis.

La enferma emitió una especie de rugido de desaprobación.

—Haberlos enviado al cercano oráculo de Trofonio de Lebadea.

—Eran demasiados, Pitia, y deseaban ser atendidos en Delfos. En fin, ha sido un error por nuestra parte, la verdad es que Calandra ha bajado a la sede oracular retraída y contra su voluntad —continuó Plutarco, apesadumbrado—. A sus primeras respuestas he notado por la aspereza de su voz que no comunicaba y que estaba llena de un espíritu maligno. En un momento dado y completamente trastornada, se ha agarrado a las anillas del asiento del trípode y se ha lanzado al suelo. Yo no daba crédito a lo que veía, y cuando Nicandro, Flavio, Poliano y yo hemos podido reaccionar, ella ya atravesaba corriendo el *mégaron* hacia la salida, gritando de forma ininteligible y ahuyentando a consultantes, sacerdotes y a todo aquel que la viera.

Pitia se horrorizó y bramó:

—¿Dónde está ahora esa insensata? ¡Traédmela ante mi presencia!

—Está acostada e inconsciente —aseguró Helena.

—Más le valdría arrojarse por un precipicio tras tamaña vergüenza —sentenció la anciana con repugnancia—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Quizás la próxima vez lo haga mejor, Pitia —intentó animarla Plutarco—. No siempre la inspiración se presenta en la misma medida, al igual que el vino no afecta de la misma forma al bebedor en determinados momentos.

—Probablemente no haya una próxima vez —dijo Helena con quietud.

La anciana clavó sus ojos glaucos en la sacerdotisa durante unos instantes, movió la cabeza negativamente y resopló sin lograr tranquilizarse. Pero una fuerte premonición le advirtió de que Helena estaba en lo cierto.

—Tenemos que encontrar una solución —anunció Pitia—, aunque sea descabellada y sin precedentes. Pero ahora no puedo pensar, no puedo moverme, no puedo hacer nada.

Los presentes percibieron que el dolor de Pitia no era meramente físico, su alma padecía intensamente y nada podían hacer por ella. Plutarco hizo una señal a las sacerdotisas para que saliesen de la habitación, y él se quedó con su vieja amiga, rezando por ella a Apolo o a cualquier dios que quisiera escucharle y rogando que no se la llevasen todavía.

La pequeña Berenice marchó al templo a relevar a Clea, y Helena y Aspasia subieron al dormitorio, hallando en él a una llorosa Calandra escondida bajo la colcha de su cama.

A los pocos días había una vasija llena de agua en la puerta de la morada sacra indicando que en ella residía la muerte. Los asistentes al velatorio se purificaban con esa agua lustral al salir de la vivienda sagrada mientras las sacerdotisas, vestidas de negro y con el pelo recogido, cantaban lamentos funerarios y se echaban ceniza sobre la cabeza. A la salida del sol del tercer día, una vez finalizada la *próthesis*, la procesión partió por calles secundarias hasta la zona extramuros donde iban a inhumar los restos de la mujer. El cadáver había sido preparado, lavado y ungido con bálsamos perfumados, envuelto en un sudario y adornado con coronas de flores y joyas. Un óbolo bajo su lengua aseguraba el pago a Caronte, el avaro barquero de Hades, para que trasladase el alma de la fallecida al otro lado del río Estigio con premura y su fantasma no tuviese que esperar eterna y angustiosamente en el Érebo sin alcanzar el inframundo.

La triste música de flauta acompañó al cortejo fúnebre hasta dejar atrás las murallas de Delfos y alcanzar el lugar a campo abierto donde esperaba el cúmulo de ramas. Muchos de los que se congregaron alrededor de la pira funeraria rumoreaban que una niña, la más joven de las sacerdotisas, había encontrado a la desafortunada Calandra inerte sobre el suelo del comedor de la casa pítica. Al parecer, la desdichada no había soportado la humillación que le había supuesto su actuación en el oráculo y había ingerido un potente veneno para acabar con su vida, por lo que algunos razonaron que aquellos honores que se le dispensaban estaban de más.

No obstante, Plutarco, aun conocedor de las circunstancias en las que se había encontrado a la difunta, quiso honrarla con una oración fúnebre exaltando las virtudes de Calandra. Así que hizo especial mención a su humildad y elogió el respeto que siempre había mostrado con Pitia desde el instante en que pisó la casa de las sacerdotisas.

—Calandra marcha ahora a encontrarse con el invisible Hades, hijo mayor de Crono y Rea, que es un dios tan benefactor y benigno con los que llegan a su lado como puedan ser sus hermanos Zeus y Poseidón. Ella poseía un alma buena, así que Cerbero la dejará entrar y, tras ser considerada por los tres jueces, con seguridad residirá en los Campos de Asfódelos o en el Eliseo.

Un pobre campesino de mediana edad y cuatro hombres jóvenes se acercaron al cadáver con lágrimas en los ojos y uno a uno fueron besando el rostro de la que había sido su esposa o madre. Las plañideras contratadas gritaban, se echaban polvo por encima y mesaban sus cabellos demostrando un horror ficticio que los que lo sufrían auténtico no se atrevían a expresar. El cuerpo comenzó a arder en la pira, mientras los allí congregados iban

arrojando pequeñas ofrendas al fuego que devoraba a la infortunada Calandra, hasta que fue extinguiéndose y consideraron que había llegado el momento de apagar los rescoldos con vino para recoger los huesos carbonizados e introducirlos en una urna.

El campesino tomó el recipiente con las cenizas y, tras dar las gracias a los presentes, anunció que las enterraría en el terruño donde había vivido y sido feliz con su esposa, antes de que esta hubiese sido llamada para ejercer el cargo sacerdotal. Él mismo, aseguró, encargaría la estela y realizaría las libaciones los días señalados para que la fallecida no se convirtiese en un alma errante. Calandra volvía a ser solo suya.

Una semana más tarde, Berenice todavía no se había recuperado de la brutal visión y permanecía entregada a un mutismo hermético durante el día. A ratos, sus ojos llegaban a humedecerse recordando el cariño que Calandra le había demostrado más de una vez, pequeñas caricias, comentarios agradables y sonrisas cómplices de ternura cuando no hacía algo bien y era reprendida. En otros momentos no podía siquiera evitar que las lágrimas corriesen por su rostro como un torrente, llorando en silencio con la mirada fija en algún punto de la pared que no mostraba nada. Un día llegó a notar los sonidos de su corazón con tal fuerza que pensó que iba a escapársele por la boca y se agarró el cuello en un intento por contenerlo. Y luego, por las noches, llegaban las pesadillas hasta que los gritos de la pequeña despertaban a sus compañeras de dormitorio.

—Tiene fiebre melancólica, está ardiente como una brasa —informó Aspasia, poniendo su mano sobre la frente de Berenice—. Preparad un baño frío de pétalos y ayudadme a meterla en la tina.

Clea y Helena se apresuraron a hacer lo que Aspasia había mandado y entre las tres llevaron en volandas a la pequeña y la sumergieron en el baño sanador. La primera dio órdenes pertinentes a una esclava para que preparase una poción somnífera que permitiera descansar tranquila a Berenice. La potente droga hizo su efecto y la niña durmió durante el resto de la jornada, bien arrebujada bajo el cobertor, sin apenas moverse.

Al día siguiente despertó con un ligero dolor de cabeza, aunque la fiebre había desaparecido por completo. Se sentó sobre la cama algo aturdida y con la boca tan seca como si hubiese estado comiendo lana; cogió la jarra de agua que descansaba sobre el mueble situado bajo la ventana del tálamo común y bebió un gran sorbo que le refrescó la lengua y la garganta. Se sentía muy mareada, por lo que volvió al lecho para tumbarse de nuevo y una vez allí comenzó a recordar fragmentos confusos de los sueños que había tenido

durante su postración. Hubiese jurado que en uno de ellos aparecía Calandra advirtiéndola sobre algo, pero no logró acordarse de qué. Era mediodía y estaba sola en el dormitorio, pero no se encontraba tan repuesta como para acudir a las clases o al gimnasio, así que continuó tumbada, analizando lo sucedido aquellos últimos días de horror.

De forma precoz y madura, recordó las palabras de Pitia sobre su obligación de controlar los sentimientos. En su nueva vida no cabía la flaqueza y no quería demostrar a las demás que era una persona frágil y débil. Tenía que comenzar su transformación de dulce mariposa en peligroso escorpión cuanto antes, y aunque no le fuese fácil o incluso aunque interiormente no lo consiguiese, se mostraría dura y portaría una máscara similar a la de los actores, pero invisible para el mundo, un velo tupido para que nadie hiriese un alma sensible y tierna de la que debía despojarse a toda costa.

Mas la escena del cuerpo de Calandra inerte en el suelo volvía una y otra vez a su mente, como un mal sueño delirante y repetitivo. Había algo extraño en la disposición del cadáver, algo que, de alguna forma, no encajaba. Pero en aquel momento de su tierna infancia, y presa del desasosiego que sufría desde hacía días, le resultó imposible saber qué era.

—¡El oráculo quedó en completo ridículo! —gritó Pitia, recorriendo dificultosamente la estancia apoyada en su bastón de yedra—. ¡Oh, dioses! ¿Por qué me habéis enviado esta horrible enfermedad?

Las dos sacerdotisas contemplaban la rabia de la anciana sintiéndose impotentes, aunque aliviadas al volverla a ver en pie.

—Y vosotras —continuó, señalándolas—, ¿por qué sois tan insultantemente jóvenes?

—No tanto, gran Pitia —respondió Aspasia—, ya tengo dieciséis años.

—Y yo nueve —añadió Berenice con un recién adquirido orgullo.

La pitia las observó casi con repugnancia y lanzó un juramento, sentándose con esfuerzo en la silla dorada donde solía meditar.

—Tenemos que encontrar una solución, Helena no resultará tan incompetente como la desafortunada Calandra, pero casi, y Delfos se convertirá en el hazmerreír del mundo.

—No caigas en el desánimo, madre —dijo Aspasia, infundiéndole valor.

—No puedo ni morirme tranquila —rugió la anciana—, no hasta que no haya resuelto este asunto. ¡Y yo que quería volver al esplendor de tiempos

pasados, a la época de la pitia que vaticinó la caída del imperio de Creso!

—¿Quién era Creso? —preguntó Berenice, con sus ojos negros muy abiertos.

—¿Cómo que quién era Creso? ¿Pero acaso tus pedagogos no te enseñan nada? —se enojó la furibunda anciana.

—Fue el último rey de Lidia —respondió Aspasia con calma—, y gobernaba un territorio extensísimo hace más de seiscientos años.

—¿Y el final de su reino fue anunciado por una respuesta oracular? —volvió a preguntar la niña con timidez al reconocer su desconocimiento.

—Naturalmente —dijo Pitia—, y eso que Creso no era en absoluto creyente. Desconfiaba de los oráculos y se resistía a consultarlos, así que envió por medio de embajadores una retorcidísima pregunta a todos los lugares proféticos del mundo mediterráneo para comprobar cuál era el más preciso, asegurando que si alguno daba con la respuesta acudiría a él en persona para que le asesorase sobre su siguiente campaña militar.

—¿Y cuál era la pregunta? —se interesó la pequeña.

—La cuestión que tuvieron que responder todos los oráculos fue qué estaba haciendo él concretamente cien días después de abandonar Lidia. En verdad era un asunto complejo, y solamente la pitonisa de Delfos, la pitia de aquella época, contestó con exactitud.

—¡Ah!, ¿y qué estaba haciendo Creso?

—Algo inimaginable, imposible de acertar si la respuesta no hubiese estado verdaderamente inspirada por un dios. Estaba cocinando una tortuga y un cordero en un caldero de bronce.

Berenice boqueó como un pez y sus negras pestañas aletearon con rapidez.

—Creso, muy impresionado, envió riquísimas ofrendas a Delfos como pago anticipado de la consulta que se disponía a realizar —continuó Pitia—, entre ellas una escultura de oro puro de un león sobre un pedestal que pesaba diez talentos, una estatua femenina del mismo metal, dos cuencos enormes, copas y jarras de oro y plata, y el collar y el ceñidor de piedras preciosas de la reina. Finalmente, se presentó aquí con una sola cuestión: si debía emprender una expedición contra los persas ampliando sus tropas con los soldados de los aliados.

—La respuesta de la pitia la recogen diversos autores en sus escritos —se adelantó Aspasia, emocionada.

La anciana asintió y ordenó a la joven con un leve asentimiento de cabeza que continuase ella.

—«Creso, si cruzas el Halis, destruirás un gran imperio» —recitó Aspasia como un actor teatral—. Y así aconteció, el rey cruzó el río, dispuesto a atacar Persia, y destruyó un grandísimo imperio, pero fue el suyo propio.

—¡Por todos los dioses! —exclamó la niña—, ¿y qué hizo a continuación?

—Bueno, a pesar de su derrota reconoció que la respuesta oracular era acertada y que el error de interpretación había sido suyo, así que envió... —dijo Pitia, deteniéndose de repente y continuando con especial énfasis—, envió la suma de dos estáteros de oro por cada ciudadano de Delfos y, a cambio, recibió de la ciudad los derechos de preferencia de turno para consultar a la pitia, exención de pago de tasas por la consulta, y un asiento preferente en las gradas durante los Juegos Píticos. Y también pidió a su nuevo amo, el rey Ciro, que le permitiese mandar igualmente las cadenas de su cautiverio a nuestra ciudad.

—¿Y dónde están ahora todos esos regalos del rey Creso? Creo que algunos no los he visto —reconoció Berenice.

—¡Claro! —saltó Aspasia—. Poco después se produjo el gran incendio en la ciudad a causa de la negligencia de las sacerdotisas de la llama sagrada. El templo, abarrotado de exvotos de oro, plata y marfil, fue devorado por el fuego y se perdieron gran parte de ellos. De los tesoros enviados por Creso solamente pudieron salvarse los dos grandes calderones que hay en la pronaos del santuario.

—¡Qué lástima! —se quejó la niña.

—No creas —negó Pitia—, la obligatoria reconstrucción del santuario llevó a la Anficiónía a promover el diseño del enorme recinto sagrado del que hoy disfrutamos, el más grande, lujoso y precioso del mundo. Era un proyecto de ensueño que se hizo realidad, se tuvo que contratar a los mejores arquitectos, canteros, escultores y pintores del Mediterráneo para edificar sus terrazas sobre la ladera del Parnaso, su larguísima muralla, sus columnas sin igual y todos los ornamentos con los que se embelleció. Volvimos a ser el centro del mundo, el ombligo, el *omphalós*... y ahora esa notoriedad se puede venir abajo a causa de la espantosa actuación que protagonizó Calandra. ¡Que Apolo la perdone!

—Todavía faltan unos días para la sagrada sesión de respuestas oraculares, Pitia —dijo Aspasia con ímpetu—, como tú dijiste, algo se nos ocurrirá hasta entonces.

A la llamada urgente de Pitia, Helena, Aspasia y Berenice se presentaron ante ella a toda prisa, abandonando las respectivas obligaciones que cada una estaba llevando a cabo en aquel momento. Cuando las tres estuvieron ante la anciana, esta las observó desde su trono con severidad y lanzó un tremendo suspiro. En la pequeña mesita al lado del sillón había una copa de cristal que contenía un líquido amarillento y Pitia bebió un pequeño sorbo del brebaje antes de hablar, preparándose para un complicado discurso y para las consecuencias que este pudiera acarrear.

—Tengo que ver vuestras aptitudes antes de tomar una decisión — anunció, mirándolas alternativamente—. Como sabéis, mañana habrá respuestas oraculares y yo las atenderé, pues gracias a los dioses y a un brebaje de mi físico, me encuentro algo mejor que aquel día infausto que prefiero no recordar. Pero no nos engañemos, la enfermedad continúa devorándome como un cangrejo con sus desgarradoras pinzas y tarde o temprano Helena tendrá que relevarme. No quiero que se repita la humillación que nuestro santuario sufrió con Calandra, por lo que he ideado un plan.

Las tres mujeres contuvieron el aliento, esperando que Pitia continuara, y el instante durante el cual esta se detuvo para beber otro sorbo se les hizo eterno y angustioso.

—Mañana descansaré tras la jornada sagrada, pero la noche para vosotras será de completa vigilia. Cuando todos duerman salid de la ciudad con un par de guardias y acudid a la fuente Castalia para purificaros, a continuación volved aquí y entrad al santuario. Cuando estéis listas haced que me avisen. Por turnos subiréis al trípode y aspiraréis los vapores sagrados de la grieta para contestar a una pregunta que yo os haré. La que me dé una respuesta oracular más precisa será la nueva pitia.

Helena abrió los ojos incrédula.

—Pero Pitia, por edad debo ser yo la próxima pitonisa sin tener que competir con ellas dos —dijo señalando a las otras.

—¿Y si resultas tan torpe como la anterior? —rugió la anciana golpeando el áureo brazo de su asiento con el puño—. No voy a permitir que otra necia ponga en peligro la fama de Delfos, además, aunque tu negra cabellera haya ido adquiriendo el triste color de la ceniza, tampoco tienes los cincuenta años preceptivos, de todas formas habría que pedir dispensa a la Anficciónía.

—Pero no es lo mismo, a mí me faltan dos años para alcanzar esa edad, pero a Aspasia... ¿cuántos?, ¿treinta y cuatro?

—Treinta y tres y medio —corrigió la aludida alzando la cabeza.

—¡Eres... eres solamente una niña! —gritó Helena, confusa.

—En otras épocas ya era una edad adecuada —informó Pitia—. Si no hubiese sido por el maldito violador Equécrates de Tesalia, ¡que los dioses lo tengan en lo más recóndito del Tártaro!, esta estúpida norma no habría entrado en vigor.

—Intuyo que no vas a pasar la prueba —auguró Aspasia, retando a Helena con una sonrisa burlona.

—Pues yo vaticino que no van a permitir que una jovencita como tú sea la nueva sibila de Delfos —cortó Helena con resquemor.

—Es probable —dijo Pitia con calma—, y de ser así haríamos una máscara de cera con tus facciones, querida Helena, por si necesitamos sustituirte.

Las sacerdotisas reaccionaron con diferentes gestos que iban del asombro al pavor al comprender la propuesta de la vieja pitia, ante su perspicacia y osadía. Una extraña atmósfera fue cargando la sala, como si el aire se hubiese hecho más pesado. La tensión se palpaba en el ambiente y los latidos de los corazones se fueron acelerando en todas ellas.

—¡Quieres engañar a los dioses y a los hombres! —echó en cara una horrorizada Helena a la gran pitia.

—A Apolo únicamente le importa que la pitonisa que esté a cargo de su templo pueda llegar a captar sus profecías, tenga la edad que tenga o se siente en el trípode a cara cubierta o descubierta; la economía de la ciudad necesita que el oráculo vuelva a recobrar su fama en el mundo y los consultantes requieren respuestas acertadas. Así que, de esta forma, todos contentos. Además, mayores misterios se han guardado históricamente en este santuario. Y ahora este va a ser nuestro secreto.

—Pero Pitia...

—No se hable más —bramó la anciana con un tono de voz terrorífico.

Nada más pronunciar Pitia esa última frase, ocurrió algo que las hizo enmudecer a todas; la copa de la que había estado bebiendo se deslizó fugazmente hasta el borde de la mesita y cayó al suelo, como si una mano invisible la hubiese empujado por la superficie, fragmentándose en pequeños trozos. El líquido se fue esparciendo por las baldosas del suelo y fluyendo entre los cristales rotos, mientras las mujeres observaban atónitas lo ocurrido. Se miraron unas a otras sin decir palabra, escrutando cada una en los ojos de las demás para encontrar un significado al extraordinario hecho recién acaecido en la estancia.

Finalmente Pitia inspiró forzosamente, sonrió y clavó sus terribles ojos en Helena.

—Recuerda que, de momento, aquí mando yo —dijo con voz heladora y haciendo un esfuerzo por contener su ira.

Berenice y Aspasia se miraron en silencio, mudas por el terror, comprendiendo ambas que allí acababa de suceder algo de difícil explicación.

Aquella noche las tres mujeres hicieron lo que Pitia les había pedido, dispuestas, si no a superar a la perfección la prueba oracular, al menos a emitir un vaticinio que se acercase a las expectativas de su futuro cargo. A ninguna le pasaba desapercibido que la más preparada era Aspasia, aunque quizás el dios pudiese tener una favorita con la que deseara comunicarse preferentemente.

Tras haber descansado unas horas después de la dura jornada de vaticinios, Pitia fue llevada al templo por Poliano, a quien solamente se le permitía entrar en casa de las sacerdotisas para ayudar a trasladar a la agotada anciana. Del cinturón de Pitia colgaba un abultado saco de cuero, y las tres candidatas dedujeron que contendría una serie de amuletos o pequeños objetos que deberían ser adivinados por ellas tras aspirar el neuma apolíneo.

La primera en ser examinada fue, lógicamente, Helena, la mayor de las tres. Si ella superaba exitosamente el experimento no sería preciso probar las capacidades de las otras dos. La nerviosa aspirante descendió las escasas escaleras que llevaban al *ádyton*, se sentó en el alto trípode sobre la grieta y comenzó a inhalar los vapores que emanaban de aquella cicatriz en la piel de la Madre Tierra. La sacerdotisa comenzó a resoplar y a murmurar una especie de letanía incomprensible, totalmente embriagada por los efluvios y el consumo de hojas del laurel sagrado que allí mismo crecía.

Pitia, ayudada por Aspasia y Berenice, se acercó al extremo oeste de la cella, la zona más próxima al *ádyton*, para que Helena pudiese oír sus palabras a través del vaho que envolvía la reducida cripta. A continuación ordenó echarse hacia atrás a las dos jóvenes y rebuscó dentro de la faltriquera, extrayendo un pequeño objeto que guardó velozmente en el interior de su puño derecho para que ninguna pudiese verlo.

—¿Qué contiene mi diestra? —preguntó, poniendo la más hermosa de las voces mientras analizaba los movimientos de Helena con su fría mirada glauca.

—Re... redondo —balbució la examinada, mientras un hilillo de saliva verdosa resbalaba por su barbilla—. Re... reluciente.

—Continúa —ordenó Pitia sin inmutarse.

—¿Una piedra? —se aventuró a decir la tanteada—. Puede ser un topacio.

—Baja del trípode, Helena, y sube tú, Aspasia.

Aspasia se sentó sobre el artefacto de tres pies con tranquilidad y se irguió en él, comenzando a respirar profunda y lentamente. Dispuesta en aquella situación parecía una etérea diosa y Berenice la admiró profundamente mientras avanzaba hacia ella mecánicamente, como la víctima de un encantamiento que atrajera irremisiblemente. Allí estaba su nueva hermana, rodeada por la estatua de oro de Apolo, su lira, sus armas y el sagrado ónfalo. Todo ello sobre un suelo sin embaldosar para que la profetisa pudiera estar en contacto directo con la Madre Tierra y para que el laurel sagrado creciese con la ayuda del sol y el aire que entraban por el óculo del techo. Era un espectáculo exquisito, velado por el vapor excitante que emergía de la grieta vertical bajo el trípode, la auténtica vagina de la propia Gaia, de la madre Creadora a la cual había pertenecido aquel lugar sagrado antes de la usurpación de Apolo. Esa noche se produjo la visión más hermosa que la niña había contemplado en su breve vida, una estampa poética y sensual de una elegancia indescriptible. Quizás por efecto de la luz de la luna y las estrellas que iluminaban el cielo y penetraban por la abertura, su amiga había adquirido un extraño brillo en la piel y cabellos, como si toda ella fuese una valiosísima joya, un broche de diferentes metales y piedras preciosas. La larga trenza castaña, cubierta por una redecilla tan fina y transparente que parecía tejida por la mismísima Ariadna, tenía en aquel momento reflejos de la tonalidad del bronce del propio trípode, y su rostro, la de la auténtica plata lunar, mientras que las largas pestañas de sus párpados entornados eran semejantes a hilos de azabache. Sus leves movimientos eran pausados y seguros y de ellos no se escapaba emoción alguna. Sin duda, Aspasia era la verdadera pitia.

La anciana volvió a formular a la joven la misma pregunta que ya había hecho a su predecesora.

—Un estátero de oro del rey Eucrátides I —respondió Aspasia con firmeza tras haber sufrido un leve espasmo.

El rostro de Pitia se iluminó con una amplia sonrisa y sus ojos se humedecieron de emoción. Una nueva época de esplendor volvería a Delfos, tan dorada y resplandeciente como la moneda que guardaba su mano.

Berenice también sonrió aliviada. No hubiese querido ser la nueva pitia y tampoco hubiese podido de momento, ni siquiera con una máscara del rostro de Helena, ya que la diferencia de alturas y su voz todavía aniñada hubiesen descubierto rápidamente el engaño. Aún debía crecer y aprender mucho, pero se felicitó a sí misma por su perspicacia, ya que desde el primer momento había sabido lo que contenía la diestra de Pitia sin necesidad de laurel ni vapores. La astuta vieja, deseosa de que Helena no resultase vencedora en la prueba, les había mencionado en su última conversación, y estando solamente presentes ellas dos, los estáteros enviados por el rey Cresos a Delfos, influyendo de esa forma en el vaticinio que debían formular, ya que la moneda era el único objeto que había nombrado con énfasis en su reciente discurso que pudiese caber dentro de un puño. El examen de la anciana estaba evaluando la inteligencia y la memoria de las candidatas más que la inspiración, por eso siempre les ordenaba que recordasen sus palabras y las retuvieran en su interior repitiéndolas como una plegaria.

La pequeña así se lo transmitió a Aspasia al día siguiente.

—Parece que el oráculo es también un juego de información rodeado de un halo de teología —dijo Aspasia tranquilamente tras escuchar el comentario de su compañera.

Por eso Pitia también recalca continuamente que había que alcanzar todo tipo de sabiduría, pensó Berenice. El saber era, ante todo, el mayor don de una pitonisa. Conocimiento, memoria y astucia, cualidades de la Diosa que ella lucharía por alcanzar. Una terrible y herética idea le vino a la mente. Quizás, tal y como había insinuado Aspasia, Apolo no tuviese mucho que ver en la inspiración pítica. Aunque había dos puntos que no acababa de entender: cómo había podido imaginarse Helena que el objeto escondido por Pitia era algo redondo, resplandeciente y amarillo como un topacio. Pero sobre todo, de qué forma había descubierto Aspasia que el estátero era del rey Eucrátides. Para esas dos cuestiones, un lógico cerebro no hallaría respuesta alguna, por lo que debía de existir algo más.

La sucesora fue investida como nueva sibila, así Helena no solamente ostentaría el cargo y todos los poderes que este conllevaba, sino que renunciaría igualmente a su antiguo nombre y heredaría el de Pitia, a través del cual se dirigirían a ella las gentes a partir de entonces; aunque la mayoría ignorasen que en realidad iba a haber dos pitonisas, a excepción de los

sacerdotes y sacerdotisas del santuario de Apolo, quienes habían sido informados de la taimada estrategia de la predecesora.

La antigua pitia, cada vez más enferma, continuaba en la vivienda sagrada atendida constantemente por el médico y las sirvientas. Algunos días se hacía necesario que permaneciese encamada durante la mayor parte de la jornada, sedada con potentes drogas cuando el dolor se hacía insoportable. Sin embargo, otros parecía revivir inexplicablemente y se mostraba activa y parlanchina dentro de sus limitadas fuerzas.

El séptimo día del mes siguiente tuvo lugar el primer engaño, la propia Helena se purificaría en la fuente Castalia y regresaría al templo en procesión por las calles de la ciudad a la vista de todos. Una vez en el semioculto *ádyton*, se produciría el intercambio, Aspasia esperaría escondida con la delgada máscara de cera del rostro de su compañera, una peluca de hechura exacta al cabello de Helena y una túnica idéntica, aunque con rellenos de tela para simular las formas más generosas de la mujer de mediana edad frente al cuerpo juvenil y delgado de su sustituta. Los consultantes no se darían cuenta del ardid a través de la celosía, pero los que sabían de él se encontraban sumamente nerviosos; a excepción de la propia Aspasia, quien interpretó su papel al mismo nivel que el reputado actor teatral Calixto.

Los *theopropoi* en esa ocasión quedaron encantados, el oráculo parecía menos ambiguo, mucho más claro y concreto, y todos ellos salieron contando maravillas de la nueva pitia. Mes tras mes fue sucediendo lo mismo, y a Delfos comenzaron a llegar ofrendas y generosos regalos de fervorosos señores e incluso de hombres humildes, tal y como solía ocurrir en épocas antiguas, que enriquecían el ya enorme patrimonio de la ciudad.

El contable romano Avidio Nigrino estaba exultante al ver las arcas del templo repletas de dinero y prometía que los próximos festivales y banquetes relacionados con el santuario iban a ser apoteósicos, cosa que no pudo cumplir personalmente al ser llamado por Roma para ejercer de procónsul de Dacia, para regocijo de Clea a la que nunca había agradado el romano. Plutarco no estaba muy satisfecho con todo aquello, pero para celebrar la euforia general organizó un banquete en su vivienda con amigos y compañeros, a pesar de que el fraude existente le preocupaba inmensamente. Él era un hombre sumamente religioso y, aunque había comprobado que Apolo no estaba molesto con el engaño al no haber recibido Delfos castigo divino alguno, dudaba de la honorabilidad de la estratagema.

—No seas tan aprensivo, amigo mío —dijo su compañero Flavio Aristótimo, tumbado en un triclinio—, en otras épocas ha habido hasta tres

pitias, dos oficiales y una suplente.

—Lo sé, Flavio —respondió Plutarco—, pero las tres públicas, visibles y sin disfraz. Ahora también tenemos tres, una moribunda que vivirá hasta que los dioses quieran, otra investida pero falsa y, por último, la verdadera pitia que no ha recibido investidura alguna... quizás deberíamos habernos reunido de forma extraordinaria con los demás miembros de la Anficiónía para cambiar la normativa pítica, sobre todo en lo relacionado a la edad y cantidad de sacerdotisas ocupantes del cargo.

—¡Eres demasiado estricto, hermano! —exclamó Lamprias, saboreando una hoja de higuera rellena de picadillo—. Pero si vas a estar más tranquilo puedes plantearlo al pleno sacerdotal y elevar la petición al gobierno de la ciudad para convocar un encuentro anficiónico urgente.

—Eso quisiera hacer —asintió Plutarco—, no sé cuánto puede durar esta farsa, y si es descubierta o Helena muere, nuestras únicas candidatas serían una jovencita y una niña a las que no se les permitirá ostentar el cargo.

—¿Y por qué no reclutamos a una mujer adulta como posible sustituta de Helena? —propuso Nicandro tras unos instantes de reflexión.

—¿Te crees que las mujeres dotadas de dones divinos surgen de la tierra como los nabos? —preguntó Plutarco con una mueca—. La antigua pitia y yo necesitamos en su momento de una gran labor de investigación para dar con Aspasia y Berenice, y ya sabes que la pitonisa debe ser de Delfos o de los pueblos de los alrededores, no podemos ir a buscar mujeres poderosas a los confines del mundo.

—Ya perdonarás mi ignorancia —dijo Flavio tras engullir un higo—, pero yo pensaba que cualquiera podía ejercer la potestad. En realidad creía que eran los vapores de la grieta los que inspiraban a cualquiera que los respirase, basándome en la historia que me contaron cuando me instalé aquí, en Delfos. Me explicaron que en épocas muy antiguas, cuando todavía las pitias no profetizaban en el trípode, un pastor de cabras observó que sus animales tenían un comportamiento extraño cuando se aproximaban a la fisura de la tierra en la que hoy está el *ádyton* del templo. Parece que, para comprobar qué ocurría, el hombre se acercó al lugar y al aspirar los vapores que emanaban comenzó a profetizar. Pronto corrió la voz y muchos otros hicieron lo mismo, por lo que se armó un gran revuelo con gentes de todas las ciudades que acudían aquí para probar el prodigio mántico... con el consiguiente peligro de caída que efectivamente se produjo en más de una ocasión. Por eso los delfios decidieron instaurar el oráculo regido por una sibila que augurase por todos y

con la seguridad que proporciona el recio trípode que separa a la profetisa de la grieta.

—Bueno, esa leyenda fue narrada por Diodoro Sículo hace apenas doscientos años —informó Plutarco—, y te puedo asegurar que ni en esa época ni ahora tenemos una idea certera de cómo surgió todo esto hace más de un milenio.

—¿Quieres decir que el tal Diodoro se la inventó?

—Invención o suposición, amigo mío, los escritores funcionamos así, aunque muchas veces nuestras hipótesis no sean correctas. Yo, como sacerdote del templo, puedo asegurarte que me he aproximado a la grieta y solamente he conseguido un buen mareo al aspirar los efluvios de Apolo, pero en ningún caso el don profético del que gozan ciertas personas. ¡Y mira lo que ocurrió con Calandra! Así que no creo que cualquiera pueda vaticinar por masticar un puñado de hojas del laurel sagrado —metamorfosis de Dafne tras ser perseguida por el dios— y por respirar los gases subterráneos y sagrados de los que disfrutamos en el templo de nuestra ciudad. Son las facultades adivinatorias las que deben fundirse con el halo divino para que el oráculo sea real.

El viejo Plutarco se sumió en una honda reflexión antes de continuar.

—Hay algo más, pero no puedo decirlo qué. Considero que Apolo es realmente Febo, es decir, puro y santo, y el único dios verdadero que sigue hablando a los hombres. Ahora sé que el resto de los oráculos, muchos de los cuales hoy han desaparecido, eran propios de démones, de deidades menores que ya han muerto. Por eso sirvo aquí como sacerdote, mi única fe reside actualmente en Apolo, aunque en mi juventud adorase a más dioses. Tiene razón el romano Plinio al asegurar que es propio de hombres simples buscar un dios que no sea el sol, y delirio infantil creer en matrimonios entre distintas divinidades; según él, Dios significa para un mortal ayudar a otro mortal y es el camino para alcanzar la gloria eterna.

—Algunos tacharían tu monoteísmo de herejía, amigo mío —dijo Flavio, algo escandalizado—, se parece al de esa secta judía que tantos quebraderos de cabeza está dando al Imperio.

Plutarco pareció no haber oído siquiera la acusación de su amigo, y continuó hablando en una especie de trance similar al alcanzado por las pitias.

—Después de muchos años de reflexión puedo asegurar que el cuerpo se sirve de muchas herramientas, pero del cuerpo y sus partes se sirve el alma, y a su vez el alma es una herramienta del dios.

—Entonces brindemos por la salud de cuerpo y alma —dijo Lamprias alzando su copa y pasándosela a continuación a su hermano.

—Desde hace tiempo solamente bebo agua o tisanas —confesó Plutarco negando el ofrecimiento con la mano—. Ya sabes que allí donde hay vino Dioniso se halla presente, y te he dicho antes que solamente a Apolo sirvo. Además, como decía el poeta Esténelo, el vino hasta a los sensatos los induce a cometer insensateces, y Teognis aseguraba que el borracho ya no es dueño de su propia lengua ni de su mente y profiere cosas sin pies ni cabeza que al sobrio le resultan indecentes.

—¿Ni siquiera lo tomas en el desayuno con trozos de pan? —preguntó Lamprias, perplejo.

—Mi *akratismós* se compone de leche.

—Pues no estaría de más que comenzásemos a parlotear de asuntos banales con unas copas dentro, puesto que estamos de fiesta. El vino siempre es bueno para la tertulia, desata la lengua y lleva a la risa y al cotilleo; yo sigo la máxima de Crisipo cuando recomendaba: «No desaproveches copa gratuita».

—Hoy no me siento demasiado inclinado a la broma y la distensión, algo me dice que las cosas van a complicarse.

—¿Qué temes? —se interesó Lamprias.

—Como os he dicho, no poseo dotes de adivino ni soy profeta, pero conozco al ser humano y no sé cuánto tiempo soportará Aspasia la pesada carga de ser la pitia en la sombra.

—Eso también lo he pensado yo —reconoció Flavio Aristótimo con la aquiescencia del resto de los comensales.

—Rogad a Apolo que esta situación se resuelva pronto, amigos míos.

La vieja pitia mandó llamar a la pequeña a su lado y Berenice acudió presta a la habitación privada que aún conservaba la anciana en honor a su rango. Esa era una prerrogativa que las pitias poseían, la posibilidad de quedarse en la morada sagrada si no tenían familia o por el mero hecho de desear permanecer en su antiguo estatus hasta que la muerte se las llevara.

—Ven, querida, acércate aquí —ordenó la enferma con un cansado movimiento de brazo.

La niña empujó una pesada silla hasta el lecho donde la anciana pasaba las horas postrada, se sentó y fijó su mirada en la mancha de pus que se había dibujado en la túnica de la antigua pitia.

—Aquí estoy, Pitia —dijo Berenice tomando la trémula mano de la mujer entre las suyas.

—No me llames Pitia, niña mía, ahora ese honorable nombre pertenece a Helena... o quizás a Aspasia. En fin, vivimos momentos de confusión y desorden, pero a veces las cosas son así.

La pequeña asintió en silencio y hundió sus ojos negros en el verdoso mar que la anciana mostraba bajo sus párpados.

—Quiero contarte algo antes de morir, aprovechando que tengo unos instantes de consciencia, porque otras veces mi cerebro está tan confuso a causa de las pócimas que me hace tragar el médico para mitigar el dolor que padezco, que no sé ni lo que digo.

—Dime pues, madre —murmuró Berenice, obedeciendo la orden de la mujer de que no la llamase Pitia.

—Hoy no voy a narrarte hechos de la Diosa ni de las otras divinidades olímpicas, en este momento quiero que hablemos únicamente de ti.

La pequeña enarcó perpleja las cejas y se dispuso a atender sin perder palabra, como siempre que Pitia contaba algo.

—Voy a decírtelo todo sin rodeos, pronto cumplirás diez años y yo no sé cuánto tiempo voy a vivir; pueden ser meses o quizás un año... no obstante esto último es poco probable y, aunque llegase a convertirse en realidad, mi mente se irá debilitando y es posible que llegue a olvidar hasta mi nombre. Quiero que seas fuerte y reacciones con la frialdad en la que creo estar educándote, sin sobresaltos, lloriqueos, ni aflicciones propias de mujeres débiles.

Berenice se propuso no defraudar a la anciana y respiró profundamente, preparándose para resistir cualquier cosa que fuese a escuchar.

—La máxima principal del templo, «conócete a ti mismo», luce en la pronaos del santuario para que la tengamos presente cada día. No se trata de que nos miremos al espejo para vernos los rasgos de la cara, sino que sepamos lo máximo sobre nosotros, por lo que considero que tú no debes ignorar ni tus orígenes ni el motivo de tu nombre.

La niña contuvo la respiración.

—Ya es hora de que sepas que fuiste concebida en una orgía dionisiaca. Tu padre era un sacerdote del dios y tu madre había comenzado a frecuentar estas celebraciones desde que quedó viuda, así que no eres hija de ninguna divinidad ni nada parecido, aunque reconozco que mentí a tu progenitora para que te trajese aquí. Esos prodigios antinaturales no suceden, aunque exista una secta de hebreos que sacrílegamente proclamen la existencia de un dios

único y estén diseminando entre sus seguidores una leyenda engañosa en honor a la virginal madre de su profeta. El cuerpo de todos los seres vivos funciona de la misma forma inalterable: nace, crece, se desarrolla, en algunos casos se reproduce, madura, enferma y finalmente muere. La gran Diosa, verdadera nutricia de todos nosotros, así lo ha dispuesto. Ya no hay nuevos dioses, la época de los seres divinos acabó hace miles de años y ninguna recién aparecida deidad va a surgir en este miserable mundo. Pareces horrorizada, Berenice, y no debes estarlo, provienes de la unión de dos seres excepcionales porque, aunque el cuerpo es corrupto y su evolución, cruel, la inteligencia es un regalo divino y los dones mentales se transmiten de los padres a la descendencia; eres un cachorro de buena camada. Tu madre era de origen humilde, pero en su juventud fue una de las videntes más valoradas en Delfos, sus vaticinios eran famosos entre las gentes por su exactitud y yo misma pude comprobar la clarividencia de la que ella gozaba. Una vez tuve un sueño profético que me anunció que llegaría a ser pitia y acudí al modesto mesón que tus abuelos maternos poseían en la ciudad para afianzar mi premonición. Cuando vi a tu madre, recuerdo que pensé que aquella niña de aspecto frágil no iba a confirmarme que el más alto cargo al que una mujer podía aspirar en este mundo sería para mí, pero me equivoqué. Ella, en un estado de arrobamiento como pocas veces he llegado a contemplar sin estimulante alguno, auguró que cuando cumplierse cuarenta años, para lo cual entonces me faltaban apenas unos meses, sería reclutada como sacerdotisa aspirante y que una década más tarde me convertiría en pitia.

Berenice boqueó atónita.

—Y así fue, como ves. Por otra parte, tu padre era un hombre religioso y muy inteligente, un gran sacerdote del templo que al estar iniciado en los misterios de Dioniso debía participar en sus celebraciones más incomprensibles y extrañas... a su tiempo sabrás a qué me refiero.

—Ya lo sé —confesó la niña, avergonzada—, tengo que hacerte una confesión, gran señora, una vez Aspasia y yo estuvimos espiando a escondidas los rituales de los neófitos dionisiacos con las tíades.

La vieja estalló en una enorme carcajada que terminó en un acceso de tos.

—Pero lo que no comprendo —continuó la niña, cuando la anciana acabó de toser y se limpió la boca manchada de sangre con el manto— es por qué mi madre me lo ocultó.

—Bueno, probablemente aquella noche estaría tan ebria que ni siquiera recordaría haber tenido un encuentro carnal con un hombre, sino con una deidad. Pero ella te amó más que al resto de sus hijos porque eres el fruto

tardío de una fecundidad que se agotó contigo, la obra maestra y misteriosa de un escultor experto. Cuando le anuncié tu llegada al mundo le ordené que te pusiese Berenice, pues ese es mi nombre y tú ibas a ser mi hija predilecta, la descendencia de dos cuerpos dotados de espíritus únicos.

La pequeña sacerdotisa enmudeció.

—¿Y cómo conoces las circunstancias en las que fui engendrada, gran señora? —logró pronunciar finalmente tras una honda reflexión—. Además se supone que una pitia debe proceder de una familia con reputación intachable, y yo soy una bastarda hija de una...

—Yo era la pitia, pequeña, así que pude hacer lo que consideré oportuno sin dar explicaciones a nadie —cortó la anciana sin prestar importancia al hecho—. Anda, acércame el unguento de cicuta que hay dentro de la arqueta roja y ten mucho cuidado, esta potente droga en cataplasma cura, pero ingerida mata.

—¿Y no vas a decirme quién era ese sacerdote que aseguras es mi padre? —preguntó Berenice volviendo junto al lecho de Pitia con el frasquito de veneno solicitado.

—Creo que ya sospechas la respuesta —respondió la anciana lanzando una sutil mirada a la niña—. Plutarco es tu padre.

A Berenice se le hacía imposible concentrarse en las clases impartidas por aquel pedagogo tan particular. Por las noches pasaba largos periodos de vigilia planeando cómo sacar más información de los propios labios de su maestro sin llegar a descubrir lo que la pitia le había confesado. Su precoz perspicacia la obligaba a ser prudente y a meditar cuáles serían las palabras adecuadas para iniciar el asunto. Ella era solamente una niña y se sentía incapaz de tender una trampa mental a la inteligencia del anciano y sabio Plutarco, pero no iba a darse por vencida. Una mañana, finalmente, tomó la determinación de iniciar la clase preguntándole al sacerdote sobre los misterios de Osiris, a los que tan aficionado era y que, según él repetía, eran idénticos o muy similares a los dionisiacos.

—¿De qué deseáis hablar hoy? —comenzó Plutarco como todos los días.

—Maestro —llamó Berenice—, me gustaría que me aclarases unas dudas.

—Claro que sí, pregúntame lo que quieras.

—Querría conocer más sobre los misterios de Isis y Osiris, sé que eres un iniciado y que también has escrito un tratado sobre ello.

—Así es —asintió el pedagogo, mostrando extrañeza ante tan inesperada interpelación—, pero en mis escritos no desvelo nada sobre los ritos iniciáticos y las ceremonias... eso está prohibido, Berenice.

—Lo sé, maestro, he leído tu obra, aunque por mi edad no la he comprendido demasiado bien, y por eso me gustaría que me hablaras de la personalidad de Osiris, ya que siempre has asegurado que es como nuestro Dioniso; además en tu tratado dices que los misterios osirios son un camino para alcanzar la verdad filosófica.

—Naturalmente —confirmó Plutarco—, pero ni Clea, como sacerdotisa de Dioniso, ni yo, podemos ser transparentes en ciertos asuntos. Lo que sí puedo decirte es que los dioses de los diferentes pueblos no son distintos, sino los mismos aunque denominados de diferente forma. La veneración de este dios en las tierras del Nilo es antiquísima, según la traducción de un viejo papiro llevada a cabo por un sabio a quien tuve el honor de conocer durante mi estancia en Egipto; y podemos afirmar que hace dos milenios y medio ya se adoraba a esta deidad. Y todavía te diré más, si Osiris ostenta rasgos dionisiacos, Isis es semejante a la diosa Madre de nuestra cultura, también llamada «la de muchos nombres», y es la guía, el medio para comprender a quien solo la mente puede.

Helena dio un respingo y Clea se puso tensa.

—Así que ella está subordinada a él —dijo con rabia Helena—. ¡Qué gran error!

Aspasia lanzó una mirada fulminante a su compañera y contuvo a duras penas un gesto de hastío. Desde que la joven ejercía el puesto de pitia oculta, parecía haber mudado ligeramente de carácter. En la casa se decía que estaba mucho más irritable y se enfurecía a menudo por minucias que antes le habrían pasado desapercibidas. Muchas veces respondía de mala manera, sobre todo a Helena y a Clea, pero también a sus pedagogos e incluso al amable paidotriba, quien no había conseguido que la joven retomase sus ejercicios gimnásticos.

—Solamente en cierta forma —respondió Plutarco, viendo una tensión creciente entre sus discípulas.

—Otra pregunta, maestro —dijo Berenice, cambiando aquel tema que no le interesaba demasiado y que la alejaba del motivo de sus pesquisas—. ¿Hace cuántos años estuviste viviendo en Egipto?

—Yo era joven, de eso hace mucho tiempo —respondió el aludido, disfrutando del recuerdo.

—Y luego viniste a Delfos —continuó la niña.

—No, todavía viajé durante un tiempo y después estuve varios años en Roma. Posteriormente me trasladé de nuevo a Queronea, ya que el Imperio me tenía reservada la misión de ser su embajador en mi tierra natal. Y ahora, como ya sabéis, me desplazo constantemente entre Delfos y Queronea, gracias a la relativa cercanía entre ambas ciudades y para llevar a cabo todos los cometidos de mi vida, que son muchos y de gran importancia.

—Ya lo creo —asintió Berenice con respeto— eres el sumo sacerdote y se rumorea que van a erigirte un gran monumento.

—Así es.

—Volviendo a lo de antes, maestro —dijo Helena—, siempre relacionas a Dioniso con el egipcio Osiris, pero ¿existe alguna relación entre Osiris y Heracles?

—En la antigüedad se distinguía entre el Heracles egipcio y el tebano heleno, como claramente puede verse en las obras de Heródoto —respondió Plutarco sin arriesgarse demasiado—. Y muchas de las características propias de este antiguo rey están presentes en Osiris.

Tras las palabras del sacerdote fue Helena la que lanzó una fulminante mirada a Aspasia, quien aceptó en aquel punto su derrota agachando la cabeza y poniéndose como la grana. El día del festival de Carila, Aspasia no había dado crédito a la reflexión teológica de su compañera, que al parecer coincidía plenamente con la explicación de Plutarco. La soberbia propia de su impresionante inteligencia la dejó sin palabras, no podía aceptar estar equivocada y que la otra tuviese razón.

—¿Y has sido iniciado en los ritos de Dioniso o de Osiris? —volvió a la carga Berenice.

—De Dioniso —asintió el maestro—, pertenezco a los *hosioi* griegos, aunque haya estudiado también la religión egipcia en profundidad.

—¿Y has participado en algún ritual?

—Hace tiempo, cuando era más joven, pero no te voy a decir en cuáles ni cuándo, ya que estas ceremonias son...

—Sí, son secretas, ya lo sé —refunfuñó la niña al no haber sacado información alguna del sacerdote que demostrase su paternidad.

—No sé dónde quieres llegar, Berenice —dijo el maestro, turbado—, ni comprendo qué es lo que me estás preguntando concretamente. De todas formas no creo conveniente que debas iniciarte en este tipo de misterios siendo sacerdotisa de Apolo, no son en absoluto compatibles.

—¿Y para ti sí lo fueron, maestro? —retó la niña con descaro.

—Yo me inicié en el dionisismo antes de ser sacerdote apolíneo — respondió Plutarco fríamente—. En mi caso se consideró obligatorio para mi aprendizaje, al igual que la experiencia de los misterios eleusinos, rituales divididos en tres fases que tuve que completar para mi total integración en la sociedad cultural ateniense.

—Yo también fui iniciada durante mi juventud en los misterios de Eleusis, maestro —espetó Helena ante el asombro de todos los presentes.

Plutarco tardó unos instantes en reaccionar, pero discretamente asintió y, dirigiéndose a la pitia, dijo con respeto:

—Mantengamos entonces oculto lo que así debe permanecer, respetando la asociación de la gran diosa Deméter, nieta de Gaia, con su hija Perséfone.

Clea tomó una figura masculina del tamaño de un codo modelada por ella misma con barro y escribió con tinta de mirra caracteres egipcios sobre su cabeza, orejas, ojos, hombros, brazos, manos, pecho, bajo vientre, sexo y plantas del pie. Después cogió trece agujas de bronce y las clavó en todas las partes del muñeco donde había escrito las palabras mágicas, mientras recitaba una fórmula concreta.

—Yo te atravieso el cerebro, Calixto, para que no te acuerdes de nadie, sino de mí. Y de igual forma tus oídos, tu vista, tus extremidades, tu tronco en dos partes, tu sexo y los pies con los que caminas.

A continuación, tomó una lámina de plomo, grabó en ella las mismas frases que acababa de pronunciar y, con ella, rodeó dos imágenes, la del hombre plagado de agujas y la de una mujer que la representaba a ella misma. Ató fuertemente ambas esculturas con hilo y realizó pacientemente trescientos sesenta y cinco nudos, las metió en un saco y abandonó el *oikos* pítico.

Escondiendo sus facciones con la capucha de su manto, salió de madrugada y comenzó a recorrer presurosamente el camino principal que unía Delfos con el puerto de Cirra. El humilde terruño propiedad del viudo de Calandra se encontraba a apenas cinco estadios de la ciudad y, como los gallos habían cantado una hora atrás, supuso que el campesino y sus hijos ya habrían abandonado la humilde finca y se encontrarían vendiendo leña y huevos a los clientes habituales.

Llegó a la cerca de piedra y la perra guardiana comenzó a ladrar aproximándose peligrosamente a ella. Su aparición era algo que ya había previsto, y desde el otro lado de la valla le lanzó el trozo de carne emponzoñada que había traído consigo. No creía que hubiese ningún peón en

tan reducidas tierras, pero aun así estuvo atenta a la posible llegada de algún vecino mientras observaba a la perra maltesa devorando el infausto bocado. Debía ser paciente y esperar el momento apropiado, y cuando vio al animal tumbado en el suelo comprendió que ya era posible acceder a la propiedad sin riesgo. Tras respirar profundamente, saltó la cerca con toda la facilidad que su fuerte y elástico cuerpo le permitió y depositó las figuras envueltas sobre la sencilla tumba bajo el olivo, al lado de los ungüentarios que decoraban el túmulo. Después desenrolló el papiro que había guardado en su bolsa y leyó un sortilegio:

—Yo te conjuro, demon de muerta, dirígete a todo lugar, a toda casa y a todo camino, y tráeme a Calixto; impide que coma o beba, y no dejes que él intente tomar a otra mujer u hombre para el placer, sino a mí, Clea, jefa de las tíades de Delfos. Hazlo así y que no se separe de mí ni una hora de la vida. Si haces esto te dejaré descansar, en nombre de Barbar Adonáis, el brillante dominador del cielo, y de Tot. Ata mis labios a los suyos, une nuestros vientres y acerca muslo con muslo. Yo invoco tu nombre, padre Horus, que tiene las mismas cifras que el de las Moiras. *Achaiipo thotho piacha aïe eïa iae: eïa thotho piacha.*

Clea salió de su arrobamiento y sintió que la urna que contenía las cenizas de Calandra estaba vibrando y removiéndose dentro de la tierra. La magia egipcia, cuyos rudimentos había aprendido en la adolescencia como parte de su preparación para convertirse en sacerdotisa dionisiaca, era lo único que podía ayudarla. Para tal conjuro era necesario que el varón o la mujer a cuyo demon se invocaba hubiese perecido violentamente, sin importar si había sido por mano propia o ajena. Calandra se había suicidado y eso lo sabían bien todos los sacerdotes del templo de Apolo, aunque tal secreto no hubiese trascendido al resto de la población delfia.

Antes de marchar, enterró al lado del túmulo el talismán formado por las dos figuras entrelazadas para que no fuera descubierto y lo retirasen de allí, y a continuación tomó un puñado de la tierra de la sepultura y la guardó en su saca. La inscripción de la lápida reflejaba el amor conyugal y filial de un marido y unos hijos rotos de dolor por la pérdida, así que Clea se dijo que Calandra entendería perfectamente el motivo de sus desvelos y la innoble acción que acababa de cometer. Si el alma de la difunta permanecía errante, como se suponía a causa de su tipo de muerte, quizás quisiera ayudar a su antigua compañera a lograr lo que ella había disfrutado en vida: el cariño de un amante esposo.

Caminó de nuevo los breves pasos que separaban la tumba de la valla, sorteando el cuerpo inerte del animal fallecido por ingesta de veneno, al igual que la esposa de su amo, y volvió a brincar ágilmente sobre el pétreo muro, esta vez seguramente acompañada por el espíritu benefactor de Calandra.

Continuó rezando por el sendero de vuelta a Delfos mientras palpaba la gravilla que había cogido de la tumba.

—Haz lo que debas —rogó en voz alta con toda la fuerza de su corazón—. Haz cualquier cosa para conseguir que la última mujer a la que Calixto mire en su vida sea yo.



TERCER AÑO:

LA DOBLE PITIA



Los de Delfos no tenemos por qué inmiscuirnos en estas cuestiones, a no ser que pretendamos ser jueces en vez de sacerdotes.

Obras. Fálaris.
LUCIANO. Siglo II d. C.

Tres veces por semana tras las clases matutinas, Aspasia, Clea y Berenice acudían al gran gimnasio, acompañadas por un guardia pítico o una esclava. Aquella fría mañana se encaminaron bien abrigadas hacia el complejo deportivo y entraron al vestuario para cambiarse de ropa. Como todos los días gélidos, lluviosos o demasiado soleados, entrenarían en la pista de carreras cubierta de la terraza superior, pero al igual que otras muchas veces en los últimos tiempos, Aspasia se despidió de las otras dos en la puerta para encaminarse hacia la biblioteca.

—¿Hoy tampoco vas a hacer ejercicio? —le preguntó Berenice, viendo cómo se alejaba con premura.

—No —respondió Aspasia girándose levemente—, estoy estudiando las teorías atómicas de Platón y Demócrito.

—¿Irás a casa a almorzar?

La joven negó con la cabeza moviéndola de abajo arriba y desapareció de la vista de sus compañeras.

—¡Vaya loca! —exclamó Clea, divertida—. Es más pedante que un filósofo barbudo, creo que por eso lleva una capa blanca como ellos, despreciando la elegancia femenina. Hace unos días me confesó que solamente toma una comida fuerte al día porque almorzando le entra somnolencia y se siente abotargada física y mentalmente. Considero que Lisímaco no le recrimina demasiado su actitud porque realmente no la soporta y prefiere tenerla encerrada entre libros a entrenarla. Aunque quizás su reciente pasión por la física se deba a que busca la compañía del bello Timarco, cosa que a nuestro paidotriba no le haría mucha gracia.

—¿Timarco? —se interesó Berenice—. ¿Ese joven tan hermoso a quien también entrena Lisímaco?

—El mismo —respondió la sacerdotisa dionisiaca—. Creo que tanto uno como la otra están enamorados de él.

—No es cierto —refunfuñó la pequeña—, Aspasia me confesó una vez que los hombres no atraían su interés físico.

Clea rio mientras se ponía su atuendo deportivo y se aceitaba bien su escultural cuerpo.

—Bueno, entonces no me extrañaría que buscara en el afeminado Timarco ese amor espiritual, tan alabado por Platón, que consiste en encontrar la belleza y el virtuosismo del alma del ser amado. Por lo que llegaríamos a la conclusión de que nuestro joven efebo tiene dos admiradores, uno puramente corporal al modo de Afrodita Pandemos, y la otra meramente espiritual, como representa Afrodita Urania.

—¿Y tú crees que Aspasia tiene ese tipo de sentimiento hacia Timarco? —preguntó Berenice, reflexionando.

—No sé, para algunos es posible, pero no para mí —respondió Clea con un mohín—. Reconozco que la belleza del ser humano me cautiva excesivamente, aunque puedo comprender que haya quienes busquen otro tipo de atracción. Lo extraño es que Aspasia, siendo agraciada, desprecie de esa forma su anatomía y la del prójimo, esa dejadez por el físico no es común en nuestro carácter heleno. Todo ser dotado de alma tiene un cuerpo al que atender, y en la juventud el organismo humano requiere la satisfacción de muchas y variadas demandas... a no ser que a escondidas las satisfaga con uno de esos falos de cuero que cualquier buen zapatero fabrica en nuestra polis.

La niña pestañeó escandalizada.

—Lo que dices me parece más propio de un animal que de un ser dotado de alma.

—¿Por qué? —se extrañó Clea—. La mismísima Hiparquía de Tracia, una de las filósofas más insignes de nuestra historia, bebía los vientos por el cínico Crates de Tebas y se unía a él en público, como los perros.

—Pero hay mujeres y hombres castos, seguidores de la diosa Artemisa. Y tanto Aspasia como yo, en nuestra calidad de futuras pitias, debemos permanecer vírgenes hasta la muerte.

—Tú sabrás lo que quieres hacer con tu vida —dijo Clea, dirigiéndose hacia la puerta—. Soy sacerdotisa de Dioniso y me han educado en otro tipo de pensamiento. Te aseguro que a veces me resulta duro compartir morada con un puñado de mujeres que no piensan como yo y con las que no tengo nada en común. Además sé que me despreciáis y por eso no me agrada

vuestra compañía. Vosotras solamente veis virtud en vuestro cometido de servidoras de Apolo y os negáis a entender que al igual que el don profético de las pitias se produce por posesión e inspiración de Apolo, mi delirio báquico proviene de Dioniso, del caprino Pan y de la mismísima diosa Madre. Aunque vosotras no suponéis que tal estado sea un regalo de los dioses, sino algo sucio e inmundo. Consideráis mi cargo secundario, pero es tan importante como el vuestro, todas las deidades merecen tener quien les sirva y a cada una le agrada un tipo de ritual diferente.

—Quizás nos resulta difícil entenderlo, Clea —reconoció Berenice.

—Lo malo no es que no comprendáis, sino que no queréis comprender —sentenció la bella sacerdotisa—, y por cierto, ni Artemisa ni Atenea fueron castas vírgenes como tú crees, solamente se las considera así porque se negaron a someterse al matrimonio y la maternidad, pero te aseguro que disfrutaron de muchos y variados «esposos». Solamente Hestia practicó siempre la castidad, y acabó siendo relegada al cuidado del fuego sagrado tras haber ofrecido su puesto en el Olimpo a Dioniso. Así pues, seguid su ejemplo, atizad la llama del templo como sacerdotisas vírgenes y dejad que las servidoras dionisiacas nos dediquemos a lo nuestro.

Berenice abrió la boca para contestar, pero Clea ya había abandonado el vestuario. Lentamente se levantó del banco y dejó su túnica bien plegada en el nicho que le había sido asignado para tal efecto mientras continuaba reflexionando; a continuación hizo un gesto a la esclava para que vigilase sus pertenencias y finalmente salió a la pista de carreras donde ya Lisímaco la esperaba impaciente.

—Hoy te has retrasado —dijo el paidotriba, saludándola con una sonrisa.

—Perdóname, Lisímaco —murmuró la niña—, llego tarde porque he estado recibiendo una lección de ética.

—¿De Plutarco? —se interesó el sonriente entrenador.

—No, de Clea —respondió Berenice cogiendo una pelota para iniciar una ejecución del baile llamado *harpastón*.

Plutarco entró en el aula acompañado de un hombre con cierto parecido a él, y las sacerdotisas lo observaron con curiosidad. Rondaría los cuarenta años y su pelo cortado al copete y su barba gris algo descuidada demostraban una extraordinaria predilección por la filosofía estoica.

—He de marchar a Queronea para asistir a unas fiestas locales —anunció Plutarco a las cuatro mujeres—, pero aquí os dejo con mi hijo Autobulo,

quien me sustituirá hasta mi regreso.

Berenice escrutó al nuevo maestro dándose cuenta de que posiblemente tenía ante sí a su medio hermano y comenzó a buscar en él facciones coincidentes con las suyas; las demás se limitaron a dar sus parabienes a Plutarco, deseándole un feliz y provechoso viaje.

—Con él quedáis ya —finalizó el filósofo, asiendo del hombro a su hijo—, y que os sean provechosas sus enseñanzas.

Autobulo sonrió a sus alumnas y comenzó anunciando que como primer día charlarían sobre diversos temas para conocerse mejor y que podían preguntarle lo que quisieran, al igual que proponía su padre al inicio de sus clases. Berenice tomó la palabra enseguida, viendo en ese instante una oportunidad única para sus labores de investigación sobre la posible paternidad de su maestro.

—Háblanos de tu padre, Autobulo.

—Eso es —corroboró Aspasia—. Su discreción habitual nos ha acostumbrado a saber poco sobre él, aunque todas le admiremos como maestro, sacerdote y filósofo. Seguramente a través de alguna anécdota suya también sacaremos conocimientos provechosos.

—Mi padre también os tiene a vosotras mucho respeto y cariño —comenzó Autobulo—, y no solamente por vuestro cargo de sacerdotisas, sino como mujeres virtuosas e inteligentes, según me cuenta a menudo. Como le conocéis desde hace mucho tiempo, de sobras sabréis que es un gran defensor de la educación femenina y del papel de la mujer en nuestra sociedad.

—Sabemos que valora al género femenino más allá del gineceo, opinión que otros muchos no comparten —reconoció Aspasia.

—Os contaré un divertido suceso de su juventud que corrió de boca en boca en aquella época —comenzó Autobulo sonriendo—, al parecer estaban recién casados mis padres cuando se dirigieron con unos amigos al valle de las Musas en el Helicón para ofrecer sacrificio a Amor, ya que unas disputas entre los progenitores de ambos casi hicieron peligrar su matrimonio y querían dar las gracias a ese dios por su protección. Allí en Beocia, tras acudir a las fiestas y sacrificios, tuvieron que arbitrar el caso de un efebo que era amado tanto por una rica viuda aún joven como por varios hombres adultos, y los compañeros de mi padre se enzarzaron en discusión sobre ambos tipos de relaciones y sobre cuál era la que más convenía al muchacho. Algunos de los amigos de mi padre, aquellos que podríamos llamar defensores de la pedofilia y del amor exclusivamente viril, argumentaban que la relación de amistad y camaradería entre los varones ennoblecía las relaciones carnales y que tan

idílico estado resultaba imposible con una mujer. Tampoco creían que la riqueza de aquella viuda fuese algo positivo, sino que acabaría pasando factura a su joven esposo. Mi padre, ferviente partidario del amor conyugal, se negó tajantemente a aceptar ese punto de vista y demostró que el trato de amistad y afecto entre personas de diferente sexo era muy superior al solamente masculino. También añadió que preferir la riqueza de una mujer a su virtud era algo vil, pero que evitar la riqueza unida a la virtud era propio de necios. Así defendió el amor de la viuda, aduciendo que además ella se encontraba en la plenitud de la vida porque ni siquiera tenía canas, al contrario que algunos pretendientes del muchacho, quienes comenzaban a mostrar variados signos de decrepitud; por lo que nada impedía que ella fuese la decisión acertada ya que, siendo de más edad y prudencia y dulce por su afecto, gobernaría la vida del efebo de forma beneficiosa.

—Como ocurrió entre Megara, la esposa de Heracles, y Yolao —dijo Helena—. Ella tenía treinta y tres años y él dieciséis, y fue el propio Heracles quien concertó ese matrimonio.

—Así es, pero escuchad lo mejor del relato que viene ahora: mi padre y sus compañeros estaban en pleno arbitraje filosófico cuando llegó un conocido hasta ellos para anunciarles que la rica viuda, llamada Ismenodora, había raptado al joven Bacón, que era el nombre del muchacho. Mucho rieron algunos y otros se desesperaron por el nivel de libertinaje que había ido adquiriendo nuestra civilización, en la que ya las mujeres se comportaban de la misma forma que los hombres.

—¿Y por qué no ha de ser así? ¿No es acaso Afrodita la que siembra y concede el amor? —preguntó Aspasia.

—Eso mismo defendía mi padre —respondió Autobulo—, que las causas y motivaciones amorosas no son particulares de ningún sexo, sino comunes a ambos. Y a continuación habló detalladamente de las características de las mujeres virtuosas, alegando que la justicia, templanza, fidelidad, inteligencia y fortaleza de ánimo se dan en ellas, además de la gracia en la mirada, la persuasión de la voz y la atractiva belleza de sus figuras. Dones estos que las disolutas emplean para el placer y el engaño, mientras que la honesta usa de ellos para acrecentar el afecto y la amistad de su esposo, pues no hay mayor ventura y gloria tan envidiable como cuando con sentimientos concordes administran su casa marido y mujer.

—Al parecer tu padre es ejemplo masculino de fidelidad y cariño conyugal —espetó Clea con cierta ironía y captando la atención de Berenice.

—Así es —confirmó Autobulo.

—¡Por Zeus que entonces es digno de encomio! —continuó la sarcástica tíade—. Un hombre que por negocios y cargos viaja constantemente de Queronea hasta aquí y que posee en nuestra ciudad un alojamiento en el que usualmente vive solo, tiene muchas posibilidades de caer en la tentación.

Aspasia lanzó una mirada irritada a Clea y, para desviar el nada favorable cariz, preguntó rápidamente:

—¿Y cómo terminó la historia, maestro?

—En alegre celebración de boda entre Ismenodora y Bacón —respondió este, atendiendo exclusivamente a la pregunta de Aspasia—, y sabed que el cortejo nupcial fue encabezado por los pretendientes del joven, quienes aceptaron de buen grado la decisión final.

Berenice quedó impactada. Sus dudas crecieron en vez de disminuir y a cada intento de sacar información conseguía sentirse más perdida. Quería conocer sus orígenes, tal y como Homero lo había anhelado al consultar a la antigua pitia, pero a veces todavía resonaban en su mente las palabras maternas pronunciadas hacía más de dos años, para emular a la remota sibila que había atendido la consulta del divino poeta: «Tú no tienes patria, sino patria»; y aún había añadido su madre: «No hay que buscar a los padres carnales, todos somos hijos de la diosa Gaia y a ella retornamos al morir».

Quizás estaba siendo infantil y herética en sus intentos de averiguación y debía conformarse únicamente con lo que ya sabía, sin pretender poner en un aprieto a su valioso maestro. De todas formas, qué iba a conseguir aunque Plutarco reconociese su paternidad privadamente. Nada en absoluto.

Helena ya no frecuentaba la compañía de las otras mujeres. Había adoptado una actitud entre avergonzada y distante que demostraba su repulsa ante la situación que se había creado en el desarrollo de sus labores oraculares. Las cenas resultaban insoportables por la creciente tensión existente entre ella y Aspasia, ya que ninguna de las dos se sentía satisfecha con su papel, y excepcional resultaba la quietud alrededor de la mesa en las contadas ocasiones en las que se personaba la antigua pitia porque, por respeto a ella, no se tocaban ciertos temas.

Helena y Aspasia habían creado una especie de juego pueril que consistía en querer tener razón constantemente y en profetizar todo tipo de nimiedades de la vida cotidiana. Que si tal pan tendría moho aquel día, que si la anciana pitia se atragantaría con el vino o que seguramente la sierva tropezaría al entrar a la sala con la bandeja.

—¡Parad ya! —gritó una noche la exasperada Clea—. Esto no hay quien lo soporte.

En ese momento entró una alegre Berenice anunciando haber terminado su turno y asegurando que la llama sagrada se encontraba avivada y resplandeciente.

—¿Qué sucede? —preguntó, al ver un gesto malhumorado en el rostro de las tres mujeres.

—Estas dos están aguándome la fiesta —dijo Clea, señalando a Helena y a Aspasia.

—Yo sí que tengo la fiesta constantemente aguada —rugió Helena—, desde que se decidió que esta niña usurpara mi puesto.

—¿A quién estás llamando niña? —gritó Aspasia—. Tengo diecisiete años y soy la verdadera sibila de Delfos. Mis vaticinios son certeros, no como los tuyos, que confundes una moneda con una piedra preciosa.

—¡Eres... eres una infame! —dijo Helena poniéndose en pie.

En aquel instante Pitia penetró en el comedor apoyándose con suma dificultad en su gastado bastón de yedra. Se tambaleaba de tal forma que parecía que fuese a caer al suelo en cualquier momento, y las sacerdotisas se apresuraron a ayudarla a tumbarse en un triclinio.

—Vuestros gritos se oyen por toda la casa —anunció con desgana.

—¡Pitia!, yo... lo siento —dijo Aspasia avergonzada.

—Y yo también siento mucho lo que está pasando, queridas, estáis anteponiendo vuestros propios deseos y relegando a un segundo lugar el bien del oráculo, y no debería ser así.

—Pero, gran señora —se defendió Helena, roja como la grana—, mi situación es injusta... he servido como sacerdotisa durante casi veinte años y ahora que el puesto tendría que haber recaído exclusivamente sobre mí, no puedo realizar mi trabajo.

—Clea, vete a cuidar el fuego del templo —ordenó a la tíade—, esta conversación no te concierne.

—Claro que me voy, y encantada —dijo la bella sacerdotisa, sacudiendo su melena tan roja como la llama del santuario.

—Las demás escuchadme —rugió Pitia.

Helena, Aspasia y Berenice obedecieron algo confusas y preocupadas por la estabilidad de Pitia. La anciana se incorporó del triclinio ahogando un profundo suspiro.

—Desde hace un tiempo me vienen constantemente a la memoria las palabras de poetas antiguos referentes a la vejez. —Su voz adquirió de

inmediato el tono idóneo para declamar—. Safo decía: «Penosa es ya mi edad y a piedad mueven mis miembros temblorosos», y Esquilo aseguraba: «Nada es ya una vieja aterrorizada, menos que un niño». Y así es en verdad, reconozco que me siento muy asustada tanto por la cercanía de la muerte como por el ignominioso legado que dejó en Delfos: tres mujeres seleccionadas por mí y al parecer indignas de representar al dios que gobierna nuestro templo.

Las sacerdotisas bajaron la cabeza profundamente dolidas.

—No me interesan vuestras rencillas absurdas, lo que me preocupa es que no lleguéis a conoceros a vosotras mismas y en eso voy a ayudaros. De momento os necesitáis unas a otras. Sois como una tríada de deidades que deben trabajar juntas para realizar un buen trabajo, Zeus necesitó la colaboración de Hades y Poseidón para vencer a Crono; las tres Moiras, Cloto, Láquesis y Átropos, estaban unidas pero cada una realizaba una función; y también las tres hermanas gorgonas, Medusa, Esteno y Euríale. Pero sobre todo debéis ser como la propia Diosa, una y trina, joven doncella, mujer núbil y anciana. Solas, en mónada, o únicamente dos, en díada, no os bastáis por ahora, y os diré el porqué.

Pitia clavó sus ojos glaucos en Helena.

—Eres la de mayor edad y no careces de don profético, pero no posees la viva inteligencia de tus compañeras, aunque te esfuerces. Tu rabia no se debe a que te hayan suplantado, sino al reconocimiento de esto. Todos no podemos ser iguales, siempre hay alguien más bello o más listo o más rápido que nosotros, la naturaleza no es justa y la devoción a la Diosa no basta. Aseguras que Gaia te habla y te creo, de hecho en algunos momentos lo he visto claramente, pero los puntillosos asuntos de Estado y la política escapan a tu comprensión.

La aludida dejó escapar una fugaz lágrima que se apresuró a limpiar disimuladamente con las puntas de los dedos.

—Ahora es tu turno, Aspasia —anunció Pitia fríamente—. Posees una inteligencia privilegiada y tienes una envidiable facilidad para aprender y memorizar. Te admiro profundamente, pero desconoces cómo moderar tu soberbia y tu ira, y si no lo consigues acabarás muy mal.

La joven apretó los dientes evitando responder.

—Y por último, la pequeña Berenice —dijo Pitia sonriendo a la chiquilla—. Tú eres un punto medio entre tus dos compañeras, una balanza equilibrada de todas las virtudes existentes, pero tu corta edad está contra ti. A pesar de tu precocidad, te queda mucho por vivir y aprender, por lo que esas experiencias

variarán sustancialmente tu personalidad y todavía no puedo decirte con seguridad quién vas a ser.

La anciana pidió que le llenasen una copa de vino, cosa que prestamente hizo la pequeña.

—¿Te lo aguo, Pitia?

—No, ya sabes que hace tiempo solamente lo tomo puro.

Las tres mujeres esperaron a que Pitia acabase la copa de un solo trago. Todas sabían que, además, a veces le añadía beleño o mandrágora para calmar los dolores, aunque también esas plantas restasen lucidez. Pero en ese momento no lo hizo, quería estar bien despejada para que su discurso fuese suficientemente nítido.

—Una vez analizados vuestros caracteres —continuó, tras limpiarse la boca con el dorso de la mano—, voy a daros un valioso consejo, no de la forma oscura propia de oráculo inspirado, sino claramente, como fruto de una intensa y larga reflexión. Disfrutad cada una de vuestras virtudes y de la vida cómoda, aunque no carente de ciertas privaciones, que lleváis aquí, y sobre todo no os enzarzáis en peleas ridículas que no os conducirán más que al desastre. Yo no estaré entre vosotras para mediar en ello, así que tened presente en momentos de crisis lo que acabo de deciros y recordáoslo las unas a las otras cuando alguna lo olvide.

—¡Sí, Pitia! —dijo Berenice obedientemente.

—La memoria es frágil, queridas —añadió la anciana dando por finalizada su valoración—. Y ahora besadme las tres y marchad a conocer a vuestra nueva compañera, se llama Eurídice y su carácter es tan dulce que además de ayudaros a avivar el fuego sagrado, os enseñará cómo aplacar el de vuestro interior.

—¿Podemos hacer algo más por ti, Pitia? —preguntó Berenice tomándole la mano compasivamente, porque le resultaba obvio que a la enferma se le estaba escapando la vida poco a poco, pero intentando parecer fuerte y evitar que su rostro mostrase el más mínimo esbozo de misericordia. Era lo que Pitia siempre le había aconsejado, y ahora lo único que podía hacer por ella era intentar agradarle de alguna forma.

Pitia sonrió admirándola.

—Por fin tu voz se está volviendo más grave y profunda —dijo la anciana—, eso me reconforta. Y ahora acompáñame a mi habitación y quédate conmigo hasta que me duerma.

Cinco días antes de los idus del mes romano dedicado a Augusto del año 870 *ab urbe condita*, el emperador Trajano murió en Cilicia a los sesenta y dos años y su hijo adoptivo Adriano, amigo de Plutarco, recibió la noticia de su ascensión al trono cuando se encontraba en Antioquía. El sacerdote Flavio Aristótimo fue enviado a Roma como embajador de Delfos y regresó con estupendas nuevas que pronto corrieron por toda la polis, como la ferviente admiración del nuevo emperador al culto oracular a Apolo y el refrendo de la independencia délfica, que ya su antecesor había reconocido. Como agradecimiento, Flavio Aristótimo erigió una estatua de Adriano pagada de su propio peculio en el templo de Atenea. Pronto la imagen del emperador estuvo presente entre los delfios, y no solo en forma de escultura, sino también en el anverso de las nuevas monedas que se acuñaron, en cuyo lado opuesto se mostraban símbolos populares de la ciudad, como el templo de Apolo, el *omphalós*, la letra E e incluso la cueva Coriciana.

—Adriano me dio saludos para ti y me aseguró que visitaría Delfos en cuanto le fuese posible —afirmó Flavio Aristótimo—, ya sabes que es un enamorado de nuestra tierra y costumbres.

—Le envié un mensaje de felicitación cuando tuve noticia de su nombramiento. ¿Qué planes tiene en cuanto a política en Grecia? —preguntó Plutarco.

—Me citó su proyecto de crear una unión entre ciudades griegas, retomando así el ideal panhelénico, además dijo que revisaría la organización de la Anfictionía y los límites de la tierra sagrada alrededor de Delfos. Te ha propuesto para presidir el consejo de los anfictions por ser sumo sacerdote del templo y tenerte en alta estima.

—Y se lo agradezco, amigo mío —dijo Plutarco, ya conocedor de su nuevo cargo al haber recibido correo de ello—. ¿Hizo alguna referencia a nuestro santuario?

—Naturalmente —asintió Flavio—. El emperador Adriano no quiere que se hagan cambios sustanciales en el orden sacerdotal ni en la organización de los Juegos Píticos.

—Tendremos que inscribir en los muros del templo toda la correspondencia imperial que nos envíe, que presumo será abundante.

—Claro... pero veo que hay algo que te preocupa, Plutarco.

—Y no andas desencaminado, Flavio. Temo que con un nuevo emperador tan fervoroso de Delfos, se descubra el engaño.

—Te refieres a la doble pitia, ¿todavía sigues con eso?

—Dicho así hasta resulta divertido —reconoció Plutarco—, pero no lo es en absoluto. Tenemos que conseguir cuanto antes que tanto la Anficionía como el consejo sacerdotal reconozcan la edad de veinte o veintiún años para ejercer de sibila, o quizás menos, como en la antigüedad.

—Veo que tienes la esperanza de que, para cuando venga Adriano a Delfos, solamente Aspasia ostente el puesto.

—Así es.

—Pero todos los miembros de la Anficionía no están al corriente de la trampa y se preguntarán por qué hay que cambiar una norma que rige desde hace tanto tiempo.

—Podemos explicarles que consideramos que la actual pitia muestra signos de enfermedad y que la única que podría ser su sucesora en caso de necesitar ser sustituida en breve es muy joven todavía.

—No es mala idea, y será mucho más sencillo si llegas a presidir el consejo de anficiones. Redacta ya la petición y la firmaremos todos los sacerdotes, después la entregaremos a la Anficionía para su valoración y posterior votación en la reunión de otoño. Yo no veo problema alguno.

—Yo sí, Flavio —contestó Plutarco preocupado—. Consultando unos documentos antiquísimos, que ni siquiera sé si he transcrito correctamente, me he enterado de que la pitia en otros tiempos podía ser perfectamente incluso una niña porque las respuestas oraculares a veces consistían en un simple «sí» o «no», dependiendo de si la chiquilla extraía de un jarrón una judía blanca o una negra.

Flavio Aristótimo rio.

—Eso me recuerda a uno de los maravillosos autómatas del inventor Herón de Alejandría al que tuve el honor de contemplar. En un santuario egipcio se instaló su prodigio de ruedas giratorias, agua, cuerdas y poleas unido a la figura de un ave mecánica. Los consultantes debían hacer una pregunta que solamente pudiera ser contestada afirmativa o negativamente, y tras haberla emitido debían hacer girar una manivela. Pero la rueda conectada al pájaro metálico tomaba una u otra dirección al azar, haciéndole cantar si la respuesta era sí, o callar si era no, y los fieles quedaban extasiados ante tal prodigio.

—Conozco algunos de los ingenios de ese gran sabio —reconoció Plutarco—, inventos magníficos que impresionan a las gentes más sencillas. Pero aquí, en Delfos, el asunto es mucho más complicado, sobre todo con el avance de los tiempos, porque ya hace siglos que las consultas se fueron volviendo de tal complejidad que se hizo necesaria la presencia de una

auténtica sabia y de la legión de espías que siempre hemos poseído para poder responderlas.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Aristótimo—. Eso supondría reconocer la falsedad de varios asuntos relacionados con el oráculo, como que la edad mínima de las sibilas se cambió a causa de la violación de una joven de antaño, porque lo que en realidad estás insinuando es que si no llega la inspiración profética, la pitia debe recurrir al conocimiento y a la lógica, y por lo tanto debe ser una mujer adulta y con importantes estudios sobre diversas materias.

—Y cierto es, siempre digo que la inspiración oracular no llega igual en todo momento, de igual forma que el vino algunas veces emborracha más que otras a la misma persona. Y si la inspiración no invade a la sibila, ella debe recurrir a la sabiduría. Pero ni debemos caer en el ateísmo ni en la superstición, hay un punto medio entre no creer en nada y confiar en cualquier adivino de pago. Por eso ignoro si los casi treinta anfictiones con derecho a voto aceptarán nuestra propuesta, porque cada uno tiene su propia idea filosófica y un determinado nivel de religiosidad.

—¿Y crees realmente que Aspasia estará preparada cuando cumpla veinte años para ser esa pitia poseedora de una sabiduría excepcional? —dudó el embajador y sacerdote de Delfos.

—Flavio —dijo Plutarco clavando la mirada en él—, Aspasia es especial, y lo mismo puedo decirte de la joven Berenice. No hay otra mujer en Delfos que pueda superarlas actualmente, y llegarán a ser como aquella sibila de tiempos dorados que afirmaba que sabía cuántos eran los granos de arena de una playa y las dimensiones exactas del mar.

—¿Y Helena?

Plutarco reflexionó y sacudió la cabeza ensimismado.

—No sé qué decirte. Helena me confunde y creo que a Pitia también. Una vez me contó que había tenido un terrible sueño oracular, me narró una visión de pesadilla y la interpretación que de ella había hecho. Me estremecí profundamente y lo que más me preocupó en ese momento fue la infalibilidad que siempre ha mostrado en sus predicciones, por lo que no creo que anduviese errada.

—¿Qué había soñado? —se interesó Flavio, perplejo.

—No puedo decírtelo, me previno de que si lo desvelaba caería sobre mí un cruento castigo. Así que no voy a hacerlo jamás, pero estaré preparado para lo que se avecine.

Plutarco recordó perfectamente el estremecimiento que le había producido la revelación del sueño de Pitia. Volvió a revivir mentalmente la noche que había permanecido acompañándola, asiéndole la mano fuertemente, limpiándole el sudor de la frente y dándole sorbos de medicina para paliar sus dolores, contraviniendo de esa forma todas y cada una de las normas referentes a la prohibición de tocar directamente a la gran sibila. Mientras tanto, ella le contaba la pesadilla que la obsesionaba, con voz entrecortada, haciendo especial hincapié en la confusión que le había causado ver a tres serpientes con los rostros de Helena, Aspasia y Berenice peleando por destacar, cuando ella siempre había estado segura de que solamente serían dos las mujeres que se hicieran cargo del oráculo. Mostró algunas dudas sobre la capacidad de Helena, pero también sus temores frente a la ira incontenible de Aspasia y su ambición desmedida. Hablaron durante horas hasta que finalmente se durmió debido a la sedación provocada por las drogas.

Pero sobre todo nombraron a Berenice, y tuvieron mucho de que hablar. Demasiado.

La Moira de la muerte también cortó aquel año el hilo de la vida de Pitia a mediados de un tremendamente caluroso mes délfico de *Bucatio*, irónicamente el mismo en el que otros años sus habitantes se encontraban celebrando los Juegos Píticos. Aquella vez sería distinto y la fiesta se tornaría en días de luto y lágrimas, como cuando siglos atrás el hijo de Aquiles, Neoptólemo, fue asesinado y enterrado en Delfos.

La tragedia había sido anunciada por oscuros presagios. Con antelación habían aparecido aves negras volando bajo, habían caído violentos rayos durante dos noches y varios pastores habían sido testigos de nacimientos de animales deformes en sus rebaños. Pero en la vivienda sagrada ya esperaban el fatal desenlace en cualquier momento porque una semana antes, la anciana había asegurado haber visto en sueños su propio rostro reflejándose sobre aguas cristalinas, y eso era presagio inequívoco de inminente defunción, tal y como explicaba la conocida leyenda de Narciso. Los delfios lloraron desconsolados a Pitia y, durante las semanas posteriores e incluso los meses, no pararon de llegar a la ciudad mensajeros de todos los lugares del mundo con muestras de dolor de diferentes señores a quienes la recién fallecida sibila había servido de consejera. El llanto más sincero fue el de las dos sacerdotisas más jóvenes, quienes no encontraban consuelo de forma alguna, y también el del buen Plutarco. Clea y Helena, sin embargo, no exteriorizaron ningún

síntoma de tristeza, quizás debido a su mayor madurez, ni tampoco la nueva sacerdotisa Eurídice, quien al haber convivido escaso tiempo con Pitia no debía de estar demasiado afectada, aunque las tres habían mostrado un profundo respeto durante los rituales funerarios.

Tras esos largos días, la vida en Delfos volvió a la normalidad. Las respuestas oraculares llegaban puntualmente el día séptimo de cada mes y los habitantes de la casa pítica retomaron sus rutinas paulatinamente, a excepción de Berenice, quien continuaba sintiéndose desvalida por la pérdida. Había prometido a Pitia volverse fría como la nieve del Parnaso, pero no lo lograba en aquellos tristes momentos. Seguía siendo una niña, y reconoció cuánta razón tenía la anciana al decir que le quedaba mucho por aprender, se sentía huérfana, echaba de menos más que nunca a su verdadera madre, buscando inconscientemente una suplencia a la figura que acababa de desaparecer de su vida. Además no podía olvidar con facilidad el comportamiento de su madre, que se hubiera desvanecido para siempre, y tal actitud le dolía profundamente porque no encontraba argumento alguno que pudiera exculparla.

Necesitaba desahogarse y aprovechó que aquella noche estaba a solas en el dormitorio con su amiga Aspasia, ya que Eurídice se encontraba vigilando la llama sacra, Helena visitando a una prima que vivía en la cercana Cirra, y Clea cenando a deshora por haber terminado previamente su turno. Aspasia era su hermana única y verdadera por el pacto de sangre, por un juramento que quizás las condujese a la perdición, como así aseguraba la sagrada máxima, pero que había sido realizado con la aquiescencia de los dioses en pleno santuario. La pequeña le relató su angustia sin callar detalle alguno.

—Sinceramente, no sé qué decirte sobre tu madre.

—Ella jamás me ha visitado, ni ha intentado coincidir conmigo —confesó Berenice, dolida.

—Eso tú no lo sabes a ciencia cierta —dijo Aspasia girándose hacia la cama de Berenice.

—¿Cómo que no lo sé? Ya no he vuelto a verla... cuando dejé mi hogar me anunció que Pitia sería mi nueva madre y se borró de la escena, como si ningún vínculo existiese ya entre nosotras. Además me recordó que todos los vivientes somos únicamente hijos de la Diosa.

—¿Y tu padre? —preguntó la joven con curiosidad.

Berenice calló unos instantes, dudando entre contar la verdad a su amiga o llevarse a la tumba el secreto que Pitia le había confesado. Finalmente optó por lo primero, ya que el silencio le torturaba el corazón desde hacía demasiado tiempo.

Aspasia lanzó una sonora carcajada ante el asombro de la otra y se incorporó del lecho de un brinco.

—¿Cómo? —preguntó aún riendo—. No puedo creerlo. Probablemente tal confesión fuese una broma del fino humor de Pitia. Realmente algún padre tendrás, o quizás seas fruto de la magia, pero me resulta inaudito que el casto de Queronea sea tu progenitor. Hace once años y medio Plutarco ya era viejo, y creo que no residía en Delfos ni en la cercana Queronea, se encontraba en Roma ocupando un cargo administrativo y, a no ser que hiciese un viaje relámpago de ida y vuelta para asistir a esa orgía, no veo muchas posibilidades de que te engendrara. Además, Plutarco jamás bebe vino puro, como parece obligatorio en las fiestas dionisiacas, y es tan pudoroso como el censor romano Catón, quien llegó a expulsar del Senado a un hombre que besaba a su esposa en presencia de su hija. Una temporada dudé de él, pero ahora sé que su moral es férrea y altos sus principios.

Berenice se mostró extrañada y Aspasia continuó explicándose:

—Reconozco que me fastidió que apoyase a Clea ante mis argumentaciones sobre Dioniso, aunque ahora comprendo que lo hizo por respeto a todo tipo de dioses y a sus sirvientes, lo que no conlleva necesariamente que él haya participado en rituales dionisiacos, aunque sea un iniciado. Por otra parte, no puede ser tu padre porque no os parecéis en nada.

—Eso no importa, tampoco me parezco demasiado a mis hermanos y somos hijos de la misma madre.

—Entonces creo que deberías hablar con ella.

—¿Seguro?

—Bueno, deduzco que es lo que deseas.

—¿Mando llamarla o acudo yo a su casa?

—Berenice, eres peor que cien *theopropoi* oraculares con tanta pregunta —dijo Aspasia riendo.

—Es que no sé qué hacer, amiga mía —reconoció la niña sentándose en el blando colchón.

—Tienes tiempo para pensarlo, llevas dos años y medio sin verla y ahora parece que tengas que resolver el asunto con extrema premura.

Berenice sacudió la cabeza, desesperada.

—Muchas veces pensé en hacerlo, pero Pitia no me lo hubiese permitido jamás. Además... ¿cómo? Una vez se me ocurrió enviarle un mensaje, pero los mensajeros y guardianes de esta casa no hubiesen obedecido mis órdenes, a mi edad no me toman en serio ni acatan mis mandatos.

Aspasia asintió:

—Entiendo que la ausencia de Pitia te haya provocado esta desazón y la consiguiente necesidad de reunirte con tu madre, aunque yo con ver a mis padres de vez en cuando ya tengo más que suficiente.

—¿Acaso no los amas? —se interesó la pequeña.

—Es complicado de expresar... los admiro, más bien. Ambos son filósofos y solamente viven para sus estudios y disertaciones. Soy hija única y probablemente no me desearan.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Berenice—. De ser así te hubiesen abandonado en un estercolero público o podrían haber recurrido a un pesario abortivo antes de que nacieras, como muchos otros he oído que hacen.

—No creas, ellos son unos pitagóricos melencólicos que no comen seres animados y niegan la licitud del aborto. Nací en día diez, que para su corriente filosófica representa lo perfecto, y me pusieron de nombre Aspasia en honor a la maestra de retórica y logógrafa de Mileto que fue esposa de Pericles. No me prestaban demasiada atención, ni siquiera mi madre me amamantó personalmente, sino que contrató a una nodriza para ello... eso sí, griega de nacimiento y con una adecuada cultura para que no me llenase la cabeza con leyendas y supercherías extranjeras. Lo que realmente he de agradecerles es la esmerada educación que recibí, que me ha llevado a convertirme en lo que ahora soy. Cuando cumplí siete años seleccionaron cuidadosamente al pedagogo más exclusivo y caro de Delfos para que me enseñara los rudimentos de la escritura y la lectura. Me reprendía constantemente por escribir con la mano izquierda en vez de la derecha y me esmeré por corregirme a base de permanecer encerrada en una habitación alimentándome solamente con pan y agua hasta cesar en mi defecto, castigo ante el cual mis padres no demostraron ninguna clemencia. A la edad de diez años me enviaron aquí; parece que mi maestro, amigo íntimo de Plutarco, le comentó de mi precocidad y este, como ya era sumo sacerdote de Apolo, me llevó ante Pitia.

Berenice se estremeció al escuchar el relato de la dura infancia de su amiga, una niñez con poco afecto familiar que fue esculpiendo a cada golpe de cincel a la fría esfinge en que se había convertido la joven Aspasia.

—Seguro que ahora estarán orgullosos de ti —murmuró por decir algo.

—Opino que simplemente tienen la sensación de haber cumplido un deber —confesó la pitia oculta, sin dar demasiada importancia a lo que sus progenitores pensasen de ella.

—A lo mejor mi madre también siente lo mismo.

—Sé prudente —dijo Aspasia tras reflexionar unos instantes—, posiblemente no llegue a gustarte demasiado lo que vas a oír de sus labios. Yo, en tu lugar, esperarí­a un tiempo.

Ambas quedaron en silencio, sumida cada una en sus propios pensamientos. Clea entró en el dormitorio, se despojó de sus ropas tirándolas sobre el arcón y se tumbó en la cama dando la espalda a las otras dos. Los suaves ronquidos de la sacerdotisa dionisiaca no tardaron en llegar y las jóvenes se desearon bellos sueños reconociendo que ya era muy tarde para continuar despiertas, sobre todo para Berenice, quien comenzaría su turno en el templo antes del alba.

Pronto se durmieron plácidamente llegando al reino de Hipno, el dios del sueño cuyo palacio era una gruta oscura que el sol nunca visitaba, pero aun así hermosa por estar rodeada de amapolas. Cuando ya se iban a introducir en ella, Berenice dudó, quedándose ante la entrada de la caverna para contemplar la pradera de flores rojas que se extendía por la izquierda. Eran flores rojas como el vino, bellas pero venenosas en fuertes concentraciones... venenosas como la cicuta... A su izquierda... la mano que Aspasia usaba para escribir en su niñez y que le había valido un terrible castigo.

Se despertó súbitamente, incorporándose como la piedra regurgitada por Crono e impulsada por una catapulta. Había encontrado el fallo en la postura del cuerpo de Calandra el día que la había hallado muerta. Calandra era completamente zurda y de ningún pedagogo había disfrutado en su rústica niñez para que le corrigiera tal defecto, pero aquel día la mano del cadáver que sostenía la copa de vino emponzoñada era la diestra.

Plutarco, Flavio Aristótimo y Nicandro escuchaban asombrados los razonamientos de las dos mujeres sobre su derecho preferente a ocupar la habitación de Pitia. Tanto una como la otra argumentaban que quien debía ocupar el tálamo sacro a partir de entonces era ella misma, Aspasia afirmando ser la verdadera pitia y Helena asegurando que era su rostro el que veían los consultantes y todo Delfos desde el momento en que comenzaba la jornada de sesión oracular con la procesión hacia la fuente Castalia.

—En realidad ambas tienen razón —reflexionó Plutarco, reunido ya a solas con el resto de los sacerdotes—. Hasta que no se produzca el cambio de normativa necesitamos de las dos para que la institución pítica continúe.

—Habrà que construir otro dormitorio en el anfitálamo —propuso Nicandro.

—En la estancia solamente hay una gran ventana que da al patio interior, por lo que si queremos dividirla por un muro, deberíamos abrir un nuevo hueco para crear otra.

—¿Y si la Anficionía acepta tu propuesta y no es necesario realizar obras? Ya falta poco para la reunión de otoño.

De todo esto debatían, mientras una enojada Aspasia volvía al dormitorio común encontrándose en él con Berenice.

—¿Qué sucede? —preguntó esta última al ver la cara de su amiga.

—El asunto de la estancia, continúan sin entender que yo soy la verdadera pitia.

La más joven bajó la mirada.

—¿Acaso ya no quieres seguir durmiendo aquí conmigo? —preguntó ligeramente ofendida.

—No es eso, Berenice —respondió Aspasia—, pero necesito ocupar el tálamo de Pitia.

—Sigues llamándola Pitia y ese nombre corresponde ahora a nuestra compañera —rio la niña—. Reconozco que a mí me pasa lo mismo, ella es la merecedora del nombre, pero ¿por qué quieres heredar su lecho y sus habitaciones?

La joven lanzó un bufido y negó con la cabeza.

—Es muy complicado de comprender —dijo secamente.

—Puedes intentar explicármelo, hermana —rogó Berenice—, ya no soy una niña.

Aspasia clavó sus ojos color miel en ella, si a alguien debía confesarle la verdad, era a la comprensiva e inteligente Berenice.

—¿Sabes algo de física? —preguntó para introducir su explicación.

—Muy poco —contestó Berenice sin entender la relación que podía tener esa disciplina con lo que estaban hablando.

—Entonces no ignoras que todo lo existente, incluidos los seres humanos, estamos compuestos por pequeñas partículas invisibles llamadas átomos.

—Sí, sobre eso he leído —asintió la más joven sin entender dónde quería ir a parar su amiga.

—El alma también está compuesta por átomos y, según algunos físicos con los que estoy en completo acuerdo, estos se dispersan en el momento de la muerte, pero no se destruyen jamás.

—Puede ser... ¿y qué?

—Pues que es de lógica suponer que la más alta concentración de átomos del alma de Pitia se encuentre en su estancia, ya que es allí donde murió.

Berenice alzó las cejas perpleja, pero siguió atendiendo a su amiga.

—Estos no cambian aunque fluyan por el espacio en constante movimiento, y mi duda es si en determinados momentos se reúnen para componer algo perceptible para nuestros sentidos; es decir, para las partículas que actúan en nuestros ojos o para las de nuestros oídos, que captan los sonidos... como se cuenta que ocurre en la llanura de Maratón, donde algunos siguen escuchando los gritos de los hombres y los relinchos de los caballos en la batalla. Como ves, en esta materia no comparto la teoría de mis padres y otros pitagóricos que consiste en la creencia de que el alma humana se reencarna en otras criaturas tras la muerte.

Berenice sintió un estremecimiento en todo su cuerpo y observó de soslayo a su amiga.

—Imagino adonde quieres llegar —dijo finalmente—, esperas que Pitia se recomponga para poder contactar contigo de alguna forma a través de sus átomos. Me da miedo solamente de pensarlo porque lo considero una locura propia de la magia negra practicada por terribles hechiceras. Pitia siempre decía que la Diosa creó el Universo disponiendo de todas las cosas, tú no puedes afirmar que los átomos lleven una existencia propia y que puedas invocar su aparición. Su alma descansa ahora con Hades.

—No hablo de magia, Berenice, sino de ciencia, la rama del saber de la que Apolo es también dios tutelar. Según Platón —continuó Aspasia con tranquilidad—, el Universo fue ordenado desde el caos por una deidad racional, pero también hay unas propiedades inherentes en la materia formada que restan omnipotencia al Creador.

Berenice sacudió la cabeza.

—¿Creador o Creadora?

—Lo ignoro, quizás en esta suma divinidad se mezclen ambas sustancias y, al igual que el resto de los dioses alteran su aspecto, con mucho mayor motivo la Madre pueda modificarlas o servirse de una u otra a su gusto.

—¿Estás insinuando que Gaia es un andrógino, que no es omnipotente, y que Hades no existe? —inquirió Berenice, horrorizada—. Si Pitia pudiese oírte...

—Lo está haciendo —aseguró Aspasia serenamente—, y espero una respuesta de ella. ¿Recuerdas aquel día en que la copa de cristal de Pitia cayó al suelo sin que nadie la hubiese tocado?

—Cómo olvidarlo —asintió Berenice.

—Todas vimos que su mano no participó en tal hecho, fue el ánimo de Pitia en estado de cólera la que produjo el movimiento saliéndose de su

envoltura corpórea.

—Eso me pareció a mí también. Era una mujer poderosa y su mente podía controlar ciertas... cosas difíciles, imposibles para quien no posea su don.

Aspasia sacudió la cabeza afirmativamente.

—Por eso creo que puede intentar contactar con nosotras de nuevo. Éramos sus favoritas, Berenice, en realidad fuimos su experimento particular, dos niñas inscritas como sacerdotisas tan precozmente en Delfos, yo con diez años y tú cuando todavía no habías cumplido los ocho. Sin embargo, era bien patente su desprecio por Helena, y sobre todo por Calandra.

Berenice sintió un escalofrío.

—¿Y crees... crees que al final odiaba tanto a Calandra como para desear su muerte? —preguntó tímidamente.

—Bueno, no sé si hasta ese punto —respondió Aspasia, dando un respingo—, pero lo cierto es que a Pitia le afectó mucho la espantosa actuación de Calandra en su primera y última sesión oracular.

—Recuerdo que mencionó que más le valdría a la desdichada precipitarse por un barranco antes de repetir su vergonzosa acción.

—No fueron esas las palabras exactas —recordó Aspasia haciendo gala de su espléndida memoria—, pero el sentido de la frase era ese.

—Y... —Berenice carraspeó—. ¿Se supo cuál era el veneno que había matado a Calandra? A mí no me lo dijeron, me encontraba muy enferma.

—Plutarco dictaminó que el vino derramado por el suelo estaba mezclado con cicuta. Aseguró haber notado el intenso olor del veneno nada más entrar en el comedor.

Berenice sintió los fuertes latidos de su corazón precipitarse por el descubrimiento. Pitia usaba esta potente droga para fabricarse cataplasmas calmantes del dolor y ella misma le había apercibido de su mortífero efecto al ser consumida. No se atrevió a compartir sus sospechas con Aspasia, ya que no tenía prueba alguna, sino solamente suposiciones que bien podían ser producto de su alborotada imaginación infantil.

Una lluvia fina enviada por Zeus caía lenta y constantemente sobre Delfos, impidiendo que los rayos de Apolo dorasen la tierra. Mientras Berenice contemplaba el agua que caía del cielo, una melancólica música llegaba a sus oídos desde algún lugar desconocido, evocando infinitos sentimientos y recuerdos. La fragancia de los laureles, los pinos, los nogales y los olivos mojados perfumaban el ambiente de aquella jornada gris en el

centro del mundo, como sucedería en las épocas remotas en las que la península griega era un gran bosque aromático de mar a mar. La niña alzó la mirada hacia las cimas más altas del Parnaso, Tithoris y Lycoris, en donde el arca de Deucalión, hijo de Prometeo, se había asentado tras el gran diluvio que había acabado con la raza humana. Zeus había aborrecido tanto a los vivientes de aquella lejana época, que era llamada Edad de Bronce por el romano Ovidio y cuyas gestas había narrado Homero, que había decidido exterminarlos a todos salvando solamente a un matrimonio de justos y a una pareja de cada especie animal. Quizás entonces todo había empezado de la misma forma, con una lluvia débil que se hubiese ido tornando copiosa a lo largo de los días por voluntad de los dioses. ¿Quién podía asegurar nada? Al finalizar el diluvio, Deucalión y su esposa Pirra, la rubia hija de Pandora, habían descendido del arca para consultar el oráculo. La pitia de antaño, la propia diosa Temis, les había aconsejado que para repoblar la tierra debían esparcir los huesos de su madre por encima del hombro. Probablemente, reflexionó Berenice, en aquellas épocas existía una sabiduría primitiva y una forma de expresión que se habría ido olvidando con el transcurso de los siglos, pero lo cierto era que Deucalión y Pirra comprendieron perfectamente el mensaje de la sibila, entendiendo que su madre era Gaia, y sus huesos, las rocas. Así que, una vez las aguas fueron desapareciendo a través de una sima de Atenas, comenzaron ambos a arrojar piedras sobre su espalda y del suelo surgió la actual raza humana. Lamentablemente, lo semejante produce lo semejante, como decían los filósofos, por lo que los seres vivientes se habían vuelto duros como rocas y en sus personalidades no había espacio para la compasión y el respeto. Solamente quedaba en ellos soberbia y ambición.

Rezó una breve plegaria a Apolo y Zeus para que aquel incesante goteo no se convirtiera en torrencial lluvia y desbordase el cauce del Cefiso, el río donde los lileos arrojaban ofrendas que después aparecían en las aguas de la sagrada fuente Castalia.

Pocos días atrás, Berenice había comenzado a estudiar con Flavio Aristótimo lo natural, un concepto descrito por algunos hombres de ciencia que aseguraban que los fenómenos de la naturaleza no podían prescindir de los dioses. Entonces lo natural tenía que fundirse obligatoriamente con lo sobrenatural, pues lo uno sin lo otro carecería de sentido, y la verdadera sabiduría se encontraría en un punto intermedio entre ambos conceptos, como siempre había intentado transmitirles Pitia. Por lo que a su entender, ni la pía Helena con su férrea religiosidad, ni la científica Aspasia con su adoración hacia lo racional, habían tomado caminos correctos.

Recordó una de las últimas noches pasadas con Pitia a solas. Ella le había pedido que la acompañase al lecho y le apretase fuertemente la mano, y así lo había hecho hasta verla sumida en un dulce descanso. Pero antes de que la anciana se durmiese, habían sucedido otras cosas que retornaban a su memoria con más frecuencia de lo deseado y cuyo significado no tenía demasiado claro. Antes de acostarse, Pitia había ingerido una droga que le ayudaba a dormir plácidamente, pues ella misma le había asegurado no conseguirlo de forma espontánea. Poco después había comenzado a balbucir extrañas palabras, delirios resultantes tanto de su enfermedad como del brebaje incorporado a su organismo, frases inconexas y enigmáticas que Berenice había memorizado sin comprender.

«Tú eres Pitón, cuida entonces del oráculo», había ordenado en un susurro. «Eres la auténtica Medusa, hija de Tifón de Delfos y nieta de Gaia, la superviviente, la reina iluminada», había continuado mientras le aferraba la diestra con inusitada fiereza. «Berenice significa portadora de la victoria, hija mía —había añadido con cariño—, y tú vencerás».

La niña sacudió la cabeza, incapaz de asumir la responsabilidad que Pitia le endosaba y titubeante ante el significado de frases tan ambiguas. Decidió salir afuera para despejar su mente, quería que la lluvia mojase su rostro y cabellos purificándolos, deseaba llenar sus pulmones de perfume a tierra mojada y brincar sobre los charcos que se habrían formado en el suelo como pequeñas lagunas, para las que ella sería una giganta, una titánide que podría saltarlas sin esfuerzo. Jugaría a ser la enorme dragona Pitón, como la sabia Pitia le había dicho, y a proteger el oráculo de los engañosos dioses masculinos que querían apoderarse de él.

—No puedes salir —rugió el guardia pítico deteniéndola.

—¿Por qué? —se quejó la niña.

—Las sacerdotisas no deben ir por la calle empapadas como esclavas.

—Pero...

—Señora —cortó el portero poniéndose serio y cruzando su lanza ante ella—, vuelve a entrar en la casa como es tu obligación.

Berenice sintió un estremecimiento en todo su cuerpo, ya estaba un hombre diciéndole lo que tenía que hacer, reteniéndola para encerrarla en casa, obligándola a enclaustrarse sin importarle sus gustos o preferencias. Era la historia de las mujeres, pero ella no se iba a dejar avasallar por nadie, así lo había prometido ante Pitia.

—Escucha, esclavo —dijo estirándose hasta que los huesos le dolieron y poniendo el tono de voz más grave que pudo, tal y como Pitia le había

enseñado a hacer—, déjame pasar ahora mismo o informaré de tu comportamiento. Tú no eres quién para mandar sobre mí.

El guardia dudó sorprendido y alzó la lanza levemente, lo que Berenice aprovechó para escurrirse por debajo de ella y desaparecer corriendo. Salió por la puerta noreste de la extensa muralla que rodeaba el témenos sagrado, jadeando por la frenética carrera emprendida y volviéndose hacia atrás para asegurarse de que no la perseguían. Estaba muy satisfecha por su valiente conducta, propia de un guerrero mirmidón, y rio encantada bajo el ya copioso aguacero que caía sobre Delfos, sintiendo una libertad que la colmó de dicha. Canturreó, bailoteó sobre los charcos y realizó ágiles piruetas aprendidas en el gimnasio, al cual se iba aproximando durante su artístico recorrido. En un momento determinado se detuvo, cerca de la entrada del recinto deportivo había dos figuras y acercándose poco a poco llegó a vislumbrar los rostros de ambas.

El paidotriba Lisímaco zarandeaba por los hombros al bello Timarco. El muchacho intentaba desasirse y abría los brazos intentando explicar algo, gesticulando nerviosamente para ser escuchado. Tras conseguirlo, Lisímaco se agarró la cabeza entre las manos con gesto de desesperación, parecía contrariado por lo que acababa de oír. La escena era similar a las representaciones de mímica en el teatro, pensó divertida la pequeña Berenice, y resultaba relativamente sencillo descubrir qué era realmente lo que estaba ocurriendo. Probablemente, se dijo, Timarco no deseaba continuar sus ejercicios con él, ya que por edad debía pasar inmediatamente a cargo del gimnasiarca de adultos; el celoso paidotriba no estaba contento con ello y le respondía que deseaba continuar entrenándole para que llegase a ser el mejor atleta de Delfos y de toda la Hélade.

La niña comenzó a tener frío, estaba muy mojada y se dio cuenta de que lo más conveniente sería regresar a casa, no fuera a resfriarse y tuviese que tomar los horribles jarabes preparados por el médico de la vivienda pítica. Regresó a toda prisa y volvió a enfrentarse con el severo rostro del guardia del que se había escabullido. El portero lanzó una furibunda mirada a la empapada sacerdotisa, le propinó un pescozón en la cabeza y la empujó hacia dentro, maldiciendo en alta voz y lamentándose sobre el castigo que recibiría el día que a esa criatura alocada le pasase algo durante su turno de guardia.

Clea acarició el hermoso cabello de Calixto dejando que sus dedos se enredasen entre los bucles perfectos del joven y preguntándose si serían

naturales o si los ensortijaría a la fuerza usando tenacillas calientes como hacían muchas mujeres. Dejó que su mano resbalase por las sienas recorriendo la potente mandíbula y el recio cuello varonil.

—Debemos estar juntos, Calixto —anunció con voz dulce—, somos hermanos de alma al haber sido iniciados ambos en los ritos del dios, en la doctrina oculta, en la unión verdadera y prodigiosa de lo femenino y lo masculino. Así lo quiere Dioniso.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó el joven, con sorna.

—Sí, claro —aseguró la hermosa sacerdotisa—, no soy una simple aspirante de primer grado al magisterio del dios. Soy la jefa de las tíades y Dioniso solamente habla para los grandes conocedores de sus misterios; no como Apolo, un simple educador de hombres que se rebaja a responder a los mortales más simples iluminándolos con su luz solar.

—Soy un iniciado de grado superior —dijo Calixto con un mohín—, aunque me recrimines que no sé cómo pronunciar correctamente el grito de nuestros rituales, la voz sagrada Evohé, y el dios no me ha dicho lo mismo.

—Es He-wau-he, el eterno femenino —especificó la joven, alterándose ligeramente—, y a veces dices Eve o Eva, demostrando tu desconocimiento.

—¿Y qué más da cómo lo diga?

Clea se sintió defraudada ante la desconsideración de Calixto hacia la magia arcana que rodeaba las fiestas del dios.

—Muchos no entienden que mediante la mezcla de este sonido con la palabra Yod, que es el principio masculino, se alcanza la divinidad y la unión perfecta de los cuerpos, la díada esencial, el *tetragrammaton* YHVH, que ha de pronunciarse Yahveh. Pero tú deberías saber todo eso y más, hemos practicado la sexualidad mágica y ya nada de lo que probemos nos podrá satisfacer de igual forma.

—¿Tú crees? —dijo el joven irónicamente.

—¿Y tú no? —se extrañó la hermosa mujer—. Nosotros nos convertimos en dioses durante el ritual del acoplamiento místico y nuestras almas se unen en lo infinito, en el cosmos, trascendiendo a la materia, sumergiéndonos en el vacío y elevándonos por el aire. ¿Acaso no lo sientes así?

—No estoy a tu nivel, Clea —confesó Calixto, tumbándose sobre la hierba fresca del tupido prado—, tú eres la superiora de las tíades y yo un simple iniciado de lo insondable. Mi vida como actor teatral me separa constantemente de la espiritualidad de los templos y me acerca al libertinaje de las actrices. Utilizo mi belleza para atraer a las masas vulgares, gentes corrientes que rugen con lujuria animal cuando recorren con sus ojos mi

cuerpo semidesnudo. Yo no nací de familia aristocrática como tú, no soy un noble heredero, y tengo que ganarme el sustento día a día aprovechando una juventud que empieza a escaparse. Ya tengo veinticinco años y dentro de poco las arrugas aparecerán alrededor de mis ojos como los surcos en la tierra que hacen los bueyes con el arado. Mi piel caerá flácida como los pliegues de las túnicas y el brillo de mi rostro se irá apagando como el de la vela que se consume.

—Tú para mí siempre serás bello, amado mío —dijo la sacerdotisa dionisiaca acostándose sobre el pecho de Calixto—, aunque tu pelo se vuelva blanco y la luz de tu mirada disminuya su intensidad. Vayámonos juntos lejos de aquí, a otra ciudad donde nadie nos conozca, donde no tengamos pasado sino solo futuro, como en la obra de Calíroe que tan bien representaste en el teatro haciendo de Quereas. Marchémonos a Egipto, a la ciudad fundada por Alejandro donde con total seguridad los dioses nos serán propicios. Podemos embarcar en Cirra y partir hacia tierras del Nilo. Allí serviremos a Osiris e Isis y viviremos en armonía.

—No es tan sencillo como tú crees, Clea.

—¿Por qué te niegas a ser feliz conmigo? —gimió la mujer—. Solamente la felicidad importa, yo tengo dinero suficiente para los dos y tú no tendrás que depender de nadie.

—¡Dependería de ti! —gritó Calixto apartando de sí a la bella tíade.

—¿Y eso afectaría a tu virilidad? —preguntó Clea, ofendida—. Hay cientos de hombres, miles, que se han desposado con mujeres más ricas que ellos y han sido sumamente dichosos.

—Y siempre son los necios de las comedias, el perro rastrero que permite caprichos a una esposa que acaba por burlarle. Lo sé bien, amiga mía, en las obras de teatro represento usualmente el papel de burlador, y no deseo cambiar de personaje.

—¿Y qué harás cuando tu piel se descuelgue? —preguntó la tíade en un último intento por convencer a su amado—. ¿Crees que seguirás siendo el actor de moda en Grecia? Resultará ridículo que subrayes tus ojos con pintura, que abrillantes tus rizos y que sonrojes tus pómulos con polvos; tendrás incluso que cambiar de nombre, porque ya no serás digno de ser llamado «el bellísimo». Tampoco tendrás la agilidad necesaria para bailar con gracia ni para contorsionarte, tus posturas se tomarán torpes y tus movimientos groseros.

Calixto alzó los hombros desinteresadamente.

—Quizás los dioses no tengan a bien que mi vida dure tanto tiempo... ni yo siento ningún deseo de convertirme en un viejo cheposo y desdentado. Prefiero ser siempre como el eternamente joven Dioniso, el alegre y bullicioso dios del teatro. Deseo ser un verdadero portador de la deidad y por eso voy a adoptar un nombre teofórico, ya que tienes razón al suponer que pasados los cuarenta años no sea adecuado seguir llamándome Calixto.

—¿Y cómo te harás llamar? —preguntó Clea, perpleja.

—Dionisio.

—Sirviente de Dioniso —murmuró la joven—. Entonces tómame por esposa, como hizo el dios con la bella Ariadna, y llévame al Olimpo. Nuestro dios terminó por convertirse en un marido fiel.

—No deseo tal transformación, continuaré siendo un sátiro, el archimimo que representará el papel del dios en las fiestas que conmemoran su despertar —dijo el joven riendo despectivamente—; y tú la jefa de las sacerdotisas del *tíaso* dionisiaco de Delfos. Así que no imagines patrañas para alterar los cometidos que nos han asignado las deidades y confórmate con lo que tenemos.

La tíade sonrió con aflicción, dándose cuenta de que resultaba imposible que su amante llegase a cambiar. Ni la ayuda del espíritu de Calandra ni sus fervientes oraciones iban a lograr que aquel hombre engreído sintiese amor por alguien que no fuera él mismo. Se sintió decepcionada y dolida, pero ya no había vuelta atrás. Estaba enamorada de aquel narcisista desde hacía años y su corazón no iba a darle tregua alguna. Eros y Afrodita se habían apoderado de ella y sus sentimientos hacia Calixto-Dionisio eran apasionados e irreflexivos, pero consolidados hasta la inmovilidad. Sin embargo, aquel miserable parásito solamente tenía encanto para las relaciones públicas, mucha labia y poco linaje; era un simple embaucador, conocedor de que las mujeres son presas fáciles para el engaño si se las adula convenientemente. Se decía que últimamente andaba siempre con una bella actriz de comedias llamada Glicera, con la que bailaba danzas lascivas, tanto en público como en privado. ¿Cómo era posible que su ritual mágico egipcio no estuviese dando resultado? Había realizado cada paso a la perfección, sin cometer ningún fallo, incluso había quemado la tierra sustraída de la tumba de Calandra en el fuego del templo.

Tarde o temprano, el demon de la muerta debía ayudarla.

Berenice amaba la antigua poesía femenina, los dulces versos de la sacerdotisa Corina de Beocia la sumergían en el deleite. Esa ilustre mujer había vencido a todos aquellos con los que había competido en los concursos poéticos, incluso en cinco ocasiones a su famosísimo compatriota Píndaro, discípulo de otra gran poetisa llamada Mirtis. También se regocijaba con los acertijos en verso de la gran Cleobulina, hija de uno de los siete sabios de Grecia, y con las rimas de otras mujeres insignes, pero su favorita era la gran Safo de Lesbos, la mejor poetisa de todos los tiempos.

Una tarde, la niña copiaba en dialecto eólico uno de los bellos poemas de Safo. Sus odas hablaban de pasión inflamante de deseos y de sentimientos desbordados por el amor, y la niña, a sus diez años, todavía no había padecido sensaciones similares a las descritas por la principal exponente de la lírica, por lo que ansiaba degustarlas por la experiencia de otra. Platón había dicho de Safo que era la décima Musa, o la musa mortal entre las inmortales Musas, y su extraordinario don la había hecho merecedora de que su imagen fuese representada en esculturas, vasos y monedas.

La chiquilla soñó despierta con aquellas lejanas épocas, imaginando la escuela sáfica plagada de inteligentes discípulas. Pero a una de ellas amaba más que al resto, a la buena y hermosa Anactoria, su alumna favorita de luminoso rostro, porque la poetisa igualmente cantaba su amor por los hombres, las mujeres o los dioses. Aristóteles la había admirado profundamente, Solón afirmó querer aprender a cantar sus obras antes de morir, y Epícrates se vanagloriaba de haber memorizado todos los poemas de Safo. Eso deseaba también Berenice, y por ello copiaba su poesía en papiros de escasa calidad que posteriormente releía cien veces hasta grabarlos en su corazón.

—«Acuérdate al menos de las amadas y hermosas cosas que vivimos — declamó con voz grave y firme—, de tantas guirnaldas de violetas, de rosas y también de azafrán con que a mi lado te ceñiste; de tantos collares tejidos con dulces flores que rodeaban tu tierno cuello; de las muchas veces que con abundante mirra de reyes ungiste tu cabeza de bello peinado».

Una presencia incómoda le hizo detener su canto y girarse hacia la puerta.

—Por favor, Berenice, continúa —pidió Helena, con ojos brillantes por la emoción.

La niña sonrió avergonzada y negó con la cabeza, comenzando a jugar con su pulsera de serpiente.

—Te lo suplico —rogó la mujer, acercándose a la pequeña.

Berenice notó que su compañera necesitaba escuchar el precioso verso de Safo y finalmente decidió agradarla, tomando aire dispuesta a entonar lo más adecuadamente posible.

—«Acuérdate del blando lecho en que tú, a mi lado, dejabas que la ternura saliera; y no hubo colina profana o sagrada, ni fuentes de aguas a donde no hayamos ido».

El débil sollozo de Helena detuvo la declamación de Berenice. La niña, asustada, se acercó a la mujer compadeciéndose de ella.

—¿Por qué lloras, Helena?

—Por nada importante, Berenice.

—No quieres decírmelo, pero quizás pueda ayudarte —aseguró la pequeña, intentando reconfortar a la mujer.

Helena sonrió agradecida y se enjugó las lágrimas.

—Eres todavía una niña —dijo—, y no lo entenderías.

—Puedes intentar explicármelo, ya casi tengo once años.

—Lloro por el pasado, Berenice —confesó la mujer—, por lo que perdí y nunca recuperaré.

—Puedo comprenderte, Helena —asintió la chiquilla—, imagino que añorarás tu hogar, y a tu marido y tus hijos si los tuviste. Creo que echarás en falta la vida plácida y corriente de la que disfrutabas entonces, de las pequeñas cosas que te hacían feliz y de una rutina en la que te encontrabas cómoda.

La mujer alzó las cejas sorprendida.

—Yo también echo de menos mi casa, a mi madre y a mis hermanos —continuó la niña—, y también a una muñeca articulada de terracota a la que se le había roto un brazo. Todo eso desapareció en un solo día y nunca volveré a tenerlo. Pero aquí he encontrado a otras personas, otros conocimientos y otras costumbres que han llegado a ser importantes para mí. En este lugar conocí a Pitia y a vosotras, a Plutarco y a Lisímaco.

Helena sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? —se desesperó—; esta casa es simplemente un nido de víboras dispuestas a morderse las unas a las otras. Tenía razón Hesíodo al afirmar que Hermes, por orden de Zeus, puso astucia en la mente de las mujeres, pero también mentiras, pervertidas palabras y taimadas conductas.

La chiquilla se puso roja de ira, pero contuvo sus emociones a través de uno de sus ejercicios de dominio de sí misma, mediante los que iba progresando para la consecución de sus altas expectativas.

—Me entristece que pienses así y que me consideres una serpiente — confesó con un hilo de voz.

Helena no pudo evitar abrazar tiernamente a la pequeña mientras lloraba. El cuerpo joven y delgado de la chiquilla le recordaba al de la hija que había abandonado tiempo atrás para servir en la institución oracular. La unigénita de su marido ya tenía treinta y tres años, vivía en Atenas con su familia y recientemente había sido abuela, ella misma se lo había escrito en una de sus últimas cartas. La mujer temió al acabar de leerla que quizás nunca llegase a conocer a su bisnieto.

—Eres lo único bueno que hay aquí, dulce niña —dijo finalmente con voz entrecortada por el llanto—. Los dioses deben de haberte enviado para alegrar nuestras penosas existencias.

—Todavía no sé para qué me han enviado los dioses aquí —reconoció Berenice—. Probablemente tú lo sepas porque eres pitia y ellos te hablan.

La mujer rio enjugándose las lágrimas.

—También llegarán a hablarte a ti, ya lo verás.

—Eso espero —dijo Berenice suspirando—, pero de momento no lo hacen.

—Lo harán, hija —volvió a asegurar Helena con los ojos clavados en la pequeña—, cuando crezcas y te hagas núbil, tus oídos se abrirán al verbo divino y los dioses aparecerán ante los ojos de tu alma.

—Ya tengo ganas —manifestó la pequeña.

—No tengas prisa por crecer —recomendó la mujer poniéndose repentinamente seria—, llegará el día en que te des cuenta de que estos años de tu infancia inocente fueron los mejores de tu vida, pero ya nada podrás hacer para recuperar las sensaciones que ahora tienes y que irás perdiendo poco a poco. La escalofriante emoción que proporcionan las novedades desaparecerá, y la felicidad de emprender una nueva jornada se convertirá en pereza y angustia. Sentirse vivo y radiante es un tesoro que solamente se posee durante los cuatro o cinco primeros lustros de existencia; pasados estos, solamente quedan la decepción y los remordimientos.

Berenice reconoció que las palabras de Helena eran similares a las pronunciadas en una ocasión por Pitia. Los dioses castigaban a los hombres con una triste senectud llena de achaques del cuerpo y, lo que era peor, del alma. Por eso los dioses y diosas más viejos eran también los más crueles, egoístas y propensos al castigo, en realidad envidiaban la radiante juventud incluso de los míseros mortales.

—¿Remordimientos de qué? —preguntó la niña—. No debes tenerlos, Helena, tú siempre has sido virtuosa y has llevado a cabo tu labor de sacerdotisa con mucha diligencia, aceptando situaciones difíciles que a ninguna nos pasan desapercibidas.

Helena pareció calmarse. Aquella niña tan lúcida tenía toda la razón. Siempre se había comportado correctamente con los miembros de su círculo vital, intentando agradar a todos al máximo, incluso anteponiendo las necesidades de los demás a las suyas propias. Su conciencia debía estar tranquila.

—Sigue declamando, Berenice —volvió a rogar a la pequeña—. Los versos de Safo me recuerdan los años de felicidad que ya no volverán.

Y la pequeña continuó recitando versos con aquella voz intensa y capaz de variar en tono y ritmo, virtud adquirida gracias a las enseñanzas de la propia Pitia.

Berenice subió de dos en dos las escaleras que conducían al dormitorio. Aquel maldito carro había salpicado estiércol sobre su vestido y debía cambiárselo de inmediato para estar presentable en la comida del mediodía. Entró precipitadamente en la habitación y para su sorpresa se encontró con la dulce Eurídice, quien se mantenía arrodillada ante el lecho con el rostro apoyado sobre sus palmas entrelazadas sin haberse apercibido de la brusca llegada de la niña. Berenice se aproximó a ella y le puso una mano sobre el hombro para que reparase en su presencia.

—¿Qué te sucede, amiga? —preguntó asustada—. ¿Te encuentras mal?

Eurídice dio un respingo.

—¡Berenice! —exclamó con un gritito—. No te he oído llegar.

—Vengo a cambiarme de ropa, mira cómo me la han puesto —explicó la niña mostrando un pliegue de su tunicilla—. Y tú, ¿por qué estás así?

—Estoy rezando a la deidad —respondió Eurídice.

—¿A cuál? —preguntó Berenice extrañada, mirando las manos de su compañera por si contenían alguna figura—. Aquí no veo la imagen de ninguno.

—Al origen de todo lo que existe.

—¿A Gaia? —volvió a interesarse la confusa niña, sacudiendo la cabeza.

—Al dios supremo sentado en el trono, padre nuestro y señor del cielo y la tierra —respondió la joven poniéndose en pie—, y también a su hijo.

—A Zeus y a Apolo entonces —razonó Berenice.

Eurídice ni afirmó ni negó.

—No digas nada de esto —rogó asiendo a la pequeña del brazo—, pero he sido iniciada en los verdaderos misterios.

—¿En los eleusinos como Helena?

—No, en otros muy superiores que muestran la única verdad que existe.

—Imagino que serán secretos y que nada puedes decirme sobre ellos —se lamentó Berenice.

—Así es —asintió Eurídice acariciando la mejilla de su joven compañera—. Y ahora vayamos a comer.

—Baja tú primero —dijo la niña rebuscando en su arcón—. Yo debo arreglarme antes.

La joven salió de la estancia y Berenice esperó a oír los pasos de su compañera bajando los peldaños. La niña estaba en la edad de la curiosidad y no iba a conformarse con la escueta explicación de Eurídice, quería saber más sobre los rituales que practicaba y sobre el dios al que adoraba. Quizás revolviendo entre las pertenencias de la sacerdotisa llegase a descubrir algo, pensó con picardía, pero cuando intentó subir la tapa del baúl de la sacerdotisa se percató de que estaba cerrado con llave. Tras reflexionar unos instantes levantó los cojines y la lanosa colcha de su vecina de cama, pero tampoco halló nada y volvió a ordenarlos de forma correcta para que sus pesquisas no se hiciesen evidentes. Mientras se afanaba a ello, sus pies descalzos toparon con un objeto que le hizo soltar una imprecación de dolor y sentarse sobre el colchón frotándose la planta. De la pequeña herida provocada por una arista punzante brotaba una exigua gota de sangre. Berenice la frotó presionándola con un borde limpio de su túnica y se aplicó saliva para acelerar el proceso de curación, como siempre le había recomendado su madre. Ya más tranquila, llevó su mirada al suelo de la habitación para comprobar qué le había producido semejante pinchazo y sus ojos se encontraron con lo que parecía un pequeño colgante. El objeto consistía en dos arcos cruzados en un punto y extendidos en sus finales, algo semejante a un óvalo en cuyo interior podía leerse la palabra IXΘΥΣ.

La luz de la comprensión se reflejó en su semblante. La joven Eurídice debía de pertenecer a una de las corrientes religiosas que se representaban mediante el símbolo de un pez o IXΘΥΣ; muchas veces en referencia a antiguas diosas madre. Aunque seguramente sería seguidora de Orfeo, el padre de los cantos y maestro de los encantamientos, y los misterios de iniciación a los que había aludido no serían otros que los órficos, además... ¡si hasta ella se llamaba igual que la esposa del héroe! ¡Eurídice! Berenice

tembló ligeramente, esas extrañas y antiguas sectas estaban consideradas un tanto peligrosas, ya que cuestionaban la religión oficial griega y comportaban una forma muy concreta de actuar entre sus adeptos, como la autocastración entre los sacerdotes de la gran Madre oriental y las incisiones corporales de todo tipo. Aquella joya habría caído de entre las manos enlazadas de Eurídice al ser descubierta en aquel estado de meditación tan profundo, y tenía que dejarla en el mismo lugar del suelo donde la había encontrado, pero quería comentar su descubrimiento con Aspasia y no debía olvidar ningún detalle de la forma de aquel símbolo. Cogió su tablilla encerada del arcón, la calentó levemente con la llama de una vela para ablandar ligeramente la capa de cera y a continuación aplastó el adorno sobre la blanda superficie para que su relieve quedase impreso en ella.

Ya tenía una copia perfecta para ayudarla a descubrir a qué extraña secta pertenecía aquella sacerdotisa que fingía servir al dios Apolo. Pero sola no sería capaz de descubrir el misterio e, incapaz de contenerse, corrió a la estancia de su amiga, la antigua habitación de Pitia recientemente dividida en dos.

—Sé bien lo que es esto, esta forma estaba presente en el hogar de mi infancia —dijo Aspasia, observando con desinterés el símbolo grabado en la tabla de Berenice.

—¿Y qué es?

—La figura sagrada entre los pitagóricos, la intersección entre dos círculos del mismo radio representa una razón matemática llamada medida de pez —dijo la joven pitia con plena seguridad.

—No entiendo —confesó Berenice.

—Si trazas dos círculos iguales de modo que el centro de cada uno esté en la circunferencia del otro, obtienes un óvalo. Su anchura por su altura trazando dos líneas, una longitudinal y otra transversal, y creando dos triángulos equiláteros unidos por un lado —explicó la sabia joven mientras hacía una rápida división en su tablilla plegable—, arroja un cociente 265:153 que nos da el número llamado la medida del pez o vejiga de pez y que es la aproximación más exacta a la raíz cuadrada del tres.

—¿Cuál es ese número? —preguntó Berenice entendiendo a medias la explicación de Aspasia y contemplándola manipular el ábaco velozmente, aunque con cierto temblor manual.

—Un momento, estoy calculando todos los decimales... ya lo tengo, es el 1,73205080757.

—¿Y qué? No le veo ninguna relación con nada —dijo la niña, perpleja.

—Bueno, es una forma geométrica perfecta con un significado sagrado. Pero dime, ¿de dónde has sacado este símbolo y por qué quieres saber su significado?

—Es el relieve de un colgante plateado que he encontrado a los pies del lecho de Eurídice —confesó Berenice.

Aspasia quedó pensativa unos instantes.

—Entonces quizás no tenga nada que ver con principios pitagóricos y, probablemente, sea la representación de una diosa Madre de origen sirio llamada Atargatis, la deidad semipez cuyo culto se ha ido extendiendo desde Hierópolis por muchas partes del mundo: Arabia, Capadocia y en tierras de fenicios y babilonios... también por las griegas, donde es más conocida por el nombre de Derceto.

—Eso he pensado yo al principio —asintió enérgicamente la niña—, que la deidad a la que oraba era una especie de Gaia, pero a continuación me ha hablado de un dios padre, un supremo creador sentado en un trono, una deidad masculina.

—¿Masculina? —se extrañó Aspasia—. No lo entiendo; como ya sabrás, la forma ovalada representa los genitales femeninos y el concepto de la Creación. Quizás sea un regalo de su amado Poliano.

—¿Poliano, nuestro sacerdote?

—Sí —respondió la astuta joven—. ¿No ves cómo se miran entre ellos?

—No; bueno, no sé, todo me resulta confuso —reconoció la niña—. En fin, ¿vamos ya a comer?

—Yo me quedo aquí a repasar unos informes —dijo la pitia volviendo a enfrascarse en su trabajo—, ya cenaré esta noche.

—Te tiembla esa mano —dijo Berenice señalando la diestra de su compañera—. A lo mejor es de hambre... ¿te traigo algo de comida aquí?

—No —negó casi gritando Aspasia—. Me tiembla la mano de tanto escribir y no por falta de alimento.

—Pues descansa un rato, debe de ser incómodo y molesto para ti que...

—Berenice —cortó bruscamente la joven pitia—, tengo mucho trabajo, te agradecería que me dejases sola y cerrases la puerta al salir, no deseo comida, ni descanso, ni compañía de nadie.

La niña comprendió perfectamente que estaba molestando a Aspasia y no dijo nada más. Se giró dignamente, chasqueó la lengua, y abandonó la habitación, cerrando tras de sí la pesada puerta del aposento pítico.

Aspasia revisó varios tratados médicos que había sacado de la biblioteca y los consultó con voracidad, sobre todo el escrito por Pedanio Dioscórides, farmacólogo y cirujano militar del ejército romano en época de Nerón, titulado *Peri Ylis Iatrikis*, que versaba sobre la preparación y propiedades de todo tipo de drogas. La joven pitia deseaba encontrar una mayor estimulación para su mente y desde antiguo era sabido que existían ciertas plantas que lograban activarla y duplicar sus capacidades. Tenía la nueva misión de elaborar el mejor de los fármacos para sí misma, al igual que Pitia había mezclado sustancias con vino para aplacar su dolor o como aquellos que ingerían dietas destinadas a desarrollar el músculo. Ella haría lo mismo con su cerebro, la única zona de su ser que deseaba entrenar. El brebaje que había estado tomando hasta el momento lograba aumentar su capacidad de aprendizaje y conseguir que su concentración no decayese a pesar de las horas de estudio, pero le causaba nerviosismo, cansancio, dolores de cabeza y tantos temblores manuales que no le habían pasado desapercibidos ni a la pequeña Berenice, aunque había que reconocer que aquella niña tenía unas dotes de observación fuera de lo común. Probablemente esos efectos se debieran al jugo sagrado con el que mezclaba el resto de los componentes de su particular receta, o quizás estaba equivocada y se debía a otras sustancias del preparado. De todas formas decidió cambiar la fórmula hasta encontrar la que mejor se adecuase a sus necesidades. Comenzó a investigar sobre el aceite de cedro y de enebro, la hierba mora y algunas otras plantas orientales que no le sería demasiado complicado conseguir gracias al trasiego constante de peregrinos y mercaderes en Delfos. Pero lo que en aquel momento urgía era terminar con los temblores y para ello tenía que encontrar un remedio efectivo para aplacarlos lo antes posible.

En uno de los cinco volúmenes del tratado de Dioscórides halló una receta de perfume grato a los dioses cuyo nombre, *kyphi*, ya conocía, aunque no recordaba dónde había leído u oído sobre él. Haciendo memoria se percató de que Plutarco lo había nombrado en clase refiriéndose a los rituales osíricos y dionisiacos que herméticamente explicaba en la obra que había dedicado a Clea años atrás. Al parecer, los sacerdotes egipcios usaban este preparado desde antiguo para acercarse a lo divino y ver con la mente aquello que los ojos no podían percibir, pero también para hallar paz espiritual y sosiego pleno.

Los ingredientes y medidas que el sabio médico y botánico proponía para preparar un buen *kyphi* no eran las mismas que las citadas por Plutarco, y decidió mezclar ambas fórmulas siguiendo su instinto y recabando los

conocimientos que sobre plantas había atesorado para atinar en las proporciones. Con caligrafía insegura escribió en un trozo de papiro: «medio sextario de juncia, lo mismo de grana gruesa de enebro, doce minas de uva pasa gorda despepitada, cinco minas de resina purificada, una mina de cáñamo aromático, aspálato, juncia y esquenanto, doce minas de mirra, nueve sextarios de vino añejo, dos minas de miel y añadir menta y canela». Se dijo que los componentes eran sustancias conocidas y empleadas a diario, releyó la composición con cierto escepticismo y añadió más cáñamo, ya que sabía que los médicos se lo hacían beber en infusión al emperador Calígula para que sus temblores cesaran. Luego llamó a una de las sirvientas para que comprase los que no se encontrasen en la despensa del *oikos* pítico y se los llevara a su habitación lo antes posible. Mientras esa esclava iba al mercado, Aspasia ordenó a otra que le trajera una balanza, un recipiente de medidas líquidas y un mortero; ella misma quería elaborar la receta para prevenir posibles fallos cometidos por las usualmente negligentes jóvenes.

Una hora más tarde, tenía los ingredientes y utensilios necesarios para elaborar aquel perfume egipcio que quemaría en el brasero de su estancia y cuyos efluvios incorporaría a su organismo con fines tranquilizantes. Se puso manos a la obra sin más tardanza, extrajo las pepitas de las pasas con un estilete, las cortó por la mitad y las machacó bien, elaborando con ellas y con la mirra y parte del resto de los ingredientes una pasta que al mezclarla con el vino desprendió unos vapores que le provocaron enorme escozor en los ojos y en los orificios nasales. Dejó macerar el preparado durante un día completo y a la mañana siguiente añadió al resultado de la maceración dos minas de miel, depositando el producto en una pequeña olla que posteriormente selló con cera para que reposase dos semanas más.

Pasado este tiempo y cuando creyó que la masa ya se habría solidificado por completo, rasgó la cera que cerraba la olla y encontró que el producto de su alquimia tenía la textura adecuada. Con las temblorosas manos empapadas en aceite fue cogiendo porciones de la resina obtenida y comenzó a fabricar pastillas para utilizarlas como incienso. Durante esta actividad sintió cómo le ardían las palmas al crear las bolitas, pero no le dio importancia y continuó haciendo rodar la pasta entre ellas. Tras una tarde entera elaborando el particular regalo de los sacerdotes egipcios para los dioses, envolvió las esferas en trozos de lino y las guardó en su arcón cerrado con llave; todas menos una.

Aspasia deseaba probar los efectos sedantes y mágicos del *kyphi* cuanto antes, estaba harta de soportar aquel temblor ridículo propio de vieja senil que

le entorpecía cada actividad que llevaba a cabo; ni siquiera podía comer ya en presencia de las demás, hubiese resultado demasiado extraño para sus compañeras ver que no podía llevarse la cuchara a la boca sin que se le cayese la mitad del guiso sobre la ropa. Echó una pastilla en el brasero de su habitación e inhaló el fragante aroma que despedía, el incienso logró relajarla de inmediato y la joven se tumbó en el lecho para disfrutar de aquel maravilloso momento de paz y bienestar sensorial.

Plutarco estaba en lo cierto cuando describió las propiedades aromáticas del *kyphi*. Aspasia sintió una beneficiosa exhalación que mecía su cuerpo, plácida y dulcemente hasta que notó una disposición tendente al sueño. Las penas y tensiones de las preocupaciones cotidianas fueron soltándose como nudos realizados por un marino inexperto, y una placidez desconocida envolvió a la joven pitia.

Unos instantes después, Aspasia estaba profundamente dormida.



CUARTO AÑO:

NO PUEDO SENTIR A LOS DIOSES



Entonces le dijo Sócrates:

—Dime, Eutidemo, ¿has ido alguna vez a Delfos?

—He ido dos veces, ¡por Zeus!

—¿Leíste entonces en algún sitio del templo la inscripción *Conócete a ti mismo*?

—Sí.

—¿Y ya no te preocupaste más de la inscripción, o prestaste atención e intentaste tratar de examinar cómo eres?

Recuerdos de Sócrates.

JENOFONTE. Siglo IV a. C.

Finalmente, la Anficiónía aceptó las propuestas sacerdotales y se estableció que, a partir de entonces, el consejo se reuniría con carácter extraordinario cuando se diesen circunstancias puntuales que afectasen a la institución pítica, valorando en cada momento sus posibles consecuencias y llegando a las decisiones más convenientes. Se dispuso por unanimidad que debido a la creciente demanda de respuestas oraculares, Helena y Aspasia compartiesen el ministerio de forma colegiada, como ya se había hecho en épocas remotas, e igualmente que la edad de la pitia no influyese en el caso de que la candidata más conveniente fuese menor de cincuenta años. Como solución más equitativa se estableció que Helena contestase las preguntas de ciudadanos particulares mientras que Aspasia atendería las consultas tanto de personajes relevantes como de las embajadas públicas que solicitasen información sobre asuntos de Estado, cuyas interpelaciones resultaban mucho más complejas y su *pélanos* once veces superior al de las consultas privadas.

Plutarco no estaba plenamente satisfecho, hubiese querido que la inteligente Aspasia hubiese sido la única sibila de Delfos, ya que sus vaticinios resultaban tan certeros que el templo no había dejado de enriquecerse desde su primera intervención suplantando a Helena. El pleno sacerdotal, cuya membresía fue observando cada séptimo día del mes a ambas pitonisas, se percató pronto de las asombrosas diferencias que había entre las dos. Aspasia atendía la sesión oracular serena y calmada mientras que Helena

parecía presa de un entusiasmo delirante, aunque tanto una como la otra iban resultando igualmente certeras en sus profecías. Esto tampoco pasó desapercibido a Berenice, quien se preguntaba constantemente el porqué de tan dispares actuaciones, cosa que ya había contemplado el día en que Pitia les hiciera la primera prueba secreta.

—¿Qué sientes realmente cuando estás sobre el trípode, una vez purificada, ebria de laurel sagrado y aspirando el neuma de Apolo? — preguntó alternativa y separadamente a sus dos compañeras de sacerdocio.

—Siento una gran paz interior y noto cómo mi inteligencia se abre a la comprensión del problema. Finalmente, tras analizar las posibles respuestas y sus consecuencias, pronuncio la alternativa más beneficiosa con gran claridad para que el consultante la capte abiertamente —respondió Aspasia.

—Siento un terrible desasosiego y noto cómo a mi mente turbada llegan imágenes de hechos venideros entremezclados. Finalmente, tras un esfuerzo sobrehumano para no desplomarme, de mi boca escapan oscuros balbuceos que ni yo misma entiendo, no del todo comprensibles para el consultante — contestó Helena.

Mucho se extrañó la joven sacerdotisa al escuchar tan opuestas explicaciones a una misma situación. El problema era que no podía consultar las antiguas respuestas oraculares almacenadas en el archivo, al cual únicamente los sacerdotes principales de Apolo y las propias pitias tenían permitido el acceso. De haber sido posible, quizás hubiese llegado a descubrir algo más sobre la forma de expresarse de las remotas profetisas, sobre todo de las famosísimas y alabadas Femónoe, Herófile, Sibila, Demo y Beo, y sacar conclusiones sobre si la pretendida inspiración era fruto de una sutil inteligencia o resultado de un confuso delirio. Así que solamente tenía la opción de comprobarlo mediante la propia experiencia. Durante sus largas estancias en el santuario manteniendo viva la llama sagrada nunca había osado hacer algún tipo de prueba completa, únicamente una vez se atrevió a aspirar el vapor de la grieta durante un rato, pero le comenzaron a escocer los ojos y se apartó presa del mareo y del dolor ocular. Quizás, en un futuro, ella misma pudiese realizar el experimento, pero todavía no estaba preparada.

Aspasia, sin embargo, estaba satisfecha con la decisión de la Anficionía. Ya estaba cansada de permanecer escondida tras aquella absurda máscara, realizando una labor sin recompensa de ningún tipo, sin el dulce premio de la admiración general. Pero no por ello varió su hostil comportamiento hacia los demás, su arisca personalidad permanecía anclada en ella y continuaba demostrando un gran desprecio hacia el mundo, hacia un Universo que

parecía estar contra ella, no entendiéndola ni compartiendo sus arraigadas teorías científicas. Sus rocambolescas ideas sobre el atomismo y la naturaleza sorprendían a los que consideraba únicos merecedores de escucharlas: Berenice y Plutarco.

Aquel día paseaban los tres solos tratando temas filosóficos, repasando conceptos naturales mientras aprovechaban una calidez solar que quizás no disfrutasen muy a menudo a partir de entonces, pues el frío invierno ya llamaba a las puertas de Delfos.

—Platón aseguraba que el mundo sensible está en transformación constante, mientras que el abstracto, el de las ideas, es eterno e incorruptible —dijo Berenice.

—Así es, pero Aristóteles negaba que su maestro estuviese en lo cierto, ¿qué opináis vosotras? —preguntó el sacerdote a sus discípulas favoritas.

—No sé —reconoció Berenice—. Confieso que me estudio de memoria algunas teorías sin llegar a entenderlas en profundidad, aunque muchas veces reflexiono sobre su contenido para alcanzar el significado concreto de cada una de ellas.

—¿Y lo logras? —se interesó Plutarco sonriendo.

—Depende... —respondió la niña riendo.

—Sentémonos al sol —propuso el hombre—. Los rayos de Apolo iluminarán e inspirarán nuestras mentes. ¿Y tú por qué estás tan callada, Aspasia? Estamos deseando saber tu opinión.

La joven tomó asiento sobre la hierba, cogió una brizna y comenzó a cortarla en trocitos.

—Creo que tanto Platón como Aristóteles están equivocados —dijo captando inmediatamente la atención de sus acompañantes—. Como afirma Zenón de Elea, ni movimiento, ni espacio, ni tiempo son reales.

—Puede ser —asintió Plutarco interesado por el tema—, pero ni Platón ni su discípulo creyeron en las ideas de este genio explicadas a partir de paradojas.

—¿Cómo que no existe el movimiento?! —exclamó Berenice—. Hasta que nos hemos sentado aquí, nosotros tres estábamos paseando, nos estábamos moviendo...

—Zenón sostiene esta teoría a partir de la paradoja de la tortuga de Aquiles —explicó pacientemente Aspasia—. El héroe quiere competir en carrera contra una tortuga, pero reconociendo ser mucho más rápido que ella, diez veces más, le concede la ventaja inicial de la mitad del trayecto total, que es de un estadio o seiscientos pies, distancia que será el punto donde él se

detendrá. Aquiles la alcanza pronto, pero cuando se para en el lugar donde se encontraba la tortuga se da cuenta de que ella ya no está ahí, sino que ha avanzado lentamente otra pequeña distancia de sesenta pies. Él, velozmente, vuelve a correr hasta la situación que ha recorrido el animal, pero de nuevo al llegar allí la tortuga ha ganado otro pequeño trecho de seis pies... y así infinitamente. Por lo que se deduce en principio que Aquiles nunca ganará la carrera, ya que tendrá que cubrir una distancia infinita para lo que necesitará un tiempo infinito.

—¡Qué tontería! —se escandalizó la niña—. Todos sabemos que Aquiles, el de los pies ligeros, vencería en tal competición por mucha ventaja que le diese a la lenta tortuga. Además, ¿por qué el héroe se detiene donde está la tortuga y no continúa corriendo, sobrepasándola con una enorme zancada?

—Porque está describiendo un concepto y no una realidad lógica, por eso es una paradoja —continuó Aspasia comenzando a perder la paciencia—. Zenón quiere demostrar que el espacio se puede dividir en trozos infinitamente pequeños que hagan el movimiento imposible, deduciendo que este es una mera ilusión. Por lo que se puede concluir asegurando que los sentidos son engañosos y nos conducen al error, como siempre decía Pitia.

—Desde ese punto de vista parece cierto —reflexionó la pequeña, boquiabierta—. Pero es difícil entender a los matemáticos.

—Bueno, tú eres más de dialéctica y retórica.

Plutarco había permanecido en silencio durante la discusión entre las dos sacerdotisas, pero no pudo resistirse a hacer a Aspasia una última pregunta.

—¿Crees realmente que Aquiles no llegará a ganar la carrera jamás?

La joven se frotó las mejillas con las palmas de las manos e hizo un pequeño gesto de dolor.

—Tengo dudas —respondió finalmente—, pero estoy estudiándolo.

—¿Qué te pasa en las palmas de las manos, Aspasia? —preguntó Berenice contrariada—. Las tienes llenas de heridas y úlceras.

—Nada importante, me las quemé con el brasero de mi habitación —mintió la pitia, escondiéndolas entre los pliegues de su túnica.

—¿Y quieres demostrarlo matemáticamente, Aspasia? —continuó inquiriendo un ensimismado Plutarco sin hacer caso a la observación de Berenice.

—Eso intento, quizás el fallo se deba a que suponemos que infinitos trayectos sumarán una distancia no finita, pero no tiene por qué ser así.

Plutarco fijó sus penetrantes ojos en la joven como si estuviese contemplando a una deidad.

—¿Y... y en qué te basas? —balbució cada vez más atónito.

—Si yo cojo esta brizna de hierba —explicó a su maestro mientras la arrancaba de la tierra y comenzaba a manipularla—, puedo cortarla por la mitad, y la mitad restante de nuevo por la mitad y así sucesivamente hasta crear trozos diminutos. Pero si pudiese llegar a unir las infinitas partes en las que he troceado la brizna, me daría cuenta de que vuelvo a tenerla entera; por lo que puede deducirse que la suma de una serie de números infinitos puede dar como resultado un número finito.

El maestro admiró profundamente a su discípula dándose cuenta de que por muy inteligente que hubiese supuesto a Aspasia en el pasado, no se había percatado del ilimitado don mental de aquella joven, capaz incluso de rebatir las teorías de los mismísimos siete sabios de Grecia. Delfos volvería a presumir de tener una pitia capaz de saber cuántos eran los granos de arena de una playa y cuáles eran las dimensiones exactas del mar.

Berenice había esperado la noche para que su visita no fuese observada por los vecinos del humilde barrio de su infancia, donde todos sabían que la pequeña se había convertido en sacerdotisa apolínea. Aquella vez no recorrería a la inversa la Vía Sacra desde la puerta de Milciades, como había hecho años atrás al abandonar su hogar para llegar al templo, sino que saldría por una de las puertas secundarias acompañada por un par de guardias armados de la morada pítica. Uno de ellos era aquel que le había propinado un pescozón meses atrás, pero en esa ocasión había tenido que acatar sin discusión la orden de la pitia Aspasia, consistente en custodiar a Berenice hasta donde ella quisiera. Iba bien tapada por un tupido manto oscuro que la cubría de la cabeza a los pies, y la caperuza le cubría parte del rostro, pero hasta distanciarse del perímetro amurallado en bastantes pasos continuó andando cabizbaja, ya que, debido a la escolta pítica, su presencia no pasaba desapercibida ni entre los juerguistas ni entre los alguaciles nocturnos. Una vez fuera del témenos, el soldado guardián encendió la tea para alumbrar el camino hacia el tholos de Marmaria, lugar de referencia tras el cual se extendía el grupo de miserables casas entre las que se encontraba la antigua vivienda familiar de Berenice. Llegados a ese punto, la joven sacerdotisa no vio a nadie por los alrededores antes de golpear la puerta, y tomando aliento se decidió a hacerlo. No obtuvo respuesta a la primera y tuvo que repetir la llamada varias veces hasta que escuchó cómo la mirilla se descorría desde dentro.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina desde el interior.

—Ma... madre, soy Berenice —dijo la muchacha conteniendo a duras penas el nerviosismo que le embargaba.

—¿Berenice? —inquirió la mujer, extrañada—. No conozco a nadie llamado así.

La sacerdotisa se turbó ante aquella respuesta inesperada.

—¿No... no vive aquí Aganice?

—No, y tampoco conozco a nadie con ese nombre. Además, no son horas para ir molestando por las calles.

—Pero esta era su casa —dijo la niña comenzando a desesperarse—, y necesito verla.

—Yo llevo dos años aquí y no sé quién la habitaba antes de mi llegada. ¡Vete a los cuervos, niña! —graznó la voz antes de cerrar la rejilla.

—Un momento, por favor...

Berenice quedó en silencio, comprendiendo que la nueva propietaria no iba a abrirle la puerta. En su calidad de sacerdotisa podía haber recurrido a la orden o a la fuerza para conseguir su propósito, pero aquella mujer ni siquiera parecía conocer a su madre. ¿Dónde estaría su madre? Así que, haciendo una señal a los guardianes emprendió de nuevo el camino hacia su ya único hogar, alicaída y haciéndose una misma pregunta constante tras tamaño contratiempo. Entró en la vivienda pítica y subió silenciosamente las escaleras que conducían al dormitorio, comprendiendo que no le sería posible pegar ojo en las siguientes horas. Allí estaban Clea y Eurídice yaciendo plácidamente en el regazo de los dioses de los sueños que a ella seguramente no la visitarían hasta el alba. La sacerdotisa dionisiaca lanzaba leves gruñidos, quizás por los efectos del vino que cada vez consumía más habitualmente, mientras que la otra permanecía muy quieta, probablemente soñando con su amado Poliano a tenor de las insinuaciones de Aspasia, la mujer que todo lo sabía. Echó de menos su presencia en la habitación al igual que había echado de menos la presencia de su madre en la casa familiar, aun reconociendo que sus añoranzas hacia ellas no serían correspondidas ni por la una ni por la otra, ya que su amiga y hermana de sangre vivía únicamente anhelando una erudición rayana en la magia propia de dioses que pocos seres humanos podrían apenas vislumbrar, y su madre... a saber dónde estaba... ¿dónde estaría su madre?

Se tumbó en el lecho tras haberse despojado de la túnica polvorienta con la que había recorrido las calles del barrio más mísero y maloliente de Delfos, quizás el único que podía ser calificado así, y recordó los días de su despreocupada niñez, unos años irrepetibles que ya no volverían jamás. Iba a

cumplir once años y a veces se consideraba ya una mujer, aunque su futuro no se le presentó muy prometedor, ignoraba quién era su padre, cuál sería su misión futura y sobre todo ¿dónde estaría su madre? Había crecido muy rápidamente en aquel lugar, jugando con el aprendizaje, contemplando las rivalidades, la ambición, el amor no correspondido, el deseo libidinoso y la muerte. Recordó el rostro inánime de Pitia antes de ser llevada a la tumba y pensó en el injusto destino final del hombre. El ser humano era mortal e imperfecto en todos los aspectos; como siempre decía la anciana, el cuerpo era un lastre apestoso que enfermaba, envejecía, moría y acababa convertido en cenizas o insepulto pudriéndose en cualquier camino. Y el alma corría distintas suertes; si no había moneda que ofrecer se convertía en un fantasma que vagaría atormentando a los vivos... o a lo mejor eso no tenía nada que ver y la aparición de un muerto simplemente era cuestión de átomos, como decía Aspasia. Vitrubio aseguraba que el firmamento giraba eternamente en torno a la Tierra y al mar, apoyado en unos goznes situados en los extremos de su eje, pero recientemente había estudiado que algunos físicos afirmaban que la Tierra era redonda, como un globo, según Plinio, y que no era el centro del Universo, el hecho de que los hombres la viesan plana y con los astros girando alrededor de ella era una mera ilusión óptica; teoría que enlazaba perfectamente con las enseñanzas de Pitia cuando decía que los engañosos sentidos humanos percibían cosas que, en realidad, no existían. Pero la última obsesión de Aspasia era rebatir la hipótesis del filósofo Zenón sobre la inexistencia del movimiento, buscando el fallo matemático en la paradoja de Aquiles y la tortuga. ¡Quién podía asegurar nada en este extraño mundo!

Se sintió sola, pequeña y asustada, como seguramente todos y cada uno de los mortales se habían sentido alguna vez a lo largo de los siglos, a lo largo de los milenios, en cada poblado, polis, estado, reino o imperio de cada continente. Una minúscula hormiga en mitad de un bosque inmenso, inerme en medio de una altísima arboleda coronada por un firmamento incomprensible, con riesgo de ser aplastada en cualquier instante imprevisto por los designios de una naturaleza perversa. ¿Por qué Gaia había creado unos seres tan insignificantes y estúpidos como los humanos? No era improbable que fuese únicamente para jugar, como mera diversión, como cuando su madre tallaba figuritas de cera o barro para que ella se entretuviese al calor del hogar en las frías tardes invernales, poniéndoles vestidos, moviéndolos con sus propias manos e inventándose conversaciones para que se relacionasen entre ellos en situaciones inverosímiles. Y cuando ya se aburría de sus caras, de sus posturas, o se les quebraban brazos y piernas, los destruía

y rogaba a su madre que le fabricase otros muñecos con quienes comenzar de nuevo. ¿Dónde estaría su madre? Nada tenía sentido y ella debía continuar despojándose de lastres, saltando escollos, sin fiarse de nadie ni creer en nada, solamente en sí misma y en las capacidades que poco a poco iría desarrollando. Probablemente esas reflexiones se las habrían hecho muchas sacerdotisas y pitias a lo largo de la historia del mundo, un mundo hostil y extraño del cual los humanos nada sabían.

Las clases que versaban sobre política e historia aburrían a Helena y muchas veces se ausentaba durante ellas con cualquier pretexto, solamente destacaba entre sus compañeras cuando se trataban asuntos de religión y fe. Lo contrario sucedía con Berenice, Eurídice, Poliano y algún que otro discípulo de Plutarco que a veces se permitían acudir a las clases en la morada pítica; todos ellos asistían a las aulas y paseos del maestro ávidos de enseñanzas. Pero era Aspasia quien no se perdía ni un solo debate, su sed de conocimiento de cualquier tema era inagotable, y ante algunas dudas de la joven hasta el sabio filósofo parecía no tener respuesta. No en pocas ocasiones aprovechaba la retirada de sus compañeros para quedar a solas con él y comentarle algunos asuntos de su interés.

—Tu experiencia en el mundo romano fue muy profunda, Plutarco —dijo Aspasia—. Ostentaste un importante cargo administrativo en Roma, posees la ciudadanía, eres amigo personal del emperador y estás escribiendo las biografías de muchos de sus personajes más egregios. Ahora necesito más información sobre la situación del Imperio.

—Te ayudaré en lo que pueda, cierto que soy amigo de Adriano.

—¿Y cuál es tu opinión personal sobre los romanos?

—Soy descendiente de un antiguo rey de Tesalia, así que no desprecio ni la dignidad de mi origen ni la admiración y el respeto que siento por los romanos, ya que fue una mezcla de Virtud y Fortuna la que llevó a Roma a adquirir tal poder, crecer y fortalecerse anexionando no solamente a sus pueblos y gentes, sino a reinos extranjeros allende los mares.

—¿Entonces los consideras superiores a nosotros?

—Puede decirse que gracias a Roma hoy disfrutamos de paz y estabilidad, pero los griegos, en ciertos aspectos, seguimos siendo el modelo que ellos imitan y admiran. Nos cambiaron el calendario —bromeó Plutarco—, las estaciones, los meses, las semanas y los días en los que estos se dividen; pero

hay que reconocer que existen muchos paralelismos entre nuestros hombres ilustres y los suyos, tanto en defectos como en bondades.

—Necesitaría estudiar tus escritos, maestro, si así me lo permites. Cada vez vienen más romanos de nacimiento a consultar el oráculo por asuntos políticos, y mi obligación es saberlo todo.

—Algunos están inacabados, Aspasia, pero puedo dejarte los ya concluidos y no publicados aún. Te los daré mañana antes de partir hacia Queronea, junto con la información recabada en la última sesión oracular. Vas a tener mucho trabajo.

—No importa —dijo la joven con un hilo de voz—. ¿Qué piensas sobre el giro que ha dado la política romana en los últimos meses en favor de nuestra tierra?

—Según me asegura el emperador en su última carta, aprovechará cualquier motivo para beneficiar a las polis griegas, reconociendo nuestra autonomía plena e identidad en ciertos asuntos de leyes, derechos y costumbres; igualmente me dice que no cesará de mostrar su piedad hacia Apolo Pitio. Conocí a Adriano hace años en Atenas, donde residió por un tiempo, y ya entonces le llamaban *Graeculus*, «el grieguecillo», aunque es hispano de Gades; su apodo le vino porque leía y declama perfectamente en dialecto ático, debido a que el sur de Hispania tiene muy arraigada la cultura griega. En Atenas residía en casa de nuestro común amigo, el cultísimo Epifanes Filópapo, y pronto el actual amo del mundo se convirtió allí en un hombre muy respetado, adquirió la ciudadanía ateniense, se inició en los misterios eleusinos, fue arconte y también magistrado agonoteta a cargo de las Grandes Dionisiacas. Posteriormente se casó con Sabina, una de las mejores amigas de Balbila, hermana de su anfitrión Filópapo, aunque realmente Adriano siempre ha preferido a los muchachos.

—Por lo que me cuentas, parece que no va a estar muy interesado en modificar las leyes de Delfos.

—Únicamente me ha encomendado revisar la legislación anfictiónica para adaptarla a las normas imperiales, y a cambio ha prometido grandes mejoras tanto en el santuario como en el resto de la ciudad.

—Es un gran honor que un emperador cuyos territorios van desde Britania al mar Rojo y desde Hispania al río Éufrates se preocupe tanto por los helenos... pero, sin embargo, no pareces muy contento, maestro.

—La semana pasada me confirmaron la muerte de Avidio Nigrino tras ser acusado de conspiración —confesó Plutarco con tristeza.

—¡¿Cómo?! —exclamó Aspasia, incrédula.

—Había sido cesado en su cargo y se encontraba en Faventia —continuó el maestro—. Otros tres consulares fueron ejecutados por el mismo motivo. Parece que los cuatro habían presionado a Trajano para evitar la adopción de Adriano, así que el Senado tomó la terrible decisión de ejecutarles, aunque el actual emperador niega haber tenido nada que ver con ello. Eran amigos y fueron tribunos conjuntos durante los tiempos de la segunda guerra dácica.

—¿Y tú confías en su palabra? —preguntó la joven—. Bueno, sé que es tu amigo, pero quiero decir... como político.

—Quiero confiar —dijo Plutarco esperanzado.

—Entiendo —asintió Aspasia—. Entonces, tal y como hemos quedado, mañana me prestas tus obras antes de salir de viaje, y también me gustaría que me recomendases otro libro de recetas farmacéuticas. Por cierto, ¿vendrá tu hijo Autobulo a sustituirte?

—No, él irá conmigo a Queronea, pero os dejaré tareas para que continuéis estudiando durante mi ausencia. Y ahora vete a cenar y descansa, Aspasia, ya casi ha anochecido y ambos tendremos que madrugar.

—Todavía debo terminar algo; además, me sobra con dormir un par de horas o tres.

—Tus manos tienen realmente mal aspecto —dijo Plutarco fijándose en ellas—. ¿Para eso quieres el libro de recetas?

—Sí, claro —mintió Aspasia—. El bálsamo que me recetó el médico no me está haciendo efecto.

—No es de extrañar que nacieses el día del comienzo de las consultas oraculares —dijo Aspasia riendo su propia broma—. Haces demasiadas preguntas, Berenice.

—Pues ahora que eres pitia podrías responderme alguna.

—Recuerda que las cuestiones privadas las atiende Helena, no yo, y te aseguro que no tengo ni idea de dónde puede estar tu madre.

La niña sacudió la cabeza con desesperación.

—Siempre me ha engañado —dijo enfadada—, me contó que yo era exclusivamente hija de Gaia, y ahora incluso se esconde de mí.

—Quizá no te engañaba, Berenice, toda madre biológica se siente místicamente identificada con Gaia, y realmente ella nunca supo quién era tu padre.

—¿Tan ebria se encontraba cuando me concibió? —preguntó la niña con rabia.

—Bueno, ya viste el rito secreto de las tíades, imagino que tu madre estaría en ese mismo estado delirante.

—Pero ella no era sacerdotisa dionisiaca, Aspasia, y entonces... ¿para qué iba a esas celebraciones?

—Lo ignoro, a lo mejor era una simple iniciada.

Berenice clavó la mirada en las manos vendadas de su amiga.

—¿Has podido contactar con el alma de Pitia?

Aspasia negó con gesto de angustia, y sus ojos color miel se oscurecieron repentinamente.

—No —respondió finalmente—. ¿Me guardarías un secreto?

—Claro, hermana —dijo Berenice recordando el pacto de fidelidad realizado con la joven.

—En realidad no puedo percibir ni ánimas ni dioses, por mucho que lo intente, y mi mayor tristeza es esa carencia de sensibilidad —comenzó Aspasia con amargura—. No he sentido la presencia de Pitia, tampoco Gaia se me manifiesta como dice Helena que le ocurre a ella, ni noto en mi interior el delirio extático y profético que Apolo debería transmitirme cuando me siento en el trípode.

—Pero... ¿cómo puede ser eso posible? —se horrorizó la niña—. Eres una de las mejores pitias que hayan existido, todos lo dicen, y tu fama crece día a día.

—¿Te acuerdas que Plutarco nos dijo una vez que Eurípides afirmaba que el hombre hábil en conjeturas es el mejor adivino porque no hay nada cuyo origen no pueda justificarse y que el conocimiento de la consecuencia conduce a la clarividencia?

Berenice dudó y acabó asintiendo.

—También Pitia nos decía que a través de la sabiduría se alcanzaba la mántica —continuó la joven—, y posiblemente por eso se instauró que la sibila debía ser vieja, porque la vejez conlleva experiencia y conocimientos. Y así actúo yo, como una anciana prematura, intentando estudiar toda disciplina existente y recabando información sobre cualquier asunto de actualidad política para que mis vaticinios no yerren, tal y como sabiamente Pitia nos recomendaba, pero no poseo ninguna inspiración divina. Ninguna.

—¿Intentas decirme que el neuma de la deidad no te posee?

Aspasia clavó sus ojos en los de la niña, preguntándose hasta dónde podía llegar en su confesión, pero necesitaba arrojar de su interior de una buena vez los pesares de su falta de fe causados por un exceso de lógica científica, y tras

un momento de duda escupió las palabras que atormentaban su mente desde hacía algún tiempo.

—Lo que sale de esa maldita grieta no es el aliento inspirador de Apolo ni de Gaia, Berenice, sino simplemente gas. Efluvios gaseosos que embargan los sentidos y que se acrecientan por la ingesta de las hojas cuasi venenosas del laurel sagrado. Me río de ese dios embaucador que, presumiendo de adivino, no supo predecir que sus dos grandes amores, Dafne y Narciso, iban a terminar de forma tan funesta.

Los ojos de Berenice parecieron salirse de sus órbitas y boqueó sin saber qué decir antes de poder articular palabra alguna.

—¿Qué... qué estás insinuando, Aspasia? —preguntó acongojada.

—Lo que muchos otros; lo mismo que insinuaron algunos amigos de Plutarco en aquella visita guiada que hicimos hace años, aunque por aquel tiempo me negaba a creerlo.

—Estás diciendo que el oráculo es un completo fraude —dijo la niña pasmada.

—No sé, no podría afirmarlo con total seguridad —reconoció la joven pitia—. Veo a Helena en estado de trance, siendo como es una mujer sencilla e inculta, pronunciando vaticinios correctos y aconsejando a los *theopropoi* de forma adecuada, y me pregunto si ella posee una cualidad que en mí no existe. El romano Cicerón distingue entre *divinatio naturalis* y *divinatio artificiosa*, quizás esa sea la diferencia entre nosotras. La intuición que yo poseo está fundamentada en la lógica de lo que es más probable que ocurra tomando uno u otro camino, mientras que la de ella proviene del estado que alcanza a través de las emanaciones, sean o no divinas, o de su propia conexión natural con la Diosa, o de cualquier maldita inspiración que ella posea y de la que yo carezco.

—¿Has rezado a los dioses para que iluminen tu mente? —se interesó Berenice, creyendo encontrar la solución al problema de su amiga.

—A diario. Pero o ellos no me escuchan a mí, o yo no les oigo a ellos. Como decía Epicuro, si realmente las deidades existen, viven felices en su mundo sin preocuparse por nosotros.

Berenice comprendió el punto de vista de su amiga y se sintió compungida por su dolor espiritual.

—Oye, Aspasia —dijo tímidamente—, el día de la prueba de selección a la que Pitia os sometió a Helena y a ti... ¿cómo supiste que el estátero que contenía la mano de Pitia era del rey Eucrátides I? Si no oyes a los dioses, imagino que fue por transmisión de pensamiento entre vosotras dos.

—No. Siento defraudarte —confesó la joven sonriendo amargamente—, pero fue por pura lógica. Cuando Pitia me dio el brazalete de sacerdotisa al llegar aquí, me aseguró que se trataba de una antigüedad de la época grecobactriana: sabiendo que ella era una gran apasionada de este periodo y que de él guardaba objetos, era previsible que la moneda datase de esa misma etapa de nuestra historia.

—Pero ¿y por qué dedujiste que sería de ese rey en concreto y no de otro? Aspasia suspiró incómoda.

—Las manos de Pitia eran largas, así que su puño tenía capacidad para contener una moneda corriente sin problemas. En la prueba vi que se esforzaba en cerrar la diestra, por lo cual el estátero debía ser más grande de lo normal y de oro, ya que Helena había descubierto que se trataba de algo amarillo y reluciente. Si sabes que las mayores monedas de oro acuñadas en la antigüedad pertenecen al reinado de Eucrátides I, la deducción es instantánea.

Berenice quedó asombrada ante la cadena de razonamientos de Aspasia.

—¡Eres sabia como Sócrates! —exclamó admirándola profundamente—. Quizás seas la mujer más inteligente del mundo y los dioses que busques externamente ya estén en el interior de tu mente desde tu nacimiento.

—Es lo único que poseo, hermana, y no sé si es un regalo divino —respondió la joven con pesadumbre—. Lo que puedo asegurarte es que los dioses no me hablan, y Pitia tampoco. A lo mejor no hay nada de nada, ni deidades, ni almas, ni espíritus... probablemente tanto estoicos como platónicos estén equivocados y solamente lleguemos al mundo para vivir una vida breve y sin sentido en la que no se puede ser feliz. No están equivocados los que dicen: «Sé sensato y aprende a dudar».

Berenice asintió y sus ojos se fueron directamente al vendaje que envolvía las palmas de las manos de su amiga.

—¿Qué tal van tus quemaduras? —se interesó.

—Bien —aseguró la pitia—. Gracias a una pomada cicatrizante que me aplico dos veces al día.

—Espero que se curen cuanto antes —dijo la niña—. Debe de ser muy incómodo para ti.

—No creas —respondió Aspasia—. Los dedos quedan fuera del vendaje y puedo realizar cualquier movimiento sin demasiada dificultad.

—¿Y sigues estudiando la manera de demostrar que la paradoja de Zenón contiene algún fallo?

—Sí, algo me dice que voy a encontrar la falacia... y lo conseguiré, aunque sea lo último que haga en la vida.

Lisímaco observó a Berenice, la niña parecía triste y llevaba toda la mañana sentada con las piernas cruzadas, sin molestarse en comenzar sus ejercicios deportivos.

—¿Qué te sucede? —le preguntó sin obtener respuesta—. ¿Quieres una manzana? —volvió a preguntar, tendiéndole una bien grande y roja que sacó de una bolsa.

La jovencita ni siquiera se inmutó y el paidotriba decidió sentarse a su lado; ya hablaría cuando tuviese ganas.

—Parece que te has mordido la lengua durante un ejercicio y no puedes responderme —bromeó tras un rato de silencio.

—No sé dónde está mi madre ni quién es mi padre —reconoció finalmente Berenice—. En realidad estoy aquí abandonada, me dejaron a la fuerza en la morada pítica sin tener en cuenta mi opinión. Me siento sola y a veces estoy muy triste.

El animoso hombre miró compungido a la joven. Era todavía una niña impúber, pero sabía que era lista y quizás su propia historia podía ayudarla si se la contaba.

—Mira, Berenice, mis padres tampoco me consultaron nunca —recordó como si aquello hubiese sucedido pocos días atrás— y, recién afeitada mi primera barba, tuve que casarme con una mujer abominable que solamente me dio disgustos. Murió durante el parto y deseo confesarte que no sentí un profundo dolor por su pérdida, pero ante la sociedad tuve que comportarme como un viudo afligido. Para colmo, poco después sufrí el accidente que me imposibilitó seguir compitiendo, y el mundo se me vino abajo.

La pequeña giró la cabeza y miró aturdida a su entrenador.

—Un día, harto de fingir y aburrido de todo —continuó—, me di cuenta de que tenía que hacer algo antes de convertirme en un viejo cuyas noches transcurriesen levantándome cada hora para llenar el orinal de plata, y decidí dejar de compadecerme de mí mismo y empezar a vivir la vida que quería llevar.

—Yo no puedo hacer nada, Lisímaco —dijo la niña sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo que no? —soltó el paidotriba, alarmado.

—Tengo que obedecer unas normas.

—Las normas están hechas para los delincuentes o para los necios sin imaginación, Berenice, pero tú vales mucho más que la mayoría de los hombres y mujeres grises y miserables que se contentan con existir. ¿Tú deseas vivir o simplemente existir? Te diré que la vida se valora más cuando ya queda poco para perderla, y la juventud, cuando ya se ha perdido por completo. Tú estás comenzando ambas y no puedes desaprovechar ese tesoro que tan rápido se desvanece, debes tomar tus propias decisiones y encarar el futuro con optimismo. La existencia puede ser tedio o aventura, un vino ácido y aguado o un caldo exquisito, puede ser un camino fascinante lleno de etapas dignas de ser recordadas o un camino polvoriento plagado de desastres y decepciones; y en este mismo instante debes elegir qué senda tomar para alcanzar un determinado destino. Yo querría estar en tu lugar, aunque ahora te consideres el ser más desgraciado del mundo, y como eres muy joven y te veo sumamente desorientada, te voy a explicar lo que haría si fuese tú... Aunque puedes y debes mejorar mis ideas, ya que el ingenio femenino es muy fértil en recursos.

Berenice se giró hacia Lisímaco dispuesta a escucharle atentamente.

—En primer lugar no te fíes de nadie, solamente de tu propio instinto y de los avisos de los dioses, a los que los humanos menos creyentes llaman corazonadas. A esta fuente de información insospechada añádele la reflexión; tú tienes una inteligencia fuera de lo común y eso que, a veces, me sorprendes con una dialéctica propia de un filósofo, y todavía no has cumplido ni los doce años, pero vives a la sombra de Aspasia... cosa que no comprendo, aunque ahora ella ostente el cargo de pitia y la admires.

—Ella es mi hermana, Lisímaco —se defendió la niña con los ojos vidriosos—. Mi única amiga.

—Me parece muy bien que la consideres así —reflexionó el entrenador—, pero... ¡Por todos los dioses, no te dejes anular por ella! No eres ni mucho menos más tonta, pero os lleváis seis años y a vuestra edad eso supone una diferencia enorme. Si quisieras podrías ser la mejor sibila de la Historia, no he conocido a ninguna niña como tú y te aseguro que durante los largos años que llevo ejerciendo mi oficio me he topado con muchas.

La pequeña sorbió las lágrimas y se limpió la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Y Clea? ¿No te agrada? —preguntó Lisímaco.

—Clea es mayor —respondió Berenice—. Y además es sacerdotisa dionisiaca... no tenemos mucho en común. Ya sé que a ti te agrada porque es muy buena deportista.

—¡Clea es mayor! —exclamó el hombre riéndose de buena gana—. Para ti sí, claro... pero a lo mejor más adelante acabas descubriendo en ella algunas virtudes que hasta ahora te han pasado desapercibidas.

La niña se encogió de hombros sin saber a qué se refería su entrenador.

—Solamente voy a darte un último consejo —dijo el paidotriba con expresión seria e impropia de su jocosos carácter—. Corre con valor en la vida, como siempre has hecho en la pista, y no te abandones. Ah... y tampoco prejuzgues. ¿Me vas a hacer caso?

La niña asintió.

—No te he oído —dijo el hombre, poniéndose la mano en la oreja como si fuese un embudo.

—Sí, Lisímaco —respondió Berenice en voz alta y ya sonriendo.

—Pues vamos a la pista y demuéstreme lo que sabes hacer.

El paidotriba se puso en pie y agarró con fuerza la mano de la pequeña para levantarla del suelo. Ambos se encaminaron hacia la pista, donde otras jóvenes corrían compitiendo entre ellas como ninfas veloces, y dando un leve empujón a Berenice la dejó junto a estas. Aquella niña, pensó con tristeza, tenía demasiadas responsabilidades y preocupaciones para su edad, por lo que resultaba muy beneficioso que se olvidase de ellas a través del deporte con otras muchachas de su edad. Quizás era momento de exigirle que acudiese al gimnasio más a menudo, al menos saldría de esa vivienda tétrica plagada de mujeres obsesivas, ebrias de vino y drogas.

La desesperación de Clea iba en aumento porque no hallaba solución a su problema. Hacía todo tipo de ejercicios bruscos hasta caer agotada, obligaba a su masajista a darle fuertes friegas en el vientre y se exponía al máximo en todo tipo de actividad arriesgada. También había consultado y probado todos los métodos propuestos por sus amigas, las sacerdotisas dionisiacas, y ninguno había dado resultado. Además, Calixto le había dado la espalda negándose a prestarle apoyo, se había desentendido del asunto humillándola de nuevo con comentarios insultantes e incluso la había golpeado por ser tan estúpida.

Tenía la opción de hablar con Aspasia, esa especie de biblioteca andante encontraría con facilidad algún remedio, pero nunca se habían llevado bien y no deseaba ser despreciada por ella. En cuanto a Helena, la tíade no confiaba demasiado en los conocimientos de la otra pitia por considerarla algo simple en algunos aspectos, pero nada perdía por intentarlo y había que admitir que

esa mujer conocía a todo Delfos y a medio Imperio a causa de su cargo oracular.

—¿Qué puedo hacer, Helena? —gimió Clea—. Somos hermanas de sacerdocio porque nuestros respectivos dioses se hallan unidos por lazos fraternos, así que imploro tu impagable ayuda.

—¿Has ingerido ya algún abortivo? —se interesó la pitia.

—Sí, un mercader me proporcionó silfión a cambio de una suma elevadísima, pero no he obtenido resultados.

—¿Y has probado con ruda y granada? —se interesó Helena.

—Sí.

—¿Y con azafrán?

—También, todos esos métodos cotidianos no me han funcionado, solamente me produjeron insoportables contracciones y alguna hemorragia. Pero ni brebajes ni amuletos han sido eficaces para expulsar al feto.

La pitia Helena se frotó la barbilla e intentó recordar una conversación mantenida meses atrás.

—Una prima mía de Cirra me dijo que allí había una mujer con gran pericia para solucionar este tipo de asuntos —dijo tras reflexionar—. Parece que utiliza un procedimiento quirúrgico, y con una larga aguja de metal consigue provocar el aborto.

—¿Y cuál es su nombre?

—No lo recuerdo, pero puedo enviarle un mensaje hoy mismo y preguntárselo.

—Te estaría muy agradecida, Helena —dijo la tíade abrazando a la pitia.

Una vez obtuvo la información, la tíade avisó en el templo de que se tenía que ausentar durante unos días. La excusa de estar obligada a visitar a sus administradores legales por un asunto económico no levantó sospecha alguna, ya que todos sabían que Clea era la única heredera del gran patrimonio de sus padres, Lucio Flavio Aristio y Leóntide, una auténtica epíclera. Después, añadió, partiría a encontrarse con la jefa del colegio sacerdotal ateniense de las ménades para preparar los próximos festejos del nacimiento de Dioniso que se celebrarían en el mes de *Dadaphoros*; por lo que quizá se encontrase fuera de Delfos varias semanas.

La sacerdotisa, conocedora de la existencia de un pescador llamado Cirtón que hacía casi diariamente el breve trayecto que iba desde el puerto de Cirra hasta las tabernas y tiendas de Delfos para vender su mercancía, le pagó una importante suma para que la llevara en su carro. Cirtón no puso ningún problema en volver aquel día a su casa acompañado por tan elegante y bella

sacerdotisa ni en ser tan discreto como ella le había pedido, eso sí, a cambio de unos cuantos dracmas. Aquel hombre de cara quemada por el sol estaba acostumbrado a viajar en silencio y no molestó a la joven en ningún momento con preguntas íntimas, únicamente golpeaba de vez en cuando a sus bueyes urgiéndoles a completar los sesenta estadios de distancia antes del anochecer. Pronto llegaron a la zona donde había estado la antigua ciudad de Crisa, vecina y desaparecida rival de los delfios, y dejándola atrás se adentraron en la pelada llanura de Egas, que había sido lugar de frecuentes asaltos y emboscadas desde épocas de Perseo. El mar parecía estar ya a un paso y Clea echó hacia atrás el manto que cubría su cabeza para respirar una brisa marina que olía a libertad, harta ya del fuerte olor a pescado que emanaba aquel maldito carro. El recuerdo de las palabras de Calixto que la habían torturado durante el trayecto se desvanecieron y la joven respiró profundamente llenando sus pulmones de aire, y su ánimo, del coraje que iba a necesitar en los próximos días.

Llegaron a la franja costera meridional por donde se extendían Itea y Cirra, que no solamente eran poblaciones pesqueras, sino importantes puertos donde arribaban grandes embarcaciones de mercaderes y peregrinos procedentes de todos los lugares del mundo occidental. El conductor dirigió el vehículo hacia la que estaba más al sur de las dos, Cirra, cruzó el pueblo y se detuvo finalmente frente al malecón de las naves pesqueras. Allí se encontraba su humilde casa, en una calle llena de prostíbulos y tabernas muy frecuentados por marineros y turistas. Antes de bajarse, Clea pidió al pescador que le indicase dónde se encontraba la morada de la mujer a la que había ido a visitar, y el hombre señaló un pequeño santuario.

—Allí, tras ese templo dedicado a Apolo, Artemisa y Leto, se encuentra la vivienda de Aganice. Es una cabaña de madera con un pequeño huerto y un depósito de agua.

La tíade sonrió agradecida a su conductor y le preguntó cuándo podría llevarla de vuelta a Delfos. El hombre clavó los ojos en la bella tíade.

—Supongo lo que has venido a hacer aquí, señora, por lo que creo que quizás debas permanecer varias jornadas en Cirra. Los días pares voy a Delfos a vender mis pescados y suelo salir de mi casa a la hora tercia; si no te importa sufrir de nuevo el mal olor que desprenderá el carro, puedes regresar conmigo. Hay muchos piratas y bandas de delincuentes por estos lares, tú eres joven y hermosa y aunque vayas disfrazada con manto de esclava no pasas desapercibida. Los secuestros están a la orden del día, conozco a algunos que

usualmente se dedican a ello enriqueciéndose con las grandes sumas que piden como rescate. Así que no te fíes de nadie.

Clea negó con la cabeza y sonrió agradecida.

—Ya hace tiempo que dejé de confiar en los hombres —dijo—, incluso en los de aspecto respetable que portan en su semblante la gracia de los dioses.

Eurídice, la nueva sacerdotisa de Apolo Pitio, estaba emparentada con Plutarco por lazos familiares. Era una joven buena y sonriente, aunque demasiado oficiosa; para ella todo lo que hacían sus compañeras era excelente y la totalidad de los habitantes de la vivienda pítica eran dignos de múltiples elogios. En su afán por agradar se prestaba voluntariosamente a hacer cualquier cosa, incluso ciertas actividades que no debía realizar a causa de su ministerio sacerdotal. Esa conducta molestaba a la cada vez más irritable Aspasia, hasta que llegó un día en que explotó al verla acudir a la puerta del peristilo para abrirla ella misma.

—Eres una mujer libre y una sacerdotisa, Eurídice —bramó llena de cólera—, abrir puertas es labor de esclavos... realizada por ti incluso podría tomarse como un gesto de moral sospechosa.

—Perdóname, Aspasia, pero las siervas se hallan ocupadas y ya han llamado dos veces.

La pitia sacudió la cabeza incrédula.

—Si quieres seguir realizando labores indignas, puedes ir a la cocina y preparar la cena.

—Como quieras —dijo la joven, saliendo de la habitación sin haber captado el sarcasmo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Aspasia sin dar crédito—. Si llego a decirle que fuese a la tienda de salazones, hubiese ido presta cargando con un gran cesto.

Berenice rio ante la broma de su amiga.

—Es la mujer más servil que he conocido en mi vida —continuó la joven pitia, enfadada tras analizar el comportamiento de su compañera—. Siempre parece dispuesta a ayudar a todo el mundo cada día de la semana y a cualquier hora, tanto las doce horas diurnas como las doce nocturnas, excepto uno de cada siete... el día dedicado al sol, antiguamente a los titanes Crono y Rea, durante el que parece desaparecer del planeta. Y, por cierto, ¿quién ha llamado a la puerta y dónde está el visitante?

—Voy a ver —anunció la niña todavía sonriendo.

Al instante, Berenice volvió a la habitación acompañada por una bellísima esclava etíope.

—Salud, señora —saludó la broncínea joven haciendo una reverencia—, mi amo te envía este antiquísimo lécito que contiene el más aromático de los aceites.

—Es muy hermoso y se lo agradezco mucho —dijo Aspasia, admirando la larga vasija decorada—. Dime el nombre de tu amo para saber de quién proviene tan espléndido regalo y poder agradecerse.

—Se llama Enólalo y es de Atenas.

Aspasia alzó las cejas sorprendida.

—No conozco a nadie con ese nombre, quizás le atendí en sesión oracular y quiera premiar mi asesoramiento.

—Así fue, señora —asintió la esclava—, le auguraste acertadamente sobre un asunto personal y es tan feliz que desea hacerte partícipe de su dicha.

—Yo no atiendo consultas de carácter privado —dijo Aspasia secamente.

—¿No eres la pitia Helena?

—No.

La joven pareció turbarse.

—Perdona mi confusión, señora, este regalo no es para ti, sino para la otra pitia.

Berenice suspiró y ordenó a la muchacha que la acompañase a la habitación contigua, donde sería recibida por Helena. Transcurridos unos instantes regresó a la estancia de Aspasia y observó el rostro iracundo de su amiga.

—Pareces enojada —aseguró—. ¿Acaso te ha afectado esta estúpida confusión?

La pitia permaneció en silencio.

—Tú recibes mejores presentes de embajadores y emperadores —continuó Berenice al no recibir respuesta—. La semana pasada te enviaron un reloj portátil, un espejo precioso que ya veo que has colgado en esa pared y unas pulseras de electro; y la anterior, un costosísimo órgano hidráulico que ninguna sabemos tocar y que por la cantidad de oro que lleva debe de costar casi un talento... así que no creo que deba importarte que un consultante agradecido entregue una tinaja de perfume a Helena.

La pitia insistió en su mutismo.

—¿Qué te sucede, Aspasia? Te irrita que Eurídice sea servil y le guste tejer, que Helena pronuncie respuestas acertadas, que Clea se comporte de forma libertina, que Plutarco se ausente de Delfos... vives enfadada con el

mundo y así nunca serás dichosa. Pitia nos aconsejó no enzarzarnos en peleas ridículas que solamente nos conducirían al desastre.

—¡Vaya! Y ahora tú te crees con derecho a recordarme las recomendaciones de Pitia, como si las hubiese olvidado —dijo la joven sibila.

Berenice la miró resentida.

—Has cambiado, Aspasia, tu humor es tan agrio como el peor de los vinagres y no encuentro motivo para tal metamorfosis. Eres una mujer brillante, inteligente y cultísima, la gran pitia a la que todos respetan. Yo quisiera ser como tú, eres mi modelo a seguir y mi hermana mayor, pero me molestan tu ira y tu vanidad desmedidas.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por el rostro de la joven pitia y se apresuró a secarlas con un pliegue de la túnica.

—No puedo explicarte lo que ocurre en mi interior, Berenice. La rabia ante el funcionamiento del mundo me consume, la estrechez de nuestras mentes me desespera, la imposibilidad de conectar con la divinidad me irrita, las necesidades y padecimientos de nuestros cuerpos débiles y mortales me fastidian. Pitia también estaba en lo cierto al decir que los dioses son caprichosos e insolentes y que gozan viendo sufrir a los hombres.

—A veces yo también opino así, pero somos simples mortales y debemos soportar nuestras limitaciones. Tú querrías ser una diosa omnipotente y eterna, y eso no es posible. Decía Safo en uno de sus versos que «no hay camino ni fácil ni difícil que a los mortales lleve al gran Olimpo»; realmente no lo hay, y no vas a encontrarlo por mucho que estudies y ayunes.

—Safo era poetisa, no física, ni matemática, ni filósofa, se limitaba a expresarse con palabras bellas para agradar al oído.

—Si tú lo dices —dijo la pequeña sin hacerle demasiado caso—, ¿pero por qué te agarras las manos de esa forma? ¿No se te han curado todavía?

—Sí, pero a veces me siguen doliendo y se me abren las heridas —respondió la pitia, introduciéndolas rápidamente en el espacio entre sus exiguos muslos y el asiento.

Berenice estudió detenidamente el nuevo aspecto de su amiga, quien poco a poco se estaba convirtiendo en un pésimo retrato de sí misma. Los huesos de su cara se marcaban de tal forma que ya casi parecía una calavera, sus codos descarnados sobresalían por las mangas de la túnica como puntas de lanzas y las palmas de sus manos mostraban las manchas que habían quedado impresas tras las quemaduras sufridas. Aspasia no sabía cuidar de sí misma, se dijo la niña tras reflexionar, su cuerpo debía de ser para ella una losa incómoda que la obligaba a realizar ciertos trabajos para mantenerlo con vida,

lavarlo, nutrirlo, darle descanso... tareas que cada vez llevaba a cabo con menos frecuencia.

—¿Quieres que vayamos a darnos un baño antes de la cena? —propuso la niña, viendo que a su amiga le hacía mucha falta.

—No voy a ir al comedor, di a las siervas que me traigan algo de comer aquí.

—¿Vas a seguir estudiando?

Aspasia asintió extendiendo sobre su mesa un compás, una regla y el primer rollo de pergamino de una obra de más de veinte que tenía amontonados en una caja a los pies del mueble. Y comenzó a leer el *Protókollos* sin esperar a que Berenice se hubiese ido.

Plutarco se hallaba completamente sumergido en un tratado sobre el amor fraternal dedicado a su recientemente fallecido amigo Avidio Nigrino y a su hermano Avidio Quieto. En el haber del filósofo y escritor ya constaban unas trescientas obras, y más hubiese deseado escribir si sus múltiples deberes se lo hubiesen permitido, pero una carrera literaria exigía mucho trabajo, demasiado tiempo y no poco gasto. Aquella tarde se encontraba inspirado por las Musas, en total soledad en el escritorio de su vivienda de Delfos. Un par de sirvientes atendían las escasas necesidades vitales del sabio de Queronea, que consistían en dos frugales comidas al día, sin salsas ni confituras, y en el mantenimiento de una limpieza extrema en toda la casa. Cuando el filósofo estaba ausente, su función consistía en cuidar la vivienda para que los ladrones escarbamuros no penetrasen en ella, pero cuando volvía a la ciudad las lámparas debían tener gruesas mechas nuevas y aceite perfumado, el brasero tenía que estar encendido para caldear la habitación de trabajo, y el suelo, hallarse resplandeciente, cosa que el dueño comprobaba personalmente levantando las alfombras y moviendo de sitio los escasos muebles que poseía.

—Mi señor —dijo uno de ellos entrando en el despacho—, una mujer sucia y harapienta me ha dado este mensaje para que te lo entregue.

Plutarco salió de su concentración y alzó las cejas sorprendido.

—¿Una mujer sucia y harapienta? —preguntó confuso mientras desdoblaba el trozo de papiro.

—Sí —respondió el esclavo—, está esperando en la puerta.

—Hazla pasar al patio —rugió invadido por una extraña corazonada.

El sirviente desapareció mientras el sabio leía la escueta palabra trazada con alguna extraña sustancia por un dedo tembloroso: «Ayúdame». Plutarco

se levantó de la silla como impulsado por una catapulta, salió a grandes zancadas hasta el patio interior, y al lado del pozo vio el contorno de un cuerpo femenino que se dibujaba bajo un manto tosco de color indefinido. Solamente se atrevió a rozar levemente la espalda de la mujer, cosa que provocó que esta se volviera hacia él dando un respingo.

—¡Clea! —exclamó tras un breve instante de duda y arrugando la nariz por el hedor que emanaba.

El rostro de la visitante se hallaba parcialmente escondido por la tela pardusca que la cubría de los pies a la cabeza, pero el filósofo había reconocido aquellos ojos de color marino que tanto había admirado, aunque en aquel momento poseyeran una tristeza nueva en ellos. Las ojeras moradas que los surcaban afeaban el rostro de la tíade, y las greñas sucias que lo enmarcaban tampoco ayudaban a embellecerlo.

—Prepara una habitación —ordenó al atónito sirviente que no se movió de donde estaba—. ¿No me has oído?

Plutarco acompañó a Clea a la sala principal, el amplio comedor donde se encontraban los triclinios, y la asistió para que se recostase en el más cómodo.

—¡Hija mía! —murmuró casi paralizado por la impresión—. ¿Qué te ha sucedido?

La sacerdotisa dionisiaca miraba a su maestro sin responder, llena de un pavor irracional, con los ojos tan fijos y asustados como si hubiese tenido ante ella a la Hidra, a Quimera o a cualquier ser mitológico de aspecto monstruoso. Plutarco la abrazó paternalmente y la joven comenzó a convulsionarse por el llanto mientras agarraba frenéticamente la túnica de su maestro. El sabio razonó acertadamente que la mujer había recibido una fuerte impresión emocional y que su cerebro estaba tan confuso que no sería capaz de articular palabra. De todas formas era beneficioso que derramase los humores negativos a través de las lágrimas, por eso la dejó continuar, aunque lo más importante iba a ser que descansase adecuadamente.

Con mucho cuidado se deshizo de aquellos brazos de Clea que lo asían como garras y se dirigió al arcón de patas cortas adosado al muro lateral. Del llavero de su cinturón extrajo cuidadosamente una de las llaves y la introdujo en la cerradura. El mueble contenía una serie de frascos de distintos tamaños y colores que el sabio estudió meticulosamente hasta seleccionar uno de ellos. A continuación tomó una copa, vertió en ella un poco de agua de la jarra que descansaba sobre una mesita hermosamente tallada y añadió unas gotas del contenido de la ampolla.

—Bebe —ordenó, llevando el brebaje hasta los labios de la joven—, es opós, jugo de adormidera, te calmará el dolor y descansarás durante horas.

Clea obedeció sin rechistar, en aquel momento hubiese estado dispuesta a ingerir la mismísima sangre derramada de la cabeza de Gorgona. Solamente quería morirse, desaparecer de la Tierra y calmar el sufrimiento físico y moral padecido en los últimos días. En su mente se agolpaban los recuerdos de los días vividos recientemente; aquella mujer, Aganice, había asegurado que el niño que llevaba en su vientre se asía con furia a sus entrañas y que el aborto iba a ser complicado. Y así fue, dos semanas estuvo en la cabaña inmunda de Cirra, desangrándose lentamente hasta que su piel se tornó del color de la cera, ingiriendo pócimas para la fiebre que revolvían sus tripas, y retorciéndose en un incómodo catre plagado de chinches. Pero su fortaleza había vencido a la muerte y, tras expulsar los malolientes fluidos malignos, su calentura fue cesando paulatinamente hasta que Aganice consideró que era el momento oportuno de que volviese a Delfos. El pescador Cirtón se portó correctamente con ella de nuevo y le permitió ir tumbada en la parte trasera del carro, envuelta en olor a pescado y padeciendo las molestias del traqueteo del vehículo hasta la calle de la vivienda de Plutarco. Era imposible volver a la morada pítica en aquel estado y solamente iba a poder ayudarla aquel hombre del que a veces se había burlado, ese a quien precisamente había tachado de lascivo melindroso enterrado entre libros. En realidad, su único amigo, la única persona en la que confiar, el hombre más bueno y discreto de toda la ciudad, un pacífico cordero rodeado de una manada de lobos.

Plutarco acompañó personalmente a la tíade hasta el dormitorio que los escandalizados esclavos habían preparado para ella, soportando sus veladas risitas y sus gestos de desaprobación ante el hecho de que una joven, seguramente una prostituta de dos dracmas por siete visitas, fuese a pernoctar bajo el mismo techo que el viejo filósofo.

—¡Hombres crueles, sicofantas, parásitos engañosos y charlatanes! — rezongó—; atreveos a criticarme en el mercado o a levantar falso testimonio y os venderé como esclavos de minas. Si alguno de vosotros dice una sola palabra sobre esto... ¡quieran los dioses que yo no me entere!

Los dos hombres tragaron saliva y juraron, invocando al demon Horcos, llevarse consigo tal secreto a la tumba; no fuese a ser que el amo cumpliera su amenaza y tuvieran que abandonar sus cómodas existencias para recibir latigazos en una mina de hierro de la lejana península Ibérica, en los confines del Imperio.

—Y ahora salid, y no entréis en esta habitación bajo ningún concepto — rugió el filósofo.

La agotada Clea se sumió en un profundo sueño del que no despertaría hasta el día siguiente, cuando el propio Plutarco la zarandó poniendo ante ella una bandeja con frutas.

Berenice continuaba más que preocupada por Aspasia. Y no solo porque su amiga, su hermana por pacto de sangre, mostrase cada día peor aspecto, sino por verla sumergida en un escepticismo rebelde, rayano en la apostasía, que contrastaba radicalmente con el pietismo que se respiraba en la morada pítica y en gran parte de la población griega. En los últimos tiempos la sociedad se hallaba dividida religiosamente entre dos bandos irreconciliables, los que no creían en nada y los demasiado fervorosos de los dioses. Se hablaba constantemente de la aparición de nuevas sectas, y sobre todo de una depravada práctica supersticiosa que se estaba instaurando en el Imperio con gran fuerza y que ya había dado muchos quebraderos de cabeza a varios emperadores, entre ellos a Nerón y a Trajano; una terrible herejía llamada cristianismo.

Días atrás, Plutarco había disertado en una abarrotada clase sobre el tema, contándoles a sus numerosos alumnos el contenido de las cartas que el gobernador de Bitinia, llamado Plinio, y el emperador Trajano se habían intercambiado a causa de este asunto cuatro años atrás. El gobernador, hijo del famoso escritor del mismo nombre, había solicitado asesoría imperial para informarse de cómo tratar los engorrosos pleitos generados en la mayoría de los casos por acusaciones particulares y anónimas, y explicaba cuál era su forma de obrar hasta el momento. Al parecer, su método consistía en preguntar a los supuestos herejes por tres veces si eran seguidores de Cristo, y si asentían, les amenazaba con el suplicio y la tortura. Según decía Plinio, algunos se retractaban abjurando de sus miserables creencias, pero a los que persistían con la afirmación los mandaba matar de inmediato; a excepción de aquellos que poseían la ciudadanía romana, quienes invariablemente eran enviados ante el pretor de Roma. El emperador le había respondido mediante misiva que su forma de proceder era correcta, aunque se hacía necesario que los que renegaban de persistir en la fe de Cristo lo probasen adorando a los dioses romanos o a sus homólogos de otras zonas del Imperio, añadiendo finalmente que no diese demasiada credibilidad a las acusaciones anónimas por ser un detestable ejemplo «que no corresponde a nuestro siglo».

—Incluso en épocas de Domiciano hubo muchos ciudadanos romanos acusados y condenados no solamente por ateísmo —continuó Plutarco—, sino por delito de lesa majestad contra el emperador por ser descendiente de los dioses. El caso más escandaloso fue el del cónsul Flavio Clemente y su esposa Domitila; y seguramente habréis oído que hace más o menos un mes se martirizó y condenó en Roma a un famoso filósofo llamado Ignacio de Antioquía, noticia que recorrió todo el Imperio en pocos días.

—¿Y tú qué opinas de todo esto, maestro? —preguntó Helena—. ¿Cuál es tu consideración sobre los cristianos?

El rostro del aludido se llenó de preocupación.

—Son una banda ciertamente peligrosa para el Estado —respondió—, y se están multiplicando como moscas; surgieron del pueblo judío pero se sabe que actualmente están por todas las provincias del Imperio. Algunos amigos romanos, como Tácito, me han contado que son malvados y facinerosos, que menosprecian a nuestros dioses, que aborrecen a los que no son de su gente como enemigos mortales, y que son ajenos a toda ley.

—¿Y a quién adoran? —se interesó Berenice.

—A un solo dios y a su supuesto hijo y fundador de la facción, un agitador a quien llaman Cristo y que fue condenado por el procurador Poncio Pilato durante el reinado de Tiberio —dijo Plutarco meditabundo—; de eso hace más de ochenta años. Después, el emperador Claudio se vio obligado a expulsar a los judíos de Roma porque provocaban demasiados disturbios en la ciudad. En aquellas épocas estaban capitaneados por un tal Santiago, que al parecer era hermano del propio Cristo.

—Bueno, será una moda pasajera y el Imperio acabará pronto con ella —supuso Berenice.

Eurídice, quien usualmente permanecía callada durante las clases hasta el punto de que su presencia llegaba a olvidarse, carraspeó incómoda y clavó su mirada en Poliano, quien aquel día también se encontraba presente.

—¿Quieres decir algo? —preguntó Plutarco animándola a participar.

—No, yo... bueno —dudó la joven—, creo que no se debería perseguir de una forma tan cruel a esa secta.

—¿Por qué? Razónanos tu opinión, Eurídice, utiliza el logos —invitó el maestro, aprovechando que su tímida discípula parecía estar parlanchina aquel día.

—Tanto en la Hélade, como en Roma, como en Asia, se erigen continuamente estatuas de nuevos dioses, de hombres deificados, de emperadores, de emperatrices y de héroes de batallas. Si esto lo consideramos

normal, ¿por qué debemos suponer mayor peligrosidad en esta nueva incorporación al Panteón?

—Porque no es la incorporación de una figura más a nuestros dioses olímpicos, hija mía —explicó Plutarco con paciencia—, sino una ruptura total con el sistema religioso imperante desde hace miles de años. Estamos hablando de apostasía.

—Pero los judíos nunca han adorado a nuestros dioses, maestro, tienen los suyos, o el suyo, y considero que si lo desean pueden fabricar uno nuevo. También los hijos de nuestros dioses son tenidos por deidades.

—Pero este hombre no es hijo de ningún dios, Eurídice. En Roma se dice que el tal Cristo era hijo de un soldado, arquero o simple portaestandarte de la primera cohorte de Octavio Augusto, llamado Pantero o algo así. Cuando hablé con Avidio Nigrino sobre el tema de los cristianos me dio el nombre completo, a ver que recuerde... era... Tiberius Iulius Abdes Pantera. ¡Eso es! Parece que hay varios investigadores recabando pistas sobre el origen del profeta y han llegado a la conclusión de que la cohorte de su presunto padre fue enviada a sofocar revueltas en la zona de Nazaret. Allí tuvo relaciones íntimas con una joven judía, a la que posteriormente casaron con un viejo carpintero viudo para evitar el escándalo.

—¡Eso no puede ser cierto! —exclamó Eurídice para asombro del resto de los alumnos de Plutarco.

—Yo tampoco lo creo porque ¿cómo es posible que un hombre de tan humilde origen y nacido en un lugar bárbaro e insignificante haya llegado a convertirse en un dios vivo? —inquirió Helena tras asentir al comentario de su compañera.

—Dicen que hacía milagros —respondió el maestro—, así que supongo que estudiaría en la India o en Egipto, ya que la mayoría de los sanadores y resucitadores de muertos siguen las enseñanzas de los papiros mágicos egipcios, que si os interesan podéis encontrar copias en nuestro idioma en la biblioteca.

Aspasia asintió y reflexionó unos instantes antes de tomar la palabra.

—Por mi cargo algo he leído sobre los cristianos, parece que creen en un dios desconocido y en su hijo mago venido al mundo; además difunden la veracidad de un sinfín de fantasías, como la ilógica resurrección de la carne de los muertos durante un juicio venidero.

—¡Por Zeus! —exclamó Helena—. Creen que van a resucitar corpóreamente como el Ave Fénix... ¡qué sinsentido! ¿Aunque hayan sido incinerados, devorados por fieras o lleven enterrados cientos de años?

Aspasia estuvo de acuerdo por una vez con su rival.

—Eso parece. Todo lo que he leído sobre esta doctrina me parece ridículo y lo que menos entiendo es por qué esta nueva secta rinde pleitesía a ese Cristo en vez de, por ejemplo, al sabio Apolonio de Tiana, poseedor de una filosofía y conducta similares a las del judío, aunque mucho más merecedor de adoración que él.

—¿Quién era Apolonio de Tiana? —preguntó Berenice a su amiga.

—Un hombre santo a quien mi amigo Adriano admira fervientemente — se adelantó Plutarco—. Nació en Capadocia hace más de cien años, por la misma fecha en que se dice que llegó al mundo el tal Cristo, estudió en multitud de ciudades todas las disciplinas conocidas sobresaliendo en todas ellas por su inteligencia y belleza desmedidas; destacó sobre todo en el arte de la curación, y fue realizando prodigios mágicos por todo el ancho mundo acompañado por sus discípulos, desde la India a las columnas de Heracles en Hispania. Dicen de él que sanaba a los enfermos con solo imponerles las manos, que expulsaba a los malos demonios, que predicaba a grandes multitudes, que veía el pasado y el futuro, y que incluso llegó a resucitar. Las cartas de Apolonio son muy famosas y el emperador ha adquirido algunas de las originales a elevados precios durante sus viajes.

—Es otro ejemplo de vidas paralelas que podrías sumar a tu colección, maestro —bromeó Aspasia—. Apolonio y Cristo, personajes idénticos, hermanos gemelos.

Todos rieron la atinada broma de la joven.

—Como bien sabes, Aspasia —dijo Plutarco todavía sonriendo—, mi obra consiste en destacar los paralelismos entre vidas de personajes célebres romanos y griegos, no tengo mucha idea de la cultura judía, y si te soy sincero, tampoco me fascina demasiado.

—En eso estamos de acuerdo, maestro, ciertamente la vida de esa región inmunda y de pobrísima cultura no es interesante. Y volviendo a Apolonio, leí que en su enjuiciamiento se dio un hecho extraordinario, se cuenta que en un determinado momento del juicio se dirigió al propio Domiciano y en voz alta pronunció la frase: «No podéis detener a mi alma, ni siquiera a mi cuerpo», tras lo cual desapareció de la sala ante el horror de los jueces y del mismo emperador.

—No me lo creo —negó Eurídice.

—Pues deberías —continuó Aspasia—, porque a la misma hora en la que se evaporó del tribunal romano, el taumaturgo fue visto en Puteoli, que está a tres jornadas de distancia de Roma y poco después lo encontraron predicando

en Oriente, según una gran multitud de testigos. Dicen que todavía vivió unos años hasta que desapareció completamente de la vida pública; de cualquier forma su cuerpo nunca fue hallado y, aunque no se conozca la ubicación del enterramiento, si lo hay, su ciudad natal en la Capadocia se ha convertido en lugar de peregrinaje.

—Un hombre excelso, sin duda —alabó Plutarco—, seguramente los cristianos han recogido hechos de la vida de Apolonio para aplicarlos a la de su Cristo. Pero no solo han copiado la biografía de esta gran figura, sino que han plagiado muchas ideas de nuestra filosofía, como la inmortalidad del alma de Platón; y peor todavía, de la propia religión griega, pues nuestros dáimones o démones son sus demonios, y a nuestros mensajeros los llaman ángeles.

—Y no olvidemos la *ekpirosis* o destrucción del cosmos de los estoicos, ni la metempsicosis pitagórica u órfica, que habla sobre la resurrección —añadió Aspasia, recordando algunas teorías de sus progenitores—. Lo poco que sé sobre esta secta lo he leído en comentarios sueltos de obras actuales, o en compilaciones de cartas estatales romanas, pero sería verdaderamente interesante conseguir algún libro que hable sobre estas creencias o que relate la vida del mago Cristo.

—Los hay, y algunos corren clandestinamente por el Imperio —afirmó Plutarco—, intentaré conseguir uno escrito en nuestra lengua, mediante la cual ellos se expresan ahora para llegar a gentes de todos los estados y reinos. Ya sabéis que toda la información del ancho mundo acaba llegando a Delfos.

—Por lo que veo —dijo Helena con un suspiro—, han mezclado teorías de unos y otros para fabricarse una nueva religión a su gusto; como la mujer que combina túnicas, capas, cinturones y joyas para sentirse más bella.

Eurídice parecía ofendida porque nadie estaba de acuerdo con ella, excepto su Poliano, y eso no pasó desapercibido a la sensible Berenice. Un extraño presentimiento y una no menos singular luz en su cerebro le hicieron formular una pregunta.

—Maestro, ¿cómo se representa a ese llamado Cristo entre los suyos?, ¿existe alguna imagen de ese nuevo dios?

—Curiosamente es una de las preguntas que le hice a nuestro Avidio Nigrino durante una de nuestras últimas conversaciones. Él me explicó que los judíos no son amigos de adorar imágenes de personas, e imagino que tampoco lo serán los miembros de esta secta que deriva de ellos; pero me aseguró que en Roma habían encontrado uno de sus lugares secretos de reunión y en él habían hallado la escultura de un asno.

Eurídice enrojeció y tembló ligeramente, pero no dijo nada.

—¿Son onolátricos?! —se escandalizó Helena.

—Para ellos este animal debe de ser sagrado por algún motivo, como los gatos en Egipto. Pero según las últimas indagaciones efectuadas parece que los cristianos también usan el relieve de un pez para identificarse.

Berenice dejó caer su tablilla al suelo y giró la cabeza hacia Eurídice. El colgante con la palabra IXΘΥΣ con el que ella se había herido en el dormitorio no demostraba la pertenencia de su compañera al orfismo ni a ninguna otra secta griega de culto a las diosas simbolizadas por un animal acuático.

Eurídice debía de ser cristiana, y quizás también el sacerdote Poliano.

Clea volvió a la morada pítica tras casi dos meses de ausencia. La joven se había ido reponiendo poco a poco en casa de Plutarco gracias a los cuidados paternos que este le había dispensado. No obstante, a sus compañeras no les pasó desapercibido el desmejorado aspecto de la tíade, carente del esplendor de antaño. Su rostro ya no lucía el ligero bronceado favorecido por el ejercicio y la vida al aire libre, muy al contrario, durante el periodo de reclusión había ido adquiriendo un tono pálido y mortecino propio de alguien que había estado a punto de desangrarse; además, a pesar de su exitosa convalecencia, continuaba muy delgada y sus músculos se dibujaban a través de la piel. Pero no fue la apariencia externa de la joven beldad lo que más alarmó a la observadora Berenice, sino la nueva y dura expresión que había adquirido su mirada azul, como si la sacerdotisa dionisiaca fuese otra persona diferente.

Solamente la pitia Helena sabía el origen de tal transformación y permaneció callada mientras el resto de las sacerdotisas hacían preguntas de todo tipo a la recién llegada, a excepción de Aspasia, a quien nada importaba dónde hubiese estado ni lo que hubiese hecho la sacerdotisa dionisiaca durante su ausencia. Clea salió del paso como pudo, relatándoles una historia inventada y planeada durante los últimos días de reposo con la impagable ayuda de su maestro, quien no solamente le había regalado una vez un tratado dedicado sobre Isis y Osiris, y años atrás el consuelo filosófico a través de largas conversaciones por la muerte de su madre Leóntide, sino recientemente su ayuda, su discreción y un apoyo constante que no hubiese soñado en recibir ni del más entregado de los padres griegos.

—Así que cogiste unas fiebres durante el viaje... ¡qué mala suerte, amiga mía! —exclamó inocentemente Berenice—. No te preocupes, aquí te cuidaremos todas hasta que acabes de recuperarte.

—Claro que sí —corroboró Eurídice tras besar a la sacerdotisa dionisiaca.

La joven no pudo evitar que sus ojos se humedecieran de emoción. Al parecer había seguido siempre una filosofía equivocada, confiando en quien no debía y despreciando a quienes menos lo merecían. La vida le estaba dando una importante lección que no debía desaprovechar y que merecía una detallada reflexión y un cambio de comportamiento. Pero no por eso iba a renunciar al plan de venganza que había ido fraguando entre terribles delirios y dolores en el camastro de una cabaña de Cirra y posteriormente en casa de Plutarco; Calixto debía pagar por su deshonestidad, por las constantes humillaciones a las que la había sometido, por su desprecio hacia ella y por todo el sufrimiento que le había causado.

Clea retomó su vida. La joven regresó al gimnasio, se incorporó de nuevo a los debates filosóficos de su maestro, continuó con su tarea como preservadora del fuego sagrado, no faltó a las animadas charlas en las cenas con sus compañeras y volvió a participar en las múltiples festividades en las que se requería su presencia. Por lo que poco a poco fue recuperando su envidiable aspecto físico y su contagiosa alegría.

Pero no todas sus viejas costumbres fueron retomadas. Como no acudía a las representaciones de Calixto ni en el teatro ni en banquetes privados, el ego del bello y engréido joven se vio resentido y no tardó en comenzar a enviarle misivas y recados a los que ella nunca respondía. Cuando el actor estaba en Delfos, iba todos los días a las gradas de la pista de carreras del gimnasio coincidiendo con el horario de entrenamiento de Clea; al principio rodeado de amigos y fingiendo no ver a la hermosa mujer, quien corría velozmente junto a algunas jóvenes tíades y otras muchachas sin mirarle ni un instante. Luego ya solo, clavando sus ojos en ella y rogándole con muda mirada que se dignase siquiera a sonreírle levemente, cosa que jamás se hubiese atrevido a hacer en presencia de sus mordaces colegas teatrales, que se habían burlado de él al notar el inexistente interés que estaba mostrando la hermosa mujer hacia él. Y finalmente, haciéndose el encontradizo en la puerta de los vestuarios o en el comedor, anhelando aunque solamente fuera rozar la tela de la túnica de la sacerdotisa. Pero Clea no le prestaba atención alguna, como si su antiguo amante fuese un espíritu incorpóreo a quien no pudiese ver, y abandonaba el recinto hacia la vivienda pítica acompañada de Berenice, Eurídice y los sirvientes que las escoltaban.

Harto de ese juego exasperante, un día la detuvo por la fuerza para cruzar unas palabras con ella. Avergonzado, le confesó que había reconocido su desleal error abandonándola en aquel estado y que algo así nunca se repetiría porque se había dado cuenta de que la amaba, la amaba sincera y enormemente.

—Te creo, amor mío —susurró la bella joven clavando sus iris marinos en el actor—, pero deseo que nuestro reencuentro se produzca en un instante muy especial y que de él sea testigo el propio dios.

El corazón de Calixto saltó de alegría al escuchar las dulces palabras de Clea y le conminó a que buscara el momento y lugar apropiados para tan feliz cita.

—Durante el rito sagrado del renacer de Dioniso —dijo la hermosa tíade, mostrando una enorme emoción—. Para que así las deidades bendigan nuestra unión y participen en ella.

—Esperaré si así lo quieres —aceptó el muchacho, tomando la mano de la beldad entre las suyas—, pero la espera se me hará insoportablemente larga.

—Habrá muchas mujeres dispuestas a aliviar tu soledad —murmuró Clea entornando los párpados.

—Ya nunca existirá nadie más que tú, mi bella amada —confesó el joven con sinceridad.

—Entonces valdrá la pena, Calixto —aseguró Clea mostrando incontenible dicha—. Tú llegarás ante mí fingiendo ser el dios, convirtiéndote así en merecedor de ser llamado Dioniso como anhelabas; yo iré vestida como la pura y casta Ariadna y me ofrecerás la corona nupcial que nos unirá para siempre.

El actor asintió enternecido y besó con pasión el rojo y fragante cabello de su amada Clea, preguntándose cómo había podido estar tan ciego de no ver hasta entonces lo que realmente había necesitado durante toda su vida. Estaba harto de recorrer medio mundo rodeado de prostitutas y parásitos de todo tipo, estaba madurando y las juergas propias de jovencuelo ya no le llenaban en absoluto, por lo que había tomado la decisión de acabar con ellas para siempre jamás.

Clea abandonó al actor tras regalarle un esperanzador y apasionado beso, agradeciendo en su interior la intervención del espíritu de Calandra por dignarse a ayudarla, y se prometió a sí misma honrarla tal y como aconsejaban los preceptos de los papiros mágicos egipcios.

Calixto ya era, por fin, solo suyo.

Las semanas fueron pasando y llegó el invernal mes de *Dadaphoros*, en el que Apolo abandonaba Delfos y cedía la jefatura del templo a su medio hermano Dioniso. El nuevo dios comenzaría su reinado desde la fiesta del despertar y a través de los rituales mágicos dirigidos por la jefa de las tíades de Delfos, Clea. Como siempre, las festividades dieron comienzo con la carrera pública de la Oribasia por el monte Parnaso. En esa ocasión, para asombro de todos los espectadores, resultó vencedora una ménade ateniense, cosa que no importó demasiado a una Clea que no se había esforzado en absoluto durante la competición, pero que permanecía exultante por lo que había preparado para la posterior Trieteria. La noche cayó sobre la polis, y las tíades y ménades quedaron libres de la presencia de los delfios y demás turistas porque, como siempre, la orgía iba a ser secreta y prohibida para los no iniciados.

Clea ya había anunciado previamente a los participantes de la celebración, los miembros del *tíaso* délfico y ateniense, que aquel año iba a haber varias gratas sorpresas preparadas con la colaboración de la principal ménade de Atenas. En primer lugar, el desmembramiento y la ingesta de carne cruda iban a reproducirse de forma idénticamente fidedigna a sus verdaderos orígenes arcaicos, pero esa no iba a ser la única novedad del festejo, sino que iban a contar con la intervención de una mujer llamada Aganice, que hacía más de una década que no había asistido a tal evento, pero que poseía grandes conocimientos sobre todo lo relacionado con el dios, y que había fabricado una nueva sustancia excitante que sería distribuida entre las bacantes para proporcionarles un goce único y absoluto.

Aganice era la mujer que le había practicado el aborto en Cirra y, cuando la tíade ya estuvo consciente, habían tenido la oportunidad de conversar largamente durante las tardes de reposo necesarias para su total recuperación. Un día la abortera le dijo a Clea que, durante su postración, le había oído balbucir febrilmente que era la jefa de la tíades de Delfos, por lo que no tuvo reparos en confesar ser ella misma una iniciada en el magisterio de Dioniso y haber participado tiempo atrás en alguno de los rituales del dios. Clea decidió sincerarse a su vez con Aganice, quizás porque su rostro le recordaba mucho a alguien a quien en el fondo tenía cariño, una de sus compañeras del hogar pítico, la pequeña Berenice. Por ello acabó contándole lo sucedido y los planes de futuro que tenía, por lo que la intimidad entre ambas mujeres se consolidó hasta convertirse en amistad.

Los comienzos del banquete fueron los acostumbrados: danzas irrefrenables al son de triambos y ditirambos, cuerpos convulsos empapados

en vino, tirsos fálicos agitados alrededor de hogueras humeantes entre la nieve, coronas de hiedras cayendo al suelo por sacudidas de largas melenas, primitiva caza de animales entre gritos de «¡evohé!» y bulliciosas preces a Dioniso Bromio y Evio, hijo de Zeus y Sémele. Tras la invocación llegó el momento más deseado, la aparición del actor Calixto, el Dioniso de testa orlada con dorados cuernos de toro llevado en volandas en una cuna por su corte de sátiros ebrios. La entrada del dios era la señal convenida para que Aganice, enmascarada y vestida con un tarantino hasta los tobillos, se materializase en escena interpretando el papel de la diosa Madre Gaia, rodeada de lámpades portando antorchas y serpientes, y empezase a repartir en las copas de madera el dulce néctar que ella misma había preparado. La oculta madre de Berenice sirvió la deliciosa bebida a los congregados allí, hombres y mujeres, a todos excepto al deificado Calixto, a quien recomendó permanecer lúcido para presenciar con todos sus sentidos lo que en su honor habían dispuesto. El joven aceptó sin discutir, aquella iba a ser una noche única que transformaría su hasta entonces patética existencia en una nueva época de felicidad y amor. En su mano portaba la corona nupcial que había prometido a Clea, la diadema de flores blancas con la que sacralizaría su unión con ella.

La joven se situó ante él sonriente y sosegada, vestida con una virginal túnica transparente de tallo de malva silvestre y envuelta por el humo de la hoguera, semejante en aspecto a una diosa incólume. Su encantadora apariencia la destacaba del resto de los participantes del macabro ritual, todos ellos parecían monstruos ebrios, y sus manos y rostros ensangrentados por la ingesta de carne cruda provocaron en Calixto un asco indescriptible que erizó el vello de su cuerpo semidesnudo. Nunca había intervenido en aquel ceremonial libre de vino y, al ver a los sátiros, las ménades y las tíades completamente sereno, sintió profundamente que aquellos engendros fuesen a convertirse en testigos de su boda mística con Clea. Pero su desazón terminó cuando la hermosísima sacerdotisa se acercó a él y cubrió su cuerpo desnudo y helado con una cálida capa de cervato moteado. Ya solamente la veía a ella y nunca miraría a otra, se juró a sí mismo el joven mientras coronaba la cabeza de su amada con la diadema de flores blancas que personalmente había trenzado para ella.

La conmemoración fue desarrollándose entre inmensos gritos de loca violencia, auténticos chillidos ensordecidos por el bullicio de crótalos, aulós y tímpanos, que únicamente fueron escuchados por las laderas del mudo Parnaso. El monte patrio de los poetas donde moraban las Musas asistió

callado a la mágica escena, acostumbrado a contemplar los rincones más ocultos del alma humana y sus extraordinarias manifestaciones.

El cuerpo desgarrado de Calixto fue encontrado al día siguiente por los esclavos enviados para limpiar los restos de la bacanal.

El pavor y las elucubraciones se extendieron por toda la ciudad de Delfos ante la noticia de la muerte del actor de moda más famoso en la Hélade. Las autoridades delfias investigaron uno a uno a los asistentes al acto religioso nada más conocerse el hecho, pero ninguno de los resacosos participantes de la ceremonia recordaba nada digno de mención cuando fueron interrogados por los alguaciles, por lo que el posible asesinato y posteriores actos de canibalismo que algunos temían se hubieran llevado a cabo en la celebración se zanjaron, calificando el suceso de desafortunado accidente. Se dictó sentencia absolutoria para los sospechosos y se explicó el asunto recurriendo a la lógica de lo que pudo haber sucedido con toda probabilidad. Seguramente el actor estaría totalmente ebrio y no se levantaría al día siguiente para regresar a la ciudad, quedando completamente solo y a merced de los animales salvajes que frecuentaban el bosque que se extendía por la ladera del monte. Una manada de lobos rabiosos le habrían atacado, a juzgar por las señales de zarpas, los jirones y las briznas de pelo animal que mostraba el cadáver, habrían despedazado sus carnes y esparcido sus entrañas sin que previamente el joven hubiese podido hacer nada por defenderse.

Pero los más supersticiosos comenzaron a hablar de licantrópía y de algunos sacrificios que todavía se practicaban en la península del Peloponeso en los altares de Zeus Liceo. Era posible que aquellos terribles rituales que rememoraban la leyenda de Licaón, el rey arcadio que se transformaba en lobo atacando atrozmente a los peregrinos que llegaban a sus dominios, hubiesen llegado a practicarse en Delfos clandestinamente, y que una secta de devoradores de carne humana hubiese aprovechado la ebriedad de Calixto tras la festividad, y hubiese sido la responsable del pavoroso final de uno de los actores más famosos del Imperio.

Plutarco estaba horrorizado. No podía parar de dar vueltas en su cabeza al párrafo de una obra del antiquísimo poeta espartano Alcmán, quien decía: «Tíades son las que se entusiasman a la vez que Dioniso y celebran un sacrificio con él, es decir, las que se lanzan». Un escalofrío recorrió la espina dorsal del maestro, algo le hacía sospechar que las fieras que se habían abalanzado sobre la infortunada presa habían sido las propias bacantes

cubiertas con sus capas de piel de zorro, lobo o cervato, imitando con ese acto el mítico desmembramiento sufrido por Dioniso a manos de los titanes. Pero las mujeres no comían carne cruda en las celebraciones dionisiacas, razonó, ese era solamente un malvado rumor propalado por hombres indignados al no saber qué hacían sus esposas e hijas durante aquellos encuentros. Además, reflexionó el filósofo, los titanes habían cocinado la carne del dios antes de engullirla, no era propio de ciudadanos griegos civilizados llevar a cabo tan arcaicas y nocivas costumbres. Era completamente impensable.

El casto de Queronea no quería, no podía siquiera imaginar a la alegre y hermosa Clea, aficionada a la risa y los placeres, rasgando los miembros del bello Calixto y masticando trozos de músculo, arrancando con sus propios dientes pedazos de carne y tendones, quebrando huesos y descuartizando vísceras, actuando como el mismísimo dios Crono cuando engullía a sus propios hijos neonatos. Convenciéndose a sí mismo de que era una idea absurda, se la quitó de la mente sacudiendo la cabeza y preguntándose cómo era posible que se le hubiese ocurrido tamaña insensatez. No era la primera vez que aparecían restos de hombres en el Parnaso devorados por animales salvajes, ¡si hasta había en el templo una escultura de bronce de un lobo, ofrendada por la propia ciudad de Delfos, porque fue uno de ellos quien despedazó a un ladrón que había robado en el santuario y posteriormente guiado a los delfios para que recuperasen el valioso botín!

Además, Clea no podía haber hecho algo tan monstruoso, la conocía desde niña, también a su padre, a su difunta madre y a su abuela materna, igualmente sacerdotisa dionisiaca en el pasado. Era aquella una de las familias más respetables e influyentes de Delfos.

La terrorífica visión mental que había tenido de la bella tíade, se dijo el filósofo, debía de ser un desvarío propio de viejo senil.



QUINTO AÑO:
EL REGALO DE GAIA



Desde Delfos hasta su puerto, Cirra, hay un camino de sesenta estadios.
Bajando a la llanura hay un hipódromo, y allí celebran el concurso
hípico en los Juegos Píticos.

Descripción de Grecia. Libro X.
PAUSANIAS. Siglo II d. C.

Berenice esperó con ansia su turno de guardia nocturna para relevar a una somnolienta Eurídice, quien cedió gustosa la tarea para ir a descansar. Faltaban cuatro horas para el amanecer y el templo estaba vacío, los sacerdotes y sacerdotisas dormían en sus respectivas viviendas y los soldados porteros igualmente cabeceaban apostados en el exterior del santuario. Aquel día había cumplido doce años y se quería hacer un buen regalo a sí misma, aprovechando que el dios acababa de regresar a Delfos. Ya se sentía preparada para realizar aquella prueba que tanto había ansiado llevar a cabo, aunque debía reconocer que sentía un pavor tan intenso e incontrolable que le impedía incluso caminar.

Tras avivar el fuego al máximo, recorrió lentamente la cella hasta llegar a las escasas escaleras que conducían al oscuro *ádyton* y se detuvo preguntándose si estaría cometiendo una locura. En esa cripta abarrotada estaba el trípode sobre la grieta humeante, el ónfalo y las armas y atributos de Apolo; también allí crecía el laurel sagrado resplandeciendo por la débil iluminación lunar que se filtraba por el óculo del techo, y ligero fluía el pequeño reguero de agua sacra. Antes de descender por la breve escalinata, rezó primeramente a la diosa Tierra, después a sus hijas, las titánides Temis y Febe, luego a Apolo y finalmente a Dioniso, ya que todos ellos eran divinidades presentes en el lugar y a ninguno debía olvidar. Bajó lentamente los tres escalones, se aproximó al reducido manantial y, formando un cuenco con las manos, tomó agua para lavarse la cara y beber de ella. A continuación arrancó unas cuantas hojas tersas y oscuras del arbusto y comenzó a masticarlas con avidez, dándose cuenta de que no se trataba de laurel común. Aquel árbol era de una variedad desconocida y sus nomófilos tenían un sabor

amargo y nauseabundo, pero aun así cortó una pequeña rama por si necesitaba seguir estimulándose con aquel veneno una vez se situara sobre el trípode. Temblando de pies a cabeza por el miedo y ya mareada a causa del vapor que emanaba la fisura del suelo, apoyó el pie sobre el travesaño entre las patas del alto asiento y, agarrándose a los asideros circulares, se sentó sobre él. El hálito de Apolo empezó a asfixiarla de una forma insoportable, pero decidió luchar para que sus dientes siguieran extrayendo el jugo de la planta del dios, y contra su garganta rebelde, que se negaba a tragar aquella sustancia desconocida de sabor repugnante. La sensación de desvanecimiento incontrolable llegó enseguida y se sintió morir allí mismo, pero repentinamente notó una súbita mejoría al alcanzar una especie de desdoblamiento, una sensación de que su espíritu se elevaba por los aires abandonando su cuerpo. Su mente se estremeció al contemplarse a sí misma medio desmayada en el asiento del trípode, como un espectador que la mirase desde las alturas, pero después se percató de que poseía una energía ilimitada, de que era un ente incorpóreo, poderoso y sabio, y pronto fue consciente de que su inteligencia se abría a la comprensión de algunas realidades hasta entonces confusas y desordenadas. Recorrió su pasado y contempló diversos momentos de su existencia como en una representación teatral, para después vislumbrar hechos incomprensibles por no vividos todavía, que aparecían como imágenes similares a las de los frescos que decoraban las paredes o a estatuas de mármol coloreadas en movimiento.

En una de esas visiones oníricas contempló el rostro sereno de su madre iluminado por una extraña claridad, con la mirada fija en una tormenta sobre un mar burbujeante. Una magnífica tríada de deidades, formada por la titánica Leto, hermana de Zeus, y sus divinos mellizos Apolo y Artemisa, bajaron de los pedestales de un templo y la rodearon amorosamente. Las aguas se alumbraban intermitentemente por la luz que caía sobre el negro piélago y el trueno bramaba sobre la tierra como si fuese un animal herido. Aganice permanecía quieta mirando el oleaje y flanqueada todavía por los tres dioses, mientras Berenice intentaba tocar el rostro materno sin conseguirlo. Su alma se convulsionó de sufrimiento por la impotencia de no ser notada, no entendiendo en aquel instante mágico que tiempo, espacio y movimiento no estaban conectados ordenadamente, sino mezclados de forma confusa sin respetar las usuales leyes físicas que parecían regir el Universo. Solamente podía contemplar la escena, pero sin actuar en ella, no estaba allí corpóreamente, solamente su espíritu había realizado el viaje a ese lugar

costero donde estaba su madre, o donde llegaría a estar en un futuro, o quizás donde ya había estado en el pasado.

Una terrible sacudida la llevó de nuevo a la realidad y se encontró tumbada sobre el suelo del *ádyton* al lado del trípode, envuelta en la penumbra y con un espantoso dolor de cabeza producido por el efecto narcótico tanto de las hojas de laurel como de las emanaciones gaseosas de la grieta. Se arrastró hasta alcanzar la breve escalera, ayudando a moverse, con brazos y piernas, a un cuerpo que pesaba como si llevase una coraza metálica. Una vez consiguió ponerse en pie, avanzó tambaleante hasta la puerta que comunicaba el santuario con la vivienda pítica, pero alguien la había atrancado por dentro y no fue capaz de abrirla. Solamente quería escapar de allí, podía ir hasta la entrada principal del templo y golpearla para que los dos hombres que hacían guardia en el exterior la abrieran, pero no quería que la viesen en ese estado. Acordándose del cometido que la había llevado allí, trasladó su mirada hasta la llama sagrada, comprobando horrorizada que se estaba apagando. ¿Cómo era posible aquello? Al comenzar su turno la había avivado incluso peligrosamente hasta convertirla en una alta fogata, pero solamente quedaban rescoldos de la no despreciable pira que había logrado encender. Entonces se dio cuenta de que habían pasado al menos un par de horas desde que comenzara aquel extraño experimento, horas que a ella le habían parecido apenas un breve instante. Progresivamente su cerebro recuperó la claridad y se acercó al altar de Hestia para avivar el fuego, mientras analizaba la experiencia vivida.

Era cierto que los dioses existían, como afirmaba Helena; sin embargo, el tiempo, el movimiento y el espacio no, o por lo menos de la forma en que se concebían humanamente, tal y como Aspasia aseguraba. Ambas estaban en lo cierto y ella, en una sola noche, lo había comprobado mediante su propio cuerpo desconectado de su alma.

Agradeció a los dioses aquel maravilloso día, se sentía distinta por completo y feliz como nunca lo había estado. A la vez que echaba ramas a la llama sagrada notó otra nueva sensación, como si un líquido caliente resbalase por sus muslos, y se alzó levemente la túnica comprobando que habían llegado sus primeras sangres.

La diosa Gaia le estaba dando un último e inesperado regalo de cumpleaños.

El paidotriba contempló perplejo a Berenice.

—¿Por qué?

—No puedo, Lisímaco, no me preguntes el porqué. Hoy iré a la biblioteca.

El rostro del entrenador se llenó súbitamente de comprensión y, acostumbrado a asesorar a jóvenes en ejercicios y dietas, no tuvo ningún empacho en encarar el tema directamente.

—¡Qué pronto! —se sorprendió—. Y... ¿sabes lo que debes usar durante esos días? Como tu alimentación es adecuada supongo que las sangres serán abundantes, aunque hay ciertas plantas que disminuyen el sangrado, como la cola de caballo y la agrimonia.

—Eso es algo de lo que no debo hablar con un hombre —respondió Berenice ruborizándose.

—Me parece que lo que dices no es propio de tu viva inteligencia —dijo Lisímaco con una seriedad que ocultaba su alegre carácter—. Desde que tenías ocho años te he aconsejado en todo lo referente a tu cuerpo, cómo desarrollarlo, cómo alimentarlo e incluso cómo curarlo, y supongo que el resultado ha sido satisfactorio. Has crecido más de dos palmos y has duplicado tu peso, cuando llegaste rondarías el talento y ahora debes pesar dos.

Berenice rio con ganas.

—Creo que esa evolución ha sido natural, Lisímaco, tengo doce años. Aunque reconozco que tu labor ha sido encomiable.

El paidotriba sonrió con tristeza y acarició la cabeza de la joven.

—Muchas veces me encariño con las niñas a las que entreno, el tiempo pasa velozmente y un buen día me abandonan para casarse. Si sus maridos les prohíben que prosigan con los ejercicios no vuelvo a verlas, y las que poseen esposos afines al deporte siguen conmigo un tiempo, pero poco después me anuncian que van a ser madres y también me dejan. Por eso me vuelco con las sacerdotisas que hayan hecho voto de castidad, porque aunque se hagan adultas y pasen a estar a cargo del gimnasiarca, continúo viéndolas por aquí.

Berenice no pudo evitar abrazar tiernamente a su entrenador. Había sido lo más parecido a un padre para ella, siempre preocupado por desarrollar su resistencia y fortaleza, su velocidad y equilibrio. Recordó lo inquieto y atemorizado que había estado durante las fiebres que ella había padecido dos inviernos atrás, incluso había interrumpido una clase de Plutarco para sacarla del aula y acompañarla hasta su cama, violando la normativa de la casa pítica.

—Yo nunca te dejaré, Lisímaco —aseguró Berenice, besando al entrenador en la mejilla.

Las facciones del paidotriba se iluminaron de felicidad.

—Entonces hoy te permito que vayas a la biblioteca —dijo el hombre con alegría—, pero pasado mañana quiero verte aquí, en la pista.

—Así será.

—Y ahora voy a contarte lo que debes hacer para tu comodidad, aunque te dé vergüenza es algo natural. Te habrán hablado de introducirte esponjas, algodón, lana o gasa de hilo, a la manera descrita por Hipócrates en su tratado sobre males femeninos, pero si el sangrado es abundante suelen terminar empapados en poco tiempo. Pues bien, ya sabes que en nuestro templo de Apolo hay una escultura erigida por un tal Hermesianacte, ciudadano de Cesarea, dedicada a sus tres hijas, grandes triunfadoras en diversos certámenes en multitud de ocasiones. Yo tuve el honor de conocer en mi juventud a la mediana de las tres hermanas, Hedeia. En el momento en que coincidí con ella ya era una mujer mayor, pero seguía frecuentando el estadio y el gimnasio porque recibía buen dinero ejerciendo de paidotriba de varias jóvenes. Hablábamos muy a menudo sobre temas de dietética y salud femeninas, y un día me comentó que, a su entender, la mejor solución al problema era el método egipcio. Es caro, pero tú, debido a tu cargo, tienes relativa facilidad para conseguir el material principal: papiro. Debes coger papiro, humedecerlo, prensarlo y enrollarlo alrededor de una rama verde y flexible, a continuación cóselo o átalos con hilo de forma que sea apto para tu anatomía y ya está, ¿me entiendes? La punta de la rama debe sobresalir del conducto para que después puedas extraer el rollito de papiro, además este adminículo lo puedes usar junto a la funda de lana rellena de algodón o esponja que soléis ponerlos.

Berenice asintió repasando mentalmente el modo de fabricación.

—Ten preparados varios y llévalos en tu bolsa si sales de casa, así podrás sustituirlos cuando lo creas necesario. Es lo que siempre hace Clea, aunque como sé que no os une una especial amistad, supongo que no te lo habrá dicho.

—Gracias por el consejo, Lisímaco —dijo la joven, agradecida—, es extraño que comente contigo ciertos asuntos de los que con las compañeras no hablo.

—Amo a las mujeres por muchos motivos, pero el indómito y caprichoso Eros me arroja flechas en otra dirección. Y ahora vete a la biblioteca a pasar el resto de la mañana, aunque ya no encontrarás a Aspasia... ni... ni al recién «desposado» Timarco.

Berenice alzó las cejas en muda pregunta.

—Yo pensaba que acudía a la consulta del médico Misgolao para estudiar medicina —explicó el paidotriba visiblemente apenado, razonando consigo mismo—, pero debía ir para hacerse con una clientela de pretendientes. Y al final se ha ido a vivir con el bestia de Orbilio.

—¿El Vapuleador, mi maestro de gramática?! —preguntó Berenice, horrorizándose y alzando la voz.

—El mismo —asintió Lisímaco con tristeza—. Ese cerdo de escroto lacio ha conseguido al más hermoso de los jóvenes.

—¡Por todos los dioses! —exclamó la jovencita sin dar crédito a la noticia.

—No los mentes —dijo el entrenador—, no sé si los dioses tendrán algo que ver con esto, aunque si fuese así no veo por qué protegen y dan regalos a Orbilio, que es un mal hombre y no merece favor alguno de las deidades.

—No me lo puedo creer —reconoció la sacerdotisa—. No imaginaba que...

—Entre los varones, los encuentros eróticos con personas del mismo sexo son casi normales, y he conocido incluso aguerridos militares que gemían como jovencitas al sentirse rodeados por los brazos de un compañero. Bueno, no voy a darte detalles, solamente puedo decirte que algunas meretrices son más recatadas en el lecho con sus clientes que muchos hombres de aspecto varonil. Pero hay demasiada hipocresía en este mundo.

Rápidamente le vino a la cabeza la errónea interpretación que había hecho el lejano día lluvioso en que había visto discutir a Lisímaco y a Timarco a las puertas del gimnasio. No había acertado con la lectura real de aquella escena y se dio cuenta de lo lejos que había estado de comprenderla.

—Pero el mundo no se acaba ¿verdad? —añadió el paidotriba intentando recuperar el optimismo que le caracterizaba.

Berenice negó con la cabeza y sonrió levemente, había otra persona a la que probablemente tampoco agradaría aquella extraña noticia.

—No me apetece ir hoy a la biblioteca —dijo suspirando—. Me marchó a casa, Lisímaco, ya nos veremos pasado mañana.

Berenice llamó a la puerta de la habitación de Aspasia. La joven pitia no había acudido a la cena y la encontró sentada ante su mesa, leyendo encorvada un voluminoso rollo, a la luz de una lucerna triple, mientras saboreaba unas aceitunas en salazón. Aspasia levantó la cabeza y sonrió a su amiga, indicándole a continuación que desplegase el *drifos* sin respaldo

apoyado en la pared y se sentase frente a ella. Así lo hizo Berenice, y sin más preámbulos pasó a detallarle lo que Lisímaco le había contado días atrás, cosa que hasta el momento no se había atrevido a hacer temiendo la reacción de Aspasia.

—No es cierto que el médico Mingolao sea un proxeneta de efebos, ni que Timarco sea un puto —aseguró la joven pitia con tranquilidad.

—¿Tú qué sabes? —preguntó Berenice alzando los hombros—. Puede que el tal Mingolao ejerza una doble profesión, como en esa comedia de Antífanos titulada *La pescadera*, que no hablaba de una mujer que vendiese pescado, sino de la dueña de un burdel en el que ofrecían sus encantos tanto hombres como mujeres, todos ellos con apodos de nombres de peces.

—Timarco tiene veintiún años y está inscrito en el registro civil; como tiene condición de ciudadano puede elegir su propia vida, y si le gusta el acoplamiento espartano es asunto solamente suyo... así que no busques culpables donde no los hay.

—¡Pero Lisímaco estaba horrorizado! —exclamó Berenice.

—Tu paidotriba está celoso, él hubiese deseado ser el afortunado.

Berenice reflexionó unos instantes y observó cómo su amiga volvía a coger un libro, sin hacerle demasiado caso tampoco aquel día.

—Puedes dejar eso, quiero hablar contigo —rogó.

—Perdona, estoy realmente asombrada con este tratado cristiano —confesó Aspasia, dejando a un lado el rollo y sonriendo—, es inaudito lo que los seres humanos pueden llegar a creerse.

—Tú siempre estás interesada por alguna disciplina o teoría, pero nunca por las personas; casi no comes ni duermes, tampoco haces ya ejercicio ni acudes a clases de música y canto, solamente estudias sin descanso.

—¿Y qué? —preguntó la pitia alzando los hombros.

—Rindes demasiada pleitesía a las Musas y por eso estás ojerosa y delgada, hermana mía, y vas a terminar perdiendo la vista.

Aspasia negó con el gesto.

—No te preocupes, no me interesa ser bella y estoy acostumbrada al ayuno. Además ahora tengo ciertas restricciones por mi cargo de pitia, ya no puedo mostrarme en público con la cabeza descubierta, ni subir o bajar más de tres escalones, ni comer muchos de los alimentos que antes me gustaban —dijo con algo de tristeza—. Pero bueno, la vida es así, todo tiene un precio. Continúa con lo que me estabas diciendo, te escucho.

—Veo que no haces caso a mis reproches, así que volveré al asunto que me ha traído aquí y que no tiene nada que ver con historias de hermosos

dioses lascivos ni con la pasión entre héroes como la de Patroclo y Aquiles —dijo Berenice—, estamos hablando de tu gran amigo y de Orbilio, el Vapuleador... el va-pu-le-a-dor. ¿Acaso esta relación entre ambos te hace feliz?

—No me hace en absoluto feliz, pero no tengo nada que decir al respecto, ni tú tampoco. Nuestro gramático rondaba la palestra como hacen muchos otros y allí Timarco peleaba desnudo, admirando a todos. La seducción de Orbilio fue progresiva y finalmente aceptada por Timarco. El único problema es que a nuestro maestro exclusivamente le atrae su cuerpo, no su alma, porque no le conoce en absoluto.

—En cambio tú estás enamorada de él enteramente —dijo Berenice con frialdad.

Los ojos de Aspasia echaron chispas.

—¿Y qué si lo estuviera? —preguntó la pitia con furia—. Ni él me corresponde ni yo debo transgredir mi promesa de castidad, sabes que la pena por ello es el emparedamiento. ¿Y acaso no nos han educado para evitar los sentimientos? Nuestro deber es sagrado e importantísimo, Berenice, no comprendo cómo la tonta de Eurídice se quiere casar con Poliano, él podrá seguir siendo sacerdote de Apolo, aunque no sea casto, pero ella ya no, y tendrá que recluirse en el gineceo de por vida. Y encima Plutarco les ha dado su bendición y les ha entregado por sus esponsales un tratado matrimonial dedicado a ellos, donde ensalza las virtudes de la unión conyugal y demás patrañas. ¿Pero sabes cuál es la verdad? Que ella vivirá supeditada a él el resto de sus días, no podrá seguir estudiando y tendrá que cuidar a unos hijos que la consumirán y que finalmente la rechazarán. Es el cruel destino de las mujeres, el destino de Gaia, y no comprendo por qué ha de ser así.

—Prefiero no confesarte por qué creo que Eurídice quiere abandonar el sacerdocio y por qué Poliano no tardará en hacer lo mismo... lo único que considero importante añadir es que nosotras también permanecemos enclaustradas aquí, por ser servidoras de Apolo Pitio, aunque podamos estudiar y aprender. Antes de cumplir los ocho años de edad dejé de jugar con mis hermanos por las calles, dejé de ir al mercado con mi madre y dejé de acudir a la escuela con otras niñas de mi edad, ¿no es eso acaso otro tipo de encierro aunque similar al de muchas mujeres casadas?

—Así es —ladró Aspasia—, las mujeres solamente podemos llevar tres tipos de existencia que están representados por los tres modelos de las principales diosas. Hera es la deidad de las madres y esposas dedicadas a labores domésticas; Afrodita, la de las licenciosas prostitutas cuyo único fin

es proporcionar placer; y Atenea, la de las castas dedicadas a la sabiduría. Nosotras somos ateneas asexuadas, intelectuales andróginas, pero nunca podríamos ser consideradas sabias si fuésemos madres o ramera... cosa que no sucede con los hombres.

—Las sabias poetisas a las que tanto admiro, como Safo y Corina, podían elegir su forma de vida, y no era precisamente una existencia de reclusión, la que llevaban.

—¿Tú crees? —preguntó la pitia, con sorna—. Si fue así no contaron precisamente con las bendiciones de algunos hombres. Safo ha sido tratada por algunos filósofos y poetas posteriores como una vulgar puta, menuda y fea, cuando de todos es sabido que las mujeres de Lesbos son las más bellas de Grecia; y por otros, como una mujer lasciva encaprichada con las de su propio sexo. En cuanto a Corina, el poeta Píndaro, harto de perder contra ella en los certámenes de poesía y en un ataque de rabia, la insultó públicamente llamándola trucha beocia y puerca.

—Pero muchos otros hombres las admiraron por sus virtudes; nuestro maestro Plutarco siempre elogia a un tipo determinado de mujer inteligente, como a su propia esposa, que asiduamente organiza tertulias de sabios. También elogia a la de Pompeyo, Cornelia, de quien dice que era especialmente encantadora porque había leído mucho y estudiaba geometría y filosofía; y no digamos a Cleopatra VII, la reina de Egipto, porque...

—Plutarco no es el prototipo de hombre griego y lo sabes, su cultura y liberalidad son sorprendentes para otros, tal y como nos contó un día su hijo Autobulo —dijo Aspasia, callando de inmediato cuando Helena apareció en el umbral de la puerta.

—Gritáis mucho y la nueva pared que levantaron en la habitación es delgada como el papiro, así que no he podido evitar oír parte de vuestra conversación —se excusó la recién llegada—. Y creo que debo deciros algo.

—Dinos —urgió Aspasia secamente.

—Nuestro Poliano acudió a mí durante una sesión oracular en calidad de consultante para preguntarme si debía desposar a Eurídice, tal y como los padres de ambos habían pactado, y yo fui la que le aconsejé que lo hiciera sin tardanza.

—¿Por qué? —inquirió turbada Berenice.

—Porque... porque contemplé con los ojos del alma su felicidad al lado de su futura esposa.

Aspasia estalló en una sonora carcajada.

—Menos mal que te dedicas a las consultas privadas y no a las de Estado, querida, de otra forma nuestro mundo ya habría caído en poder de los bárbaros —lanzó despectivamente.

—Y así será en un futuro —respondió Helena sin turbarse.

—¿Y tú qué sabes? —rugió Aspasia, colérica.

—También lo he visto.

—Pero... ¿acaso estás loca, vieja insensata? ¿De verdad crees que el extenso imperio de los romanos va a desaparecer y que en su lugar gobernarán los libios, o los gautas, o los sirios, o los germanos?

—En efecto, los profetas judíos y cristianos ya están pregonando la caída de Roma.

—Eso es pura propaganda política mezclada con religión —estalló Aspasia—, propia de reinos sometidos y convertidos en provincias por los conquistadores. Límitate a las consultas privadas y no te metas en asuntos de Estado.

Helena clavó en ella su mirada y pronunció un vaticinio antes de abandonar la estancia.

—Llegará el día en que nuestros santuarios serán arrasados y los pastores llevarán a pastar sus ovejas a las ruinas de las polis griegas, ya únicamente pobladas por el silencio y los fantasmas. Los dioses nos abandonarán y Delfos se convertirá en una tumba.

—Pero bueno —se escandalizó Aspasia, viendo salir a Helena—, ¿alguien puede creerse que esa nueva y miserable religión cristiana llegue a acabar con nuestras milenarias creencias? ¿Es posible, para cualquier mente dotada de lógica, ver convertidos nuestros fastuosos templos en recintos para el culto de un crucificado por Roma?

Berenice resopló y sacudió la cabeza.

—¡Cálmate!... Y cuando termines el libro que te proporcionó Plutarco sobre los cristianos, déjame, me gustaría mucho leerlo.

—Ya lo he acabado —dijo Aspasia, lanzándoselo malhumorada—, únicamente lo estaba repasando, aunque ya te adelanto que estudiarlo es una pérdida de tiempo.

—¿Por qué opinas así? —se interesó Berenice tras coger el rollo al vuelo.

—Es un conjunto de patrañas insostenible —afirmó la pitia—, un cuento para niños y gentes mediocres, groseras y rústicas. Es incomprensible que hombres cultos, romanos y griegos, se dejen convencer por tales imposturas... y todavía más que una pitia augure el triunfo de una doctrina supersticiosa de alborotadores.

—Veo que ya no soportas ni que Helena abra la boca, en realidad hasta te enfurece su sola presencia.

Aspasia chasqueó la lengua y no respondió nada.

Aquel año los Juegos Píticos se anunciaron como los más fastuosos celebrados hasta el momento y los extranjeros acudieron a la ciudad como moscas a la miel. Entre ellos se encontraba el sobrino de un amigo de Plutarco, llamado Anacarsis, de la denostada raza de los escitas. Había sido recientemente enviado por sus padres a Grecia para que estudiara en las escuelas de Queronea y posteriormente de Atenas; pero el joven bárbaro, pese a sus esfuerzos, no entendía demasiado la cultura griega, situación que empeoraba ante su escaso dominio de las lenguas helenas. Su afán de aprendizaje lo mantenía pegado a Plutarco como una lapa a una columna, tanto cuando el filósofo estaba en Queronea como cuando se desplazaba a Delfos.

La riqueza que últimamente llegaba a las arcas de la ciudad había posibilitado que la Anfitionía organizase minuciosa y lujosamente cada uno de los días festivos, que se inauguraron con una suntuosa procesión sin igual que recorrió toda la ciudad para finalizar en el templo de Apolo. En cabeza marchaban los ministros de las embajadas sagradas de diferentes polis, seguidos por cien bueyes negros conducidos por campesinos delfios vestidos con blancas túnicas y portando un hacha doble en el brazo desnudo, arma con la que tendrían que inmolar a los animales en hecatombe entre música de oboe doble y zampoñas para el posterior banquete público. En el tercer puesto del desfile avanzaban las hermosas muchachas tesalias divididas en dos grupos, uno portando cestos de flores y frutos, y otro, pasteles y perfumes; iban cogidas de la mano, moviéndose al son de la música, esparciendo a su alrededor el delicioso aroma de los presentes que llevaban consigo, y cantando un himno de alabanza a Tetis y Peleo. Tras ellas y en cuarto lugar de la exhibición, cabalgaba un escuadrón de cincuenta bellos efebos, vestidos con clámides blancas orladas de azul sobre caballos adornados con testeras y bardas de oro y plata. Finalmente, cerraban la procesión los sacerdotes y sacerdotisas de cada uno de los templos de Delfos, precedidos por una dorada carroza cubierta y arrastrada por cuatro bueyes blancos donde las dos pitias eran conducidas majestuosamente.

El vulgo rugía ante aquel espectáculo, los hombres posaban sus miradas lascivas en las jóvenes, y algunas mujeres lanzaban manzanas y flores al paso

de los muchachos, requiriéndoles favores inconfesables. El cortejo dio tres vueltas al recinto que contenía la tumba de Neoptólemo, el hijo de Aquiles asesinado en Delfos por Orestes, y después, como indicaba la tradición, las mujeres del público comenzaron a gimotear mientras las gargantas de los hombres rugían el grito de guerra incluido en el ritual. Tras este gesto simbólico y a una señal convenida, se sacrificaron todos los animales a la vez mientras Plutarco, como sacerdote y magistrado a cargo del ceremonial, prendía con una tea la enorme hoguera donde se asarían las extremidades de las víctimas para el posterior banquete. Ni que decir tiene que el joven Anacarsis no entendía nada de lo que estaba sucediendo allí.

Al día siguiente tuvieron lugar las pruebas musicales, poéticas y pictóricas, y al siguiente comenzarían las deportivas. En las primeras se armó un gran revuelo entre los espectadores cuando un riquísimo tarentino, llamado Evángelo y que se consideraba a sí mismo como un nuevo Orfeo, se presentó a las pruebas de canto ataviado con un vestido púrpura bordado en hilo de oro, ciñendo sus cabellos con una costosísima corona del mismo metal cuajada de esmeraldas, y portando una cítara maravillosa decorada con piedras preciosas. Tres eran los competidores, uno de ellos un talentoso músico llamado Eumelo de Élide, que actuaría en segundo lugar tras la intervención del ricacho de Tarento. Nada más comenzar, este arrancó con un tono terriblemente desafinado y el auditorio se llenó de carcajadas, que todavía resonaron con más fuerza cuando rompió tres de las cuerdas de su instrumento por el ímpetu con que lo golpeaba. Ni siquiera las sacerdotisas pudieron evitar una risa incontenible, a pesar de los esfuerzos que hicieron por ello, y Berenice menos que ninguna, al estar en aquella edad en la que todo parece ser o divertidísimo o sumamente aburrido. Los jueces, sin embargo, se enojaron mucho y no dudaron en expulsar al pésimo competidor a golpe de látigo, arrastrándolo por la escena hasta que lo sacaron del teatro. El escita Anacarsis miraba a uno y otro lado sin entender la brutalidad mostrada por los jueces con Evángelo, y preguntaba a Plutarco el porqué de tal reacción con su extraño acento.

—Ese necio se ha burlado del certamen musical en particular y de los Juegos Píticos en general —dijo el sacerdote, indignado.

—¡Perro el pobre hombre está llorando amargamente! —se compadeció el joven—. Cuando mis padres me hicieron cruzar media Tierra y el punto Euxino para venir a Grecia, pensé que era para aprender modales. ¡Y a nozotroz noz llamáis bárbaros!

—Deja de decir tonterías y quítate el sombrero, Anacarsis, estás molestando a los espectadores de la grada de atrás —advirtió Plutarco, avergonzado.

—El zol aprieta y mi piel ez muy blanca —se defendió el muchacho obedeciendo a regañadientes.

Por el contrario, la actuación de Eumelo arrancó lágrimas de emoción entre los espectadores, haciéndose merecedora de una larga ovación por el bellissimo canto y el virtuosismo con la cítara de su ejecutor.

Los certámenes fueron sucediéndose día a día; carrera larga y doble, pancrancio, pugilato y pentatlón fueron las más aplaudidas por los espectadores y las más comentadas por el maravillado Anacarsis, quien preguntaba por qué aquellos hombres llegados de todas partes, dejando sus obligaciones y su vida, se rebozaban de aceite y polvo para darse golpes, puñetazos y pisotones hasta acabar ensangrentados.

—La competición anterior se llama «boxeo» y esta, «lucha» —explicó Plutarco, sufriendo por la contemplación de las embestidas que estaban propinando a su favorito.

Se había establecido que fuese Aspasia la que prendiese las antorchas de los participantes de la carrera con armas y que, tras la competición, determinase la victoria junto a los anfictiones. A la llamada del heraldo, apareció en el estadio un corredor arcadio, que ya había vencido en multitud de ocasiones, pero nadie se presentó para ser su contrincante. Las normas de los juegos no aceptaban la proclamación de un vencedor si no había habido competición previa, por lo que la membresía anfictiónica decidió cancelar la prueba invitando amablemente a irse al enojado atleta. Este se negó a moverse de allí después de haber marchado hasta Delfos para ganar la corona, así que solicitó a los jueces que permitiesen que cualquier voluntario de entre el público se prestase a retarle en carrera. Nadie se movió, y cuando ya se despedía malhumorado del público para abandonar el recinto, un hermoso joven saltó de las gradas y se puso ante él.

—¿Porr qué ha zaltado eze muchacho a la pizta? —preguntó el joven escita a Plutarco.

—Cállate, ¡por todos los dioses! —ordenó el maestro perdiendo la paciencia—; es un espontáneo y esto es muy interesante.

—¿Cómo te llamas y de dónde eres? —interrogó al joven uno de los jueces.

—Mi nombre es Timarco y soy de Delfos —dijo el muchacho con la mirada fija en Aspasia.

La joven pitia contuvo el aliento cuando vio a su amigo en la barrera, dispuesto a competir contra el rápido y fornido campeón, y de la misma forma reaccionó Lisímaco. Hacía tiempo que el entrenador no había visto al muchacho y casi prefería no hacerlo, ya ocupaba parte de sus pensamientos nocturnos antes del sueño al imaginárselo conviviendo con el bestia de Orbilio, y los celos se apoderaban de él irremediabilmente. A la señal de salida ambos contrincantes comenzaron a correr, el arcadio a una velocidad inusitada portando las armas como si fuesen plumas ligeras, mientras que Timarco, bajo el peso de un enorme escudo de bronce y el resto del equipo de soldado, avanzaba como podía. El famoso atleta iba en cabeza y el joven luchaba como un titán para que la distancia no fuese excesiva hasta que, repentinamente y como dotado de herméticas alas en los pies, Timarco adelantó ligeramente a su oponente. El público bramó cuando vio que el joven ya estaba a una braza de distancia del arcadio y llegaba a la meta el primero, sin duda asistido por todos los dioses, cayendo al suelo exhausto una vez alcanzada la victoria.

El festival finalizaría con las pruebas hípicas, que eran las favoritas de los delfios. Las carreras de caballos, de cuadrigas y de bigas se desarrollaban en un hipódromo en el camino entre Delfos y las ciudades costeras, un lugar espectacular en el llano de una colina donde habían competido siglos atrás personajes de la talla de Hierón de Siracusa, Clístenes de Sición, y un famoso auriga de nombre desconocido y cuya bellísima estatua de bronce decoraba en aquel entonces la Vía Sacra.

Terminadas todas las competiciones y entre los vítores de la multitud, los vencedores de cada una de ellas recibieron sus coronas de laurel, las palmas y las manzanas que los acreditarían como triunfadores de los famosísimos Juegos, gloria de la Hélade junto a los Olímpicos. Eumelo de Élida, con su cítara vieja y su túnica raída, fue coronado por su brillante actuación musical; después fueron pasando uno tras otro hasta que llegó el turno de Timarco. El joven hizo mención de besar la mano de su amiga Aspasia tras ser laureado, pero la pitia la apartó con rapidez y desprecio. Los espectadores aclamaron a todos los victoriosos ganadores como a dioses vivientes, pero el rostro de Timarco ya se había ensombrecido por completo y ni los aplausos ni las flores que arrojaban desde las gradas consiguieron arrancarle una sonrisa.

—¡Zerrá pozible que eztoz hombrrez r rivalicen parra ganarr trofeoz de tal índole! —exclamó Anacarsis—; tanta fatiga parra conzeguirr manzanaz y laurelez... ¡Eztoz griegoz eztán loco!

Plutarco rogó a Apolo, en muda plegaria, que le concediese el favor de que el bárbaro sobrino de su amigo marchase cuanto antes hacia Atenas, ya que de momento y conforme dictaban las leyes de la hospitalidad, tenía que soportarlo. La amistad requería a veces de grandes sacrificios, era una de las desventajas de las relaciones humanas en las culturas desarrolladas, y había que sufrirlo con paciencia y resignación. Pero todo tenía un límite.

Berenice leía una y otra vez el libro sobre la vida de Cristo, escrito por un tal Marcos en idioma griego apenas cincuenta años atrás. No podía decirse que la obra fuese de gran calidad, ya que estaba narrada en un estilo demasiado coloquial, pero había que reconocer en favor del autor que demostraba gran celo en explicar a los no cristianos las costumbres judías, y eso favorecía la comprensión del texto. Mateo relataba la existencia del héroe cristiano basándose en testigos presenciales y en escritos originales de aquella época en la que el supuesto dios se paseaba por Judea. A la joven, al contrario que a su amiga Aspasia, le pareció una obra apasionante y la enrollaba y desenrollaba constantemente en busca de interpretaciones e ideas que pudieran ocurrírsele tras leer de nuevo un párrafo. Aunque no entendiera en su totalidad esa extraña filosofía, creía ver en ella un nuevo modelo de bondad y de exótica virtud que poco tenía en común con la moral griega. Plutarco había conseguido, además, otra interesante obra que trataba sobre los Hechos de algunos seguidores de Cristo, que aseguraban haber predicado ya por Grecia y por muchos más lugares del extenso mundo.

El Mesías se llamaba Iesou y era un maestro que había realizado una serie de milagros y prodigios para sus seguidores. A cambio de ello, exigía en sus adeptos un comportamiento difícilmente alcanzable, una entrega total al prójimo y un respeto absoluto al ideario que predicaba. Para sorpresa de Berenice, sus discípulos más queridos habían acabado por traicionarle, uno de ellos negando conocerle y otro entregándole a la justicia, actitud que imaginó comparable a que ella llegase a denunciar algún día al propio Plutarco ante las autoridades. Pero no solamente era eso lo incomprensible de aquel relato, sino que al final el tal Jesús fuese crucificado como un vulgar ladrón. Lo cierto era que el profeta nazareno ya había predicho ambas cosas, como si fuese una pitia, pero no había evitado de forma alguna los acontecimientos aunque tuviese medios para ello, limitándose a lamentarse y gemir para que su padre, la deidad suprema y desconocida, apartase de él un amargo cáliz que le obligaba a beber.

Y ¿a qué respondería el símbolo del colgante de Eurídice tan utilizado por los partidarios del judío?, se preguntó Berenice echando un vistazo a su tablilla grabada con el contorno del símbolo. Según había leído, Jesucristo multiplicaba peces en los banquetes, y también decía que quería entre sus discípulos pescadores de hombres, pero de ahí a representarlo como un animal acuático carecía de sentido si no se tenían en cuenta las connotaciones pitagóricas de aquella figura sagrada entre los griegos, tal y como Aspasia había explicado. Aunque lo que su gran amiga no había advertido era que el óvalo que rodeaba la palabra pez también suponía la representación del Ser Supremo, y no solamente femenino, sino de la unión sagrada entre este y el principio masculino. El *tetragrammaton* YHVH, Yahveh, era el nombre con que los judíos arcaicos designaban a su diosa-dios supremo, un andrógino creador al que ahora llamaban exclusivamente padre. Berenice tomó otra tabla plegable y escribió la palabra IXΘΥΣ, girándola a continuación en las cuatro posiciones posibles. Después la escribió de derecha a izquierda y, por último, alineando las letras en vertical. Aun acostumbrada a los acertijos de la poetisa Cleobulina, no encontraba el significado oculto en aquel símbolo, hasta que después de largo rato la iluminación terminó acudiendo a ella. Sin duda, el término era un acrónimo, con lo que sus letras, a su vez, eran iniciales de otras palabras que tenían que formar una frase de sentido crucial para los cristianos. Desenrolló de nuevo el evangelio, que ya había analizado muchas veces, y se fijó en la sentencia que abría la obra del escritor Marcos: «Comienzo del evangelio de Jesucristo, hijo de Dios». Jesucristo, hijo de Dios. La iota del acrónimo, I, era sin duda la inicial de Ἰησοῦς, *Iesou* o Jesús. La X también estaba claro cuál era el carácter que representaba, seguramente Χριστός, *Xristos* o Cristo, el ungido. La siguiente era la theta, letra por la que empezaba la palabra Θεου, *Theou* o Dios, aludiendo al origen divino del crucificado. El cuarto signo que formaba la palabra pez era la Y, la ípsilon, que podía ser perfectamente la inicial de hijo, Υἱός.

Se felicitó a sí misma por su perspicacia. Hasta el momento ya había descubierto que la sentencia secreta del símbolo pisciforme podía ser perfectamente: «Jesús ungido hijo de Dios». Pero la última letra de la palabra pez era la sigma, y su sentido se le escapaba. Correspondía a la representación numeral del número doscientos, pero probablemente eso no tenía nada que ver. ¿A qué podrían estar aludiendo los cristianos con la decimoctava letra del alfabeto? Berenice barajó múltiples posibilidades y comenzó a pronunciar en voz alta todos aquellos vocablos que comenzasen con la sigma en mayúscula,

Σ, que le venían a la mente, al igual que en su infancia, cuando su madre le enseñaba a leer y a escribir.

—Salamina, Samio, Cerdeña, Jerusalén...

Ninguna de ellas dotaba de sentido a la frase. Debía contemplar también las palabras que comenzasen con sigma minúscula, ς, pues podían haber utilizado la antonomasia en un calificativo usándolo como nombre propio, un título de uso recurrente que hubiese terminado por convertirse en seudónimo.

—Encorvado, asesino, gordo, devastador, oscuro, áspero.

¿Qué estaba diciendo? Todos esos adjetivos denotaban cualidades negativas y ella tenía que encontrar uno positivo y majestuoso. Empezó a recorrer los apelativos que habían merecido algunos reyes de la historia griega e inevitablemente se detuvo en Ptolomeo, fundador de una dinastía egipcia y que se había desposado con dos mujeres, casualmente una llamada Eurídice y otra Berenice. Repentinamente encontró la solución al misterio. Πτολεμαίος Σωτήρ, Ptolomeo Sóter, el salvador.

—¡Σωτήρ! ¡Sóter! —gritó eufóricamente—. ¡Salvador!

Eso debía ser, ΙΧΘΥΣ significaba Jesús ungido hijo de Dios Salvador, y la palabra estaba situada dentro de la figura que representaba la deidad andrógina, Yahveh. Ya tenía la respuesta exacta, el significado del acrónimo del colgante de Eurídice. Su compañera era cristiana, no cabía duda alguna.

Tras semejante descubrimiento, Berenice volvió a releer el tratado titulado *Hechos* y, tomando un folio de papiro y tinta, se dedicó a copiar con su mejor letra todos aquellos párrafos en que se mencionaba a los griegos, para poder meditar sobre las reacciones de sus compatriotas y la opinión que los judíos tenían de ellos. En un fragmento se aseguraba que los gentiles, y especialmente los griegos, eran extremadamente licenciosos e inmorales y que había peligro de que algunos, de corazón inconverso, profesaran la fe sin renunciar a sus malas prácticas. No había que negar la razón que en ese punto tenía el autor, en realidad a Berenice le resultó hilarante desde un principio que tanto Eurídice como Poliano, ambos sacerdotes del dios Apolo, fuesen a la vez cristianos. En otro párrafo se afirmaba que la predicación en la griega Tesalónica había convencido a innumerable público, sobre todo a mujeres nobles, aunque en otro aparte se criticaba duramente a los habitantes cultos de toda Grecia al decirse de ellos que, aunque buscaban la sabiduría, el mensaje del crucificado lo tenían por locura al estimar más el conocimiento propio de su civilización que el que venía de lo alto. Por contra, parecía que los magos griegos de Éfeso se habían convertido en masa, demostrándolo a través de la quema pública de sus libros mágicos. «¡Qué terrible pérdida!»,

pensó la joven. Pero por contra, el jefe del gremio de plateros de esta misma ciudad se dedicó a organizar una inmensa revuelta, al ver peligrar su negocio de estatuillas de Artemisa si se daba el caso de que sus conciudadanos llegaran a abandonar el culto a tal diosa.

Aparte de algunas excepciones como esta, la nueva creencia parecía estar calando profundamente en el Imperio, probablemente debido a la idea de unidad que representaba, al margen de los cientos, los miles de dioses que poblaban el mundo grecorromano. Berenice pensó acertadamente que la religión de las ciudades helenas resultaba en eso incomprensible, estaba llena de extrañas tradiciones que variaban diametralmente de un territorio a otro y que provocaban dudas sobre su fiabilidad hasta en las propias sacerdotisas de las diferentes divinidades, como así ocurría en la propia vivienda pítica. La teología en su tierra era de tal complejidad que, recientemente, un autor había recopilado estas cuestiones desde los orígenes del Universo hasta la guerra de Troya en una obra titulada Βιβλιοθήκη, Biblioteca. Basándose en los escritos antiguos de los poetas y para intentar despejar los enormes líos familiares de dioses y héroes, había escrito la obra con la finalidad de zanjar las disputas entre las diversas polis, respondiendo a las preguntas que muchos se hacían con el objeto de dilucidar cuál era la más antigua o en qué lugar había surgido el primer hombre.

La relativa sencillez de la nueva doctrina acabaría ganando la partida, pensó Berenice estremeciéndose. Una sola deidad con un único hijo dios, eso era simplificar las cosas al máximo y proveer a los neófitos de una claridad doctrinal sin parangón. Los líos de los miles de dioses griegos y latinos no estaban hechos para los bárbaros y las gentes comunes. El escita Anacarsis era ejemplo de ello, según les había explicado un desesperado Plutarco a tenor de las preguntas que su huésped le hacía a diario.

Timarco ya no frecuentaba por las mañanas la biblioteca del gimnasio para no encontrarse con Lisímaco. El paidotriba continuaba despechado y en cualquier ocasión le acosaba demandándole explicaciones y requiriendo de él otras peticiones que no le agradaban en absoluto. Aquel día, el joven acudió por la tarde, aprovechando que Orbilio estaba en cama enfermo y teniendo claro que a esas horas no hallaría allí al celoso entrenador. Sin embargo, no le extrañó toparse allí con Berenice haciendo ejercicio, porque el indispuerto gramático había cancelado las clases vespertinas y las sacerdotisas tendrían el

resto del día libre. Timarco aprovechó el momento propicio en que la jovencita se dirigía a los baños para acercarse a ella.

—¡En buena hora, Berenice! —exclamó efusivamente.

La sacerdotisa se sorprendió al ver al muchacho, hacía muchos meses que no coincidían y recordaba gratamente los días de estudio junto a él y a Aspasia, que lamentablemente ya no se repetirían nunca.

—¡Salud, Timarco! —saludó sonriente.

El joven titubeó, se había aproximado a ella con un fin muy concreto, pero no sabía por dónde empezar y finalmente decidió ser directo.

—Quería preguntarte, bueno... si Aspasia ya no viene nunca por aquí.

—Pocas veces, Timarco —dijo Berenice—. Prefiere estudiar en la soledad de su habitación, ahora que dispone de una propia, y manda a alguna sirvienta a la biblioteca para que le lleve los libros a casa, e incluso a veces soy yo misma quien solicita el préstamo para ella.

—Últimamente solo puedo verla en los actos públicos y me es imposible intercambiar unas palabras con mi antigua amiga.

La joven se hizo cargo de la situación y captó la tristeza de Timarco.

—Su cargo de pitia le impide continuar con algunas de las actividades que solía realizar antes —la excusó.

—¿Crees sinceramente que ese es el motivo, Berenice? Pues yo no estoy tan seguro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la sacerdotisa.

—Sé que recibe a otras personas y que continúa acudiendo a las clases de... Orbilio y de Plutarco, así que no está tan encerrada como parece. Hace un tiempo os vi paseando a los tres, imagino que estaríais filosofando sobre algún tema, luego os sentasteis sobre la hierba y un rato más tarde volvisteis a la vivienda del templo.

—¿Nos estuviste siguiendo? —Se estremeció la jovencita.

Timarco se azoró ligeramente, pero acabó asintiendo.

—La echo de menos —confesó—, estudiábamos juntos las teorías atómicas de la antigüedad y teníamos gustos comunes. Pero todo acabó cuando... bueno, hace un tiempo. Además, la veo tan delgada y desmejorada, creo que está enferma y no del cuerpo, ¿comprendes a qué me refiero?

La sacerdotisa asintió.

—Yo no puedo hacer nada por ella, pero tú sí —continuó Timarco, envalentonado—. Estoy seguro de que ella te ama, aunque por su carácter le sea difícil demostrar sus sentimientos y mucho más debido a la educación que recibís por vuestro cometido. Aspasia no es flexible con las debilidades, ni

propias ni ajenas, y debido a esa conducta va a acabar completamente sola. No quiero que sea desdichada y solamente te tiene a ti.

Berenice tragó saliva comprendiendo que el joven estaba expresando con sus palabras la verdadera esencia del amor, ese que iba más allá de las relaciones corporales y que consistía en la constante preocupación por el bienestar del ser amado, algo que seguramente no pudiese sentir jamás por Orbilio, por mucho que compartiesen casa y lecho. Se dio cuenta que la delicadeza de sus almas había unido a ambos con un lazo invisible; Aspasia y Timarco eran dos seres atormentados por las respectivas obligaciones de sus vidas, conocía sobradamente la situación de su amiga, pero lo que continuaba sin entender era por qué aquel joven sensible y cariñoso había aceptado una triste existencia junto a ese ser inmundo, quien, por cierto, continuaba golpeándola a ella con la férula cuando sus lecturas y redacciones no eran todo lo perfectas que él exigía.

—No tengo abandonada a Aspasia ni mucho menos, Timarco, aunque rehúya a veces mi compañía —dijo la sacerdotisa—. Hicimos un pacto de sangre y somos hermanas ante los dioses, y esa promesa voy a tenerla presente por toda la eternidad.

—Ya sabía que eras una leal amiga —murmuró el muchacho—, aunque ignoraba hasta qué punto. Háblale bien de mí, te lo ruego, que ella sepa que también tiene un hermano en mi persona, aunque ahora me evite y se avergüence de mí.

—No creo que sus sentimientos hacia ti sean esos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Un día le conté... bueno, cierto rumor que había llegado a mis oídos —se sinceró Berenice.

—Comprendo —dijo el joven—. Pero no hubiese hecho falta, yo mismo se lo confesé antes de dar el paso.

—¿Y qué te respondió? —preguntó indiscretamente la sacerdotisa, incapaz de contenerse.

Timarco alzó los hombros.

—Nada en absoluto. Quedó en silencio unos instantes y luego continuó hablando sobre las partículas atómicas, como si no me hubiese oído. Volví a la carga y le expliqué mis razones, pero tampoco dijo ni una palabra al respecto. Fue el último día que estuve con ella... a lo mejor esto que te acabo de contar te clarifique cuáles son sus sentimientos hacia mí y te des cuenta de que ha callado la verdad.

—¿Insinúas que Aspasia no es sincera conmigo?

—No, estoy intentando transmitirte que no es sincera consigo misma. Odia la debilidad y no puede permitírsela, por eso reacciona enmudeciendo y eliminando de su vida todo lo que pueda llegar a afectarle de alguna manera. Quizás por eso ahora evite tu compañía, imagino que le estás recriminando constantemente su errónea conducta y ese no es el camino apropiado con ella. Solamente te pido paciencia, y que estés allí cuando te necesite.

Berenice iba a responder que así sería, cuando vio aproximarse a Eurídice acompañada de Anacarsis. El estudiante escita, sombra de Plutarco tanto cuando el filósofo permanecía en Queronea como cuando iba a Delfos, parecía que iba encontrando nuevos amigos para alivio de su sufrido maestro. Los recién llegados saludaron a la sacerdotisa y a Timarco, a quien el extranjero reconoció inmediatamente como campeón de la carrera en los Juegos Píticos.

—¿Qué hacéis por aquí? —preguntó Berenice, extrañada de verlos juntos y mucho más en un lugar que Eurídice solía evitar.

—He presentado a Anacarsis al bibliotecario —dijo la dulce sacerdotisa con humildad—. Quería consultar unos textos para su aprendizaje.

—Zí —asintió el escita con su gracioso acento—, ez indizpenzable parra que comprrenda vueztrra vazta culturra.

—¿Has dicho vasta cultura? —preguntó Berenice para asegurarse haber entendido bien.

El muchacho asintió orgulloso, reafirmado en su convencimiento de que estaba logrando inmensos avances tanto en la lengua de la Fócide, como en los dialectos ático y jónico.

—¿Y qué opinas de ella? —volvió a interesarse la joven.

—A vezez me rrezulta incomprrenzible que únicamente buzquéiz la zabidurría en vueztroz límitiez territorialiez —confesó el escita reconfirmando las sospechas de Berenice.

—¿De qué zona de Escitia eres exactamente? —se interesó Timarco sin entender ni la mitad de lo que decía el joven.

—Del norrte, cerrca del rrío Danubio.

La respuesta previa de Anacarsis había provocado un escalofrío en la sacerdotisa de Apolo. El escita había dicho sobre los griegos las mismas palabras que ella ya había leído en un párrafo del libro titulado *Hechos*, omitiendo la última parte de la sentencia que finalizaba asegurando que los helenos, sin embargo, no valoraban la sabiduría que venía de lo alto. Ya, sin duda, supo que tenía ante ella a dos cristianos, y se dio cuenta de cuán cierto era que debían de estar multiplicándose como insectos. Al parecer, la

expansión de las doctrinas de esta secta no solamente se circunscribía al litoral mediterráneo, sino que se estaban acercando ya hasta los límites del lejano Danubio, las regiones más bárbaras de Europa. Los augurios de Helena sobre la destrucción de la civilización griega no le parecieron tan poco atinados como aquel día en que Aspasia y ella misma la escucharon emitirlos.

—Me voy ya, Berenice —dijo Timarco—. Ten presente lo que te he dicho.

—Ve con los dioses y no temas, así lo haré —dijo la joven, asintiendo.

Eurídice y Anacarsis también se despidieron, alegando que debían reunirse con Poliano para tratar ciertos asuntos.

—¿No vienes a casa con la esclava? —preguntó Berenice a la otra sacerdotisa, recordándole que ya iba a oscurecer.

La otra rechazó la oferta, asegurando que el mismo Anacarsis la acompañaría a la vivienda antes de que anoheciera. Berenice retomó en silencio el camino hacia la morada pítica seguida por la sirvienta, cubriéndose con la capa para ocultar la sucia túnica deportiva de la que no le había dado tiempo de despojarse. Entraron por una de las puertas de la zona este de la muralla, la que estaba situada al lado de la estoa de Átalo y frente al templo, y una vez en el hogar sacerdotal se fue directa al baño para sumergirse en el agua cálida que ordenó vertieran en la bañera. Una vez dentro del líquido purificador, cerró los ojos y disfrutó del merecido momento de descanso, repasando mentalmente los sucesos acaecidos durante la jornada. El aceite perfumado de lirio que le habían regalado a Helena, y que generosamente había puesto a disposición de todas, exhalaba un maravilloso aroma que relajaba los sentidos e invitaba al sueño.

La joven se adormeció al instante y en su mente fueron apareciendo confusas ensoñaciones, imágenes de catástrofe y destrucción en diversos escenarios que no supo reconocer; en primer plano había una inmensa biblioteca repleta de cientos de miles de manuscritos en llamas tras haber sido incendiada a propósito por soldados de aspecto exótico, quienes gritaban alborozados en idiomas desconocidos; a lo lejos divisó templos y santuarios majestuosos convertidos en miserables ruinas, columnas rotas de los tres estilos helenos y esculturas decapitadas de dioses identificables; a continuación vislumbró cómo algunos albañiles construían con aquellos restos otras edificaciones a las que añadían rudimentarias cruces y otros símbolos extraños; luego contempló enormes extensiones de oscuras y polvorientas llanuras o de bosques naturales sin rastro de polis en ellos, solamente con primitivos grupos de cabañas de madera donde humanos y

animales se hacinaban en sus interiores; por último vio una congregación de estrafalarios sacerdotes, con túnicas talares semejantes e idéntico y ridículo corte de pelo, afanándose por copiar los exiguos rollos que se habían salvado de la quema de la gran biblioteca que había ardido al principio.

Se espabiló de inmediato al notar una sensación de ahogo e inconscientemente se incorporó en la bañera como un resorte, arrojando al exterior gran cantidad de agua que mojó el suelo de la habitación.

Temblando de frío y de miedo, rogó a las deidades que regían lo onírico que aquella visión hubiese sido únicamente una pesadilla y no una ensoñación oracular; porque si ese sueño tenía algo de visión profética, a los propios dioses les quedaba muy poco tiempo de vida.

Eurídice y Poliano celebraron su boda en la más estricta intimidad familiar. Ningún sacerdote o sacerdotisa fue invitado a la misma, aun perteneciendo ambos contrayentes al servicio del templo de Apolo, y no hubo cortejo nupcial hasta la casa del novio, ni banquete con sacrificios a los dioses protectores del matrimonio, ni exquisitas tartas, ni cantos lascivos, ni ninguna de las manifestaciones públicas propias del rito nupcial heleno. Se presumía que Plutarco, siendo pariente de Eurídice y tras haber tenido con los novios el espléndido detalle de dedicarles una obra literaria, acudiría al enlace, pero casualmente los padres del contrayente habían elegido una fecha que coincidía con una fiesta en la polis de Queronea que siempre corría a cargo del filósofo, por lo que a este le resultó imposible presentarse en Delfos. Nadie entendía el secretismo con que habían llevado todo desde el principio, pero se suponía que los padres de ambos habían pactado de antemano la unión entre los dos jóvenes con todas las formalidades requeridas en los esponsales. De cualquier forma, tan extrañas nupcias fueron la comidilla de los delfios durante los banquetes privados y el monotema en los gineceos, y de ello hablaban durante la cena las mujeres de la vivienda sagrada.

—Menandro aseguraba que elegante es celebrar las bodas sin multitudes, sino a base de los que comen en casa —defendió Clea a los contrayentes.

—Puede ser, no le demos más vueltas. Y por cierto, ¿a quién vamos a incorporar para suplir la labor de Eurídice aquí? —preguntó Helena a Aspasia.

—A nadie —respondió esta.

—¿Cómo?! —exclamó Clea alzando la ceja indignada—. ¿Quieres que únicamente mantengamos el fuego entre Berenice y yo? Ya fue bastante

complicado repartir los turnos para preservar la llama entre tres cuando ambas fuisteis nombradas pitias... y ahora quieres que lo consigamos entre dos.

—No —negó Aspasia—. Helena y yo también haremos guardias y habrá cuatro turnos, dos diurnos y dos nocturnos.

—Si es así..., aunque en épocas de Pitia... quiero decir, de la antigua pitia —se corrigió la sacerdotisa dionisiaca—, éramos cinco, cosa que facilitaba mucho la tarea.

Berenice se acababa de sentar a la mesa tras haber acabado su trabajo y Clea se levantó dispuesta a relevarla de inmediato.

—No te des prisa, Clea —anunció la jovencita con cansancio—. He echado tanta leña que la hoguera no se apagará en un buen rato.

—Me alegro —aseguró la tíade—, porque creo que estamos tratando un asunto que requiere de la presencia de todas nosotras. Para ponerte en antecedentes, te anuncio que nuestra pitia Aspasia, por decisión propia y sin consultar ni con anfictiones ni con sacerdotes, no desea enrolar a otra ayudante.

—Nosotras cuatro nos bastamos —dijo Aspasia, mirando a Berenice.

—Querida —dijo Clea con el rostro tan rojo como sus cabellos—, que tú no duermas durante la noche no significa que las demás vayamos a hacer lo mismo; yo necesito tiempo para entrenar y tampoco quiero perderme las clases, como últimamente ha sucedido con demasiada frecuencia.

—Vamos a prescindir de las clases vespertinas de Orbilio —continuó diciendo la pitia más joven con determinación.

Esta última noticia sí fue acogida con regocijo por todas, a pesar de que ninguna se atreviera a exteriorizarlo. Berenice se alegró enormemente, aunque sospechara que la decisión de Aspasia se debía a otros motivos personales que no eran la falta de tiempo de las sacerdotisas, sino el inmenso odio que había cogido al gramático por su relación con Timarco.

—¿Y quién nos dará clase de gramática a partir de ahora? —preguntó.

—Ya he hablado con Plutarco, su hijo Autobulo suplirá a Orbilio; obviamente solo nos las impartirá cuando se encuentre en Delfos y de más corta duración.

—Y sin golpes —añadió Berenice, aliviada.

Helena escuchaba en silencio la discusión entre sus compañeras, hasta que emitió un leve carraspeo para aclararse la voz.

—Creo saber los motivos de las nuevas normas que nos estás imponiendo, lo que no comprendo es por qué no me has comentado nada antes de comunicárselas al resto —dijo clavando una severa mirada en Aspasia.

—Soy la sacerdotisa principal —respondió la joven—, soy la verdadera sucesora de Pitia y siempre lo he sido.

—¿Y yo quién soy entonces?

Aspasia se puso en pie sin poder aguantar ni un instante más la tensión que había estado acumulando.

—Una vieja loca que no sabe nada, que cree escuchar a la diosa Gaia en su interior y que únicamente responde a preguntas sobre enamoramientos y otras cuestiones absurdas, pero que se permite vaticinar la caída de nuestra cultura —dijo llena de ira ante el estremecimiento de las demás.

—¡Pero Aspasia...! —exclamó Berenice escandalizada por las duras palabras de su amiga.

Helena se levantó en un estado de nerviosismo que no auguraba nada bueno, se aproximó al lugar donde estaba su compañera, la agarró del famélico brazo, y comenzó a zarandearla sin clemencia. Clea reaccionó rápidamente, de un salto se puso entre ambas y sujetó con fuerza a la pitia de más edad, inmovilizándola para evitar que esta llegase a lesionar seriamente a la frágil Aspasia. La sirvienta, que entraba entonces a la estancia con una bandeja, dejó caer el objeto y todo su contenido, horrorizada e incrédula ante el espectáculo que se estaba produciendo en el comedor de la morada pítica. A su vez, Berenice luchaba por arrebatarse a su amiga el ciato de plata que había cogido como arma arrojadiza contra Helena, y no le fue fácil quitárselo de su todavía quemada diestra debido a la resistencia que ofrecía la colérica joven. Una vez que la tuvo en su mano, se giró para dejarla sobre la mesa y volvió a contemplar algo que ya había vivido previamente, una copa de cristal se deslizaba por el mantel y caía al suelo rompiéndose estrepitosamente, de nuevo como si una mano invisible la hubiese empujado. Clea arrastró a Helena fuera de la habitación y ordenó a la llorosa esclava que la ayudase a llevar a la pitia al templo a través de la puerta interior, fuera del alcance de Aspasia. Una vez en el santuario, la tíade intentó sosegar a la estertórea Helena, disponiendo que harían juntas el siguiente turno de guardia hasta que los ánimos se calmasen. Repentinamente la mujer se llevó la mano al pecho y comenzó a jadear de forma incontrolada, hasta que cayó al suelo quedando inmóvil. La tíade le desabrochó el ceñidor para que respirase con menor dificultad y comenzó a comprimirle frenéticamente la caja torácica, para pasar después a insuflarle aire a través de los labios mediante su boca. Actuó tal y como le habían enseñado en el gimnasio para los casos de dolor de corazón que a veces se producían durante la práctica del ejercicio.

Mientras tanto, en el interior de la morada pítica, Berenice intentaba apaciguar a Aspasia como podía, dándole pequeños sorbos de hidromiel y acariciándola mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Ya... ya estoy bien —dijo la joven pitia pasados unos instantes—. Acompáñame a mi dormitorio, Berenice.

—No —negó la sacerdotisa—. Hoy dormirás en el mío, junto a mi cama.

—Necesito mi incienso para poder descansar —rogó una angustiada Aspasia.

—¿Qué incienso? —se interesó una atónita Berenice—. ¿Acaso nunca duermes naturalmente?

Aspasia meneó la cabeza en señal de negación y la jovencita la observó con una mezcla de clemencia y extrañeza, preguntándose hasta dónde había llegado su hermana de sangre. El sabio médico Hipócrates aconsejaba no abusar de las sustancias, ni calmantes ni excitantes, porque en dosis altas amenazaban la estabilidad de la mente y del organismo humano, y recomendaba usar de ellas con mesura y de forma ordenada. Al día siguiente iría a pedir consejo divino a la capilla de Asclepios, hijo de Apolo y dios de la medicina, situada al pie del muro oeste de la terraza del templo, para que le aconsejase qué hacer por ella y cómo curarla de sus adicciones.

—Aspasia —dijo Berenice mientras ambas subían las escaleras hacia el dormitorio—, ¿has visto lo de la copa de cristal?

—¿A qué te refieres? —se extrañó la pitia todavía conmocionada por la pelea.

—A nada, olvídalo.

Tras orar varios días en el pequeño templo de Asclepios, Berenice obtuvo una respuesta del dios mediante inspiración divina. La deidad del arte médica iluminó a la jovencita para que intentase curar a su amiga mediante la musicoterapia, remedio que funcionaba muy a menudo contra los males espirituales según Pitágoras, Platón, Aristóteles y la teoría del Ethos. Tras comentarlo con Plutarco, los contables de la Anficionía contrataron a una virtuosa tañedora de arpa para que tocara durante las cenas de la morada pítica, relajando las tensiones entre ambas contendientes. La arpista, recién llegada a Delfos, resultó ser una virtuosa con las melodías de estilo dórico, y las cenas transcurrieron en relativa calma, ya que nadie deseaba interrumpir la actuación con demandas o desaires. Pero durante el resto de la jornada las rencillas de las irreconciliables pitias continuaban alterando la paz del hogar.

sagrado y, poco después, ya ni siquiera la tañedora logró amansar la fiereza de «aquellas dos arpías», según sus palabras textuales antes de abandonar indignada y para siempre la morada pítica.

Tan harta como preocupada por el hecho de que su amiga no hubiese alcanzado la catarsis a través de la música, Berenice encontró una solución definitiva que expuso a Plutarco en privado, tras una clase del maestro en la que ambas pitias se habían enzarzado en una tremenda discusión sobre los fenómenos naturales, surgida a raíz de que Aspasia asegurase gritando que la nieve se producía por la congelación de la lluvia, y la escarcha a partir del rocío helado, cosas que nada tenían que ver con la participación de los dioses tal y como defendía Helena.

—¿El *Asclepeion* de Epidauro? —preguntó atónito el sacerdote.

—Es el mejor centro de sanación de la Hélade, maestro.

—Lo sé, Berenice —añadió el filósofo—. Tengo un par de amigos médicos en el sanatorio. Muchos hombres y mujeres insignes han sido sanados allí, el poeta Aristarco, el filósofo Crantor, el general Epaminondas y el cómico Teopombo acabaron con sus males gracias a la medicina del santuario de Asclepios en la ciudad de Epidauro.

—En ese lugar debe haber remedios salutíferos para cualquier enfermedad. Yo la acompañaría y podríamos partir después de la última sesión oracular, antes del inicio del invierno; el clima todavía será suave y el viaje muy corto desde el puerto de Cirra a Epidauro. Solamente los mejores médicos y el propio dios, quien hace las rondas nocturnas acompañado por sus dos hijas, pueden sanar a Aspasia.

—Ignoro qué le ocurre concretamente, Berenice, pero lo cierto es que no es la de antes y todos lo notan, quizá la armonía de sus humores se ha desequilibrado dando preferencia a la bilis negra —reconoció el anciano Plutarco—. Sus vaticinios ya no son tan certeros y he recibido quejas de varios consultantes por su conducta; en el transcurso de la pasada sesión gritó a un romano que era un bárbaro y que se fuera de inmediato a la cloaca de donde había salido, negándose a darle respuesta... vamos a terminar teniendo problemas diplomáticos.

—Por eso mismo, maestro. Panacea, la hija de Asclepios que todo lo cura, dará a nuestra pitia el jarabe de la sanación, de otra forma temo que nuestra ciudad caiga de nuevo en el desastre que se produjo con la actuación de Calandra.

—Será necesario enrolar a dos mujeres más para mantener el fuego sagrado durante vuestra ausencia —reflexionó Plutarco—. Hablaré con Clea,

algunas sacerdotisas del colegio délfico dionisiaco podrían incorporarse temporalmente al cargo, solamente hasta que Aspasia y tú estéis de vuelta.

—Es una idea muy oportuna, ya que el templo estará bajo la tutela de Dioniso en ese momento —dijo la joven asintiendo.

—¿Y cómo se te ha ocurrido todo esto? —se interesó el sacerdote.

—Apolo y Asclepios, dioses de la medicina, me han inspirado —respondió Berenice—. Llevo mucho tiempo preocupada por Aspasia, maestro, rezo a diario para encontrar un remedio porque creo que la estamos perdiendo.

—¡Que los dioses no lo permitan! —exclamó Plutarco.

—Debemos remediar su mal antes de que algo terrible llegue a ocurrir —advirtió la jovencita—. No sé nada del arte de la medicina, maestro, pero el médico que atendía a Pitia habló una vez de las diferencias entre el alma irascible, que se sitúa en el corazón, el alma concupiscible, sita en el hígado, y el alma racional, con sede en el cerebro. Y creo, por observación, que las tres almas de Aspasia han entrado en conflicto.

—No es la primera vez que le ocurre esto a una pitia, Berenice.

La niña contuvo el aliento esperando a que su viejo maestro se explicase mejor.

—En los libros contables de nuestro templo hay una anotación del exvoto que una antigua sibila de Delfos mandó realizar para enviar al santuario de Asclepios en Bizancio tras ser curada, hace más de cinco siglos. Es una escultura en bronce que representa una triple serpiente enlazada y todavía hoy se conserva en la espina del hipódromo de esa ciudad.

—Eso demuestra, maestro —dijo Berenice tras meditar unos instantes—, que el tratamiento funcionó entonces, y volverá a hacerlo ahora.

—Creo en Apolo y por lo tanto en su hijo Asclepios —confesó Plutarco con firmeza—. Mi amigo de Epidauró me contó que hace unos años una aristócrata fue llevada al santuario por la fuerza, entró vociferando que no creía en esa magia ridícula y que ese diosecillo no iba a hacer nada por ella, por lo que la divinidad de la medicina tuvo a bien humillarla doblemente: en primer lugar curándola, y en segundo pidiéndole como exvoto la escultura en plata de una cerda con su nombre, en recuerdo de la estupidez que había demostrado.

La joven rio y Plutarco reflexionó en silencio, verdaderamente algo había que hacer para recomponer la salud de la joven pitia gracias a la cual el oráculo de Delfos había florecido de nuevo de forma esplendorosa. Prometió a la sacerdotisa que comenzaría de inmediato a organizar los preparativos

para el periplo, que enviaría cuanto antes mensaje a su amigo médico y que realizaría un espléndido sacrificio a Apolo para que no las abandonase ni un solo instante.

A su vez, Berenice se preguntaba cómo iba a convencer a su terca hermana de sangre de que abandonase su encierro en Delfos para realizar la necesaria peregrinación a la ciudad de Epidauro. Pero ese era un pequeño inconveniente que resolvería utilizando su imaginación, fingiendo o representando un doble juego, como una vez le había aconsejado Pitia. Ella misma aparentaría padecer cualquier tipo de mal y rogaría a su amiga que la acompañase.

Aspasia y Berenice partieron una luminosa madrugada hacia Cirra en el lujoso carro descubierto, propiedad del templo, y escoltadas por dos guardias. Llegaron a la ciudad portuaria con tiempo suficiente para recorrerla antes de embarcar, por lo que aprovecharon para visitar el templo dedicado a Leto y a sus divinos mellizos, Apolo y Artemisa, con el objeto de rogar a la tríada de divinidades una buena travesía hasta el puerto de Argos, donde desembarcarían para dirigirse a la ciudad de Epidauro por vía terrestre.

A partir de entonces y durante el resto de la mañana, Berenice estuvo muy callada y pensativa. Ya una vez en la nave y con todas sus pertenencias a bordo, Aspasia decidió preguntar a su amiga el motivo de su silencio, temiendo que la jovencita estuviese sufriendo a causa de la dolencia.

—¿Ha empeorado tu dolor de oídos? —se interesó la pitia.

—¿Qué dol...? —Berenice cerró la boca al instante, dándose cuenta de que había estado a punto de descubrir el engaño.

Durante casi un mes había estado convenciendo a Aspasia de la necesidad de ir al lejano santuario de Asclepios en la Argólide, alegando precisamente un incurable pinchazo en el interior del pabellón auditivo que la estaba matando y que cada día iba a peor. Al principio la pitia se había negado rotundamente, pero poco a poco Berenice fue persuadiéndola, quizás allí también podrían curarle a ella las quemaduras de las manos completamente y ambas sacarían provecho de la visita al reputado establecimiento médico. Aspasia acabó aceptando a regañadientes, y una vez fue acostumbrándose a la idea incluso pareció gustarle, reconociendo que no le iría mal cambiar de aires y perder de vista a Helena durante unos días.

—No son los oídos —dijo Berenice preocupada—. Sino que tengo la sensación de que ya había visto el templo en el que acabamos de estar.

—Es muy probable, a lo mejor lo visitaste de pequeña y acabas de recordarlo.

La joven sacudió la cabeza.

—No, nunca estuve en Cirra antes de hoy.

—Lo habrás visto en alguna pintura, en el fresco de alguna casa.

—Puede ser —respondió cambiando de tema—. Bueno, disfrutemos de la brisa del mar y del espectáculo de las olas, es la primera vez que voy en barco ¿sabes?

Llegaron a Argos tras varias horas de tranquila navegación costera, a media tarde, y una vez allí tomaron un vehículo terrestre hasta Epidauro. De camino por la vía que unía ambas poblaciones había varios monumentos dignos de admiración, pero sobre todo dos de ellos llamaron poderosamente la atención de las jóvenes: una pirámide decorada con bellos escudos argivos que había sido erigida siglos atrás como sepulcro a los soldados caídos en la batalla entre los reyes gemelos Preto y Acrisio; y la impresionante muralla en ruinas de la antigua ciudad de Tirinte, de la que se decía que había sido levantada por los cíclopes, ya que ni la más pequeña de las piedras que la componían podría ser siquiera movida un palmo por dos buenos mulos de carga.

A lo lejos se extendía la ciudad de Epidauro, pero no había necesidad de adentrarse en sus calles porque el santuario se encontraba al norte de la misma, en una zona boscosa llamada Lesa, a los pies de los montes Titio y Cinortio. El carro alquilado avanzó por el sendero que discurría por el bosque sagrado pasando por un estadio deportivo, dos templos dedicados a Afrodita y Temis, y una preciosa fuente, construcciones todas ellas que precedían y daban paso al enorme recinto medicinal. El santuario de Asclepios estaba dividido en distintos edificios perípteros, obras maestras del gran arquitecto Teódoto, y rodeado por un gran muro con una única puerta en su parte septentrional. Ante ella se alzaba una imponente estatua del dios menor Asclepios en oro y marfil policromado; la escultura representaba a un hombre maduro, barbado y sentado en un trono junto al perro que había cuidado de él en su infancia; además, en una de sus manos sostenía un bastón, mientras que la otra reposaba sobre la cabeza de una serpiente. A la derecha se levantaba un hermosísimo tholos de mármol blanco, una construcción circular decorada con pinturas del famoso pintor Pausias y repleto de estelas escritas en lengua doria con nombres de hombres y mujeres, supuestos pacientes curados en aquel sagrado lugar, detallando los respectivos males que cada uno había padecido, junto al remedio que había sido aplicado para su sanación; de entre

todas destacaba la de Hipólito, hijo de Teseo y la amazona Hipólita, que fue resucitado por el propio Asclepios tras morir aplastado por sus caballos. En medio de todo este arte también florecía el comercio, los tenderos vendían figurillas de dioses, abanicos y redecillas, brazos y piernas de arcilla para invocar el favor divino sobre el miembro afectado y tortas de diferentes tipos para ofrecer en los altares.

Una vez traspasada la entrada, el enorme teatro edificado por Policleto recibía al visitante, y las dos jóvenes lo observaron boquiabiertas, reconociendo que era el más lujoso que habían visto en sus vidas. Descendieron del carro y subieron por una enorme escalinata hacia una de las tres terrazas sobre la roca donde se extendía la residencia de las mujeres, seguidas por los sirvientes que portaban el equipaje de ambas. Una sacerdotisa salió a recibirlas, vestida de blanco de pies a cabeza, y les explicó cómo funcionaba el ritual curativo.

—El sanatorio ya fue avisado por mensajero de vuestra llegada. Los baños de Higia están a la derecha —dijo, señalando una puerta—. Después de asearos y descansar, debéis realizar las abluciones en los pozos del templo del edificio central y a continuación pagar los honorarios y hacer el sacrificio al dios. Después os practicarán el reconocimiento médico y posteriormente os conducirán a la sala de reposo.

Las dos sacerdotisas apolíneas hicieron lo indicado mientras los esclavos se ocupaban de trasladar los dos baúles que habían llevado consigo hasta la habitación asignada de las ciento sesenta que poseía el establecimiento. La piscina medicinal de los baños era un lugar magnífico, lleno de mosaicos y adornos que mostraban el bastón del dios, siempre con una o dos serpientes enroscadas alrededor del mismo, simbolizando el poder curativo del veneno cuando se suministraba en pequeñas dosis. A continuación se dirigieron a la construcción central, el edificio con los pozos para las abluciones en aguas sagradas, y pagaron a un sacerdote terapeuta la cantidad estipulada para curar una fuerte otitis y disminuir las heridas de unas quemaduras. También sacrificaron un pollo al dios, que después serviría de cena a los sacerdotes, al igual que el resto de los animales ofrendados; aunque no así a los pacientes, quienes deberían ayunar por las noches para recibir el sueño terapéutico en estado más puro.

Berenice y Aspasia pasaron a sendos cubículos adornados con imágenes del centauro Quirón, quien había enseñado al semidiós el arte de la medicina, para ser reconocidas por el sanador que a cada una había correspondido. El especialista otorrino revisó los oídos de la primera, no encontrando ni

supuración ni inflamación alguna, por lo que la joven tuvo que hacerle partícipe del engaño al que habían sometido a la pitia de Delfos para ser tratada de su mal del alma. Plutarco ya había avisado al médico que se iba a encargar de Aspasia de cuál era el padecimiento de la joven pitonisa y de la necesidad de salvarla, cualquiera que fuese el precio, de eso se encargaría posteriormente la Anficionía délfica.

—Me ha aplicado una pomada a base de miel de abejas reinas y me ha vuelto a vendar las palmas —gruñó Aspasia al salir de la consulta—. ¿Y tus oídos qué tal?

—Mucho mejor —mintió Berenice—. Mi físico me ha echado unas gotas de sangre de gallo blanco y me ha recomendado que duerma un par de días con tapones de cera impregnados en pomada.

—Tapones de cera, como Odiseo para no oír el canto de las sirenas —bromeó la pitia.

—Así es —rio la jovencita—. Y ahora vayamos a la cámara del sueño terapéutico para recibir la visita del dios y sus hijos e hijas.

Aspasia meneó la cabeza incrédula, pero decidió seguir la corriente a Berenice, quizás mediante la sugestión la jovencita encontrase alivio a su padecimiento. Pero a ella no iban a engatusarla con toda aquella actuación, ni mucho menos, no en vano algunos autores cómicos se reían de las experiencias vividas por los incautos pacientes del santuario en sus obras literarias; Aristófanes, en su comedia titulada *Pluto*, era uno de ellos.

—¡Menudo timo! —exclamó.

Berenice clavó sus ojos en la pitia y sacudió la cabeza.

—Ese es tu problema —dijo con firmeza—, nunca has entendido que ciencia y religión puedan ir unidas. Intenta tener fe por una vez, los dioses castigan a los incrédulos.

La amplia estancia era una sala repleta de lechos de hojas con colchas dispuestas en dos hileras, donde hombres y mujeres entraban cantando un himno al dios. La sacerdotisa encargada del silencio iba señalando la cama a ocupar por cada uno de los pacientes, asignando a los que habían sido operados una zona ligeramente apartada para que sus quejidos no enturbiasen el sosiego de los demás. Por el suelo de mosaico se arrastraban unas serpientes amarillentas, reptiles sin veneno pero dotados de grandes propiedades curativas en sus fluidos, a tenor de la explicación de la terapeuta cuando les ofreció un bebedizo calmante elaborado a base de setas alucinógenas antes de apagar todas las lámparas del gran dormitorio del sueño.

Pequeños quemadores de incienso emanaban un dulce aroma que flotaba por el aire, tanto para disimular el putrefacto olor que emanaban las heridas de algunos enfermos como para enmascarar las flatulencias de otros que se habían sobrepasado con la ingesta de agua sagrada, y que terminaba subiendo hacia el firmamento estrellado de aquella habitación carente de techo. Un profundo sopor embargó a ambas sacerdotisas antes de recibir la visita del dios y sus hijas Panacea e Iaso, quienes recorrieron uno a uno los lechos de los enfermos susurrándoles con voz misteriosa lo que cada uno debía hacer para su completa sanación, a través de un lenguaje enigmático similar al usado por Apolo cuando hablaba a través de las pitias. Asclepios rozó los oídos de Berenice y a continuación puso la mano sobre la frente de Aspasia, quien se removía bajo el cobertor sin encontrar descanso a pesar de la droga ingerida.

—Eres la pitia, una serpiente pitón, y necesitas veneno para sobrevivir — dijo suavemente antes de agarrar a uno de los animales para que con su lengua lamiese la frente de la joven.

Diez días permanecieron en el santuario llevando a cabo todas las actividades que se requerían para una completa recuperación, baños de agua sagrada, ingesta de sustancias medicinales, y visitas diarias al físico para relatarle las palabras emitidas por el dios durante el sueño terapéutico. El aspecto de Aspasia mejoró notablemente a pesar del ayuno nocturno, pero además recibió un regalo impagable a cambio del costosísimo precio de su estancia allí y del exvoto prometido una vez curase; un médico explicó a la joven pitia cómo extraer el veneno de diferentes tipos de serpiente y los síntomas que cada uno de ellos provocaban.

Aspasia abandonó el sanatorio satisfecha, al fin y al cabo la aburrida estancia en él iba a servirle de algo.



SEXTO AÑO:
LA PARADOJA DE ZENÓN



Entre antorchas brilla eminente entre las bacantes de Delfos, Dioniso, el amigo de los cortejos festivos.

Las nubes.
ARISTÓFANES. Siglo V a. C.

La despampanante belleza adquirida por Berenice en su decimotercer año de vida se comentaba en toda la ciudad. La buena alimentación y la práctica regular de deporte habían convertido a la sacerdotisa en una jovencita esbelta y por ello similar a las diosas. Los negros rizos le caían en cascada hasta la estrecha cintura, enmarcando un rostro de tersa piel ligeramente sonrosada en los altos pómulos, y sus labios eran semejantes a pétalos de amapola cubiertos de rocío. En ella la hermosura se hacía más encantadora al ir acompañada de una discreta modestia y una elegancia exquisita, y su mirada serena e inteligente de brillantes ojos negros, que un poeta compararía con el azabache, penetraba hasta lo más profundo de todo aquel sobre quien la posara.

Los muchachos de Delfos suspiraban al verla pasar en procesión e iban a visitar el templo de Apolo si le tocaba a ella el turno de día para avivar el fuego sagrado, las gradas del gimnasio se llenaban de mirones cuando acudía a realizar sus ejercicios y los rapsodas callejeros le regalaban versos apasionados. Pero a Berenice no le gustaban las adulaciones, solía ponerse colorada e indignada abandonaba la pista de carreras prometiéndose a sí misma cambiar el horario de ejercicios para no coincidir con tanto admirador. Como cuidadora de la llama no podía hacer demasiado, aunque se las apañaba para hacerse con los relevos nocturnos durante los cuales el santuario estaba cerrado.

Aquel día, hastiada y en litera, fue a refugiarse a la biblioteca, ya nunca frecuentada ni por amigos ni por conocidos. Aspasia continuaba enclaustrada y prefería estudiar en la morada pítica, Clea tampoco había sido nunca muy favorable a la reclusión entre libros a pesar de su gran inteligencia, Timarco había desaparecido del gimnasio y sus instalaciones desde su unión con

Orbilio, Eurídice se había vuelto invisible a raíz de su extraño matrimonio, y Anacarsis había partido hacia Atenas para completar su aprendizaje sobre la cultura helena, para alivio y alegría de Plutarco, quien se encontraba muy ocupado desde que había tenido noticia de que Adriano viajaría a Delfos en cuanto tuviese ocasión. Sobre él había caído toda la responsabilidad de la organización de los actos oficiales y demás asuntos relacionados con la visita, aunque todavía no tenía fecha concreta, como supervisar el trabajo de los escultores que se afanaban en tallar dos estatuas del emperador, ordenar la acuñación de monedas conmemorativas con el rostro del amo del mundo y recibir a un enviado imperial de Roma llamado Cayo Julio Prudens, bajo cuya organización se llevarían a cabo una serie de reformas en Delfos ordenadas por el emperador.

Le extrañó ver entrar al propio Plutarco en la biblioteca a aquellas horas. El filósofo tenía una amistad muy estrecha con el bibliotecario, ya que este mandaba copiar de inmediato todas las obras que escribía el gran autor de Queronea y las incorporaba a sus anaqueles para que, tanto delfios como extranjeros acreditados, pudiesen disfrutar de ellas nada más ser publicadas; así, solían verse en casa de uno u otro para tratar sobre asuntos literarios con tranquilidad. El filósofo intercambió unas cuantas palabras con el bibliotecario y le tendió un rollo, alejándose a continuación hacia la puerta para abandonar la sala. Berenice se puso de pie de un brinco, devolvió el libro que estaba leyendo y corrió para alcanzar al sacerdote, quien ya había salido del recinto del gimnasio e iba de camino hacia su casa.

—¡Maestro! —dijo, alcanzándole y situándose a la par que él.

—¿De dónde sales, Berenice?

—Estaba leyendo en la biblioteca, pero no me has visto.

—Ando muy atareado —explicó Plutarco—, solamente me he acercado aquí para devolver un libro que Anacarsis se había dejado en mi casa de Delfos.

—Ya se encuentra estudiando en Atenas, ¿no?

—Sí —asintió el filósofo como si se hubiese quitado un gran peso de encima—. Gracias a los dioses.

—Iba contigo a todas partes —rio la joven—. Debía de ser como tener una sombra humana.

—Al principio no me dejaba ni trabajar —reconoció el maestro—, todo lo preguntaba y nada entendía. Los pueblos bárbaros tienen una filosofía que no se parece a la helena en absoluto y se extrañan de nuestras costumbres, religión, prácticas deportivas y hasta de los manjares que comemos.

—Parece que trabó buena amistad con Eurídice y Poliano —dijo la joven con cautela—, un día les vi a los tres juntos paseando.

—Así es —asintió Plutarco—, incluso me pidió permiso para quedarse en mi casa de Delfos para asistir a la boda de ambos mientras yo estaba en Queronea, cosa que acepté de inmediato para librarme de él unos días.

Berenice alzó las cejas asombrada y se decidió a hacer la pregunta.

—Maestro, ¿no te parece extraño que ninguno de los componentes del ministerio sacerdotal estuviésemos invitados a las nupcias?

—Me lo parece, Berenice —confirmó el filósofo—. Lo he pensado más de una vez y no consigo saber por qué. ¿Quizás no os llevabais bien con ellos?

La sacerdotisa meneó la cabeza.

—No es eso, yo siempre he mantenido un trato cordial con ambos, no creo que tengan queja alguna de mí. ¿Puedo ser sincera contigo, maestro?

Plutarco se detuvo antes de alcanzar su casa situada en la zona este de la ciudad y dispuesto a escuchar atentamente lo que la jovencita fuera a decirle.

—Creo... creo que los tres son cristianos —dijo Berenice, clavando en él sus profundos ojos.

El anciano filósofo enmudeció, pareció tambalearse y buscó apoyo en los sólidos bloques del muro de una vivienda. Abrió la boca para decir algo, pero no le fue posible, y su rápido cerebro comenzó a recibir información de vivencias pasadas junto al joven huésped, momentos y comportamientos suyos que le habían resultado extraños, pero que había achacado únicamente a su calidad de extranjero. Miró a Berenice de arriba abajo, percatándose por primera vez de cuánto había crecido la que hasta ayer había considerado una niña. Su pupila ya era una mujer, casi tan alta como él, hermosa e inteligente, una sacerdotisa astuta y observadora que quizás pronto se convirtiese en una gran pitia y asesorase al orbe entero con sus consejos. Estaba orgulloso de ella.

—Imagino que, dentro de poco, Poliano solicitará abandonar el servicio en el templo alegando cualquier excusa —continuó impasible.

—Ya lo ha hecho —confirmó Plutarco, dándose cuenta de repente de muchas cosas.

—Esto ya no puede detenerse... ¿verdad? —dijo Berenice con tristeza—. Nuestro mundo se derrumba lentamente y solo podemos quedarnos mirando su destrucción.

—Yo ya soy muy viejo, hija mía —reconoció el maestro—, voy a cumplir ochenta años y mi salud se ha deteriorado mucho últimamente, como es ley

de vida. Prefiero pensar que eso no va a ocurrir y así poder morir tranquilo cuando llegue mi momento.

Berenice se estremeció al escuchar a Plutarco llamarla hija, y a punto estuvo de preguntar al anciano que tenía ante ella si realmente era su padre, si era cierto que catorce años atrás había intervenido en una festividad dionisiaca, si había encontrado a una mujer llamada Aganice en ella o si ya se conocían previamente, si de haber participado en los rituales de acoplamiento sagrado había sido consciente de la posibilidad de engendrar descendencia, si Pitia había comentado alguna vez el asunto con él y, finalmente, si se avergonzaba del resultado de todo aquello. Todas aquellas preguntas constituían un interrogatorio tan exhaustivo que no sabía ni cómo empezar ni cuál sería el momento y lugar más apropiado para hacerlo, pero seguramente ese no lo fuera. Así que, en vez de iniciarlo, Berenice se resignó a continuar con sus múltiples dudas y sonrió a su maestro, quien parecía muy afectado por el descubrimiento de haber tenido alojado en su casa a un posible neófito de la abominable secta cristiana, y porque dos de los miembros del colegio sacerdotal apolíneo délfico también hubiesen pertenecido a la misma. Además, Plutarco cada vez parecía más enfermo, y se sentía cansado por los muchos trabajos que tenía que llevar a cabo con el romano Cayo Julio Prudens para preparar el recibimiento del emperador Adriano.

La joven, en vez de comenzar la difícil conversación pendiente, agarró del brazo a su maestro y le acompañó hasta la puerta de su casa, seguidos ambos por el fornido esclavo eunuco que últimamente escoltaba a Berenice cada vez que abandonaba la morada pítica. Las confesiones entre ambos podían esperar.

El encantador de serpientes tebano entró retraído en la habitación de la famosa pitia de Delfos. Había sido conducido hasta la vivienda sagrada por dos guardias armados con lanzas y, una vez allí, había esperado lo indecible hasta que las esclavas le comunicaron que la gran pitonisa quería hacerle unas preguntas. El egipcio era un humilde feriante, un artista ambulante que recorría los mercados de la península griega y sus islas intentando ganar unas cuantas monedas con las que subsistir. Ni siquiera le habían permitido coger su cesto y su flauta fabricada con calabaza, y había tenido que abandonar sus pertenencias en el mercado donde solía realizar su actuación, frente a la siempre abarrotada entrada principal de la Vía Sacra, con lo que dedujo acertadamente que a su regreso no estarían allí. De todas formas no había

podido ni rechistar, la mujer más importante no solamente de la ciudad, sino de todo el Imperio en cuanto a religión se trataba, requería sus servicios; aquello no permitía demora alguna. De camino a la morada pítica el hombre elucubraba aterrorizado sobre qué podría querer de él tamaño personaje. Permaneció de pie ante ella con la cabeza humillada, tal y como le habían aconsejado, esperando a que fuese la pitia quien dijese la primera palabra.

Aspasia levantó la vista de los documentos que repasaba por enésima vez, relativos a la información política que los *theopropoi* de la última sesión oracular habían revelado, y tras analizar la figura que tenía ante ella carraspeó para aclararse la garganta e ir directamente al meollo del asunto.

—Necesito veneno de serpiente —dijo—, ¿cuáles puedes conseguirme?

El tebano levantó la mirada del suelo y con ojos desorbitados contempló a la escuálida joven que tenía ante sí, quedando algo desencantado de que aquella mujer de aspecto frágil fuese la gran pitia.

—Sé que los de tu profesión sois expertos en extraer las glándulas de vuestros animales antes de actuar con ellos, de otra forma no quedaríais ni uno vivo —continuó, sin dejar que el hombre respondiera.

El encantador abrió la boca, pero no tuvo oportunidad de decir nada.

—Así que presumo que sabréis manipularlas y ordeñar el veneno de sus colmillos —finalizó—. Me aseguraron que los más dotados para esto sois los egipcios y los indios, y que vuestro don natural se hereda de padres a hijos, ya que pocos pueden dominar a estos mortíferos animales.

—Lo que me pides es muy peligroso, señora —murmuró el interrogado en cuanto pudo—. Algunos son muy potentes, paralizantes, mortales en apenas unos instantes tras la mordedura... especialmente el de víbora, cobra y, sobre todo, el de mamba negra.

—También el jugo de cicuta lo es si se ingiere, pero resulta una buena medicina en cataplasmas y pomadas. En un sanatorio me aconsejaron utilizar la copa de Higía, hija de Asclepio, que contiene veneno de serpiente capaz tanto de restaurar la salud perdida como de alterarla, y que es muy usada por médicos y físicos desde tiempos remotos. Pero comprendo tus reticencias y el motivo real por el que me las cuentas, así que te aseguro que serás bien recompensado.

—Yo no sé nada de medicinas ni fármacos, señora, excepto de los que se usan como contraveneno para las mordeduras de reptiles —aseguró el hombre, comenzando a sentirse satisfecho por la marcha del negocio.

—Por eso únicamente te pido la sustancia, tebano, principalmente la de cobra —dijo Aspasia con fría sonrisa—. Más bien pareces de la Tebas griega

que de la egipcia con tantos escrúpulos... no deseo consejos, lo único que quiero es que la sustraigas con cuidado para que sea lo más pura posible.

—Así será —aceptó el mago.

—No te demores y empieza hoy mismo, cuanto antes los tenga mayor será tu gratificación.

El hombre esbozó una reverencia asegurando que le suministraría lo que necesitara y prestamente, sobre todo a cambio de los dracmas que la gran profetisa le había prometido, y salió de la vivienda sagrada dando gracias a la deidad egipcia Ast-Isis, creadora de serpientes y diosa Madre, por haberle proporcionado ese lucrativo negocio.

El egipcio volvió a los pocos días portando una caja con frasquitos de vidrio sellados y tatuados con inscripciones del contenido de los mismos, y los entregó a la pitia acompañados de unas cuantas recomendaciones y prevenciones de las que Aspasia no hizo el mínimo caso. Ella ya tenía el material que requería a la par que abundantes libros médicos que explicaban su funcionamiento, así que ordenó al encantador de ofidios que se largase cuanto antes y se llevase consigo sus peroratas y el saco de monedas que le arrojó.

Aspasia deseaba experimentar con uno de los principales y más graves efectos del veneno de serpiente sobre el cerebro humano y que no consistía ni mucho menos en aumentar sus capacidades, sino en disminuirlas gradualmente a través de la toxicidad que representaba esta sustancia para los átomos de la mente. Había leído recientemente un curioso tratado de carácter semimágico que explicaba cómo alterar la conducta de las personas, la forma de inducir a un ser humano a la demencia a través de una fórmula entre cuyos complejos componentes se incluían apenas unas gotas de la sustancia extraída de los colmillos de las cobras. Poseía la pericia necesaria para crear ponzoñas de este tipo, llevaba años experimentando consigo misma y creando drogas e inciensos de propiedades estimulantes, analgésicas y anestésicas para ingerirlas según las necesidades de cada momento. Esto era algo más complicado, pero no por ello imposible, para Aspasia nada lo era y ninguna ciencia escapaba a su comprensión.

Pensó sonriente que de haber seguido viva la vieja Pitia la hubiese reconocido como única y digna sucesora, ¡qué orgullosa estaría de ella! Pero lamentablemente se veía obligada a compartir su puesto con Helena, esa mujer rústica y enemiga de la razón, a la que la Diosa había concedido injustamente una virtud fascinante de la que ella carecía. La posibilidad de escuchar la propia voz de la deidad asesorándola, de sentir la reconfortante

presencia divina junto a ella y la inmensa suerte de poseer una mente dotada de clarividencia, eran dones que Aspasia había anhelado desde la infancia, pero que nunca había adquirido ni a través de los más potentes fármacos. En un principio se había resistido a reconocer el inmenso poder de Helena, pero ya no dudaba en absoluto de ello. No le había pasado desapercibido el hecho de que incluso era capaz de mover objetos de poco peso con la mente, sin la intervención de ningún medio físico, a pesar de haber fingido con Berenice no haberse dado cuenta de tal prodigio el día de la gran disputa con su rival durante la cena, aquella noche en la que incluso había sido zarandeada por ella de forma humillante. Pero claro que había visto perfectamente cómo la copa con vino se deslizaba sutilmente sobre la mesa para acabar cayendo al suelo y rompiéndose en mil pedazos. Después había repasado mentalmente, asistida por su prodigiosa memoria, la primera vez que contempló tal fenómeno; había sido el día en que Pitia se había enfrentado a Helena proponiéndole la prueba oracular a causa de la poca confianza que tenía en sus virtudes proféticas. ¿Cómo les habían pasado desapercibidas a todas las enormes capacidades de Helena? Tanto ella como Berenice habían presupuesto que había sido el alma enfurecida de la gran Pitia la que había provocado el desplazamiento del cáliz, pero obviamente la anciana sabía que eso no era así y se había cuidado mucho de manifestarlo, limitándose a advertir enfurecida a Helena de que allí mandaba todavía ella. ¿Y por qué Pitia no les había advertido a las dos jóvenes de las fabulosas cualidades de su compañera de sacerdocio? Quizás para no provocar en ambas un sentimiento de inferioridad, o probablemente solo en ella, ya que seguramente también Berenice poseía algún talento divino que iría incrementando con el paso de los años. Únicamente ella carecía de tales peculiaridades, solamente existía lógica en su mente, pero no iluminación sagrada. Los dioses, qué canallas, no querían saber nada de ella.

Tenía que hacer algo y pronto para terminar con esa injusta situación, no podía tener competidores y cualquiera que intentase rivalizar con ella debía ser indefectiblemente eliminado. Había planeado que si no podía incrementar más su capacidad mental, reduciría la de su oponente; era la única solución que le quedaba. Mediante *opós mekonos* —el opio que ya el reputado médico Diágoras había advertido que hacía perder la inteligencia incluso en dosis moderadas—, y veneno de cobra, ella misma se convertiría en un peligroso escorpión para acabar con sus enemigos, como siempre aconsejaba Pitia.

Aspasia sonrió, de todas formas no era esta la primera vez que vencía a sus rivales, ni sería la última.

Berenice deseaba intensamente repetir la experiencia, comprobar si aquella extrema clarividencia volvería a ella con la misma fuerza que la vez anterior. En sus turnos de guardia en el templo sentía diariamente la tentación de subir al trípode, de mascar hojas de laurel y de respirar el neuma sagrado, o quizás simplemente el gas subterráneo de la fisura, como aseguraba Aspasia. Otras veces tenía verdadero miedo, temía que las deidades se enfureciesen por su atrevido comportamiento, ya que ella no era pitia y Apolo o Gaia podrían castigarla duramente por la usurpación de un puesto que todavía no le correspondía. Aquel día, tras avivar el fuego sagrado con ramas, se percató de que la cicatriz de la tierra exhalaba mucho más vapor que de costumbre y pensó esperanzada que aquello podía ser una señal, una contraseña sagrada de los ambiguos dioses. Se acercó lentamente a la estatua de Apolo en el interior del templo, más pequeña que la áurea y colosal del exterior situada frente a la entrada principal, pero más hermosa incluso, y sobre todo, mucho más cercana. Había sido tallada en modesto mármol y era de tamaño real, mostrando las perfectas proporciones de un hombre joven y hermoso, y estaba tan sumamente bien ejecutada por la maestría del escultor Pausanias de Apolonia, que no pudo dejar de contemplarla embobada largo rato. Berenice pronunció lentamente la salutación *Ei* precediendo a una breve plegaria lanzada hacia la marmórea y serena faz, una tímida petición de permiso esperando algún tipo de reacción divina: terrible enojo, ligero disgusto, tácita aceptación o autorización explícita. El rostro inclinado del dios sonreía levemente, como si nada le escandalizase que Berenice realizase de nuevo la prueba si lo deseaba fervientemente, confirmándolo por el hecho de que con el dedo índice de su mano diestra señalaba hacia la celda, invitándola mediante esa postura a sentarse nuevamente sobre la grieta.

—¿Entonces me das tu permiso, Apolo? —preguntó la joven en voz alta.

La deidad continuó mostrando el aspecto relajado de siempre, inmóvil en su pétrea hechura, por lo que la sacerdotisa, armándose de valor, se encaminó hacia el altar y oró.

—Con esta oración honro en primer lugar a Gaia, después a su hija Temis, a continuación a la titánica Febe, y por último a Apolo, y ruego a este que me conceda el arte profético.

A continuación descendió a la cripta por segunda vez en su vida. Primero bebió del agua sacra que llegaba por el canal subterráneo, después masticó hojas de la propia ninfa Dafne metamorfoseada en laurel, y por último se subió al trípode para comenzar a respirar el potente vaho que en esa ocasión

salía a borbotones. No hacía falta nada más, previamente no se había purificado en la fuente Castalia, ni era un séptimo día de mes oracular, y tampoco había arrojado al fuego beleño y láudano para potenciar la clarividencia. Berenice sabía que eso le daría igual al dios, Apolo estaba allí, en su templo, y él mismo había permitido complaciente la oportunidad.

Tras las ligeras convulsiones y el trance inicial, volvió a distinguirse a sí misma en medio de la bruma de aquella cortina de gas, y poco a poco su mente fue elevándose hasta traspasar el óculo del techo. Estaba suspendida en el vacío, flotando en la nada, sumergida en un estado de relajación inmenso hasta que la borrosa imagen del semblante materno fue dibujándose ante ella. El alma de Berenice se alegró de la aparición de su madre, de volver a verla, pero algo había cambiado, y se estremeció al comprobar que esta vez la mujer no estaba acompañada por una tríada de dioses, como en la ocasión anterior, sino por la mismísima Clea. Aganice sostenía la mano de la sacerdotisa dionisiaca, le limpiaba el sudor de la frente, le sustraía unos paños ensangrentados de entre los muslos y le daba a beber pequeños sorbos de agua de una escudilla de madera. A continuación, ambas emergieron de la oscuridad de la noche en un lugar montañoso que rápidamente reconoció, y comenzaron a bailar, a danzar frenéticamente rodeadas de faunos y sacerdotisas enloquecidas por el vino. Los rostros de ambas comenzaron a cubrirse de sangre mientras arrancaban con sus dientes trozos de carne cruda. La terrible escena se esfumó repentinamente para dar paso a otra todavía más incomprensible en la que aparecía Aspasia, luego Helena, después de nuevo Aspasia, otra vez Helena, y así sucesivamente en una metamorfosis infinita y delirante que solo acabó cuando el espíritu de Berenice se acopló bruscamente en el cuerpo que previamente había abandonado. Temblando de pánico, saltó del trípode en cuanto se hubo recuperado un poco, y se tambaleó hasta el altar donde todavía crepitaba un buen fuego, por lo que inmediatamente dedujo que no había permanecido tan largo rato en el *ádyton* como en su primer intento. Al parecer, su traslación se volvía más rápida, necesitaba de menos tiempo para contemplar más cosas, y eso constituía un indudable avance en su poder. Lo que tardaría en dominar, reflexionó serenándose, sería la forma de interpretar las complejas visiones que sufría, pues no era capaz de saber siquiera si pertenecían al pasado, al presente o al futuro, ni en qué lugar y orden se desarrollaban. Era menester descubrirlo y no iba a tardar en hacerlo. Clea tenía el segundo relevo de vigilancia nocturna en el templo y Berenice esperó pacientemente hasta que la tíade apareció puntualmente por la puerta que comunicaba el recinto sagrado con la morada pítica. Se sonrieron

mutuamente como saludo y Clea avanzó hasta el altar con la elegante flexibilidad de la que hacía gala para moverse.

—Ya puedes irte a descansar —dijo.

—Hoy no tengo sueño —mintió la sacerdotisa apolínea—, prefiero quedarme aquí un rato, charlando contigo, si no te importa.

—Como quieras —aceptó la tíade, sentándose en el duro suelo junto a Berenice.

—Vuelves a estar muy hermosa, amiga mía, se te ve totalmente recuperada de tu enfermedad y doy gracias a los dioses por ello —dijo la más joven para romper el hielo.

—Te lo agradezco, Berenice, creo que la actual paz de mi espíritu debe de verse reflejada en mi rostro, pues ahora soy mucho más feliz que antes... mucho más.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó la jovencita, acariciando el hombro de su compañera—. ¿Te conté que mi madre me dijo que te conocía?

El taimado y engañoso sondeo lanzado por Berenice sorprendió a la bella Clea. La jovencita supuso tras la visión, que ambas se habían encontrado en el pasado, al menos en un par de ocasiones y viviendo experiencias donde la sangre parecía unir las de forma íntima. No le costaba nada tantear para sonsacar información; si algo descubriría conversando con Clea sería bienvenido, pero si no lograba llegar a conclusiones tras ello, tampoco importaba y seguiría intentándolo.

—¿Tu madre? —preguntó extrañada la hermosa mujer arrugando el ceño.

—Se llama Aganice.

La tíade abrió la boca asombrada y titubeó antes de responder, dándose cuenta de que el parecido físico que había vislumbrado entre la abortera y Berenice no era mera coincidencia.

—Ah, sí —asintió finalmente—, estuve con ella en Cirra cuando tuve que ir para resolver unos negocios..., pero no sabía que fuese tu madre.

Los ojos de Berenice brillaron con intensidad. ¡Cirra! Por eso le había parecido conocer el templo que había visitado en la ciudad portuaria con Aspasia antes de su viaje al sanatorio de Asclepio. La edificación era la de la imagen que había visualizado durante su primera experiencia en el *ádyton*, en la que la tríada de dioses, a cuya advocación se había erigido el sagrado santuario en Cirra, salían del mismo y rodeaban a su madre. ¿Cómo había podido ser tan necia de no haberlo reconocido cuando estuvo en él?

—Sí, allí vive desde hace algún tiempo —afirmó engañosamente, continuando con su tanteo—. Además, ella también fue sirvienta dionisiaca

hace años, cuando todavía yo no había nacido, quizás sea eso lo que propició vuestra amistad.

—Bueno, sí, eso y otros asuntos —aseguró Clea con discreción.

La tíade comenzó a sentir desagrado, debía ser cauta para evitar que se descubriese tanto su aborto como que el asesinato de Calixto había sido planeado y perpetrado por ambas. Aganice había aceptado de buen grado la suma que Clea le había ofrecido por su colaboración y su silencio, y se había establecido un pacto de plena confianza entre ellas gracias al secreto favor que la sabia mujer le había hecho ayudándola en ambos asuntos, pero lo extraño era que nunca le hubiese comentado ser la progenitora de Berenice, a pesar de saber sobradamente que su hija servía en el mismo templo que ella.

—Tu madre es una mujer notable —respondió la bella Clea, jugueteando con un mechón de sus ondulados cabellos rojos—, todos en Cirra la conocen y respetan.

—Hace meses que no voy a visitarla —continuó mintiendo Berenice con la finalidad de transmitir a la tíade la idea de que existía entre madre e hija una relación frecuente—, supongo que no se ha mudado, o por lo menos no me ha enviado mensaje avisándome... me gustaría darle una sorpresa cualquier día de estos.

—Seguro que le hace mucha ilusión —dijo Clea, dando por finalizada la conversación y levantándose para echar más leña al fuego.

La sacerdotisa de Apolo comprendió que su posibilidad de continuar con las pesquisas había finalizado, pero ya tenía datos suficientes: Aganice residía en la ciudad de Cirra, donde todo el mundo la conocía, por lo que cualquiera podría indicarle sin mayor problema la casa en la que moraba.

Ya iba comprendiendo cómo funcionaba el oráculo, y en adelante tendría que ser más avispada para entender los mensajes que Apolo, o Gaia, concedía a la mente humana. Las emanaciones eran confusas en cuanto a temporalidad, pero rigurosas en información. Clea y su madre habían estado juntas en el pasado y había un vínculo real entre ellas, eso lo acababa de comprobar satisfactoriamente. Ahora le restaba desvelar cuál sería el que se había establecido, o iba a establecerse, entre Helena y Aspasia; y no se trataba de la lógica relación entre ellas por ser ambas pitias y compartir trípode, ni de sus constantes disputas por la exclusividad del puesto; el oráculo no era tan básico como para revelar asuntos que cualquiera sabía. Apolo era un informador veraz, pero también enigmático, y hablaba solamente para aquellos que pudiesen comprender correctamente dándole la vuelta al sentido de la revelación. Pero usualmente los seres humanos, en su inmensa soberbia,

solamente oían lo que querían oír, presuponían que las palabras que adulaban sus oídos eran veraces, y falsas las que los ofendían en su amor propio, como le había ocurrido antaño al rey Creso de Lidia. Por eso la sinceridad arruinaba la amistad y el amor entre las personas; la práctica de esta virtud resultaba incluso peligrosa y no siempre era aconsejable confesar la verdad, solamente había que intentar buscarla en los enrevesados entresijos de lo oculto para disfrute particular, por el único placer de saber, de conocer, de despejar incógnitas y de desvelar enigmas.

Algo tenía bastante claro Berenice después de aquella noche; si en realidad las omofágicas tíades habían matado y devorado al incauto Calixto, tal y como se rumoreó en su momento en los mentideros de Delfos, había sido con la colaboración de su propia madre. Y el solo pensamiento de tamaña acción todavía era capaz de horrorizar a una joven que llevaba años entrenándose para no sentir.

Helena comenzó a mutar tanto física como mentalmente. Alrededor de sus ojos aparecieron grandes bolsas, tanto en los párpados superiores como en los inferiores, sus caminares se tornaron renqueantes y se hizo patente una visible pérdida de cabello. La mitad del día se dedicaba a dormir, se aseaba menos de lo habitual y sus vaticinios empezaron a ser poco fiables, tanto para los consultantes como para el propio Plutarco, quien asistía a las sesiones oraculares de principio a fin. El anciano sacerdote escuchaba pasmado cómo la pitia repetía sus oráculos a menudo, respondiendo lo mismo al que quería saber de préstamos como a quien deseaba investigar sobre tesoros ocultos o al que dudaba sobre el casamiento de su hija con tal o cual pretendiente. Las contestaciones eran a veces tan incongruentes que no tenían explicación alguna, y los que deseaban asesoría sobre asuntos privados salían del templo con la sensación de haber desperdiciado el tiempo y tirado el dinero. Tampoco era aconsejable dejarla al cuidado de la llama sagrada, porque en más de una ocasión su relevo la encontraba adormecida y con la llama del altar medio consumida o, por el contrario, echando alocadamente ramas al fuego hasta convertir el recipiente del altar en una alta pira que ponía en peligro la integridad del templo.

—Quería hablarlo con vosotras —dijo el anciano Plutarco apesadumbrado—, en realidad sois las que mejor la conocéis.

—Yo no voy a opinar —graznó Aspasia con un mohín de repulsa—, sabéis que nunca me he llevado bien con ella y no quiero que parezca que

aprovecho la circunstancia para criticar su conducta actual y recordaros que yo tenía razón desde el principio.

—Bueno, ya lo acabas de hacer —cortó Clea, enarcando las cejas—. Considero, maestro, que debemos retirarla de sus turnos de vigilancia en el templo y volver a contar con la asistencia de las dos tíades que nos ayudaron cuando Aspasia y Berenice marcharon a Epidauro, o bien seleccionar a más sacerdotisas apolíneas de entre las mujeres de Delfos.

—Eso último es muy complicado, querida —confesó el filósofo arrugando la frente—, no creas que no me he preocupado en recorrer toda la ciudad en busca de candidatas, pero no he encontrado a la adecuada. Además, Aspasia y Berenice son jóvenes, y la continuidad del puesto no corre riesgos. ¿Y tú qué dices, Berenice? Estás muy callada.

La joven abandonó sus pensamientos al escuchar su nombre y meneó la cabeza con preocupación.

—No sé qué ha podido pasarle a Helena —dijo mirando a todos—. La demencia ha llegado a ella muy deprisa y se refleja exteriormente de forma demasiado evidente.

—Existen tumores que tienen estos efectos sobre las facultades mentales —contestó Plutarco—, un médico del sanatorio amigo mío me contó que a veces se hacen trepanaciones para extraerlos y limpiar de esa forma la zona afectada... es una práctica muy común en Egipto y que ha dado excelentes resultados en algunas ocasiones.

—¿Y en otras? —se interesó Berenice, asustada.

El sacerdote alzó los hombros en muda respuesta.

—Ya imagino —murmuró la joven.

—Lo importante es tenerla vigilada —dijo Clea con prudencia—, podría provocar un incendio en su habitación con el brasero y acabar quemando toda la casa. Las sirvientas deben estar siempre pendientes de ella, de día y de noche... y la verdad, lo mejor sería quitar los objetos de su dormitorio que puedan traernos problemas.

—Exacto —asintió Plutarco—. Fuera braseros, atizadores, espejos o cualquier utensilio peligroso, recordad que Aspasia duerme en el cuarto contiguo y Helena puede ponerse agresiva y atacarla.

—Parece como si estuviera envenenándose —dijo Berenice, razonando en voz alta.

—No lo veo lógico —saltó Clea—. Come y bebe lo mismo que nosotras. Pero quizás tenga una grave enfermedad, porque el día de... de la pelea entre ambas pitias, cuando la saqué del comedor y la llevé conmigo al templo, tuve

que asistirle por estar sufriendo convulsiones en el corazón. Aunque cuando aquello ocurrió, Helena se encontraba perfectamente, así que no sé si puede tener alguna relación con su actual estado.

—Recuerdo haber leído algo sobre la intoxicación plúmbica en obras de Plinio e Hipócrates —continuó Berenice tras haber analizado el comentario de la tíade—. Parece que los plomeros que fabrican tuberías y ollas pueden sufrir enajenación por los vapores que emite el plomo, y también convulsiones y cambios en el tono de la piel.

—Para eso hace falta una exposición prolongada y una continua manipulación del metal —explicó Plutarco—, por lo que en este caso no es aplicable.

—No me refiero a que Helena esté siendo afectada por causa del plomo concretamente, sino a que existen venenos cuyo efecto no es fulminante como el de la cicuta, sino gradual y muy visible en los rasgos físicos.

—Yo más bien opino como tú, maestro —dijo Aspasia—, que se trate de algún tumor maligno que la esté deteriorando velozmente. Acuérdate de la plétora de enfermos de este tipo que vimos en el sanatorio, Berenice, algunos con bultos externos que necesitaban ser extirpados de inmediato y otros internos, no visibles pero palpables. El problema es que el cerebro se halle recubierto por el duro cráneo y sus abultamientos no sean susceptibles de ser descubiertos si no se abre.

—Puede ser —aceptó la aludida—, pero no creo que haya que ser tan radical, lo que planteáis es muy arriesgado.

—De momento tomaremos medidas preventivas —anunció Plutarco—, retirémosla momentáneamente de su cargo. Avisaré a la Anficionía de su enfermedad y veremos si con ayuda de los dioses se va recuperando.

Aspasia sonrió levemente y Berenice la observó con discreción.

—¿Te ves capaz de continuar sola con el oráculo, Aspasia? —preguntó el filósofo a la joven pitia.

—Claro que sí —confirmó la aludida con dignidad—. La antigua pitia, que los dioses del inframundo la tengan junto a ellos, realizaba la labor profética en solitario y yo me siento completamente capacitada para igualarla... y en realidad solamente son nueve días al año, no creo que me suponga un esfuerzo excesivo.

—Mucho me alegra oírlo —reconoció el anciano, satisfecho—. No sabes el peso que me quitas de encima. Mañana mismo enviaré mensajes a las dos sacerdotisas dionisiacas que nos ayudaron con el fuego para que vuelvan a la vivienda sagrada, si les es posible hacerlo.

—¿Qué tal está Eurídice, maestro? —preguntó Clea, acordándose de su antigua compañera.

Plutarco lanzó una breve mirada a Berenice antes de responder.

—Se halla encinta —informó—. Así que no creo que vayamos a volver a verla en mucho tiempo.

—¿Y Poliano? —volvió a interesarse la tíade.

—Ahora trabaja como pedagogo para algunas familias de Delfos.

Berenice, que había leído ya docenas de tratados sobre los cristianos, tardó poco en entender cuál era la nueva profesión del antes sacerdote apolíneo. Debía haberse convertido en uno de esos maestros que hablaban para los recién convertidos, despejando sus dudas e incluso casando a los integrantes de la secta mediante los extraños rituales secretos aconsejados por la doctrina del judío. En su última cena, el mago Cristo había repartido pan y vino entre sus discípulos, asegurando que eran su cuerpo y su sangre y que en adelante sus seguidores estarían obligados a repetir tal ritual por los siglos de los siglos. Al parecer, pensó sonriendo, las sacerdotisas dionisiacas no eran las únicas en engullir a su dios en las celebraciones. Los cristianos también lo hacían, y mucho más a menudo.

—Ahora que estamos reunidos —anunció, cambiando de tema—, voy a aprovechar para solicitaros que me deis permiso para ausentarme un par de días de Delfos, o quizás solamente uno.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Aspasia.

—A Cirra.

Clea comprendió de inmediato el motivo del viaje de la joven, y Aspasia lo supuso, no así Plutarco, quien se sorprendió sobremanera por el anuncio y preguntó a Berenice cuál era la causa del desplazamiento.

—Deseo visitar a unos familiares —explicó Berenice sin comprometerse—. Naturalmente esperaría a que las dos nuevas mantenedoras del fuego estuviesen instaladas aquí y cumpliendo la función correctamente, si no sería imposible que entre dos cargaseis con mis turnos de vigilancia.

El sacerdote aceptó, añadiendo que no veía problema alguno en que la sacerdotisa abandonase el templo por tan breve espacio de tiempo, con la aquiescencia de la pitia.

Berenice lo agradeció a ambos, pero por otra parte empezó a ponerse nerviosa, había imaginado cientos de veces y durante años el encuentro con su madre, y por fin iba a hacerse realidad.

Un carro propiedad del templo condujo cómodamente a Berenice hasta Cirra a media mañana. El cielo estaba nublado y el mar apareció grisáceo ante sus ojos, como si el paisaje fuese una antigua pintura oscurecida y ahumada por el paso del tiempo. La joven no esperaba que aquel fuese un día alegre y soleado en ningún sentido, pero deseaba con todas sus fuerzas que no acabara amenazando tormenta, o por lo menos no lo había planeado así. Durante las dos últimas semanas había reflexionado, en todo momento y más intensamente que nunca, qué iba a decir a una mujer a la que no había visto en seis años, a una madre que no se había dignado visitarla en todo ese tiempo, que la había abandonado y engañado, de la que había descubierto que estaba envuelta en extrañas prácticas y con la que probablemente ya no tenía nada que ver.

Nada más llegar al ágora de la ciudad portuaria, Berenice preguntó a un magistrado del orden sobre la dirección de Aganice, mientras el conductor del vehículo lo aparcaba en una casa de postas donde alimentarían y darían de beber a las mulas mientras el cochero descansaba, ya que la joven había prohibido al dubitativo sirviente que la acompañara a donde ella tenía que ir. El magistrado le indicó el camino hacia la casa tomando como referencia el templo de la diosa Leto y sus divinos mellizos, dato que Berenice ya conocía a través del propio hálito de Apolo, y le advirtió de que posiblemente Aganice no podría atenderla aquel día, dada la creciente fama que aquella sabia había alcanzado en Cirra, Itea y el resto de ciudades circundantes.

La vivienda de la mujer ya no era una casa humilde, como cuando Clea había ido a visitarla; en ese momento mostraba una inusitada apariencia y únicamente conservaba de su estructura de antaño un depósito de aguas pluviales. La construcción se hallaba recién restaurada y adornada con columnas policromas de capiteles dorados y otros elementos decorativos que demostraban la riqueza de su dueña, a la vez que su dudoso gusto estético. Un hombre que rondaba la treintena estaba ante la puerta, anotando en una tablilla los nombres de la pareja que esperaba ser recibida y citándolos para dos días más tarde, mientras que una muchacha acompañada por esclavas abandonaba el lugar tras haber sido conminada a regresar a la jornada siguiente.

Berenice esperó pacientemente a que todos se alejasen y se situó frente al supuesto portero.

—¿Cuál es tu nombre, señora, y qué quieres? —preguntó este sin mirarla.

—Mi nombre es Berenice, Filemón —respondió la bella joven con su hermosa voz.

El hombre, que se disponía a anotar la cita con el cálamo, levantó la vista repentinamente y estudió a la mujer que tenía ante él. Tomó aire sonoramente y, tras humedecerse los labios, murmuró unas palabras de excusa y se metió en el interior de la casa. Durante unos instantes Berenice temió no ser recibida, pero finalmente su hermano volvió a salir y le dijo secamente que le acompañara. El interior de la morada resultaba tan estridente como la parte externa; cientos de velas alumbraban misteriosamente el patio cerrado y sin rastro de luz solar, y los bustos de gorgonas, lamias y empusas dotaban de un ambiente todavía más macabro el lugar. La joven siguió a su cicerone hasta una sala oscura, con un trono de alto respaldo y en cuyo asiento descansaba una mujer que parecía petrificada. Berenice la contempló con asombro y recordó con nitidez su primera aparición en la casa sagrada, el día que su madre la había plantado para siempre ante Pitia. Todo aquello era una burda caricatura de la vivienda pítica, y Berenice recorrió con despreciativa mirada el disfraz que Aganice usaba para impresionar a sus clientes, similar al que los actores teatrales vestían cuando querían representar a una bruja maligna.

—Así que te has convertido en una embaucadora, madre —saludó fríamente Berenice.

La extraña mujer, de rostro tan pálido como la cera, abrió los rojísimos labios pintados de carmín para responder, pero no fue capaz de emitir sonido alguno de su garganta antes de que Berenice pronunciase la siguiente frase.

—No puedo creerlo... ¿qué pantomima es esta?

—Vete, Filemón —ordenó Aganice a su hijo, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Una vez solas, Berenice se aproximó al sitial de su madre y tomó asiento frente a ella, en la silla que supuestamente utilizarían los solicitantes de distintos remedios para hablar con la poderosa maga que iba a resolver todos sus problemas, a cambio de una elevada cantidad monetaria.

—Casi no te reconozco —continuó la sacerdotisa con ira mal contenida—. Cuéntame el porqué de todo esto.

—La pobreza no es buena, hija mía —murmuró Aganice con un hilo de voz.

—¿Hija mía? —preguntó Berenice mordazmente—. ¿Cuándo has vuelto a ser mi madre? Yo pensaba que era hija de Gaia, o al menos eso me dijiste antes de abandonarme para siempre cuando ni siquiera había cumplido ocho años.

—Tenía que salvarte de la miseria, Berenice —se defendió la mujer con voz temblorosa—. Mírate, eres como una diosa, esbelta, fuerte, tan bellísima

como Afrodita, y seguro que culta e inteligente como Atenea... ¿crees que eso se consigue malcomiendo y malviviendo en una casucha inmundada plagada de chinches?

La joven tragó saliva y dejó que su madre continuase hablando.

—Si te quedabas conmigo hubieses acabado de prostituta en cualquier taberna y yo no podía permitirlo de ninguna manera. Cuando me quedé embarazada de ti estaba sola y tenía dos críos pequeños a los que alimentar.

—Eso puedo comprenderlo —dijo Berenice—, pero... ¿por qué nunca viniste a verme? No sabes cuántas veces te busqué entre la multitud ansiando encontrarte y cuántas veces planeé la forma de enviarte un mensaje. También fui a verte a casa en una ocasión, pero la habías abandonado para venir a Cirra, para alejarte de mí.

Berenice bajó la cabeza y Aganice aprovechó para rozar levemente su cabello, pero la joven se apartó y clavó sus ojos negros y profundos en la mujer, ordenándole sin palabras que no la tocara, pero urgiéndole con la mirada a que se explicase más detalladamente y desde el principio.

—Conocía a Pitia —reconoció Aganice—, la había atendido en una sesión de videncia cuando yo era apenas una niña y adiviné que se convertiría en la gran sibila de Delfos; pensé que cuando alcanzase el puesto se acordaría de mi profecía y me recompensaría generosamente, pero no fue así. No volvimos a tener contacto alguno durante muchos años y no me importó, me casé con el padre de tus hermanos y con él inicié una vida humilde, aunque digna. Un terrible día, mi esposo murió y yo me quedé sola con los pequeños, así que retomé algunas costumbres que tenía cuando era soltera.

—¿La de asistir a las orgías de las tías? —preguntó Berenice con un ápice de rabia.

Aganice le lanzó una mirada heladora.

—La de predecir el futuro —respondió secamente—. Conocí gente importante, ciudadanos adinerados de Delfos y *theopropoi* extranjeros que si perdían la oportunidad de consultar el oráculo venían a mí para que resolviese sus cuestiones. Como ya habrás comprobado por ti misma, toda la información del Imperio y aun de fuera de él llega a oídos del colegio sacerdotal apolíneo, así que alguien le habló de mí a Pitia y le comentó que estaba embarazada... el resto ya te lo conté, un día acudió a mi casa y me reveló que estaba esperando una hija de la propia Gaia, una niña especial a la que tenía que poner de nombre Berenice, pues era así como ella se llamaba, y vaticinó que el fruto de mi vientre llegaría a ser un día la mujer más poderosa de la Tierra.

Ambas quedaron en silencio, mirándose la una a la otra los idénticos y maravillosos ojos que la madre naturaleza les había regalado.

—¿Qué hubieses hecho tú en mi lugar? —interrogó la mayor.

—¡Por todos los dioses, madre! —exclamó Berenice—. ¿Acaso crees que soy hija de Gaia y que ningún hombre intervino en mi engendramiento?

—No sé de ninguno que pudiera ser tu...

La joven estalló.

—¡Sigues mintiéndome como si todavía fuese una inocente criatura! —dijo a voz en grito—. Estarías borracha, ebria como una marmita de vino en una de tus orgías, y no te enterarías ni de que te estaban montando.

La sonora bofetada que golpeó la mejilla de Berenice le dolió más en el ánimo que en el rostro. La sacerdotisa se levantó de la silla horrorizada y comenzó a alejarse de su madre caminando hacia atrás, sin dejar de mirarla ni un instante con las pupilas lanzando brillantes chispas de la misma intensidad que las estrellas fugaces. Aganice se puso en pie de un brinco y comenzó a avanzar hacia la joven agresivamente, a la vez que la puerta de la sala se cerraba de golpe, como empujada por una fuerte ráfaga de viento liberada por Eolo. La joven se giró asustada y no vio a nadie tras ella, pero las luces de las velas empezaron a titilar oscilantes, y a sus oídos llegó un lejano trueno, por lo que comprendió que su madre era, verdaderamente, una especie de bruja perversa. La miró con horror, Aganice arrastraba su capa oscura por el suelo como un poderoso demon flotante mientras ella sentía sus músculos paralizados, agarrotados hasta el dolor.

—No me trates como a una mujerzuela —advirtió Aganice a un palmo de la aterrorizada Berenice—. No tienes ni idea de lo que es la vida ni de quiénes son las verdaderas deidades. A pesar de que te creas una mujer sobresaliente, en el fondo eres solamente una jovencita estúpida y consentida que ha crecido entre copas de plata, sabihondos pedagogos y colchas de tela de Damasco. Si en este momento disfrutas de algún poder y te espera un porvenir radiante, es únicamente gracias a mí; desde que supe que te estaba gestando realicé los rituales de la Diosa para que fueses perfecta y te transmití la mayor virtud de la que pueda gozar un ser humano, la clarividencia natural. Te amé profundamente, te cuidé con mimo, te hablé de las deidades y te enseñé las letras con paciencia. Pero después tuve que separarme de ti por tu bien, no podía permitir que nadie te difamase a causa de mi profesión, y solo los dioses saben lo que me costó y cuántas veces fui a verte a las procesiones escondida entre la muchedumbre para que mi presencia no influyera en tu ánimo.

Berenice sintió un nudo en la garganta, aunque fue consciente de ir recuperando la movilidad perdida.

—Y ahora lárgate —rugió Aganice—. ¡Vete a los cuervos con tus tonterías de doncella distinguida! Y sobre todo no vuelvas a casa de tu madre con el fin de insultarla.

La joven sacerdotisa abrió la pesada puerta de la tétrica habitación y recorrió a toda prisa el tramo que la separaba de la salida, donde su hermano continuaba atendiendo a los clientes de su madre. Afuera, unas cuantas nubes blancas y rizadas como sus cabellos jugaban a ocultar a Apolo mientras ella luchaba por contener las lágrimas sin lograrlo. Con el rostro ya empapado por el llanto, huyó corriendo por las calles hacia la casa de postas del ágora de Cirra, y una vez allí aporreó el portón llamando a gritos a su cochero para que la llevara de vuelta a Delfos, aunque ya estuviese anocheciendo.

De vuelta a su ciudad, Berenice se cubrió el rostro con ambas manos y dio rienda suelta a su amargura, preguntándose de nuevo cuál era el verdadero sentido de la extraña vida que le había tocado vivir y qué futuro le aguardaría. No había tenido ninguna visión sobre su destino, los caprichosos dioses jugaban con ella mostrándole información sobre los demás, pero nunca suya. Quizás era esa la maldición de las pitias, prever hechos de existencias ajenas y desconocer los de las propias, sobreviviendo en una eterna veladura de claroscuros que impedían ver la realidad.

Las dos quinceañeras tíades, que habían regresado para ayudar con el mantenimiento del fuego sagrado, eran «dos locas y pequeñas Cleas», según palabras textuales de Aspasia. Las gemelas Lisila y Filina, alegres y bulliciosas al máximo, convirtieron las antes angustiosas cenas en la morada pítica en banquetes entretenidos que se alargaban en eternas sobremesas de ameno coloquio, muchas veces propio de una comedia de Aristófanes. Reían sin parar por cualquier tontería, cantaban, bailaban y actuaban disfrazadas, además de saber tocar varios instrumentos musicales más que correctamente. Berenice conocía a Lisila del gimnasio, ya que también era entrenada por Lisímaco, y estaba encantada con ambas porque le hacían olvidar la profunda tristeza que le había provocado la visita a su madre. Sus edades parejas las asimilaban en pensamiento, aunque ellas sirviesen a un dios distinto y estuviesen iniciadas en unos misterios incomprensibles para la sacerdotisa apolínea, y por ello andaban casi siempre las tres juntas. Mientras durase su cargo en el templo, estaban obligadas a acudir a las clases de Plutarco y

Autobulo, y ambos maestros se vieron obligados a intentar moderar sus comportamientos, aunque no llegasen a conseguirlo del todo y acabasen riéndose de las bufonadas de las jovencitas. La pitia, sin embargo, las miraba con disgusto y resoplaba hastiada a cada comentario jocosos de las tíades, que a ella no le hacían gracia alguna, cosa que divertía enormemente a Clea. Una tarde, durante la clase de Autobulo, Aspasia recibió un reguero de tinta sobre su túnica lanzado por Lisila en el transcurso de una de sus travesuras. La pitia enrojeció de cólera y lanzó su tablilla encalada contra la joven, ataque que la tíade esquivó contorsionándose como la experta atleta que era. Aspasia se levantó de un brinco y abandonó el aula seguida de Berenice.

—Ha sido sin querer —aseguró Filina a su maestro en defensa de su hermana.

—Tened más cuidado —dijo Autobulo, lanzando una severa mirada a ambas.

—¿Pero qué le sucede a esta muchacha? —preguntó Lisila—. Parece que tenga cien años.

—Cuando los humanos renuncian a los placeres se vuelven cadáveres vivientes —sentenció Clea sabiamente—, y tiene solo cinco más que vosotras y tres menos que yo. Por cierto, ya os ha puesto un alias, os llama las Dioscuras, Cástora y Polluxa.

Todos los presentes estallaron en carcajadas.

—Muy apropiado —reconoció Autobulo, sonriendo mientras recogía sus bártulos y daba por finalizada la clase.

—Nosotras también idearemos un buen mote para ella —dijo Lisila, chasqueando los dedos.

Berenice acompañó a su amiga a cambiarse. La pitia abrió la puerta de la habitación de un manotazo, se despojó de los zapatos y del sucio ropaje arrojándolo al suelo y abrió uno de los arcones para sacar uno limpio. La joven sacerdotisa llevó sus ojos del escuálido cuerpo de Aspasia al interior del gran cofre, fijándose en que apenas tenía dos atuendos más, es decir, tres túnicas en total y todas bastante modestas. Tampoco utilizaba adornos para el pelo, a excepción de su redecilla milesia y unas cuantas cintas para atarlo cuando se hacía una sencilla trenza. Al sacar uno de los vestidos, Berenice se percató de que en el fondo del mueble todavía guardaba la máscara con el rostro de Helena y la peluca negra con canas que le habían fabricado en los tiempos en que se había hecho necesario que sustituyese a la otra sibila por orden de Pitia. Aspasia se puso unas zapatillas persas, se enfundó en el

gastado quitón veraniego ciñéndolo a continuación con un cinturón de cuero, y se sentó sobre la cama con gesto de hastío.

—No sé por qué tenemos que convivir ahora con tres tíades —dijo enfurecida.

—¿Quizás porque en el templo, en el cual todas servimos, moran tanto Apolo como Dioniso? —intentó explicar riendo Berenice—. Tu queja me ha recordado a una obra del cómico Macón que no sé si habrás leído. En ella se cuenta la anécdota del famoso músico Dorión cuando fue a la polis de Milasa; al parecer, el músico no encontró alojamiento de alquiler en parte alguna de esa ciudad y se sentó en las escaleras de un templo cansado de patear las calles; estando en esas salió el guardián del santuario y Dorión le preguntó a qué deidad estaba dedicado el sagrado edificio; el sacerdote respondió que a Zeus-Poseidón, y entonces Dorión exclamó: «¡Claro, cómo iba uno a poder encontrar albergue en un sitio en el que hasta los dioses viven de dos en dos!».

Aspasia estalló en una gran carcajada y pareció variar de ánimo.

—¿Quieres que hagamos algo? —preguntó Berenice sonriendo todavía.

—¿Como qué? —dijo la pitia alzando los hombros.

—Hace mucho calor, podemos pedir que nos preparen algún refresco y ponernos a jugar una buena partida de dados, o de doce líneas, o de cualquier otro juego que te apetezca —propuso la joven sabiendo que a su amiga le encantaban ese tipo de distracciones.

—¡Una partida de *petteia*! —exclamó Aspasia, levantándose para coger un tablero y un saquete con fichas y astrágalos.

—Muy bien —rio Berenice, sentándose frente a la mesa de la habitación—. ¿Volvemos a apostar información como de pequeñas o pasamos a sumas monetarias?

La pitia sonrió.

—¿Qué crees que apostaban Ajax y Aquiles cuando jugaban a esto?

—Podemos preguntárselo al bronce de Homero que hay en el templo, a ver qué nos contesta —dijo Berenice, colocando sus fichas en las casillas correspondientes.

—Voy a capturar todas tus piedras —advirtió Aspasia tras solicitar que les sirviesen las bebidas—. Así que no te juegues nada importante.

—Mi túnica nueva contra el último libro que mandaste que copiasen para ti —propuso la joven—. Tú juegas negras y sales.

Aspasia dio un respingo, ni en mil años estaría dispuesta a desembarazarse de su tratado sobre venenos y otras medicinas, pero el

arriesgado reto la sedujo y acabó aceptando, prometiéndose a sí misma que usaría de todas sus argucias para vencer.

—No te he preguntado sobre la visita a casa de tu madre —dijo, moviendo su primera ficha.

La joven suspiró mientras desplazaba una de sus piedras en sentido horizontal.

—Estabas en lo cierto al aconsejarme que no esperase demasiado del encuentro. Fue un error ir a verla —informó Berenice con tristeza.

—¿Qué te dijo? —preguntó Aspasia, comenzando a situar sus fichas en las posiciones adecuadas para aplicar la estrategia de ataque que había ideado para inmovilizar las de su oponente.

—¡Bah! —exclamó asqueada la sacerdotisa, comenzando a defenderse del embate lúdico de su amiga—. Solamente excusas, nada más y, por cierto, la conversación acabó fatal... me abofeteó y me largué de su casa como si me persiguiesen los lobos.

—¿Y de qué vive en Cirra?

Berenice reflexionó unos instantes antes de continuar, Aspasia estaba capacitada para hablar y jugar a la vez, pero ella necesitaba pensar en silencio o su rival iba a conseguir la inmovilización de todas las fichas antes de que se acabasen el refresco que la sierva les había llevado a la estancia. Bebió un sorbo del exquisito líquido compuesto por limón, miel, hierbas aromáticas y agua fresca, y se concentró al máximo para evitar que su débil posición la llevase a ser acosada por completo. Tras unos instantes, movió uno de los círculos de vidrio y lo situó frente a otra de las fichas de la pitia.

—No sé qué decirte —confesó finalmente mientras Aspasia estudiaba la nueva disposición del tablero—. Me pareció una especie de maga absurda de feria, ha montado una especie de decorado teatral en una vivienda cercana al templo que visitamos antes de embarcar hacia Argos.

La sibila de Delfos alzó la mirada y clavó sus ojos castaños en los de Berenice.

—¿Ese en el que te parecía haber estado ya?

La joven asintió.

—Sí, qué buena memoria tienes —reconoció sin poder contenerse—. Pues ahí es donde ha organizado un negocio de videncia y artes mágicas junto a uno de mis hermanos.

—¡Vaya timadora! ¿Entonces habías estado ya allí realmente?

—Tengo mis dudas —continuó Berenice sin comprometerse mientras observaba cómo Aspasia sacaba del tablero una de sus fichas—. ¡Por los doce

dioses, vas a ganarme!

—¿De qué dudas? ¿De haber estado en Cirra antes de nuestro embarque o de que tu madre sea una timadora?

—De lo segundo. Pitia me contó que mi madre había sido una gran adivina en su juventud y que sus profecías se vieron cumplidas en ella.

—¡No lo sabía...! —exclamó la pitia.

—Ni yo tampoco hasta que me lo dijo Pitia —confesó la joven—. También debe de desempeñar su maestría en otras artes que van desde la creación de pócimas y filtros a la resolución de algunos de los males femeninos.

—¡Gané! No tienes más movimientos posibles —anunció Aspasia, trasladando una ficha y arrinconando por completo las de su competidora.

Berenice miró horrorizada la trágica situación de sus piedras sobre el tablero y lanzó un gruñido.

—¡Por Apolo, he perdido una carísima túnica!

—¿Quieres la revancha? —inquirió la pitia, ordenando de nuevo las piezas sobre las casillas de la tabla.

—Ni lo sueñes, hermana —dijo sonriente Berenice—. No quiero quedarme sin el resto de mis posesiones. Juguemos a algo donde solamente intervenga la suerte u otros dones que me den ventaja para rivalizar contra tu prodigiosa sagacidad. Está visto que si quiero recuperar mi túnica tendré que retarte en lanzamiento de pelota o venablo, y aun así eres capaz de calcular la dirección del aire, combinarla con el movimiento de la muñeca, el peso de la lanza y otras cualidades físicas para que rebote en una piedra consiguiendo llevarla a más distancia y superando mi puntuación.

—¡Qué exagerada! —rio Aspasia—. En eso no puedo competir contra ti ni contra nadie, soy demasiado delgada y débil y mis músculos se han ido encogiendo en los últimos años por no usarlos.

—¿No echas de menos ir al gimnasio y ver a los amigos que tenías antes? —preguntó Berenice.

—Te refieres únicamente a Timarco, ¿no? —respondió la pitia orgullosamente.

—Sí, a él principalmente.

—No —confesó Aspasia fríamente.

—Bueno, querida —dijo Berenice, levantándose de la silla—. Voy a tomar un buen baño y a cenar, estoy muy cansada y hoy no tengo guardia nocturna, así que creo que podré dormir de un tirón toda la noche.

Berenice penetró quedamente en la habitación de Helena. La joven sacerdotisa se sentía muy apenada por el mal que afligía a su compañera y había decidido regalarle a diario unos instantes de compañía y consuelo, momentos durante los cuales le leía versos de las poetisas que tanto habían emocionado una vez a la infortunada pitia, o bien textos religiosos, porque sabía bien que era su tema preferido.

Aquella tarde encontró a Helena sentada en una silla, con la mirada perdida en el lugar de la pared donde antes había estado colgado el espejo, y con el aspecto cada vez más lamentable que mostraba en las últimas semanas.

—¿Cómo te encuentras hoy, querida? —preguntó Berenice besando la mejilla de la enferma.

La mujer no se inmutó lo más mínimo y continuó observando hierática el muro vacío con inusitado interés.

—Voy a leerte una obra de Lisias sobre las amazonas —anunció la joven con optimismo—. ¿Te apetece?

El silencio fue la única respuesta a la pregunta formulada, pero la sacerdotisa no se desanimó y, sentándose al lado de la pitia, abrió el rollo y se aclaró la voz.

—«Existieron en tiempos las amazonas, hijas de Ares —comenzó Berenice—, y habitaban el río Termodonte. Eran las únicas entre sus vecinos que tenían armadura de hierro y las primeras de todos en montar sobre los caballos, con los cuales y dada la inexperiencia de sus enemigos, alcanzaban a los que huían y dejaban atrás a sus perseguidores. Se las creía hombres por su arrojo antes que mujeres por su naturaleza, pues más parecían superar a los varones por su valor, que irles en zaga por su forma».

La joven hizo una pausa para ver si encontraba alguna muestra de emoción en Helena, pero al no hallarla continuó declamando con su voz grave y hermosa.

—«Dominaban ya muchas razas, y tenían de hecho avasallados a sus vecinos cuando emprendieron una expedición contra Atenas; pero al tropezar con guerreros valerosos, sus almas se igualaron con sus sexos, adquirieron fama opuesta a la precedente, y se revelaron como mujeres, más aun que por sus cuerpos, por los peligros en que se vieron, y...».

—Hoy no está —dijo repentinamente la pitia.

Berenice detuvo su lectura y miró al punto concreto que Helena señalaba.

—¿Qué es lo que no está? —se interesó extrañada la joven.

—Mi reflejo.

A la sacerdotisa no le costó demasiado comprender a qué se refería Helena.

—¡Ah! —exclamó—. ¡El espejo!

La mujer asintió interesada y Berenice se vio obligada a mentir para tranquilizar su desasosiego.

—Lo están puliendo con piel seca de lija, Helena, la superficie estaba ya muy dañada.

—Pues entonces no deseo que me lo devuelvan, no lo quiero aquí.

La joven entendió perfectamente la repulsa que la pobre mujer debía de sentir al verse reflejada en él, ya que ni siquiera debía de reconocer la imagen que el metal le devolvía; la idea de quitárselo había sido más que adecuada.

—No temas, diré que no te lo traigan —la tranquilizó—. ¿Quieres que te peine y te ayude a asearte?

Helena alzó los hombros desinteresada, era obvio que todo le daba igual y poco le importaba lo que Berenice hiciera o dejase de hacer. La sacerdotisa comenzó a pasar el peine por el cabello cano de la pitia, tan grasiento y exiguo que provocó en la joven una sensación de angustiosa pena. Berenice vio que el cráneo presentaba pústulas rosadas, quizás propias de una grave enfermedad de la piel, y cesó su actividad por miedo al contagio, no fuese a ser uno de esos males que, como una lepra, pasasen de unas personas a otras por el contacto físico. A poco de apartar las manos con asco se sintió tremendamente egoísta, nadie hacía nada por aquella pobre mujer y ella había cogido la costumbre de ir a leerle, con la finalidad de sentirse mejor consigo misma, pero era un acto de caridad insuficiente que no apaciguaba en absoluto los remordimientos que padecía. Al fin y al cabo, no había conseguido convertirse en ese ser frío e insensible al que la gran Pitia le había recomendado parecerse, ni de lejos. Y más de acuerdo estaba con el paso del tiempo de que, tal y como decía Plutarco algunas veces, al verdadero dios, cualquiera que fuese su nombre, se le encontraba al ayudar a otro ser humano.

—He... Helena —murmuró con un nudo en la garganta—. ¿Te gustaría ir a un sanatorio en el que poder curarte y reposar?

La mujer miró directamente y por primera vez a los ojos de Berenice, pero pareció no haber asimilado del todo la pregunta.

—Me refiero a acudir a un *Asclepeion* —explicó la joven, silabeando para que la pitia la comprendiera mejor.

Helena reflexionó unos instantes intentando descifrar qué quería decir aquella muchacha tan guapa y cariñosa a la que no estaba segura de conocer.

Finalmente meneó la cabeza afirmativamente, sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo.

Berenice salió de la habitación de su compañera dispuesta a hablar con Plutarco cuanto antes. El maestro ya estaría en su casa descansando, pero este asunto no podía esperar al día siguiente, tenían que conseguir la autorización para que Helena pudiese marchar cuanto antes a un lugar donde estuviese bien cuidada. Subió las escaleras de tres en tres, entró al dormitorio para coger la capa y los zapatos, y volvió a bajar tan velozmente como pudo. En la puerta de entrada hacía guardia el soldado del pescozón, quien ya empezaba a estar acostumbrándose a las repentinas salidas nocturnas de la joven.

—¿Y ahora adónde quieres ir, señora? —dijo resoplando con paciencia.

—Tienes que escoltarme a casa de Plutarco, Sóclaro —ordenó al centinela.

—¡Por Zeus! ¿A estas horas? —preguntó el hombre, mirando alternativamente a la joven y a su compañero de vigilancia.

—Sí, es muy urgente, y mi escolta personal ya se ha ido a su casa —explicó Berenice sin necesidad esta vez de ponerse de puntillas y de agravar la voz, pues ya había alcanzado el desarrollo adecuado para ser considerada toda una mujer respetable.

El soldado la contempló y asintió obedientemente, la reputación de la muchacha era excelente y todo Delfos hablaba de su hermosura y gracia, sobre todo en las tabernas que él solía frecuentar cuando acababa su turno de guardia, aunque los asiduos a ellas se expresaran en términos mucho menos elegantes. De todas formas, la vivienda del viejo filósofo estaba cerca y no tardarían en regresar, comunicó a un compañero al que no agradaba en absoluto quedarse solo de centinela.

A grandes zancadas llegaron pronto a casa de Plutarco. El sacerdote estaba acabando de cenar con su hijo Autobulo y su hermano Lamprias, quienes, lógicamente, se hospedaban allí cuando estaban en Delfos.

—¿Qué haces aquí? —se interesó el filósofo al ver el rostro de la joven congestionado y jadeante.

—Tengo que hablar contigo, maestro. En privado —anunció Berenice con una alarmante seriedad.

La sacerdotisa contó a Plutarco lo que a su juicio consideraba verdaderas causas por las que había enfermado Helena, además de explicarle cuál era el único remedio para curarla e incluso para salvarle la vida. Los ojos del anciano filósofo pasaron de la extrañeza al temor. Preguntó una y otra vez a la sagaz Berenice si estaba segura de lo que le estaba diciendo, pero aunque la

joven no pudo afirmar categóricamente estar en lo cierto, le hizo partícipe de los motivos de sus sospechas. Debían esperar un tiempo y actuar con prudencia, el cargo oracular de las pitias corría un inmenso peligro, y también ellos, advirtió rotundamente, e igualmente otras personas que nada tenían que ver con el ministerio sacerdotal. Plutarco acabó admitiendo que la posibilidad de que hubiese un envenenador entre los sirvientes del templo existía, y que no era ninguna idea descabellada la que proponía la inteligente joven.

El hogar de casada de Eurídice era una vivienda modesta de una sola planta en la zona suroeste de la ciudad, apartada del bullicio de las calles principales. Podría decirse que tenía un estilo más romano que griego, o eso pensó Berenice mientras esperaba al lado del *impluvium* del atrio a que su antigua compañera saliese a recibirla. Había acudido a ella sin previa invitación, con la excusa de tener un regalo para el recién nacido, y había aparecido en la casa acompañada por una esclava y por la todavía enfurruñada Clea, que había aceptado tras haberle insistido mucho.

—Acompáñame —le había rogado Berenice—, vosotras os llevabais bien.

—Pero ¿para qué quieres ir allí? —había preguntado la tíade, poniendo los brazos en jarras.

—Quiero... bueno, para ver unas cosas... —respondió Berenice tartamudeando.

—¡Por todos los dioses que no eres muy concreta, pero sí muy curiosa!

—Hazlo por la amistad que os une a mi madre y a ti —suplicó la sacerdotisa de Apolo poniendo ojos de corderillo—. No puedo ir con Aspasia, compréndelo Clea, Eurídice saldría corriendo y, peor todavía, no me recibiría.

—Naturalmente, Aspasia estaba siempre riñéndola por todo. Por cierto, las gemelas le han puesto el mote de «Pitia *Dýskolos*», la malhumorada que hace ascos a la comida —rio Clea.

Berenice sonrió por la salida de Lisila y Filina, mientras razonaba que no iba a conseguir nada sin dar algo a cambio. Así que hizo un último intento.

—Si vienes conmigo haré tus turnos de guardia en el templo durante toda la semana.

La bella tíade se mostró más que interesada.

—Que sea durante dos y aceptaré.

Berenice asintió a regañadientes, vaya par de semanitas le esperaban, pero su curiosidad podía más que ella y no le quedaba otro remedio que asimilar que el soborno era la única solución para entrar en aquel nido de cristianos y

ver con sus propios ojos cómo vivían y cuáles eran sus planes en Delfos. Así que allí estaban ambas finalmente.

—¿Te has fijado en que la mujer que nos ha abierto la puerta se parecía mucho a Eurídice?

—¿La esclava? —se extrañó Clea.

—No era esclava, debe de ser su madre —observó Berenice.

Eurídice apareció en el atrio mostrando sorpresa ante la no anunciada y, por tanto, inesperada visita. A la observadora sacerdotisa apolínea no le pasó desapercibido el leve nerviosismo de la supuesta cristiana; el repetido pestañeo y el rápido movimiento de manos delataron a la señora de la casa.

—Os saludo, amigas mías, ¡qué grata visita! —dijo Eurídice reponiéndose y besando a ambas—. ¿Qué os trae por aquí?

—Te traemos un regalo para tu niño —dijo Berenice, haciendo un gesto a la sirvienta que las había acompañado para que entregase a Eurídice una rica tuniquilla infantil y un manto.

—Ya sabemos que acaba de nacer —añadió Clea—, pero dentro de un año estará precioso con ellos.

—Os lo agradezco —dijo la reciente madre, admirando la finura del tejido y la elegante confección de las prendas—. Pasemos a la habitación principal a sentarnos y a charlar.

Las tres mujeres entraron en una modesta sala umbría, carente de triclinios y divanes, solamente amueblada con unas sencillas sillas de madera sin respaldo, similares a simples taburetes con cojines de lino en el asiento, y dispuestas alrededor de una mesita redonda de tres patas. Las paredes tampoco presentaban ningún tipo de decoración mural, ni había tapices en ellas, ni estatuillas de dioses sobre los muebles ni dentro de hornacinas, y tampoco alfombras sobre el tosco suelo. La propia Eurídice cogió tres vasos de terracota del interior de un mueble de fresno y los llenó de mucha agua y poco vino agrio, sin especias ni miel, poniéndolos a continuación sobre la mesa y acompañándolos de una escudilla repleta de higos secos y flatulentas castañas tostadas. En verdad, nada tenía que ver el ofrecimiento de la antigua sacerdotisa apolínea con los deleites culinarios del famoso gastrónomo romano Gavio Apicio.

Ambas sacerdotisas observaron, asombradas y en silencio, como en vez de hacer libaciones a los dioses derramando la bebida sobre un altar o en el suelo, Eurídice cerraba unos instantes los ojos, cruzaba las manos y murmuraba unas palabras inaudibles.

—Y... ¿y qué tal tu vida de casada, querida? —preguntó Clea tras el extraño ceremonial e intentando iniciar una posible conversación.

—Soy muy feliz con Poliano y el niño —respondió la aludida con una radiante sonrisa.

—A vuestra salud entonces —brindó Clea, alzando el rudimentario vaso y bebiendo un generoso trago, no sin arrepentirse de inmediato por haber catado aquella especie de deposición fecal líquida compuesta por vino de pésima calidad y agua ligeramente salada, muy similar en aroma al contenido de una hedionda bacinilla.

—Hemos sabido que Poliano se ha convertido en pedagogo —dijo Berenice tras arrugar la nariz al probar un sorbito.

—Así es —se limitó a decir Eurídice, enmudeciendo a continuación.

La joven sacerdotisa barajó otras posibilidades de tertulia que arrojasen algo de información, dado el poco éxito de su primer intento.

—Lle... llevas un bonito colgante, Eurídice.

—Fue el primer regalo que me hizo Poliano y solamente me lo pongo en casa —explicó la anfitriona con orgullo y emoción.

Clea rio antes de lanzar su propio chiste.

—¡Por Heracles! —exclamó—. Con el precio que han alcanzado algunos pescados va a resultar más barato colgarse al cuello uno de oro que comprarlos a los pescaderos, esos tipos millonarios y sin escrúpulos que diezman las haciendas de los ciudadanos con sus mercancías.

—¿Y tiene algún significado? —preguntó Berenice sin hacer caso del grotesco comentario de la tíade.

—Es un pez piloto —dijo Eurídice sin comprometerse—. El más sagrado de todos los animales que pueblan los mares.

—¡Ah, claro! —asintió la sacerdotisa—. Recuerdo unos versos de la poetisa Erina que dicen: «Tú, piloto, pez que a los marinos escoltas en travesía favorable, conduce desde la popa a mi dulce compañera».

—Pues yo conozco otros de Apolonio de Rodas que aseguran que el pez piloto era antes un hombre, posteriormente transformado en animal acuático a consecuencia de unos amoríos de Apolo —recordó Clea—. Al parecer, Piloto era un marinero a quien una doncella llamada Ociroe rogó que la rescatase tras haber sufrido un intento de raptó por el dios del sol. El joven trasladó a la muchacha en su navío, alejándola de la lujuria de Apolo, y al enterarse de ello la deidad, convirtió a la nave en piedra y metamorfoseó al marino en pez.

—¿Así que el pez piloto aleja a las mujeres de las garras de Apolo? —preguntó Berenice sonriendo con picardía—. Se podrían sacar interesantes

conclusiones de esta historia que no conocía... te agradezco que me la hayas contado, Clea.

Eurídice comenzó a frotarse las manos frenéticamente.

—¿Queréis más vino?

—No, gracias —contestaron ambas sacerdotisas al unísono.

—¿Y esas letras que hay escritas en el interior? —continuó Berenice, tomando entre sus dedos el colgante—, ΙΧΘΥΣ... pez. ¡Qué gracia!, ¿no? Es como si en mi pulsera pusiese «Serpiente».

Clea rio a carcajadas pensando que sería muy divertido que en su bastón de tíade pusiese por escrito «Tirso fálico», por si alguien no se hubiese enterado todavía de lo que llevaba en la mano durante las festividades de Dioniso.

Eurídice se levantó del asiento en claro estado de nerviosismo.

—Bien, queridas —murmuró molesta—, ha sido un placer gozar de vuestra compañía, pero ya es tarde y mi esposo volverá pronto a casa, tengo que hacer la cena.

—¿No tienes una cocinera que la prepare? —se interesó Clea alzando las cejas.

—Aquí no hay esclavos —negó Eurídice con firmeza—. Solamente mi madre y mis suegros viven con Poliano y conmigo.

La tíade reconoció en silencio que la observadora Berenice había estado en lo cierto al afirmar que la que había abierto la puerta era la propia progenitora de Eurídice. Le pareció extraño que su amiga no tuviese sirvientes en aquellas épocas donde era requisito indispensable en cualquier hogar de personas libres. Había familias que los tenían a cientos, incluso a miles, según se contaba de ciertos ricos romanos y helenos.

—Saluda a Poliano en nuestro nombre —dijo Berenice, levantándose—. Y pregúntale si estaría interesado en impartirnos clases en el aula del templo, ahora que ya no asistimos a las de Orbilio, y su sustituto, Autobulo, el hijo de Plutarco, no siempre se halla en Delfos.

—Se... se lo diré, os agradezco la propuesta —musitó Eurídice.

Las tres mujeres se besaron y las dos sacerdotisas abandonaron el hogar de la visiblemente preocupada joven.

—Podríamos haber venido en litera —gruñó Clea una vez fuera—. Estas nuevas sandalias llenas de tiras me están destrozando la pantorrilla.

—Cámbiale el calzado a la esclava —dijo Berenice enfadada, señalando con la cabeza a la joven que las seguía a poca distancia.

—¿Qué te sucede? —se interesó la bella tíade, dándose cuenta de que la joven no estaba de buen humor—. ¿Y cómo se te ha ocurrido proponer a Poliano como nuevo maestro?

—Poliano jamás aceptaría, y el que le llamen maestro o pedagogo es simplemente un eufemismo, solamente estaba indagando las reacciones de Eurídice.

—¿Y qué has deducido?

—Que nuestro mundo se acaba, Clea. Ya hay familias enteras en la propia ciudad, en el centro religioso más importante del Imperio, y ellos tienen hijos que serán educados en esa doctrina, y poco a poco todo esto se extinguirá incluso del recuerdo, y nuestros templos se convertirán en ruinas, y los hombres de cabezas semipeladas enarbolarán sus signos en santuarios contruidos con las piedras de nuestros edificios sagrados, y quemarán nuestras obras literarias y decapitarán las estatuas de nuestros dioses, y el pez alejará de Apolo a las gentes, y...

—¡Para... para! Por Zeus, ¿qué estás diciendo? —exclamó la tíade alzando el tono—. ¿Te has vuelto loca de repente o es que Apolo te poseyó anoche durante la última guardia? ¿Ya hay familias enteras de qué? Explícate mejor, Berenice.

La sacerdotisa apolínea se detuvo antes de cruzar la muralla.

—Un día tenemos que hablar con tranquilidad, Clea. Debo contarte muchas cosas.

La hermosa mujer clavó sus ojos marinos en la negra noche de los de Berenice.

—Y teniendo en cuenta el estado en que se encuentran nuestras compañeras de sacerdocio —dijo la joven con su profunda voz—, está visto que tú eres la única en la que puedo confiar ya. Lisímaco tenía toda la razón cuando me lo advirtió.

Helena regresó a Delfos bastante recuperada tras varias semanas de estancia en Epidauro. Los médicos del *Asclepeion* estuvieron de acuerdo al diagnosticar que la pitia mostraba signos de envenenamiento y, al no saber concretamente cuál estaba deteriorando su salud, probaron aplicándole ventosas, haciéndole ingerir contravenenos y obligándola a beber infusiones de eléboro, planta muy conveniente para todo tipo de enfermedades mentales. Hubiesen funcionado o no, el mero hecho de haber estado tanto tiempo alejada de la causa que le provocaba el mal propició la curación, si no

completa, sí perceptible exteriormente a simple vista. También le hicieron varias recomendaciones vitales, como que cambiase de habitación por si la sustancia venenosa se encontraba en la composición de cualquiera de los objetos de la misma, y que todo lo que ingiriese fuera probado por una esclava catadora, por si se trataba de un intento de emponzoñamiento llevado a cabo por algún enemigo infiltrado en la vivienda pítica.

Así pues, Helena volvió a pernoctar en el dormitorio comunal con Berenice y las tres sacerdotisas dionisiacas, ya que Plutarco consideró conveniente que las dos tíades gemelas continuasen con sus labores en el mantenimiento del fuego sagrado para exonerar de realizarlas a la enferma, quien lo mejor que podía hacer era dormir toda la noche de un tirón sin estar obligada a realizar pesadas guardias.

—¿Puedo pedir a las esclavas que preparen mi lecho junto al tuyo, Berenice? —rogó una asustada Helena a la sacerdotisa.

—¡Claro que sí! —asintió la joven—. ¿No te gusta el lugar que te han asignado?

Helena sacudió la cabeza.

—No quiero espejos cerca de mí, me dan miedo —explicó, señalando la proximidad del jergón con la gran luna de bronce del dormitorio—. A veces durante mis delirios de enferma sentía mi propia imagen saliendo de él, como cuando me veo a mí misma en el trípode al alcanzar el estado crítico por el neuma en las sesiones oraculares, pero en estas ocasiones era un reflejo maligno, una visión de mi otro yo cargada de maldad y que me obligaba a beber de una copa.

Berenice se sorprendió, había pensado que la repulsa que había expresado Helena el día que fue a leerle sobre las Amazonas únicamente se debía a la impresión que sufría al comprobar que su rostro se hallaba muy desmejorado, pero nunca imaginó que estuviese contemplando fantasmas o demonios espeluznantes en su desvarío.

—Tranquilízate, querida —dijo la joven, abrazando a su compañera—. Ahora estás bien y no volverás a sufrir esas terribles apariciones propias de tu ya curada enfermedad.

—¡Que Apolo y Asclepio lo quieran así!

—Además, yo voy a cuidar de ti —aseguró la joven, recordando la promesa que había hecho a Plutarco.

—Te lo agradezco, Berenice, y pediré a Gaia que nos proteja a ambas, si tiene a bien volver a hablarme y a escucharme —dijo la mujer, aferrándose a la joven.

—¿Ya no lo hace? —se interesó la sacerdotisa.

—Ni siquiera la siento ahora —confesó Helena.

—No temas, la Diosa volverá a iluminar tu mente en la primera sesión oracular que atiendas, cuando estés sobre el trípode los dioses volverán a inspirarte y recuperarás la clarividencia.

Pero no ocurrió tal y como Berenice había deseado. La primera actuación de Helena como pitia tras su enfermedad resultó mediocre y confusa, a tenor de aquellos consultantes que habían ansiado volver a ser atendidos por la sensible pitonisa de antaño. Los sacerdotes Plutarco y Aristótimo comenzaron a preocuparse sin saber qué decisión tomar al respecto, Aspasia no parecía dar importancia a las consultas privadas y, en ausencia de Helena, varios delfios se habían visto decepcionados por la actitud distante de la joven pitia.

—¿Qué hacemos, Plutarco? —preguntó Flavio Aristótimo, secándose el sudor del rostro con un pañuelo tras una jornada más de pobres respuestas de Helena.

—Lo ignoro —confesó angustiado el maestro.

—Podemos discutirlo con los anfictiones.

Plutarco sonrió sarcásticamente.

—¡Esos demagogos y sus desavenencias! La capacidad para discutir es una virtud que muchos creen poseer, pero que muy pocos logran tener, usualmente el ser humano se limita a enojarse cuando los demás no piensan como él, en vez de intentar defender razonadamente la postura que mantiene y reflexionar sobre los puntos de vista del resto.

—¿Y qué propones?

—Soy quien preside la Anfictionía, así que daré por sentado que debemos mantener a Aspasia a toda costa para los asuntos públicos, ya que es una de las mejores pitonisas que ha tenido esta ciudad en cuestiones de Estado; así que creo que debemos proponer el retiro de Helena del cargo y volver a funcionar con una sola pitia. Hablaré con ambas e intentaré resolver los problemas que puedan surgir.

Inmediatamente se puso manos a la obra el máximo sacerdote de Delfos, usando de su diplomacia y mano izquierda habituales.

Helena asintió, reconociendo que la decisión era acertada.

—Ya no siento a Gaia en mi interior, Plutarco.

—Hay que dar tiempo al tiempo, Helena —intentó consolarla el gran filósofo—. Seguramente, más adelante recuperarás todo tu poder; ahora dedícate a descansar y a sanar tu cuerpo y tu mente por completo.

—¿Y el resto de las labores del templo? —preguntó la mujer, visiblemente preocupada.

—Ve incorporándote gradualmente —aconsejó el sabio sacerdote.

Al día siguiente mantuvo la conversación con Aspasia, rogándole que se mostrase más perceptiva con los problemas de la gente sencilla y atendiese sus dudas con más interés, ya que si no las sentía en su propio corazón, Apolo no la inspiraría acertadamente.

—¿Me lo dices en serio, maestro? —preguntó Aspasia sarcásticamente.

—Naturalmente —afirmó extrañado Plutarco.

—¿Y cómo quieres que sepa si al comisario ateniense le conviene más casarse con su prima o con su vecina Cleonice?

—Considero que es Apolo quien debe inspirar tu respuesta.

—¿Y si no lo hace?

El filósofo enarcó las cejas en muda pregunta.

—A lo mejor el dios solamente me inspira en cuestiones políticas, económicas y militares —dijo la pitia—, pero no en triviales asuntos de alcoba, por mucho que yo me esfuerce.

—¿Me estás insinuando que es selectivo contigo?

—O que mis entrañas no van a removerse con preguntas sobre el amor, los celos, el matrimonio, las hipotecas, las deudas y los avales. Hace muchos años, durante la visita a los monumentos de la Vía Sacra que hicimos con tus amigos, mantuvisteis una conversación que se me quedó grabada palabra por palabra. Cuando regresábamos a casa me dijiste que alguna vez debía hablarte de las conclusiones que había sacado, y creo que ya ha llegado el momento. Los dioses no existen, Plutarco, o quizás no nos escuchan ni nos responden, solamente el conocimiento puede inspirar a una pitia. En ocasiones creo que han desaparecido de este mundo... Gaia ha muerto.

Helena escuchaba la conversación entre Aspasia y Plutarco con la oreja pegada a la puerta, comprendiendo que el fatídico momento había llegado. Le resultó irónico que aquella joven cruel, que jamás había sentido a los dioses en su interior y a quien nada le importaban las angustias corrientes de las personas comunes, fuese a ser su sustituta, la única y gran pitia de Delfos. Ella había poseído el don, el extraordinario poder de sentir a la Diosa en su alma y en su corazón, había sido una verdadera pitonisa, una profetisa real que mediante las emanaciones de la grieta de la Madre Tierra era capaz de ver el futuro de los hombres. Pero Gaia la había abandonado para siempre, quizás castigándola severamente por algún motivo que ella no alcanzaba a entender. En ese momento era despreciada por todos y había sido relegada por

inservible, porque ya nadie creía en ella... al igual que la antigua pitia, quien nunca la había valorado lo más mínimo. Ya no le quedaba nada, había abandonado en su juventud a la familia que había formado, había vivido una existencia de soledad y sacrificio, se había entregado en cuerpo y alma a las labores del templo, y en aquel momento todos sus esfuerzos habían desembocado en un vacío absurdo y carente de sentido. Analizó detenidamente sus expectativas y se dio cuenta de que ya no tenía adónde ir; su marido había fallecido y su hijastra, a la que no veía hacía lustros, vivía lejos, con su esposo, su propio hijo y su nuevo nieto, personas a quienes ella ni siquiera conocía. En esa familia tampoco iba a ser bien recibida.

Abandonó el angustioso espionaje y se dirigió lentamente hacia el comedor, llamando a gritos a una de las esclavas. Mientras tomaba asiento, a su mente llegaron unos versos de la *Odisea* en los que Agamenón reconocía haber perdido la cabeza porque los propios dioses lo habían trastornado, o bien por estar borracho de vino... ¡Qué más daba! Era lo mismo. Cuando la sirvienta se presentó en la sala, le pidió que le trajese una jarra con vino añejo de Quíos o de Lesbos y una taza de asas. Una vez hubo regresado la sirvienta trayendo lo solicitado, le ordenó que probase el vino y esperó unos instantes para asegurarse de que la muchacha no mostraba signos de envenenamiento, ni vómitos, ni siquiera arcadas. Cuando quedó sola, llenó el recipiente del sabroso néctar sin aguar y terminó su contenido de un solo trago; una vez vacío, lo alejó de sí la distancia de su brazo y lo miró fijamente, intentando recabar en su mente todas las sensaciones negativas que se habían acumulado en su ánimo durante los últimos días, pero el objeto no se movió ni vibró. Volvió a probar, pero el tazón permanecía inmóvil sobre la mesa a una braza de ella. Tras varios intentos infructuosos, lanzó una tétrica risotada cargada de dolor, una especie de aullido de impotencia y desesperación. No había nada que hacer, solamente se le ocurrió agarrar la taza y estamparla contra el suelo. No se molestó en llamar a la sierva para solicitar que le trajese otra, directamente cogió la jarra y bebió de ella hasta apurar su contenido. A la hora de la cena la encontraron allí, profundamente ebria, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados y con las mejillas húmedas de lágrimas.

Berenice golpeó la puerta entreabierta de la habitación de la pitia para advertir de su presencia. El rostro de la joven sacerdotisa apolínea estaba pálido, y sus ojos levemente enrojecidos tras haberse convencido a sí misma,

durante toda una noche en vela en la que le había sido imposible dormir ni un solo instante, de que sus elucubraciones no eran meras sospechas, sino la cruda realidad.

—¿Puedo pasar, Aspasia?

—Entra, entra —animó una sonriente pitia—. Y siéntate.

Berenice no sabía cómo comenzar y decidió hacerlo hablando de cosas banales, mientras tanto reuniría el valor necesario para decirle a su amiga de una buena vez lo que pensaba de ella. Era una tarea dura y difícil, pero había tomado una serie de decisiones y tenía que llevarlas a cabo lo antes posible. Ya no había tiempo.

—¿Qué bebes en esa cótila?, ¿vino pajizo? —se interesó mirando el dorado líquido del recipiente que Aspasia tenía al lado.

—No, es cerveza, el vino egipcio de los pobres, pero alegra tanto como el que más —anunció la joven pitia manteniendo la sonrisa—. Aristóteles decía que los borrachos de vino caen de frente y los de cerveza hacia atrás.

—¿Por qué?

—Porque el vino pone pesada la cabeza, pero la cerveza adormece —aseguró Aspasia, echando un trago—. Toma, pruébala.

—Es buena —afirmó Berenice tras probar un sorbito—. ¿De dónde la sacas?

—Nuestras siervas la compran en un puesto del mercado —informó Aspasia con una sonrisa de oreja a oreja—, es baratísima, una metreta vale un dracma.

—Hoy pareces muy contenta —observó Berenice—, ¿a qué se debe? ¿A la cerveza o a otra cosa?

Aspasia rio.

—Creo que por fin tengo un camino para demostrar matemáticamente el fallo en la paradoja de Aquiles y la tortuga, aunque no tengo claro de qué forma plantearlo.

—¿Cómo dices? —preguntó Berenice meneando la cabeza confusa.

—¿No recuerdas? —inquirió la pitia—. La paradoja de Zenón... ¡Mira!

Una emocionada Aspasia tendió a Berenice un rollo de papiro lleno de signos, letras y números, pero la joven sacerdotisa no comprendió nada de lo que vio y tampoco tenía ninguna gana de ponerse a estudiar los avances intelectuales de su antigua amiga. Había ido allí por otro motivo.

—He hallado la forma de sumar cantidades infinitamente pequeñas para que arrojen valores finitos —explicó Aspasia, señalando con su pluma el resultado de la fórmula.

Las dos jóvenes quedaron en silencio, estudiándose la una a la otra y llegando a la común premonición de que la conversación que estaban manteniendo iba a desembocar en algo completamente distinto.

—Aspasia, dime la verdad, ¿estabas tú envenenando a Helena? —lanzó Berenice a bocajarro.

—Al final podré demostrar que Aquiles terminará ganando la carrera irremediabilmente —dijo Aspasia intentando anular el nuevo tema.

—Le dabas veneno a diario, en pequeñas dosis, suficientes para enloquecerla ¿no es así? —preguntó de nuevo la joven—. ¿Cuál era, jugo de adormidera, de lechuga silvestre, de hierba mora, ponzoña de liebre marina?

Aspasia repasó satisfecha el papiro, fingiendo no haber escuchado a Berenice.

—Me ha costado más de dos años acercarme a una solución matemática —reconoció lentamente Aspasia mirando al vacío—, pero aquí tengo algo que vale la pena, aunque todavía esté inconcluso. ¿Sabes cuál fue el error al principio? Presuponer que la distancia que en todo momento separa a Aquiles de la tortuga es un segmento de recta que contiene puntos infinitos, por lo que realmente resultaría imposible llegar a un final.

Aspasia apoyó la barbilla sobre su puño y siguió meditando en voz alta, mientras Berenice la miraba boquiabierta, sin entender por qué la pitia estaba actuando de esa forma.

—Pero eso fue porque tenía en cuenta la noción del infinito clásico de Aristóteles, el infinito como algo inalcanzable.

Berenice se dio perfecta cuenta de que Aspasia la estaba escuchando, aunque simulase no hacerlo, probablemente le había sorprendido la acusación y estaba valorando cuidadosamente qué responder; o bien cabía la lamentable posibilidad de que no le importase en absoluto el tema que estaban tratando, que la salud y la propia vida de Helena le resultasen indiferentes, que en realidad le pareciese despreciable la vida de cualquier ser humano, y también lo que ella pudiese pensar de tal conducta.

—El mundo ideal platónico existe en las matemáticas, Berenice —anunció la pitia sonriendo en estado de éxtasis—, y es posible hacer operaciones con números infinitos, porque, sea cual sea la distancia recorrida en la carrera de Zenón, los puntos del trayecto serán alcanzados siguiendo un orden numerable sin olvidar el espacio que en cada momento separa a Aquiles de la tortuga.

—No me estás escuchando —dijo Berenice mirándola fríamente.

La pitia enrolló lentamente el papiro que contenía sus operaciones matemáticas y lo arrojó al rebosante cofre que siempre tenía a sus pies.

—Tu afición a las adivinanzas de la poetisa Cleobulina de Lindos y otros juegos de ingenio está yendo demasiado lejos... ¿por qué crees que yo la estaba envenenando? —inquirió repentinamente Aspasia con una tranquilidad pasmosa.

La joven sacerdotisa tomó aire.

—¿Y quién si no? Todos sabemos cuánto la odias.

—No la odio —negó Aspasia—. La desprecio, sin más.

—No es cierto —cortó Berenice, conteniendo la furia que le producía la impasibilidad de la pitia—. Creo que no sabes llevar a la práctica la máxima «conócete a ti mismo», tú desprecias a todo el mundo, pero a Helena la odias e incluso... la envidias.

Aspasia rio, sacudió la cabeza y echó otro largo trago de cerveza.

—A mí no puedes engañarme —continuó la sacerdotisa—, hemos tenido muchas conversaciones y siempre he sabido sacar conclusiones acertadas de las mismas. Conozco tu psique, tu alma, y no se me escapa cuánto anhelas llegar a esa divinidad, a esa inmortalidad propia de los dioses que tan difícil es de alcanzar. Pero tú quieres lograrla a cualquier precio y usas de todas tus cualidades para ello, deseas ser recordada y admirada, aunque no sepas cómo e ignores qué límites poner. Aspasia, la gran pitia, o Aspasia, la gran matemática, te da igual de qué forma pases a la Historia, solamente ambicionas que tu nombre perdure a través de los siglos.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Aspasia—. ¿Y crees que necesito deshacerme de la estúpida Helena para lograrlo?

—No creo que quisieras deshacerte físicamente de ella, solamente provocarle demencia para eliminar ese poder que tiene y al que tú no puedes aspirar, y que no es ni más ni menos que la verdadera conexión con la Diosa. Por eso deseabas meramente idiotizarla y hacerla inservible para el cargo que ambas ostentáis, así tú serías la única y gran sibila de Delfos.

—¿Y qué si fuese así? —preguntó la pitia—. En la guerra por el poder cualquier estrategia vale.

—¡¿En qué guerra?! —gritó Berenice—. Será en la tuya particular... ¿Y si alguna vez soy yo la que se cruza en tus planes? ¿También me inducirás a la locura con tus artes y pócimas propias de una despreciable Circe?

—¿De qué pócimas me hablas?

—Crees que soy una niña inocente —dijo suavemente Berenice, intentando serenarse—, pero ya no. Y al igual que tú estudias obsesivamente

física, matemáticas y política, yo me intereso en el comportamiento de las personas, analizo sus movimientos y gestos, indago en los libros que leen, recuerdo las palabras que pronuncian y el tono en que lo hacen. El día que jugamos a la *petteia* me aposté contigo una túnica frente a un libro, un importante tratado que habías mandado copiar para conservarlo en tus aposentos y por el cual matarías por conservar. Jugaste con un interés con el que nunca lo habías hecho y utilizaste la estratagema de sacar un tema de conversación que sabías me iba a poner nerviosa, la visita a mi madre. Usaste de todos tus recursos por tu propio beneficio, sin importarte estar haciéndome daño con tus observaciones. Y entonces me di cuenta de que muchas de mis sospechas eran ciertas, no hay en ti ni un ápice de bondad, solamente avaricia, ambición y egoísmo.

—Recuerda el pacto de sangre que hicimos ante los dioses e invocando a Gaia para que nos castigase si lo rompíamos —recordó Aspasia mostrándose ofendida—. Yo nunca te causaré ningún mal.

—Los dioses no te importan nada, Aspasia, nunca los has conocido por mucho que lo hayas deseado. Ahora me pregunto por qué se te ocurrió proponerme en ese momento aquel pacto. ¿Por un sentimiento de hermandad bueno y loable, o para que si llegara el caso yo mantuviese mi boca cerrada y no te acusase públicamente de los delitos que en un futuro sabías que ibas a cometer?

—¡Qué rebuscada eres! —rio la pitia.

—Quizás... pero no te preocupes, no he dicho nada a nadie hasta ahora, por aquella promesa concreta y por la que también hice a Timarco, quien tampoco te importa en absoluto.

Aspasia pareció sorprendida cuando Berenice nombró a su antiguo amigo, pero no dijo nada al respecto.

—Es cierto que una promesa lleva a la perdición, lo he aprendido bien —continuó la joven, poniéndose en pie—. Y también sé ahora que en casi todo tenía razón Pitia, cuantos más años pasan más cuenta me doy de ello. Posees unos dones impagables y una inteligencia fuera de lo común, pero tu ira y tu prepotencia impedirán que alguna vez llegues a ser feliz. Muchos te amábamos, Aspasia, pero nos estás perdiendo a todos y acabarás completamente sola.

—¿Por qué dices que en casi todo tenía razón Pitia y no en todo? —se interesó Aspasia tras considerar detenidamente la frase de Berenice.

—Porque Pitia jamás creyó en Helena, sino en ti, y en eso estaba completamente equivocada... la verdadera sibila de Delfos, la iluminada por

los dioses, es ella, y no tú, que simplemente eres una espía bien informada y una estudiosa obsesiva.

La joven salió de la estancia dejando a su hermana de sangre sumida en vertiginosos pensamientos. De repente Aspasia golpeó la superficie de la mesa, volvió a coger el papiro repleto de fórmulas y lo desenrolló con toda la rapidez que le permitieron sus ya recuperadas manos. Tenía la solución a la paradoja de Zenón y por fin sabía cómo plantearla matemáticamente.



SÉPTIMO AÑO:

UN JURAMENTO CONDUCE A LA PERDICIÓN



Que Osiris es idéntico a Dioniso ¿quién más adecuadamente que tú, Clea, puede saberlo, cuando eres la jefa de las tíades de Delfos y has sido consagrada por tu padre y por tu madre en los ritos sagrados de Osiris?

Obras morales y de costumbres. Isis y Osiris.
PLUTARCO. Siglo II d. C.

La luz vespertina que entraba por la ventana comenzaba a languidecer sumiendo el aula en una agradable penumbra. Los exiguos rayos solares del equinoccio de otoño eran insuficientes y las lámparas debían encenderse ya a media tarde. Una canción de contenido lascivo, entonada por un grupo de jóvenes juerguistas, llegó a oídos de Plutarco y Berenice a través de la única ventana de la pequeña habitación, pero el divertido argumento de la letra no fue capaz de arrancar una sonrisa ni a uno ni a la otra. Al maestro no le pasaba desapercibido que desde hacía días la sacerdotisa se mostraba demasiado seria para sus alegres catorce años; en sus hermosas facciones se había instalado un rictus de desagrado constante y cada vez salía menos de la vivienda pítica. El paidotriba Lisímaco le había preguntado por ella la semana anterior, extrañándose de no haberla visto por el gimnasio en el último mes, y él se había limitado a responderle que las responsabilidades inherentes de su cargo en el templo la mantenían muy ocupada, pero sabía que ese no era el motivo.

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo? —preguntó el filósofo tras escuchar la aquel día incesante verborrea de la joven.

—Sí, maestro —respondió la joven—. Estoy completamente convencida.

Plutarco estudió detenidamente el rostro de la sacerdotisa, recordando ciertas vivencias del pasado que prefería apartar de su memoria: aquel aleteo de pestañas que recordaba el vuelo de las mariposas en primavera, las finas y largas cejas oscuras que enmarcaban unos profundos y chispeantes ojos tan negros como la noche, la piel tan tersa como la superficie pulida y brillante de

una escultura de mármol de Tasos, y unas manos finas y largas que movía sin parar para completar gestualmente sus explicaciones.

—Supongo que no desconoces que esta teoría de que los vapores del *ádyton* enloquecen y enferman traería problemas a la institución pítica y por ello a la ciudad de Delfos —dijo el anciano con gravedad.

—No quiero hacerla pública —le tranquilizó Berenice tras suspirar—. Solamente ante ti afirmo que se trata de vapores nocivos emanados de la Tierra de forma natural y que su composición es venenosa, muy perjudicial para la salud. No estoy negando que el neuma contribuya en incrementar la manía profética, pero no es ni mucho menos su origen, por lo cual no se haría en absoluto necesario respirarlo... todo lo contrario, no creo ni que sea recomendable. Tú mismo escribiste un tratado narrando que, en una ocasión, el aire de Mileto se corrompió adquiriendo una contaminación infecciosa que producía en las doncellas una grave confusión mental.

A la innegable belleza de su figura, había que añadir muchos otros dones que también poseía en abundancia Berenice, se dijo el sacerdote, como su cuidada dialéctica, una elegante discreción y una inteligencia en absoluto corriente. Y al parecer también una valentía nada habitual, según dedujo de la última parrafada de la joven.

—¿Y cómo sabes todo esto? —se interesó el sacerdote—. ¿Acaso lo has experimentado por ti misma?

—Obviamente —reconoció la muchacha con sinceridad—. Imagino que todas las sacerdotisas que cuidamos en soledad el fuego sagrado en el templo lo hemos hecho alguna vez, y creo que tú también te habrás acercado al supuesto hálito de Apolo para intentar alcanzar la clarividencia. La curiosidad humana es un deseo muy intenso.

El anciano disimuló el gesto de nerviosismo que tal afirmación le produjo, y a la perspicaz Berenice no le hizo falta seguir ahondando en el asunto para saber que Plutarco también había caído en las garras de tan vehemente necesidad.

—No hace falta que me confieses que no conseguiste más que un buen mareo, porque fue lo que me sucedió a mí la primera vez que me aproximé al *ádyton*.

—¿La primera vez? ¿Ha habido más?

—Sí, dos, y no se trataron de simples aproximaciones, sino que llegué a sentarme sobre el trípode.

—Y... ¿con éxito? —se interesó Plutarco algo escandalizado.

—Con éxito rotundo.

Tras superar la conmoción que en un principio le había supuesto la confesión de la joven, el sacerdote pareció gratamente sorprendido y esperanzado.

—¿Así que posees el don sagrado?

La joven asintió:

—Pero no por mascar hojas de laurel, ni por aspirar el gas, ni por purificarme en Castalia. En una ocasión alcancé la clarividencia en un lugar absurdo... dentro de la bañera de casa.

—Mi hermano Lamprias siempre decía que la capacidad adivinatoria está presente en determinadas almas, por lo que veo llegarás a ser una magnífica pitia —pronosticó el maestro con una sonrisa radiante.

—No quiero ser pitia, maestro —dijo Berenice, observando su brazalete en forma de serpiente enroscada—, esto es de lo que te quería hablar desde el principio.

Plutarco abrió los ojos desmesuradamente y los clavó en los de la joven, arrugando el gesto por la contrariedad que las últimas palabras le habían causado.

—Que yo sepa, la única que ha padecido locura es Helena —gruñó—, y no se debió a la inhalación del vapor, sino a un envenenamiento externo del que tú misma me advertiste se estaba produciendo dentro de estas paredes, aunque no supieses o no quisieses decirme quién era el envenenador.

La sacerdotisa apolínea agachó la cabeza, debía mentir a causa del maldito pacto realizado con Aspasia.

—La gran Pitia tenía un cáncer y murió de ello, pero su mente tampoco funcionaba correctamente por las drogas que consumía y por la exposición prolongada a los vapores. Por otra parte, Helena y Aspasia fueron llegando progresivamente a comportarse de una manera agresiva que no era natural en sus caracteres originales y que, según los filósofos o incluso los autores cómicos, se alcanza en determinado estado de embriaguez. En la composición del supuesto aliento apolíneo debe de existir alguna sustancia que actúe de forma similar a la que provoca en las mentes la fermentación de ciertas frutas, pero mucho más potente.

—No es improbable —reflexionó el anciano—. Pero no creo que sea tan nocivo como intentas transmitirme.

—Entonces ¿por qué Pitia caía al suelo exhausta tras cada jornada oracular?, ¿por qué Calandra se abalanzó del trípode como si estuviese presa de un delirio frenético en su primera sesión de vaticinios?, y ¿por qué Helena balbucea palabras sinsentido que a veces tú traduces para el consultante?

—Quizás debido a su edad no soportan los efluvios con igual fuerza que los jóvenes, porque, como siempre digo, el vino no provoca...

—... los mismos efectos en la persona que lo consume —terminó la joven—. Me estás dando la razón, maestro, la sesión mensual sobre el trípode es comparable a una de esas enormes borracheras que han acabado algunas veces con la vida de los bebedores. Se dice que el propio Alejandro Magno murió tras una enorme juerga en la que bebió en cantidades inimaginables; además, las locuras siempre las han cometido los ebrios, Dioniso, Heracles, Filipo, Agamenón y el resto de nuestros héroes, y... y tú bien lo sabes.

—¿Yo? —se extrañó Plutarco.

—Dime por qué has abandonado la costumbre de beber vino... imagino que tomaste la decisión hace más o menos quince años y que fue para no repetir los errores que llegaste a cometer cuando lo ingerías en exceso.

Tras esta última frase, una arrepentida Berenice escudriñó con sus profundos ojos los del filósofo, quien, al comprender, se llevó las manos a las sienes en gesto de profundo dolor y vergüenza.

—Pitia me lo dijo antes de morir, Plutarco —confesó, comprendiendo la angustia que había creado en el alma del anciano.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por el arrugado rostro del viejo sacerdote, que continuaba sin atreverse a mirar a Berenice.

—Sé lo que estás pensando, aunque no te atrevas a preguntármelo —continuó la joven con calma—. No te lo dije antes porque no vi necesidad de hacerlo, tú mismo me hubieses confesado que eras mi padre si hubieras querido que lo supiera.

—¿Y... y por qué lo has hecho ahora? —se interesó el sacerdote con tremendo embarazo.

—Porque vas a morir pronto y esta conversación jamás saldrá de aquí —informó Berenice con calma.

Plutarco se secó las lágrimas con el borde de su túnica, dándose cuenta de que la sacerdotisa rozaba el nivel de conocimiento de los dioses.

—¿También eso lo sabes? —inquirió el anciano perplejo.

—Yo sé muchas cosas —respondió la sorprendente joven con humildad.

El viejo filósofo, maestro, sacerdote y autor de múltiples obras morales y biográficas, el casto de Queronea como algunos le llamaban, tomó tímidamente la mano de Berenice y la retuvo entre las suyas, acariciando los juveniles dedos de la hermosa hija que había engendrado durante un ritual dionisiaco, quince años atrás, sumido en un estado delirante del que únicamente recordaba el rostro excitado de una bella tíade llamada Aganice

sobre el suyo. No quiso decir nada al respecto, no había lugar para cobardes explicaciones ni excusas de ningún tipo, y cualquier palabra pronunciada hubiese resultado tan ridícula como falsa.

—Pero volvamos al origen de nuestra conversación —solicitó Berenice, apartando repentinamente la diestra de entre las manos de su padre.

Plutarco regresó bruscamente a la realidad desde un lugar muy lejano en el tiempo donde su mente había estado perdida largo rato.

—Perdona —murmuró—, estoy intentando asimilar todo lo que me has dicho hoy, Berenice.

—Mi última frase se refería a las cosas que sé... e imagino que será por la digna herencia que me ha dejado mi madre, acrecentada de algún modo por los dones paternos que supuestamente también he recibido.

El anciano la admiró con un tardío orgullo y agradeció interiormente a Pitia que hubiese enrolado a Berenice en aquel barco para que su hija navegase junto a ellos, incluso en aquel momento parecía que era ella quien pilotaba la nave.

—Entonces sabrás quién estaba envenenando a Helena y por qué —afirmó Plutarco con interés.

Berenice esbozó una tímida sonrisa.

—Una promesa conduce a la perdición —dijo tras reflexionar unos instantes—. Estoy segura de que tú hiciste otra hace tiempo y has cumplido tu palabra mediante el silencio y la discreción. Yo debo actuar de igual forma, aunque la persona con la que pacté me haya defraudado, pero la decepción es irremediablemente parte de la vida, al igual que la enfermedad y la muerte, y hay que continuar avanzando con la cabeza alta y fingiendo no sentir.

El moribundo anciano asintió:

—Creo saber quién era la otra pactante —arriesgó—. Pero dime, ¿por qué Aspasia no muestra esos síntomas de locura que me has asegurado provoca el neuma y continúa siendo tan brillante como siempre?

—¿Que no los muestra?! —exclamó Berenice con tranquilidad—. Te aseguro que sí. Nadie la conoce tan bien como yo, ella era una joven tímida y algo acomplejada cuando la encontré aquí, pero no creo que en ella existiese maldad. En realidad no es responsable de su transformación, sufrió el desinterés de sus padres, la férrea educación de su pedagogo, los consejos muchas veces insanos de Pitia, la rigidez intrínseca en nuestro cargo de sacerdotisas apolíneas y su ambición por llegar a ser alguien importante.

—Parece que estoy leyendo la descripción de uno de los protagonistas de mis *Vidas paralelas* —cortó el viejo filósofo—, estás haciendo un análisis del

espíritu de Aspasia sumamente acertado, capacidad esa de la que yo presumo en mis obras y que no es muy común poseer. Pero dime, ¿cómo soporta ella los nocivos efectos de la composición del vapor que emerge de la grieta?

—Ella misma fue quien me descubrió que esa cortina de humo no era el aliento de Apolo ni de Gaia, sino gases subterráneos del interior de la Tierra —recordó Berenice—. Aspasia no solamente tiene una inteligencia capaz de dominar la física y las matemáticas, sino también la manipulación de sustancias, la ciencia de los fármacos y los conocimientos botánicos de los mejores médicos. Sabe cómo preparar inciensos y bebedizos, tanto para dormir como para permanecer despierta, pero también para prevenir la embriaguez e incluso para paliar los efectos de la resaca. Aunque para ello tenga que quemarse las manos o permanecer días enteros aburrída en un *Asclepeion*.

—Y supongo que también para hacer enloquecer gradualmente —arriesgó Plutarco, intentando recabar información.

—No podría confirmártelo aunque estuviese segura de ello, no soy una sicofanta ni quiero ser su verdugo. La pena por el delito de envenenamiento es la capital, pero Helena está viva y por lo tanto no hay crimen. Que los dioses envíen al Aqueronte a quienes ni hayan sido del todo inocentes ni enteramente culpables hasta que expíen sus faltas, o al Tártaro del que ya jamás saldrán, pero yo no actuaré como juez, ni como acusador ni como dios. Solamente quiero añadir que no pienso seguir viviendo en una casa plagada de adictas enloquecidas, en un verdadero nido de serpientes, ni tengo interés en convertirme en una de ellas en el futuro. Así que te ruego firmes cuanto antes un documento de dispensa que me exonere de mi cargo en el templo, me da igual lo que pongas en él, solamente quiero que me saques de aquí cuanto antes, padre.

La joven sacerdotisa dio por finalizada la conversación, se puso en pie y salió del aula con la cabeza muy alta, dejando a un anciano y enfermo Plutarco sumido en el desánimo y la amargura más profundos.

Una esclava aceitaba y masajeaba el cuerpo de Clea cuando Berenice entró en la sala de baño, dispuesta a sumergirse en el agua cálida y perfumada que siempre conseguía tranquilizarla. Tras saludar a la tíade, la propia sacerdotisa apolínea vertió el contenido de las humeantes palanganas en la bañera y, despojándose de la túnica, se hundió en ella por completo. Los negros rizos de su cabello flotaban en la superficie cristalina y solamente su

rostro emergía del líquido purificador, no era necesario ir a la fuente Castalia para sentir aquel placer.

—El agua caliente ablanda el cuerpo —informó Clea, contemplándola desde la camilla de masajes—. Por el contrario, la fría deja la piel tersa y energiza los músculos.

Berenice se incorporó al darse cuenta de que le estaban hablando.

—Se me ha metido agua en un oído —dijo, sacudiendo enérgicamente la cabeza.

Clea rio y repitió su sentencia, dándose cuenta de que la joven no la había oído.

—No sé cuánto tiempo voy a poder disfrutar de esto, amiga mía —respondió Berenice con tristeza—. Imagino que dentro de poco tendré que acudir a los baños públicos, con las incomodidades que ello conlleva.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó la bella tíade, ordenando a continuación a la esclava que las dejase solas.

Berenice jugueteó con el líquido y lanzó un sonoro suspiro.

—Me voy de aquí, Clea.

—¡Por todos los dioses! —exclamó la sacerdotisa dionisiaca, saltando de la camilla y sentándose en el suelo al lado de la tina—. ¡No puedes hacer eso!

—Sí puedo —dijo la joven—. Plutarco me ayudará a solicitar una dispensa a la Anficionía y cuando me la concedan seré libre.

—¿Y adónde piensas ir? —se interesó Clea—. ¿Con tu madre?

Berenice sonrió con tristeza, aspirando el exquisito aroma que despedía el cuerpo de Clea.

—Con mi madre... no sé, ciertamente no tengo adónde ir. Te engañé, Clea, cuando hablamos sobre ella ni siquiera sabía dónde estaba, no la veía desde hace años.

Los ojos azules de la tíade se abrieron de par en par sin comprender.

—Pero hace poco fuiste a visitarla a Cirra... ¿no es así?

—Sí, por primera vez fui a verla. No sé qué pensarás tú de ella, querida, pero te confieso que yo me sentí decepcionada... incluso aterrorizada con lo que vi.

Clea reflexionó unos instantes antes de responder, midiendo muy bien las palabras que iba a pronunciar. Finalmente, apoyó el brazo en el borde de la bañera y se encaró con Berenice.

—Verás, eres muy joven todavía, amiga mía —empezó—. Nos llevamos diez años y en una década se aprenden muchas cosas. Estás en la pubertad y tanto tu cuerpo como tu mente se encuentran en periodo de desarrollo, pero

todavía no posees la madurez necesaria para saber cómo es la vida realmente, porque careces de experiencia. Conocí a tu madre hace tres años, en un momento de mi existencia lleno de problemas tanto corporales como del alma, y que tenía que solucionar sola. Aganice me ayudó en todo, me ayudó sin preguntas ni recriminaciones, sin juzgarme de antemano, como debe ser.

Berenice bajó la mirada avergonzada; una vez Clea le había echado en cara los prejuicios que tanto Aspasia como ella mostraban ante su cargo de sacerdotisa dionisiaca, y se lo estaba recordando de nuevo. También Lisímaco le había advertido en una ocasión sobre los problemas que conllevaba prejuzgar a las personas. Ahora ya no pensaba así, las apariencias engañaban y había descubierto demasiados secretos que se lo confirmaban.

—No voy a negarte que llegamos a cometer... —continuó la tíade—. Bueno... lo que sucede durante las ceremonias en honor a Dioniso debe quedar oculto, ya sabes.

—Lo imagino —dijo secamente la joven.

—Lo que intento decirte es que nadie posee esa honorabilidad ideal que algunas personas exigen, ni hay magistrado público que no sise dinero de tributos y decomisos o aproveche el cargo para su propio beneficio. La idílica existencia en la imaginaria Arcadia es un mito sin fundamento, una utopía, un recurso poético para los cuentos populares. Los años te meten en batallas y hay que pelear con toda la fuerza posible para vencer, aunque durante la lucha se realicen actos innobles.

—¿Estás tildando un crimen de mero acto poco honorable? —preguntó Berenice.

—Verdaderamente no sé quién fue más criminal, si él, nosotras, o si fueron las deidades quienes así quisieron que sucediese —respondió Clea, dándose cuenta de que la sacerdotisa apolínea intuía el asesinato de Calixto—. Yo le tenía por un dios viviente, pero él me pegaba, me humillaba y se desentendió de mí después de utilizarme. El hecho fue investigado y juzgado por las autoridades, y se emitió una sentencia. Imagino que no ignoras que muchas veces los inocentes son condenados y los culpables quedan libres, y no por ello los jueces se convierten en asesinos o cómplices, todos aceptamos sus veredictos aunque no estemos de acuerdo con ellos y no apliquen la máxima de Demóstenes, quien decía: «No juzgues antes de oír a las dos partes». En realidad, no existe la justicia en este pervertido mundo, Berenice, si la hubiera las mujeres no llevaríamos la miserable existencia a la que nos obligan las leyes. Los dioses también son crueles y cometen actos malvados,

la literatura de nuestra civilización así lo demuestra, y nosotras debemos defendernos con nuestros propios medios.

—Nuestra civilización, nuestra cultura, nuestra religión... —dijo Berenice con amarga sonrisa—. ¡Qué poco queda para que dejen de existir!

—Sé cómo piensas. Estuve reflexionando sobre las afirmaciones que lanzaste el día que fuimos a visitar a Eurídice.

—Es cristiana —escupió la joven.

—Lo sé —respondió Clea para asombro de Berenice—. ¿Y qué podemos hacer nosotras? Hay cientos como ella, miles, quizás millones. Este mundo cambiará, querida, igual que ha ido cambiando durante los últimos siglos, ignoro si a mejor o a peor, pero no será el mismo. Los cristianos impondrán una nueva filosofía y después de esta nacerá otra más y quizás los seres humanos se vayan a vivir a los astros o a los siete planetas, al igual que desde hace mil años los griegos nos expandimos por las nuevas tierras e islas que íbamos descubriendo. Si tienes en cuenta esta sucesión eterna y constante de cambios, te darás cuenta de que lo que hagamos tú y yo, dos pequeñas hormigas atrapadas en un momento del tiempo y en un lugar del espacio, carece de relevancia.

Berenice alzó las cejas asombrada.

—De todas formas no tienes demasiadas opciones, o te quedas, o te vas con tu madre, o contraes matrimonio con uno de tus cientos de pretendientes. Y ahora sal de ahí y sécate bien —aconsejó la tíade—, no vayas a coger frío.

La joven se levantó de la bañera de agua ya tibia y se envolvió en una toalla. Clea palmoteó para que una esclava acudiera y cuando lo hizo le pidió un par de túnicas limpias para ambas. Se vistieron en silencio y a continuación salieron al patio de la casa con el objeto de ir a sus respectivos quehaceres, pero, antes de separarse, Berenice tomó la mano de Clea y le propinó un breve beso en la mejilla.

—Perdóname —dijo—. Te juzgué mal desde el principio a causa de algunas influencias externas que recibí. Pero quiero que sepas que cuando abandone este lugar, tú serás una de las personas a las que más añore.

—Agradezco tus palabras, Berenice —murmuró Clea—. Solamente quiero que pienses bien lo que vas a hacer, no te precipites.

Berenice asintió, pero antes de que la tíade se fuese hacia el templo, la agarró del brazo y le hizo una última pregunta.

—Oye, Clea, ¿pensaste alguna vez en casarte?

La hermosa mujer miró a la joven fijamente y decidió ser completamente sincera en su respuesta.

—Una solamente, pero jamás volveré a intentarlo. He meditado mucho y creo que la felicidad matrimonial no existe en nuestra época, o dura un suspiro; al poco tiempo de las nupcias llegan las preñeces, la educación de los hijos y los problemas que mantienen atareadas a las madres sin dejarles pensar en sí mismas, y eso si se tiene la suerte de sobrevivir a los partos. Cuando el último hijo de la prole deja el hogar, como es ley natural, las mujeres se miran al espejo y encuentran la cara y el cuerpo de una vieja abandonada que no ha hecho nada en su vida, excepto criar los hijos de su marido en soledad. Mientras todo esto sucede en la existencia de la mujer, el esposo va a la guerra, realiza negocios, interviene en la política, asiste a fiestas, conoce otros mundos y a otras mujeres, y a su vuelta al hogar encuentra a la fea y marchita vieja del espejo. Entonces el hombre, animal orgulloso y libidinoso por naturaleza, desprecia a la esposa por su vetustez y, sin reconocer que él ha envejecido tanto o más que ella, continúa pavoneándose y buscando encuentros con ninfas cada vez más jóvenes o con efebos.

Berenice reflexionaba mientras escuchaba cuán cierto era aquello en parte, tanto en la existencia humana como en la de los dioses; la mismísima Gaia había sufrido aquel abandono y su puesto había sido ocupado por sus descendientes, restándole importancia y relegándola a un segundo puesto. Quizás Clea era muy radical, pero había sufrido demasiado como para no acabar poniéndose una coraza en el alma que la protegiera de los hombres para siempre jamás.

Berenice llamó a la puerta del dormitorio de Aspasia, como tantas otras veces había hecho desde que su antigua hermana se había convertido en pitia, pero con la diferencia de que esta iba a ser la última. La voz de la ya única sibila de Delfos resonó dándole permiso para que entrase, y Berenice lo hizo sin ninguna dilación, ansiando dar salida a las terribles certezas que pudrían su alma, tan penosas que herían mortalmente su interior, y a las que debía dar salida a través de sus labios para encontrar la paz que no hallaba.

—He venido a despedirme —anunció.

Aspasia levantó la mirada de los papiros amontonados sobre su mesa con gesto de extrañeza.

—¿Cómo dices? —preguntó para asegurarse de haberlo oído correctamente.

—Me voy —reconfirmó Berenice—. No puedo seguir aquí.

—¿Po... por qué? —volvió a preguntar la pitia.

—Por ti. Quizás me vaya a Cirra, a casa de mi madre, si quiere recibirme... No quiero continuar viviendo contigo y convertirme en tu cómplice al no denunciarte.

—¡¿Pero qué estás diciendo?! —escupió Aspasia, irritada.

La joven sacerdotisa sacudió la cabeza.

—Vamos a dejar de engañarnos, ahora ya no hay ninguna necesidad.

—No sé a qué te refieres, ya te dije la verdad.

—No toda, pero yo te la voy a contar y así la completamos —amenazó la joven.

—Te escucho —dijo la pitia pacientemente, cruzándose de brazos.

—Te ponías la máscara del rostro de Helena —comenzó Berenice con la misma calma que si estuviese relatando el argumento de una tragedia—, ese gambox de cera que ordenó fabricar Pitia cuando te hacías pasar por ella en el *ádyton* y que aún conservas, y te ibas a veces a su dormitorio, situándote en el lugar de la habitación donde estaba el espejo que tenía la superficie totalmente borrosa. Supongo que la primera vez fue tras una sesión oracular, cuando ella dormía en su lecho completamente ebria por los vapores de la grieta y no distinguía bien la realidad de lo onírico, ya que nunca supo aguantar el neuma tan bien como tú, porque no disponía de tus antídotos. Posteriormente ya no hizo falta esperar al séptimo día del mes para confundirla, ya se encontraba en un constante estado de delirio después de que hubieses comenzado a darle tus dosis, y tú continuabas llamándola frecuentemente, ubicándote entre las sombras de la pared. Ella se levantaba casi en sueños y bebía de la copa que su propio yo le ofrecía, sedienta por las resacas nocturnas e ignorando que esa imagen era su rival disfrazada. A su entender, en la habitación no había nadie, con lo que no podía acusarte ni intentar alejarse de ti, simplemente porque la infeliz nunca supo que eras tú y ni tan siquiera sabía en su trastorno que estaba ingiriendo una sustancia peligrosa, sino simple agua fresca, porque el veneno que le dabas era tan insípido e incoloro como el líquido en el que estaba diluido. Usaste para tu escenografía la sensación de desdoblamiento que se alcanza en el *ádyton* y a la que tan acostumbrada estaba Helena, percepción que yo también viví las dos veces que me subí al trípode y que imagino tú jamás habrás experimentado, porque nunca te has visto mágicamente inspirada. Pero sabías de ella, has leído muchas anotaciones sobre las reacciones de las pitias a lo largo de la Historia, e incluso experiencias manuscritas por las propias sibilas en documentos que se guardan en el archivo pítico.

Aspasia boqueó, pero ni un solo sonido salió de su garganta. Carraspeó ligeramente y finalmente preguntó:

—¿Cómo se te ha ocurrido esta historia tan absurda?

—Tras encadenar varias vivencias y atar cabos —respondió Berenice—. Cuando fui a ver a mi madre, ella se fue acercando a mí con su rostro blanqueado y sus rasgos casi idénticos a los míos y, en la oscuridad de la habitación y en un momento dado, me pareció ver mi propia imagen reflejada en un espejo, o desdoblada, como te digo que me he visto a mí misma en el *ádyton*, de tan similares que somos a pesar de la diferencia de edad. Poco después, fui una tarde a la alcoba de Helena para leerle algo, como tenía costumbre; el día anterior habíamos mandado quitar el espejo de la pared para que ella no se autolesionase o llegara a atacarnos a las demás con trozos punzantes si le daba por romperlo. Parecía impresionada por la ausencia del objeto y pensé que lo extrañaba, por eso le mentí, diciéndole que estaban puliendo la gastada superficie y que se lo traerían cuanto antes, aunque no tuviésemos ningún interés en devolvérselo; pero extrañamente me confesó aterrorizada que no quería volver a tenerlo allí. Al principio creí que cada vez estaba más enferma de la mente y que desvariaba, pero más tarde me di cuenta de que aquel día estaba más lúcida que otros, probablemente porque la noche anterior no habías podido darle la dosis, y me estaba avisando de que algo raro sucedía con lo que consideraba era su propia imagen reflejada en él, cosa que me reconfirmó cuando regresó del sanatorio ya más recuperada.

Berenice tomó aire profundamente y preguntó sin esperar ser respondida.

—Hay sustancias que crean daños en el cerebro e imposibilitan discernir entre visiones fantásticas y realidad, como la hierba mora o algunos otros jugos que incluso pueden provenir de los animales, ¿no es así?

—Sí —dijo la pitia sin molestarse en disimular—. En realidad se trataba de veneno de cobra real.

Berenice sonrió dolorosamente, comprendiendo de dónde había surgido la idea de Aspasia antes de que pronunciase la siguiente frase.

—Tú misma me llevaste al lugar en el que aprendí algunos de los efectos de los venenos de las serpientes, que posteriormente me proporcionaba un encantador egipcio que actuaba en el mercado.

—Lo sospeché, de otra forma no hubieses resistido tanto tiempo aburriéndote en un sanatorio —afirmó Berenice—. Sabía que no te ibas del *Asclepeion* porque estabas sacando algún beneficio intelectual, ya que ni tu propia salud te importa demasiado.

—Eres muy lista —dijo la pitia con cierto sarcasmo.

—Es posible, porque todavía sé más cosas —prosiguió la joven—. Tú mataste a Calandra, ¿verdad? Después de que Pitia se quejara de la incompetencia de la pobre mujer tras su primera sesión oracular y expresara sus deseos de que no se repitiera, los dioses parecieron escucharla y Calandra apareció muerta. Reconozco que llegué a creer que la asesina había sido la propia Pitia cuando me comentaste que Plutarco había asegurado que la causa del fallecimiento había sido la cicuta; o bien Helena, porque durante la conversación tras el fracaso de Calandra emitió su primer vaticinio asegurando que no habría una segunda sesión oracular con ella como profetisa. Pero no fue ninguna de las dos, fuiste tú, viste la oportunidad de convertirte en sibila de Delfos cuanto antes y no ibas a desaprovecharla, así que cogiste el frasco de cicuta que Pitia usaba para sus cataplasmas y lo guardaste entre tus ropas, luego subiste con Clea y Helena al dormitorio donde ya Calandra se había refugiado para intentar reponerse de su disgusto, y yo me fui a hacer el turno de guardia en el templo. Clea, como siempre, se durmió como un tronco al meterse en la cama, y Helena poco después; pero Calandra continuaba despierta, gimiendo de vergüenza sin encontrar sosiego, así que fingiste querer darle apoyo y le propusiste ir a charlar mientras degustabais una copa de calmante vino dulce en el comedor. Cuando acabé mi guardia y la encontré muerta en el suelo, mi mente se nubló, yo estaba cansada y la imagen me impactó como el golpe de un ariete sobre un portón, por lo que no pude razonar lógicamente, aunque lo que contemplé me quedó bien grabado a pesar de que yo era solamente una niña. Comencé a hacerme preguntas durante la semana posterior en la que caí enferma con fiebres, pero entonces no encontré respuesta para ellas. ¿Por qué la copa de Calandra estaba al lado de su mano y no sobre la mesa? Luego supe que la muerte por envenenamiento con cicuta conlleva una parálisis progresiva, según Platón en su obra sobre el fallecimiento de Sócrates; al parecer se producen convulsiones previas a una paralización que empieza por los pies y va subiendo hasta el corazón, y no creo que cuando Calandra tuviese la primera convulsión y comprendiese que acababa de ser envenenada, intentase huir poniéndose en pie y manteniendo una copa en la mano. Aunque resultaba más lógico que todos pensasen que se había suicidado si el arma letal se encontraba cerca de ella, visualmente es así porque estamos acostumbrados a ver obras de teatro en las que la suicida cae al suelo acompañada del mortal receptáculo de ponzoña... «pura tragedia griega», como diría un romano. Pero cometiste un segundo error estúpido, todavía más impropio de tu inteligencia, porque Calandra era zurda, como tú de niña, pero a ella no le

habían corregido el defecto y seguía realizando la mayoría de las actividades con la mano izquierda, como, por ejemplo, beber. Me contaste cómo tu pedagogo te había castigado duramente para que corrigieses tu zurdera, así que comprendí que tu empeño por superar el defecto en tu infancia te había jugado una mala pasada a la hora de falsear la escena del crimen, y situaste la copa junto a la mano equivocada... la diestra. Obviamente, en aquellos momentos no te paraste a meditar, todo fue muy rápido y actuaste de forma mecánica.

—No solamente eres muy inteligente, sino que debes de poseer también el don profético —reconoció Aspasia, admirándola—. Se nota que eres hija de un gran erudito y de una mujer dotada de clarividencia.

Berenice sonrió sarcásticamente.

—Ahora confirmas que ya sabes quiénes son mis padres y supongo que lo sabías desde el principio —dijo Berenice atando su rabia—. Tu recomendación de que no esperase demasiado de mi madre y demorase la visita, y tu rechazo ante la posibilidad de que el casto de Queronea fuese mi padre, estaban tan estudiados como la propuesta de realizar un pacto de sangre conmigo.

—Compréndelo, Berenice —dijo Aspasia con tranquilidad—. Desde el momento en que pisaste esta casa supusiste para mí un enorme peligro. Éramos de edades similares e íbamos a coincidir temporalmente como candidatas para el cargo más importante al que una mujer puede aspirar. Pitia te adoraba y decía que en ti se juntaban las mejores virtudes para llegar a ser la profetisa perfecta, la gran sibila de Delfos; lo tenías todo para ella, el don y la inteligencia, pero para mí eras una simple bastarda injustamente llena de virtudes que iba a hacer tambalearse mi gran sueño. La diferencia de edad jugaba a mi favor, eras una niña inocente y muy fácil de engañar, así que intenté llevarte a mi terreno a la vez que ideaba cómo indisponerte con todos. Te obligué a contemplar un ritual de Clea que te asquearía; me burlaba de la supuesta conexión de Helena con Gaia y de su pobre cultura; rebajaba a Eurídice reprochándole su servilismo y un estúpido comportamiento impropio de una mujer libre para que igualmente la denostaras; te hice perder esperanzas con tu madre y negué rotundamente que tu supuesto padre fuese Plutarco. Pero me di cuenta de que te daba igual, eras una infeliz que amaba a todos porque no sabes odiar... jamás llegarás a ser la temible pitón en que Pitia te recomendaba convertirte.

El rostro de Berenice se había ido desencajando a cada frase de la increíble confesión de Aspasia, pero consiguió mantenerse serena y, como en

una ensoñación, dijo unas palabras que jamás hubiese querido pronunciar.

—Eres un ser despreciable y me das lástima. Si los dioses existen, cosa de la que no dudo, te espera toda una eternidad en el Tártaro, rogando a gritos el perdón al alma de Calandra para...

En ese instante entró en la habitación de Aspasia una horrorizada Helena, avanzando tan lentamente como si los pies le pesasen un talento cada uno, acercándose a ellas con los efectos del vino presentes en su rostro desencajado.

—Os... os he dicho muchas veces que vuestras conversaciones se oyen perfectamente desde mi antigua habitación —anunció Helena—. La pared medianera que levantaron para dividir la estancia de Pitia debe de ser de papiro, y hoy has tenido la mala suerte de que yo me encontrase al otro lado, Aspasia.

Todo sucedió en un instante. La recién llegada se abalanzó sobre la joven pitia, cuya túnica empezó a teñirse de rojo, y Berenice se levantó de un brinco para ayudar a la ensangrentada Aspasia, mientras Helena huía de la estancia con un gran cuchillo en la mano.

El alarido lanzado por Berenice retumbó por toda la vivienda, la esclava que primero llegó hasta la habitación de la pitia gritó todavía más fuerte y poco a poco fueron arremolinándose alrededor de la escena todas las sirvientas de la morada pítica, además de una horrorizada Clea acompañada por una de las tíades gemelas. Una de las cocineras corrió al interior del templo para avisar a Plutarco, seguramente se encontraría allí, preparando junto a Flavio Aristótimo y Nicandro la próxima fiesta religiosa que iba a celebrarse en Delfos.

El anciano sacerdote, seguido por sus compañeros, penetró jadeante en el dormitorio de Aspasia. Allí estaba la joven pitia, desangrándose entre los brazos de una llorosa Berenice, mientras Clea luchaba por taponar la herida presionándola con sus manos.

—¡Ayudadnos! —rogó a gritos la tíade tras haber comprobado que el resto de los que estaban allí eran incapaces de hacer nada.

Flavio Aristótimo relevó a Berenice y esta se aproximó al cofre donde Aspasia guardaba sus túnicas, mientras los dos hombres y Clea tumbaban a la joven en el lecho contraviniendo la orden de tocar directamente el cuerpo de la pitia délfica. Berenice sacó uno de los gastados vestidos de Aspasia y lo hizo trizas, rasgándolo a tiras para improvisar un vendaje. La tíade ya lavaba

con vino la carne acuchillada de la frágil mujer, no sin antes haber obligado a los inútiles espectadores a que abandonasen la habitación; aquello no era un espectáculo público y si nada iban a hacer, solamente podían irse a los cuervos de una buena vez. Entre todos los sacerdotes cubrieron fuertemente la herida de Aspasia y, una vez realizado el vendaje, Flavio Aristótimo salió corriendo de la habitación para ordenar a una esclava que fuese a buscar al médico que atendía en la morada pítica. Plutarco estaba pálido como un muerto y se llevaba la mano al pecho sin aliento.

—Siéntate, maestro —dijo Clea, fijándose en él y acercando una silla al anciano.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó pasados unos instantes.

—Helena le ha clavado un cuchillo —respondió Berenice, mirando con congoja cómo la mancha de sangre se iba agrandando sobre la venda de Aspasia.

—¿Y dónde está Helena ahora, Berenice? —casi rugió Plutarco con el rostro desencajado.

—No lo sé —murmuró la joven, desesperada.

—Tenemos que dar con ella —dijo Plutarco—. Clea, Nicandro... avisad a los guardias para que la busquen, no puede haber ido muy lejos.

Ya a solas con Plutarco, Berenice perdió los nervios y comenzó a llorar amargamente mientras sostenía la mano de Aspasia entre las suyas, esa mano izquierda que tanto sufrimiento le había traído en su infancia y que todavía mostraba unas manchas oscuras tras haberse quemado durante sus experimentos.

El médico llegó jadeando, acompañado por el resto de los sacerdotes, y se puso de inmediato a revisar la herida de la joven pitia y a tomarle el pulso. A continuación extrajo una serie de frascos, limpió de nuevo la brecha con agua y sal, y vertió una sustancia incolora sobre la misma antes de empezar a coserla con una pericia propia de la mismísima Ariadna, la tejedora que había ayudado a Teseo a escapar del laberinto del minotauro. Mientras tanto, Berenice rezaba en silencio a todos los dioses, a cualquiera de ellos que quisiera escucharla, a la vez que contemplaba el cuerpo convulso de la famélica pitia luchando por sobrevivir a toda costa.

Plutarco jadeaba, casi no podía respirar. Entre Nicandro y Flavio Aristótimo trasladaron al viejo filósofo al comedor, le dieron una potente droga para calmar su desgarrado ánimo y le aconsejaron que regresase a su casa para descansar. Pero Plutarco miró a ambos y negó con la cabeza, él no

se iría de allí hasta que no tuviesen noticias del paradero de Helena, a quien ya los soldados buscaban por todos los rincones de la ciudad.

Las horas fueron pasando y ya comenzaba a oscurecer cuando los guardias retornaron cabizbajos a la vivienda. Era necesario dar la voz de alarma a la totalidad de la soldadesca de Delfos porque no habían encontrado ni rastro de la pitia Helena.

—No —rugió Plutarco con furia—. No podemos hacer esto público todavía. Si los delfios descubren lo que ha sucedido, el pánico se extenderá por toda la ciudad.

—Pero señor... —comenzó a quejarse el centinela Sóclaro.

—De momento tenemos que actuar con toda la discreción posible —dijo el sacerdote con dignidad—. Si alguno de los dos decís algo, os cortaré la lengua yo mismo.

Flavio Aristótimo, con el rostro descompuesto, alzó los hombros en señal de incompreensión... ¿qué proponía entonces su compañero?

Plutarco se levantó pesadamente de la silla y, seguido por Aristótimo, cruzó el patio de bella columnata jónica hasta la habitación de Aspasia, donde Clea y Berenice rodeaban a la enferma a la luz de las velas mientras entonaban oraciones, a la vez que el médico cambiaba los vendajes. El anciano filósofo golpeó delicadamente la espalda de Berenice conminándola a acompañarle fuera, y la joven obedeció sin oponer resistencia. Tenía el rostro tan blanco como la cera y la mirada perdida, como si estuviese flotando en un terrible sueño.

—Tú eres la única que puede saber dónde está Helena —dijo Plutarco, zarandeándola levemente para que regresase a una realidad en la que parecía no estar presente.

—No, yo no lo sé —murmuró.

—Ven conmigo.

El maestro la agarró fuertemente del brazo y la condujo al templo a través de la puerta que comunicaba con la vivienda. Allí se encontraba la tíade Lisila avivando el fuego. La muchacha mostró su turbación cuando el anciano la obligó a abandonar su puesto hasta nueva orden, pero obedeció sin rechistar a pesar de no comprender el porqué de tan extraño mandato. La llama sagrada del altar de Hestia se apagaría trayendo una maldición a Delfos, pero Plutarco era el sacerdote jefe y no podía discutir con él, aunque a Flavio Aristótimo también le hubiese parecido una insensatez, a tenor de su gesto.

—Baja al *ádyton* y dinos dónde está Helena —obligó Plutarco a Berenice ante el rostro horrorizado del otro sacerdote.

—¿Qué estás diciendo, Plutarco? —preguntó Aristótimo atónito ante lo que estaba oyendo.

—No... no quiero —se negó Berenice.

—¡Masca laurel, bebe agua y sube al trípode! —gritó el anciano perdiendo la paciencia.

El alarmadísimo Flavio Aristótimo rezaba arrodillado a Apolo, pidiendo perdón por el sacrílego acto que estaba llevándose a cabo en el templo. Sin creer lo que veían sus ojos, contempló a la joven sentándose en el trípode, alzándose sobre el hálito de Apolo y aspirándolo tranquilamente, como una experimentada profetisa. Plutarco también oró en silencio una plegaria y, tras hacerlo, se aproximó todo lo que pudo al *ádyton*, preguntando con voz clara y fuerte sobre el paradero de la pitia Helena.

El alma de Berenice salió de su cuerpo y se elevó rápidamente, viendo Delfos con los ojos del espíritu. La ciudad, aquel lugar mágico situado al norte del golfo de Corinto y escondido tras la corona del alto Parnaso, estaba sumida en la penumbra del anochecer. Por la ladera del monte, contempló la figura de una mujer de mediana edad ascendiendo a trompicones por el largo sendero que llevaba a la cueva Coriciana; era Helena la que avanzaba casi a oscuras, embriagada, arañándose los tobillos con las plantas y resbalando por la dificultad del camino. Después Berenice vio que entraba en la gruta y encendía una de las lucernas de la caverna, para penetrar a continuación en ella y recorrer frenéticamente una a una las estancias a través de innumerables galerías rocosas, buscando algo o a alguien. Finalmente la visualizó tumbada en el frío y húmedo suelo, arrebujada en la capa de piel y mascando serenamente hojas de laurel.

—Está... está en la cueva Coriciana —murmuró la garganta de Berenice con su profunda voz.

El todavía asombrado y tembloroso Flavio Aristótimo sintió que el vello se le erizaba a causa de una ráfaga de viento procedente de alguna parte, que también apagó el ya exiguo fuego sagrado del altar que tenía a sus espaldas. Repentinamente la Tierra rugió y el santuario pareció temblar por unos instantes, como si una mano gigantesca lo estuviera agitando. Plutarco y Berenice se miraron confundidos y la sacerdotisa alzó la mirada hacia el óculo del templo, por donde llegaban unos extraños ruidos acompañados de ladridos de perros. Sintió impotente cómo las placas tectónicas que convergían en la grieta se desplazaban ligeramente, pero con la fuerza suficiente para provocar que el trípode se tambalease. Una nueva y brusca

sacudida arrojó a Berenice contra el suelo del *ádyton*, y la joven chilló de dolor al sentir cómo su tobillo se fracturaba.

La mujer salió de su casa y corrió entre los cientos de ratas que parecían huir despavoridas de la costa hacia el interior, alejándose frenéticas de un mar que parecía hervir. El instinto de los roedores los impulsaba a salir a docenas de los barcos, del muelle, de sus madrigueras y de cualquier lugar donde hubiesen estado escondidos, buscando la salvación de algún terrible peligro que los acechara. A esta horda inmunda se unieron los perros vagabundos, las serpientes y los demás animales de la ciudad portuaria de Cirra, mientras muchos de sus habitantes abandonaban sus casas preguntándose qué era lo que estaba pasando.

Aganice se situó frente al mar y observó que la línea del horizonte comenzaba a teñirse de un color amarillento, como si fuese a amanecer en plena noche. No necesitó demasiado tiempo para comprender que Tifón, el terrible hijo de Gaia provocador de catástrofes, había emergido del seno de la Tierra y estaba empezando a batir furiosamente sus alas. Inmediatamente tuvo la certeza de que Cirra, Itea y el resto de las ciudades del litoral iban a sufrir un maremoto, y posiblemente las del interior un terremoto de intensidad desconocida. Desesperada, se dio cuenta de que uno de los lugares en los que peores consecuencias podía llegar a tener era Delfos, ya que muchos de sus edificios se habían levantado sobre terrazas artificiales construidas en las laderas del monte; y aún más concretamente en el templo de Apolo, erigido sobre una grieta de la piel de la Diosa, en un punto en el que la Tierra ya estaba previamente rota y donde su única y querida hija vivía.

La primera sacudida fue leve, un mero aviso de la Madre Tierra, pero suficiente para que los habitantes de la ciudad costera no ignorasen lo que iba a ocurrir, ya que era una zona propensa a sufrir seísmos y movimientos telúricos desde tiempos remotos. Aganice fue hacia el *ágora* previniendo a las gentes con las que se cruzaba y recomendándoles que corriesen lo más velozmente que pudieran hacia el interior, hasta la llanura pelada de árboles y edificios que separaba Cirra de Delfos, mientras a su mente llegaban pensamientos que repetían una y otra vez la imagen de Berenice. Repentinamente escuchó un ruido que salía de la corteza terrestre, un grito de Gaia anunciando un segundo y más violento temblor que provocó que aquellos que se encontraban todavía en la ciudad portuaria cayesen al suelo entre alaridos y exclamaciones de angustia y dolor. Aganice fue una de ellas,

y en el preciso instante en que iba a levantarse sintió una fuerte visión de su hija en el *ádyton* del santuario, inmovilizada por una rotura en su tobillo, tendida justo al lado de la cicatriz de la Tierra. La joven llamaba a gritos a dos hombres, a dos sacerdotes que supuestamente estaban con ella, pero que también se habían desplomado sobre el pavimento. El más joven se puso en pie y salió tambaleándose aterrorizado por una de las puertas del templo para salvar la vida; el otro, cuyo rostro comenzaba a dibujarse entre las brumas de su clarividencia, era alguien a quien rápidamente reconoció: Plutarco. El anciano luchaba por arrastrarse hasta el *ádyton* para socorrer a Berenice, pero su cuerpo viejo y enfermo y la droga calmante que le habían obligado a ingerir eran dos lastres para moverse con la rapidez necesaria. Mientras tanto la grieta cada vez expulsaba más vapor, ahogando a Berenice e impidiendo a Plutarco penetrar a través de tan espesa cortina. Aganice comprendió horrorizada que el cada vez más abundante hálito que exhalaba la vagina de Gaia tenía una misión concreta, engullir a su pequeña, tragársela y llevársela a la profundidad de su ser. La Diosa quería para sí a esa joven excepcional, la reclamaba para disfrutar de su compañía. Aganice se desesperó todavía más, era humanamente imposible recorrer los sesenta estadios que la separaban de su hija para llegar a tiempo y rescatarla de las poderosas garras de la deidad. Sintió una profunda angustia, pero cierto era que no podía quedarse impotente analizando la visión ni lamentándose ante la imposibilidad de volar hacia Delfos, por lo que comprendió que su única salida era negociar con la poderosa gran Madre e intentar convencerla de que realizase un cambio.

Las placas tectónicas del templo que configuraban la grieta se abrían por momentos, crujiendo lastimeramente y emitiendo cada vez más vapor caliente. Berenice intentaba desplazarse a tientas por el reducido cubículo, reptando para escapar del abismo que se estaba creando a su lado pero, a pesar de todo el empeño que puso, no logró avanzar más de tres palmos. Los espantosos pinchazos de su hueso quebrado se habían extendido a la totalidad de la pierna y la obligaron a detenerse, entre insufribles dolores y medio cegada por el gas. Todos los objetos que abarrotaban la cripta, el trípode, la estatua de Apolo y sus armas metálicas se tambalearon amenazadoramente y acabaron cayendo sobre los tres escalones que mediaban entre el *ádyton* y el nivel del suelo del santuario, dificultando todavía más la posible escapatoria de la sacerdotisa. Mientras tanto, Plutarco llamaba a gritos a su hija conminándola a salir como fuera de aquella olla humeante y terrorífica, pero el viejo sacerdote casi no podía respirar y tras sentir un súbito ahogo acabó desplomándose desmayado sobre el suelo. Berenice, completamente ebria y

con los ojos cerrados por el escozor, sintió una asfixia insoportable, por lo que con tanto padecimiento sus ansias de supervivencia fueron cesando poco a poco. Su confuso cerebro la alertó de que no había nada que hacer en su estado y, rindiéndose, apoyó la espalda sobre el sólido ónfalo, la gran escultura que señalaba el ombligo del mundo, dispuesta a morir allí mismo. Entre delirios de ebriedad pensó irónicamente que aquella piedra en forma de huevo rodeado por un larguísimo cordón umbilical y que había sido lápida de la tumba de Dioniso también acabaría siéndolo suya. Y como única solución rezó a Gaia y a Apolo Pitio para que fuesen clementes con ella, realizando seguidamente una promesa solemne.

Al mismo tiempo, las olas en Cirra iban alcanzando proporciones desconocidas y todos huían estremecidos hacia el interior. Algunos adultos cargaban con niños en sus brazos y otros arrastraban a sus animales, cubriéndoles los ojos para que no se espantasen por lo que sucedía a su alrededor. Aganice avanzaba en dirección contraria, hacia el cada vez más enfurecido mar encrespado, mientras los barcos del puerto chocaban entre ellos como si fuesen pequeños juguetes de un niño que aplastase sus miniaturas fingiendo una batalla naval. Las edificaciones más débiles se derrumbaban a su alrededor, provocando un estruendo que hacía inaudibles los ruegos y amenazas que la mujer lanzaba a diestro y siniestro a un ente sagrado invisible, que estaba en todas partes y en ninguna, pero que controlaba totalmente las enérgicas fuerzas de la naturaleza.

—¡Madre! —rugió a pleno pulmón—. Que tu hijo Tifón y tu nieto Poseidón me lleven contigo en un torbellino, pero a cambio tú respeta a mi Berenice. Desplaza el centro de tu furia a otra sede, marcha de nuevo a la cueva Coriciana, de cuyas entrañas nunca deberías haber salido, y no te cobres la vida de una niña inocente.

La enorme ola similar a una montaña se acercaba a la costa mientras Aganice caminaba impasible hacia ella lanzando plegarias. Una brusca oscilación del malecón rompió algunas de sus tablas, haciendo caer de bruces a la mujer que caminaba sobre su superficie. Incorporándose leve y penosamente, permaneció sentada sobre las húmedas maderas para lanzar un último juramento, una promesa que aunque acabaría llevándola a la perdición de su propia vida, preservaría la de aquella que verdaderamente lo merecía.

—Si me tomas —dijo pronunciando las palabras lenta y suavemente—, te juro que ella te servirá... Berenice también es tu hija.

El Parnaso rugió y la mujer trasladó su mirada de la ladera del monte al vértice de la gigantesca montaña de agua que ya tenía a poca distancia de ella.

Su boca esbozó una sonrisa serena tras comprender que la Diosa había aceptado finalmente el trato. Esa vieja ambiciosa y perversa siempre había sido igual y no iba a desoír ese pacto en el que ella misma se le estaba ofreciendo como víctima del sacrificio. Sintió que no estaba sola, la titánica Leto y sus divinos mellizos, Apolo y Artemisa, la rodearon amorosamente para ofrecerla a Gaia cuando la cresta de aquel demon líquido ya se elevaba sobre su cabeza.

Aganice cerró los ojos con fuerza y separó los labios para pronunciar por última vez el nombre de su hija.

Antes del amanecer todo pareció volver a la calma. Los delfios fueron abandonando los lugares donde cada uno se había refugiado, bajo las sólidas mesas, las camas o cualquier otro sitio a cubierto de las posibles caídas de objetos y desconchados de paredes. El angustiado sacerdote Flavio Aristótimo regresó al templo acompañado de Nicandro, los guardias y un gran número de soldados para buscar los cuerpos de Plutarco y Berenice entre los escombros. Había rezado fervorosamente a Apolo para que tanto el anciano como la jovencita se hubiesen podido poner a salvo, a pesar de que el penoso aspecto que mostraba el santuario, plagado de exvotos caídos y estatuas rotas, no augurase nada bueno. Cabía la posibilidad de que, aunque no hubiesen logrado salir de la cella, ambos estuviesen todavía vivos, y llevó la mirada hacia el lugar extrañándose de la quietud que presentaba, pues ni siquiera veía que saliese de él vapor alguno.

Al lado de la estatua caída de Apolo que bloqueaba la entrada al *ádyton* vio el cuerpo cubierto de polvo de su amigo Plutarco y se aproximó a él, avisando a los soldados de que había encontrado al sumo sacerdote. El anciano respiraba con dificultad y, tras sentir el zarandeo de Aristótimo, abrió lentamente los ojos.

—Berenice —murmuró con voz entrecortada—. En el *ádyton*.

Los soldados saltaron ágilmente al lugar más sagrado de la Tierra para buscar a la joven sacerdotisa; entre ellos se encontraba el centinela Sóclaro, quien había rebuscado concienzudamente la totalidad de las capillas del santuario para tratar de hallar a aquella chiquilla que una vez se había enfrentado a él, escapándosele ante sus propias narices con la destreza de una escurridiza anguila. La encontraron medio desvanecida a los pies del ónfalo, respirando arrítmicamente y agarrada al inmenso huevo de piedra. Sóclaro rio de alegría tomándola en sus brazos como si fuese una pluma y asegurando, a

grito pelado para que los sacerdotes le oyeran, que la joven Berenice estaba muy aturdida, que tenía el tobillo del tamaño de un ánfora y que la grieta del *ádyton* no solamente no despedía vapor alguno, sino que se había cerrado convirtiéndose en una mera raya.

Los soldados trasladaron a Plutarco y a Berenice a la nave principal del templo, mucho menos afectada que la celda, y los depositaron en dos colchones en el suelo. Allí ya esperaba el médico y a continuación aparecieron Clea y las dos tíades gemelas, quienes abandonaron la morada pítica en cuanto fueron informadas de que habían encontrado a Plutarco y a Berenice. El médico revisó el cuerpo del anciano, y Flavio Aristótimo ordenó a un sirviente que fuese a casa del sacerdote para avisar a Autobulo, si es que se encontraba en la ciudad y la vivienda de su amigo en pie. A continuación, el físico enderezó el hueso del tobillo de Berenice obligándola a lanzar un angustioso alarido, lo entablilló con tiras de madera, y finalmente lo envolvió con un apretado vendaje impregnado de resina. Clea conminó a las jóvenes sacerdotisas dionisiacas a que regresasen a la casa y diesen órdenes a las esclavas de retirar los escombros y limpiarlo todo bien; el hecho de que hubiese acontecido una catástrofe de tal magnitud no impedía que se llevasen a cabo las obligaciones que urgían en aquel momento. La tíade se arrodilló a continuación al lado de Berenice, dándole de beber pacientemente un cocimiento analgésico y acariciándole con cariño la sucia frente y el cabello polvoriento.

La joven iba recobrando la memoria poco a poco y se interesó por la salud de los miembros de la morada pítica.

—No te preocupes, aparte del susto estamos todos bien y la casa no se ha visto demasiado afectada —la tranquilizó Clea, minimizando los destrozos que en realidad se habían producido en la pared medianera con el santuario.

—¿Y Aspasia?

—Continúa sedada —respondió la tíade secamente.

La joven giró la cabeza hacia la estera contigua y vio el rostro demacrado de Plutarco. El anciano dormitaba inquieto tras la ingesta de un jarabe, tapado con una manta hasta el cuello y lanzando tenues quejidos de vez en cuando. Repentinamente, Berenice comenzó a recordar lo sucedido allí y clavó su mirada en Flavio Aristótimo a la vez que repetía una serie de palabras sin sentido.

—No te entiendo, Berenice —reconoció el sacerdote.

—Decid a los soldados que busquen a Helena en la cueva Coriciana —explicó la joven haciendo un esfuerzo sobrehumano, y tranquilizándose al ver

que el hombre se apresuraba a cumplir la orden.

—Señora —interrumpió el médico—. La inflamación del tobillo es severa y está completamente amoratado. Para su completa recuperación debes mantenerlo en alto y no se te ocurra apoyarlo en el suelo durante dos meses. Cambiaremos el vendaje al tercer día y al séptimo para reajustar la presión de las vendas cuando la inflamación se reduzca.

—¡Dos meses sin moverme! —exclamó Berenice contrariada.

—Y da gracias a los dioses de estar viva y reza para que podamos salvar ese tobillo por completo —dijo el hombre, algo enojado ante la irreflexiva reacción de la joven.

Berenice comprendió que el médico tenía toda la razón, aquel día habían sucedido demasiadas cosas horribles que ya empezaba a recopilar con claridad y ella no tenía ningún derecho a quejarse mínimamente. Aspasia estaba gravemente herida tras haber sido acuchillada por Helena, quien se hallaba en paradero incierto, porque aunque ella la hubiese visto horas atrás en la profunda caverna, no tenía por qué continuar allí ni estar todavía viva; además la parte posterior y más sagrada del templo estaba muy afectada, sin contar con que había varias estatuas rotas y unas cuantas ofrendas abolladas. Tampoco sabía si había habido muertos en la ciudad a causa de derrumbamientos ni en qué situación se encontraban el resto de los edificios de Delfos.

Aristótimo volvió a entrar en el santuario, esta vez acompañado de un apesadumbrado Autobulo, informando a los presentes de que la orden estaba dada y que los soldados habían partido hacia la cueva Coriciana para ver si encontraban a Helena. El pedagogo se inclinó hacia Plutarco comprobando su pulso y dio gracias a los dioses de que su padre no hubiese fallecido durante el terremoto. A continuación sonrió a Berenice, su alumna favorita, y la joven devolvió el gesto a su medio hermano, callando su conocimiento sobre la grave enfermedad que desde hacía tiempo sufría el progenitor de ambos.

—Bébetelo esto y descansa todo lo que puedas —dijo el físico a la joven, tendiéndole un frasco.

—Pero... pero hay que resolver muchas cosas —protestó Berenice, negándose rotundamente a ingerir una droga que la durmiese.

—No digas tonterías —gruñó Clea—. Nosotras nos ocuparemos de todo. Te vamos a instalar en la antigua habitación de Helena, así no tendremos que subir y bajar escaleras y podremos atenderte con más facilidad cuando nos necesites.

—Las esclavas pueden asistirme perfectamente —dijo la joven.

—De acuerdo —aceptó la tíade—. Entonces me limitaré a traerte una pila de cojines para que mantengas el pie en alto y hoy dormiré contigo una servidora.

—Te lo agradezco, Clea, y te ruego me despiertes si consiguen encontrar a Helena.

La tíade asintió calmando a Berenice, aunque sin ninguna intención de cumplir tal cometido, y ayudó a la joven a trasladarse a pata coja a la antigua habitación de Helena cuando una esclava le hubo confirmado que ya la habían limpiado. Clea la acomodó en el lecho y la joven se sumió en un profundo letargo a consecuencia de la medicina que el físico le había obligado a beber.

La sacerdotisa despertó sobresaltada y dolorida, sin saber qué día y qué hora eran. Depositó la mirada en la pared descascarillada de la habitación de Helena, trayendo a su mente poco a poco lo sucedido. Fulminantemente, su corazón comenzó a latir con una fuerza insospechada al recordar la promesa que había hecho a Gaia.

Tras rememorarla nítidamente, lloró desconsolada.

Los soldados habían subido por el sendero que llevaba a la cueva Coriciana para comprobar si la pitia Helena podría encontrarse allí. Grandes rocas habían caído a la ciudad por la pendiente meridional del Parnaso, dañando incluso el teatro construido en su ladera; al llegar a la elevada meseta donde estaba la boca de la gruta, comprobaron horrorizados que estaba cegada por los enormes trozos de piedra que se habían desprendido de las altas cumbres durante el terremoto. Se apresuraron a removerlas usando sus lanzas para hacer palanca y, tras un enorme esfuerzo, lograron dejar libre una parte de la entrada para poder penetrar en el interior. Alumbrados por teas, fueron recorriendo los laberínticos pasillos y las innumerables estancias, sorteando estalactitas y porciones de roca desprendidas. Cuanto más se adentraban en la enorme caverna, menos esperanzas tenían de encontrar a la mujer con vida, y a grandes gritos la llamaron esperando escuchar alguna respuesta. El tiempo iba pasando hasta que uno de los hombres lanzó un bramido pidiendo auxilio; allí había un cuerpo inerte con el cráneo destrozado por una enorme estalactita caída del techo. El guardia Sóclaro acercó una antorcha al rostro de la desafortunada, comprobando descorazonado que su cara resultaba irreconocible, pero que en efecto se trataba de la pitia Helena. Había visto cientos de veces a la mujer durante sus turnos como custodio de la morada pítica, y su cabello ralo y su figura eran los de una mujer

cincuentona vestida con la rica túnica azul que solía ponerse a menudo la pitonisa.

Los soldados bajaron el cadáver a Delfos; las tíades, tras el horror inicial, comenzaron con los ritos funerarios previos al enterramiento en completo mutismo, velando el cadáver en un improvisado aposento mortuario organizado en el comedor, durante tres días y tres noches, con los cabellos cubiertos de ceniza en señal de tristeza, como era su obligación. Durante esas jornadas de duelo, el médico apenas abandonó el *oikos* sagrado, tenía que comprobar cómo evolucionaba el tobillo de la sacerdotisa Berenice y, sobre todo, atender la herida de la pitia Aspasia, que lamentablemente empeoraba por momentos. Los bordes irregulares de la brecha aparecían hinchados, la zona iba adquiriendo un color negruzco, la piel estaba caliente al tacto y supuraba hediondos y densos líquidos verdes. Por el mero roce del médico durante las curas la joven gemía de dolor, y su frente ardía por una fiebre que a duras penas lograban reducir a base de drogas.

Y mientras tanto Berenice continuaba encamada, limitándose a escuchar desde la antigua habitación de Helena todos los sucesos que iban desarrollándose dentro de la casa, pero sin poder intervenir en ninguno. Encerrada en la oscuridad de aquella tétrica estancia que había sido testigo de tantas extrañas vivencias, escuchaba los pasos acelerados de las criadas, las oraciones de las tíades y los quejidos de Aspasia cuando despertaba de aquel letargo mortal y desquiciante. Cuando ya no podía más, leía los nuevos libros que solicitaba le llevasen, o releía los viejos rollos de filosofía, o el *Evangelion* de los cristianos, intentando evadirse de un mundo que se le venía encima. A los tres días, el médico le cambió el vendaje, y poco después oyó cómo se llevaban a Helena. Sintió un dolor desgarrador en el alma, la pitia por fin iba a reunirse con Gaia y ella no iba a poder presenciarlo, ni siquiera había podido darle un último adiós; no habían querido que velase el cadáver y tampoco estaba bien visto que las mujeres acudiesen a los entierros, solamente a las plañideras profesionales les estaba permitido hacerlo para que berreasen y se arañasen el rostro con una falsa y ridícula aflicción, como actrices teatrales contratadas para burdas interpretaciones.

A los siete días, el médico volvió a cambiarle el vendaje y poco después acudió Clea con una palangana y una toalla a lavarla, como hacía cada dos días. Después le llevarían la cena. Las horas se hacían exasperadamente eternas, horas como días, días como semanas, semanas como meses. Comía sin hambre, dormía sin sueño y charlaba sin ganas cuando recibía visitas. Algunas jornadas cabeceaba durante el día y pasaba toda la noche despierta,

viendo cómo la mecha de la lámpara se consumía hasta que la luz solar se filtraba entre las cortinas de la ventana.

A Clea le preocupaba la actitud de Berenice, era lógico que en aquellos terribles momentos no se mostrase como la jovencita alegre de siempre, pero estaba tan sumamente triste que su actitud asustaba; y mucho más tras dos días de absoluto silencio durante los que no quiso probar bocado, limitándose a permanecer muda en la cama con los ojos fijos y vacíos clavados en la pared. La intuitiva tíade supuso que el motivo de la desproporcionada pesadumbre de la joven no solamente se debía a los horrores vividos en aquella casa los últimos días, sino a que semanas atrás le había confesado sus deseos de escapar de aquel nido que, en realidad, era una prisión de dorados barrotes, y debía de sentirse como un gorrión con el ala quebrada, imposibilitado para levantar el vuelo. Había que subir ese ánimo, por lo que solicitó permiso para que el alegre paidotriba Lisímaco, quien se mostraba muy intranquilo con el accidente de Berenice, pudiese ir a saludarla y que de paso inspeccionase su tobillo, recomendándole los ejercicios de rehabilitación más adecuados para cuando finalizase su postración.

—¡Por todos los dioses! —exclamó el entrenador, entrando en la habitación acompañado de Clea—. ¡Si vuelves a parecer una lombriz! ¿Acaso no te dan de comer aquí?

Berenice pareció animarse con la visita del jovial Lisímaco, estaba harta de verse rodeada única y constantemente por los tristes habitantes de la vivienda sagrada, que con su mera presencia le recordaban permanentemente tanto lo sucedido como sus obligaciones relacionadas con el cargo sacerdotal y las promesas realizadas.

—A ver ese pie —vociferó el hombre sonriente, inspeccionando el tobillo de la joven—. No hay casi inflamación, ni en el empeine ni en la pierna, en unas semanas estarás dando saltos en la pista de carreras.

—Lo dudo, Lisímaco.

El paidotriba tomó la mano de la joven entre las suyas, apretándola con fuerza, y Berenice sintió un soplo de ternura que la reconfortó.

—Yo tuve un accidente deportivo muy grave, querida, y tras dos años de lucha conseguí no quedarme cojo y volver al gimnasio, si no para competir, sí para seguir disfrutando en él.

La joven asintió afligida.

—¿Y tú cómo estás, amigo mío? —preguntó cambiando de tema.

—¡Calla, que estoy vivo de milagro! —informó Lisímaco dándose un golpe en la frente.

—¿Te refieres al terremoto? —inquirió la joven, incorporándose—. ¿Dónde estabas?

—No lo imaginarías ni en cien años, querida, pero no podría haber elegido un lugar peor... bueno sí, me han contado que tú estabas en uno mucho peor —dijo lanzando una carcajada—. Verás, aquella noche había ido a una de las charlas filosóficas del tal Poliano, ese sacerdote mohíno amigo vuestro que casi nunca aparecía por el gimnasio y que se casó con vuestra compañera.

—Sé quién es Poliano —respondió Berenice, comenzando a mostrarse divertida con el relato del vocinglero paidotriba, a la par que curiosa por saber qué había ido a hacer allí.

—Pues bien, al muchacho se le ocurre reunir a sus discípulos en una cueva del monte a un par de estadios subiendo desde el teatro, así que las rocas desprendidas nos pasaron por delante de las narices, si me permitís la vulgar expresión. A la primera sacudida y el correspondiente estruendo, cundió la alarma, y no sabíamos si quedarnos dentro de esa inmundada madriguera o salir huyendo como liebres hacia la ciudad... en esos momentos nunca sabes cuál es la decisión correcta que tienes que tomar. Total que permanecemos agazapados en el cubículo, rezando a todos los dioses para que nos protegieran y, aparte de que algunos se mearon encima de miedo, todos salimos ilesos.

—Me alegro mucho, Lisímaco —dijo la joven comenzando a esbozar una sonrisa—. Pero dime, ¿por qué acudiste a un discurso de Poliano?, tú nunca has sido muy aficionado a la filosofía.

—No —reconoció el entrenador—, nunca. En realidad fui porque me enteré de que Timarco acudía a ellas asiduamente.

Berenice miró de reojo a Clea y la tíade asintió, comprendiendo que se trataba de una reunión de cristianos.

—¿Y de qué hablaban?

—Ni lo sé ni me importa —sonrió el despreocupado Lisímaco—. Lo único que vi es que Timarco estaba solo, me refiero a que no había asistido con Orbilio, así que mi esperanza creció y con ella mi... mi... felicidad cuando me abracé a él llevado por el pánico.

Clea rio encantada el chiste lascivo del paidotriba, hacía días que en aquella casa solamente se escuchaban lamentos. Había tenido una buena idea trayéndole allí porque Berenice también sonreía ampliamente, algo ruborizada, por primera vez en dos semanas.

—Bueno, querida —se despidió el hombre—. Corre con valor como siempre has hecho en la pista y no te abandones. Cuando tu hueso se haya fijado bien, te enviaré a una masajista muy especializada en tratar roturas y esguinces.

Berenice asintió con tristeza. Si Aspasia moría y su tobillo se curaba, ella iba a ser la nueva pitia conforme a la promesa que había hecho a Gaia, y ya no podría ir al gimnasio, ni mostrarse en público sin velo, ni subir más de tres escalones, ni ser masajeadada por cualquier esclava. No podía confesar que eso era lo que realmente le daba pánico, y no el dolor ni la posibilidad de quedar coja. Aquellas arcaicas normas no iban a cambiar y ella se convertiría en una muerta en vida, encerrada en una cárcel a la tierna edad de catorce años.

Aquella misma noche soñó que Aspasia moría.

Durante aquellos días negros, los sacerdotes y anfictiones agobiaron constantemente al convaleciente Plutarco enviándole mensajeros a casa para interesarse por su salud y mandándole recados para informarle de las poco halagüeñas noticias que iban llegando, tanto en lo relacionado con bajas humanas como enumerando los daños sufridos en los edificios. Al parecer, habían muerto veinte personas y casi cien se encontraban heridas; y no solamente la cella del templo de Apolo estaba en mal estado, sino también el estadio, el teatro y unas columnas del santuario de Atenea. Aun así, el movimiento sísmico no había sido ni mucho menos tan devastador como el sufrido cinco siglos atrás, el mismo año del asesinato del tirano Jason de Feras, tras el cual, la ciudad de Delfos quedó completamente derruida. El anciano filósofo se dijo que hacía falta ponerse manos a la obra cuanto antes para llevar a cabo las reparaciones necesarias antes de la siguiente visita imperial de Adriano, y no dormirse en los laureles; expresión esta última de su agrado por ser recomendación habitual a los vencedores de los Juegos Píticos, quienes en ocasiones se relajaban saboreando su gloria y observando complacidos sus coronas de laurel, en vez de continuar entrenando para volver a ganar las competiciones cuatro años después.

El sacerdote, a pesar de encontrarse muy enfermo, aunque bien cuidado por su hijo Autobulo, no demoró los planes de la Anfictionía, firmando toda la documentación necesaria para las obras de restauración y proponiendo sabiamente que se empezasen en el templo de Apolo, lugar de referencia espiritual para el mundo mediterráneo y principal fuente de ingresos de la ciudad de Delfos. De cualquier forma, sus preocupaciones no terminaban ahí,

a buen ritmo de trabajo la zona dañada del santuario estaría reconstruida en unos meses, pero el problema era que ni siquiera tenía claro que una vez reparado el *ádyton*, fuese a existir una pitia para sentarse en el trípode sobre una fisura cuasi cerrada que ya no desprendía vapores. Días atrás se había celebrado el funeral de Helena, oficiado por Flavio Aristótimo, al cual él pudo asistir con ayuda de sus dos sirvientes que lo llevaron en silla de mano. Por otra parte, Aspasia agonizaba moribunda en un lecho del que seguramente no se levantaría, y como colofón, su hija Berenice, todavía inmovilizada por el tobillo roto, le había hecho partícipe días atrás de su intención de abandonar el sacerdocio. Además, si quedaba coja, no podría ser aceptada para el puesto de sibila... y ya no quedaba nadie más. Recordó los quebraderos de cabeza de la gran Pitia a causa de su sucesión antes de morir y echó de menos más que nunca a su antigua amiga, qué mal había salido todo.

—Me alegro de que no estés aquí para ver la situación a la que hemos llegado, Berenice —dijo en voz alta llamando a Pitia por su verdadero nombre—. Todos los esfuerzos que realizamos han sido inútiles y nuestros anhelos de continuidad se difuminan. ¿Recuerdas cuando el furioso Nerón quiso bloquear la grieta con cuerpos de hombres muertos, para acabar con sus poderosos vapores, cuando la pitia de entonces le acusó de matricida? Pues el sueño neroniano se ha hecho realidad, la fisura se ha cerrado por completo dificultando, o quizás imposibilitando, la comunicación divina. Estabas en lo cierto cuando vaticinaste que habría dos pitias... las hubo, pero a partir de ahora es posible que no haya ninguna.

Uno de los esclavos de Plutarco cortó bruscamente el monólogo que el maestro mantenía con el alma de su amiga fallecida.

—Amo, una joven sacerdotisa ha venido en litera y está esperando en el patio, dice que se llama Berenice y que salgas tú a recibirla porque su vehículo no cabe por las puertas de tus habitaciones.

El filósofo dio un respingo y salió dificultosamente hasta la zona central de la casa, donde una de las literas de la morada pítica descansaba sobre el suelo. Los cuatro sirvientes que la habían trasladado allí esperaban en la cocina con los servidores de Plutarco, para dejar a solas a ambos sacerdotes hablando de sus asuntos. A través de las cortinas transparentes se dibujaba el contorno de la joven, quien al verlo aparecer descorrió una de ellas con gesto brusco.

—Ni siquiera puedo ir en silla —gruñó, poniéndose de costado—, tengo que estar siempre tumbada en colchones y con el maldito pie apoyado sobre almohadas y cojines.

—Ánimo, ya queda menos —dijo el anciano sonriendo, y acercando una silla del pórtico al vehículo—. El médico me ha contado que el hueso se está soldando bien, gracias a lo que te estás esforzando.

Berenice sonrió también.

—¿Cómo te encuentras, maestro?

—Tú sabes bien cómo me encuentro —respondió el filósofo alzando las cejas y sacudiendo la cabeza.

—Me refiero al espíritu, no al cuerpo —explicó la joven, asintiendo.

—Bueno, una de las labores principales de mi vida pasa por un periodo de inestabilidad y no encuentro una solución factible para terminar con él.

—Lo supongo, por eso he venido a verte —dijo la joven con su voz grave—. No me voy, Plutarco, me quedo hasta que los dioses quieran.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó el anciano casi jadeando de esperanza.

Berenice tomó aire.

—No hay nadie más ¿no? —dijo irónicamente—. Además hice otra solemne promesa a la Diosa, está visto que no aprendo de mis errores.

El rostro de Plutarco adquirió una serenidad perdida durante los últimos días y sus facciones se suavizaron, aunque continuaba estando preocupado.

—Aspasia va a morir, ¿verdad?

Berenice asintió.

—Y la grieta se ha cerrado... —murmuró.

—Sí, maestro, pero ya te dije una vez que no necesito emanaciones ni soplos gaseosos para inspirarme, existen cientos de sibilas y sacerdotisas tanto en Grecia, como en Italia, como en Egipto o Tracia, que utilizan otros medios de adivinación, y ya sabes que a mí me sobra con una bañera —dijo Berenice sonriendo con amargura.

—¿Estás segura de tu decisión, hija mía? —preguntó el anciano.

—No del todo, padre, le he dado muchas vueltas, pero debí de heredar tu sentido de la responsabilidad..., además hice un pacto con Gaia, así que finalmente he llegado a la conclusión de que debo cumplir un cometido, quizás los dioses así lo dispusieran desde mi nacimiento. Y no se puede vivir sin dioses, sean quienes sean, griegos, romanos, judíos... todos tenemos uno, se llame como se llame, sea varón o mujer, arcaico o actual, humano o espiritual.

—Estoy orgulloso de ti ¿sabes? —confesó Plutarco, agradecido y emocionado ante la gran inteligencia de su pequeña.

Berenice acarició el rostro paterno, dándose cuenta de que era la primera y última vez que lo hacía.

—Espero que con esto te haya quitado parte de tus problemas para que puedas comenzar a supervisar las obras de reparación del templo, y para continuar con los preparativos de la visita del emperador junto a Cayo Julio Prudens —dijo para animarle.

—Prudens ha enviado mensaje a Adriano avisándole de lo sucedido en el santuario y los demás edificios dañados, con el propósito de que Roma envíe dinero para la restauración y rogándole que demore su llegada hasta que la ciudad se encuentre preparada para hacerle un digno recibimiento.

—Lo suponía —razonó la joven.

—Así que tendrá que ser Aristótimo quien me releve en estas actividades —anunció Plutarco con triste aceptación—. Ya no seré yo quien reciba a Adriano, no me queda tiempo...

—Maestro, tú ya has hecho muchas y grandes cosas —dijo la joven, apenada—. Y tu fama perdurará por los siglos de los siglos.

—¿Es un vaticinio, Berenice? —se interesó el viejo sacerdote sonriendo.

—Sí, lo es —profetizó la futura pitia—. Dentro de miles de años, cuando alguien lea tus escritos, pronuncie tu nombre o escriban sobre ti, te recordarán con afecto y admiración. Serás tan inmortal como un dios, como un emperador, como un héroe deificado. Gracias a tus libros sabrán cómo vivíamos, quiénes éramos, qué hacíamos y cuáles eran nuestros pensamientos.

—Hay algo que me remueve las entrañas, hija mía, y no va a dejarme morir en paz —dijo Plutarco con ojos vidriosos.

—Dime, padre.

—He dedicado mis obras a mucha gente, a Avidio Nigrino, a Autobulo, a Clea, a Eurídice y a docenas de personas más, pero debido a mi afán de discreción... o a mi miedo, nunca te dediqué ni un miserable tratado a ti, que has sido quien más lo merecía.

Berenice sacudió la cabeza.

—No te importe padre, a lo mejor dentro de muchos años alguien lo hace inspirado por tus libros. Es probable que los dioses no le revelen todos los actos de mi vida, ni mis rasgos físicos concretos, ni mi procedencia, pero cuando alguien hable de las pitias de Delfos, también me estará recordando, aunque lleve muchos siglos muerta.

—Deseo fervientemente que así sea, quizás una poetisa del futuro, de esas a las que tanto admiras, llegue a poner en verso la historia de tu vida.

—O en prosa —dijo la joven riendo—, ya sabes que no está de moda ni que las pitias emitamos nuestros oráculos rimados.

—Serás una gran sibila, Berenice, Pitia no se equivocaba. Solamente erró en el número, profetizó que habría dos grandes profetisas en Delfos actuando de forma colegiada.

—Así fue y puede que en épocas venideras vuelva a serlo —informó la joven—. Clea me ha asegurado que nunca abandonará la morada pítica.

Plutarco abrió la boca asombrado, a punto de decir algo, pero Berenice continuó hablando.

—Me parece lógico que si el templo está dedicado tanto a Apolo como a Dioniso, haya dos sacerdotisas principales en él, una apolínea y otra dionisiaca ejerciendo la jefatura nueve meses una y tres la otra. Tú mismo escribiste sobre hazañas dignas de elogio realizadas por mujeres en común y, como los tiempos cambian, quizás podamos compartir el cargo de alguna forma. Clea es una mujer inteligente y he descubierto que posee una filosofía muy particular, me vendrá muy bien contar con su ayuda y escuchar sus consejos, que seguramente llegarán a los consultantes a través de mis vaticinios.

Plutarco lanzó un profundo suspiro.

—Me devuelves la tranquilidad, hija —admitió tras unos breves instantes de meditación—. Todo irá bien si tú te haces cargo.

El hombre y la joven se miraron fijamente a los ojos por última vez.

—Me marcho a Queronea, Berenice —informó el filósofo y sacerdote—. No volveremos a vernos.

Ya atardecía en Delfos, el horizonte rosáceo engullía lentamente un sol redondo y dorado, y los criados portadores de la litera salieron al patio de la casa de Plutarco dispuestos a llevar a la sacerdotisa de vuelta a la morada pítica. Allí encontraron a ambos, Berenice con medio cuerpo fuera del vehículo y al anciano inclinado hacia ella. Estaban fundidos en un apretado abrazo.



CINCO AÑOS MÁS TARDE:

ADRIANO



Al emperador César, hijo del dios Trajano Pártico, nieto del dios Nerva, Trajano Adriano Augusto, la comunidad de los anfictionses bajo el cuidado del sacerdote de Delfos, Mestrio Plutarco.

Dedicatoria de Plutarco a Adriano inscrita sobre una losa, actualmente depositada en el Museo de Delfos.

La comitiva delfia llegó a la ciudad portuaria de Cirra para recibir al César Adriano. La nave imperial recaló en el puerto hacia media mañana y el emperador fue agasajado por los sacerdotes y anfictionses en el propio muelle. Tras la ceremonia del recibimiento, Adriano montó en el magnífico caballo que le ofrecieron para encaminarse hacia Delfos a través de la llanura, seguido por su séquito de soldados y sirvientes, por los sacerdotes y anfictionses griegos que habían acudido a recibirle, y acompañado del hermosísimo efebo Antinoo, que ya todo el Imperio reconocía como favorito del emperador.

Flavio Aristótimo esperaba nervioso en la puerta noroeste de la ciudad, encabezando la recepción ciudadana. Para tranquilizarse, se repitió por enésima vez que todo había sido minuciosamente preparado para que la visita imperial resultase satisfactoria. Casi todos los delfios se encontraban allí con sus mejores galas, se había dispuesto que a lo largo del camino se situasen cincuenta doncellas portando coronas de flores en sus cabellos y cestas con pétalos en sus brazos, y otros tantos muchachos vistiendo sus mejores túnicas. Las dos estatuas de Adriano, talladas en mármol de Paria, se habían erigido a la entrada del templo de Apolo una y en el de Atenea otra, esta última pagada por el propio Aristótimo, en cuyos pedestales lo proclamaban *sotér* y *ktistes*, salvador y fundador. Varios edificios habían sido lujosamente remodelados, como la ermita de Asclepios o el gimnasio, que ahora lucía unas magníficas columnas de estilo jónico en mármol azul rodeando la pista de entrenamiento. Además también había edificaciones de nueva planta que embellecían todavía más la ya de por sí hermosa ciudad, como el ágora romana construida junto a la entrada sudeste del santuario.

Por otra parte, las nuevas monedas acuñadas en honor a Adriano ya circulaban por toda la ciudad, reproduciendo el rostro del emperador en una cara y en la otra los símbolos distintivos de la ciudad de Delfos, aunque todos suponían que le harían especial ilusión las que mostraban la figura del bello Antinoo, su amante oficial, quien aparecía en ellas deificado como Antinoo Propileo, o guardián de las puertas.

El emperador entró en Delfos bajo una lluvia de perfumados pétalos de rosa y aclamado por una multitud que gritaba su nombre y lanzaba vítores. En primer lugar se dirigió al templo de Apolo para rendir pleitesía al dios, asistido en todo momento por Aristótimo; aquella misma noche se organizó un espléndido banquete al que asistieron los responsables de gobierno de la ciudad, los ministros superiores de todos los santuarios delficos, y los ciudadanos más adinerados de la contornada. Adriano estaba tumbado en un triclinio doble con su amante, un muchacho dotado de tal belleza que resultaba imposible apartar los ojos de él, y no solo al emperador. Originario de la provincia asiática de Bitinia, Antinoo era el joven más hermoso que alguien pudiese imaginar, la perfección de su rostro parecía propia de un dios, y ya algunas ciudades comenzaban a deificarle por medio de estatuas y poemas. Poseía una elevada estatura, finos pero bien moldeados músculos y sus gruesos labios rosados como una fruta silvestre dibujaban una eterna y dulce sonrisa que iluminaba sus facciones serenas y dignas de haber sido esculpidas por el propio Fidias.

—Gran César —dijo Flavio Aristótimo, tumbado en un puesto cerca de Adriano—. Hemos decretado que estos días de tu visita sean sagrados en adelante, para que los delfios los celebren durante los años venideros, y también queremos nombrarte arconte de Delfos... espero que todo esto sea de tu agrado.

—Lo es, Flavio —respondió Adriano—. En vuestras ciudades me siento como en casa y mi felicidad es plena, solamente he sentido que mi amigo Plutarco no se halle ya entre nosotros.

El sacerdote asintió apenado.

—Nos dejó hace cinco años y todavía somos muchos los que le añoramos, su muerte nos sumió en la desesperación.

—Hizo una gran labor en todos los lugares donde ejerció magistraturas —reconoció el emperador—. Pero últimamente solo vivía por y para Delfos. Conservo todas sus cartas como un tesoro, no solamente por su cuidado estilo, propio del magnífico escritor que era, sino por el interesante contenido de las mismas. Su preocupación era constante por cada uno de los asuntos

relacionados con la Anficionía y, sobre todo, por el templo de Apolo y la institución oracular.

—Fueron unos meses nefastos aquellos en los que tuvieron lugar el terremoto que asoló nuestra ciudad, el fallecimiento de las dos pitias que llevaban el oráculo de forma colegiada y, finalmente, el de nuestro gran sacerdote y mundialmente conocido filósofo. Gracias a los dioses, todos esos problemas ya están resueltos —informó Aristótimo antes de tomar un trago de vino.

—Lo sé —dijo el emperador—. Al parecer el oráculo vive una época de gran esplendor, muchos me han hablado de la sibila, una joven de no más de veinte años que está sobrepasando en fama a todas sus antecesoras y de quien se dice está dotada con la capacidad de la mismísima Temis.

El paidotriba Lisímaco, tumbado en otro triclinio al lado de su querido Timarco, aguzó el oído al escuchar que el emperador estaba hablando de Pitia.

—El próximo día siete lo podrás comprobar por ti mismo, señor —aseguró Aristótimo—. Sabiendo de tus deseos de consultarla, cerraremos el templo para ti, así que podrás conversar con ella todo el día si lo deseas.

—Ya estoy ansioso por hacerlo —reconoció Adriano—. Necesito su asesoría tanto en temas públicos como personales.

Publio Elio Adriano, hijo del divino Trajano, acarició suavemente la cabellera de Antinoo y este le recompensó el gesto dedicándole la más hermosa de las sonrisas. Aquella noche se entregaría con él al placer en la casa-palacio que la riquísima Memmia Lupa, una de las mujeres más adineradas de la Fócide, había puesto a disposición imperial durante la única semana que iba a durar su estancia allí, ya que después quería continuar su viaje por Grecia. Tras *Nonis Iulius*, las nonas del mes de julio, y solamente después de haber consultado el oráculo, recorrería Mégara, Epidauro, Olimpia, Corinto y Atenas, para mostrarle a su amante las ciudades que le recordaban una juventud ya perdida, aquellos tiempos lejanos de su vida en las polis helenas donde había sido conocido con el cariñoso mote de «el grieguecillo», y en las que había adquirido la costumbre de no afeitarse la barba, entre otras.

El séptimo día del mes se llevó a cabo el ritual como de costumbre, pero aquella vez no había docenas de consultantes, sino solamente uno muy especial. El emperador había solicitado a la Anficionía la posibilidad de consultar a la sibila directamente, cara a cara, a solas y sin celosías de por medio, y naturalmente ese deseo se convirtió de inmediato en una orden y

dispusieron que Adriano se sentase frente al *ádyton* para mayor comodidad. En esa disposición, el amo del mundo oraba sobre un regio trono dorado con brazos curvos que una antigua pitia solía utilizar para sus meditaciones, mientras esperaba ansioso la aparición de la actual y poderosa vidente, cuya fama se extendía por todo el Imperio. Estaba solo, a excepción de una sacerdotisa de cabello rojizo y belleza arrebatadora que, tras él, avivaba el fuego sagrado en el altar de Hestia con ramas aromáticas, cuya fragancia se esparcía por todo el santuario. Dedujo por su astuta mirada que rondaría la treintena, pero su cuerpo y su cara eran más armoniosos que los de cualquier adolescente. Mientras tanto, afuera, los sacerdotes Aristótimo y Nicandro quemaban las entrañas de una cabra blanca y sin defecto alguno sobre el altar de Quíos, comprobando que el dios Apolo aceptaba el sacrificio y estaba dispuesto a otorgar a la pitia el don profético, para responder a través de ella las preguntas de otro dios viviente, el gran César Adriano.

Las puertas del grandioso templo se abrieron y el emperador giró la cabeza bruscamente, llevado por su deseo de ver a aquella omnipotente profetisa lo antes posible. La mujer fue aproximándose a él lenta y serenamente, esbozó una ligera reverencia con la cabeza al pasar a su lado, y bajó los tres escalones que llevaban al *ádyton* para ponerse manos a la obra con la ingesta de laurel y demás partes del ritual. Adriano aprovechó para estudiarla detenidamente. La joven poseía un perfil excepcional y era tan estilizada como una diosa; sus largas pestañas enmarcaban unos ojos almendrados tan negros como la noche, tenía la nariz recta y fina de aletas palpitantes, y su esbelto cuello era tan blanco como las plumas de un cisne. Vestía una sencilla túnica parda que dejaba uno de sus hombros al aire libre, y se cubría el largo cabello oscuro y ondulado con un velo tupido de color rojo intenso. Con movimientos elegantes y pausados, arrancó una rama de laurel y llenó una escudilla con agua sagrada, y a continuación se subió al trípode con energía, quedando cara a él. El César se sintió acobardado, la presencia de aquella doncella le estaba impresionando más que la de los soldados enemigos en una batalla, e inmediatamente se dio cuenta de que la fuerza que emanaba provenía de los propios dioses.

Quería aprovechar todo el tiempo del que dispusiera consultándole cientos de temas, se dijo, tanto antiguos como de actualidad, ya referentes a asuntos de gobierno, ya a su vida privada, pues resultaba obvio que aquella mujer poseía un halo de santidad sin parangón. El brillo de sus ojos era como un rayo que traspasaba el corazón de Adriano a cada pregunta que hacía, y a continuación respondía clara y concisamente a todas ellas, sin titubear, con

una voz grave que parecía salir del fondo de una caverna. De vez en cuando, arrancaba una hoja de la rama que llevaba en su mano izquierda, dejando para ello la escudilla con agua sobre sus muslos, y tomaba después un sorbito de la misma para ayudarse a tragar el jugo de laurel. En varias ocasiones no fue necesario ni hablar, ella sabía de antemano lo que preocupaba al emperador helenófilo y se adelantaba a sus dudas leyéndole la mente. Durante varias horas hablaron en idioma ático fluido sobre asuntos de gobierno, como la creación de un consejo general de ciudades griegas al que llamaría *Panhellenion*, las medidas a tomar contra las sublevaciones de los judíos, el muro que estaba construyendo en Britania para contener a los caledonios, o los protectorados que convertía en clientes; también trataron sobre religión y nuevas sectas surgidas, sobre todo de la de los cristianos, que tan peligrosa se consideraba entre los romanos. También conversaron dilatadamente de astrología —ciencia que el emperador hispano había aprendido de su tío abuelo—, y sobre la construcción necesaria de varios edificios que ya tenía proyectados en Atenas, Sicilia y Roma, entre ellos su propio mausoleo.

El César, muy impresionado por la sabiduría de la joven pitonisa, quiso conocer su futuro al lado del gran amor de su vida, el objeto de su pasión más desenfrenada. Y la pitia le respondió con calma que si iba al Nilo crearía un dios y una ciudad, pero perdería la felicidad.

Tras este último vaticinio, la joven dio por terminada la sesión oracular y algo mareada bajó del trípode con cuidado, ascendiendo a continuación por la exigua escalera del *ádyton*. La sacerdotisa de melena roja, que había estado presente en el templo realizando sus funciones durante toda la conversación, se apresuró hacia ella para sostenerla. Ambas mujeres se detuvieron ante el trono donde seguía sentado Adriano, le hicieron una leve reverencia y rezaron una breve plegaria de agradecimiento a Apolo, por haber entregado una vez más el don profético a la gran sibila de Delfos. Finalmente y cogidas del brazo, avanzaron con lentitud hacia una puerta lateral del santuario y desaparecieron de la vista del emperador.



TRES CENTURIAS Y MEDIA DESPUÉS,
FINALES DEL SIGLO V DE LA ERA CRISTIANA



La Pitia estaba sentada sobre el trípode que antaño fue de Apolo. Y así entonces aspira un malvado espíritu que viene de abajo, que penetra por sus miembros fecundos y llena a la mujer de locura, deja sueltos sus cabellos, entra en delirio báquico, echa espuma por la boca y así emite las palabras de su locura estando en estado de embriaguez.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.
Patriarca de Constantinopla.
Siglos IV y V d. C.

El obispo supervisaba junto a un arquitecto la construcción de la tercera basílica de la ciudad, la que iba a ser sede del episcopado de Delfos. Habían apoyado el pergamino con el diseño de la misma sobre el destrozado altar exterior de un templo pagano y revisaban una y otra vez el dibujo, asegurándose de que todo se hacía conforme a la planificación original. La nueva edificación de tres naves se estaba alzando sobre una terraza a los pies del Parnaso, ubicada entre la parte septentrional de la muralla que rodeaba el antiguo santuario de Apolo, saqueado un siglo atrás por los eslavos, y un teatro en ruinas. El prelado sonrió dándose cuenta de que esta iglesia iba a ser mucho más esplendorosa que la primera, construida sobre la antigua necrópolis occidental, y también que la segunda, dedicada enteramente a san Jorge y levantada a partir de los escombros de un viejo gimnasio al este de la ciudad. Curiosamente, esta última era la más visitada por los entonces escasos habitantes de Delfos, quienes se mostraban muy devotos con este mártir romano nacido en tierras de la Capadocia. Comenzaba a correr entre los fieles la leyenda de que el santo Georgios había matado a un dragón, o a una dragona, o a una enorme Pitón. No importaba que tal historia fuese cierta o falsa, de cualquier forma a todos agradaba y acudían a la misa impartida según el rito de Constantinopla establecido por Basilio Magno; y eso era lo primordial.

El sacerdote cristiano se frotó las manos satisfecho al ver lo rápido que iban las obras, celeridad favorecida al no hacerse necesario que los albañiles realizasen largos traslados a ninguna lejana cantera para sacar piedra, porque

allí tenían todas las que necesitaban y en muy buen estado. Echó un vistazo en derredor y contempló los otrora majestuosos templos convertidos en ruinas, las columnas rotas de los tres estilos helenos antiguos, las esculturas decapitadas, las cisternas en desuso y la gran cantidad de casas abandonadas. Luego, alejó la mirada hacia la polvorienta llanura y después a los bosques naturales de las laderas del monte, sin rastro de casas en ellos; solamente se vislumbraba alguna pequeña cabaña de madera utilizada posiblemente por pastores. Meneó la cabeza preocupado; a ver si con aquella última iglesia se conseguía atraer a más gente que residiese habitualmente en Delfos, se dijo, para así frenar la lamentable despoblación que estaba sufriendo la ciudad. Continuó dándole vueltas al asunto y llegó a la conclusión de que ese desolador abandono era consecuencia lógica de varios desastres vividos en los últimos tiempos: los terremotos, la gran peste sufrida décadas atrás en épocas de Justiniano —una de las mayores pandemias de la historia—, y las invasiones de los bárbaros del norte, quienes atacaban cada vez más impetuosamente las ciudades griegas. Pero, de todo ello, lo que más preocupaba al hombre de Dios era la enorme actividad sísmica de la zona; algunos ancianos aseguraban que había existido una cueva sagrada en el monte Parnaso, un lugar que según la tradición se había derrumbado parcialmente hacía tres siglos y medio, y ya completamente durante el peor terremoto sufrido por Grecia apenas una centuria atrás, dos años después de la muerte del emperador Juliano, en el año 365 de la era cristiana.

El obispo alejó sus miedos y volvió a centrarse en la actividad de los obreros. Se había propuesto convertir de nuevo aquel lugar en centro de peregrinación; la difícilmente accesible ciudad estaba conectada al mundo por tres caminos principales, el de Cirra que la enlazaba con el puerto, otro al este desde Beocia llamado Skiste, y el del oeste desde Anfisa; por lo que los peregrinos podían llegar tanto vía marítima como por tierra. Pero para que aquel ambicioso plan se hiciese posible, debían construir la gran basílica al gusto de los griegos de la zona, ornamentándola lujosamente con hojas de acanto y laurel, proveyéndola de lámparas que mostrasen a Cristo con una serpiente a sus pies y, sobre todo, había que añadirle una fundamental capilla dedicada a san Jorge, o los delfios continuarían asistiendo a la antigua iglesia del este de la ciudad para adorar a su santo favorito.

Elevó su mirada al cielo y repentinamente se le ocurrió una gran idea, fruto, sin duda, de una inspiración divina. Delfos había sido mundialmente famosa en la antigüedad por sus pitias, sus sibilas, unas poderosas profetisas que vaticinaban el futuro; y al igual que san Agustín en su obra *La ciudad de*

Dios había cristianizado a la de Eritrea, algo similar podía hacerse en la nueva basílica respecto a la délfica, representándosela en un mosaico o en un icono como a una hermosa joven revisando las escrituras sagradas y aceptando la nueva fe del Salvador. Recordó haber oído que en la lejana Hispania se había llevado a cabo la transformación de una figura sibilina en una santa llamada Eulalia, «la que habla bien», y que la ciudad de Emérita Augusta se había convertido por ello en lugar de peregrinaje para todo el occidente. Hacer eso mismo en Delfos no constituiría un engaño, continuó reflexionando; si aquellas mujeres habían recibido realmente una revelación de lo alto, en ningún caso provendría del dios pagano Apolo, sino del único Dios verdadero y su glorioso hijo, con lo que serían realmente santas iluminadas por el Altísimo y por ello merecedoras de culto entre los cristianos.

El obispo continuó fantaseando con el resurgimiento de aquella ciudad: los artesanos y comerciantes se establecerían otra vez allí y acudirían nuevos fieles trayendo prosperidad, exvotos y dinero al episcopado délfico. La grandeza volvería a aquel lugar sagrado encerrado místicamente por las resplandecientes rocas Fedríades, a ese escenario sobrecogedor rodeado de una naturaleza abrupta, regado por fuentes y manantiales de agua fresca en el corazón de Grecia. Delfos sería de nuevo el centro del mundo...

... aunque eso solamente Dios lo sabía.

Términos

Ádyton: cámara semisubterránea donde la sibila de Delfos emitía sus oráculos sentada en un trípode sobre una grieta.

Agonoteta: magistrado que organizaba y dirigía los juegos.

Asclepeion: templo, balneario y sanatorio dedicado al dios Asclepios.

Estátero: antigua moneda griega.

Evolhé: grito de las sacerdotisas de Dioniso para invocar al dios.

Hosioi: sacerdotes, colegio sacerdotal.

Mes de Býsios: mes de marzo más o menos, cuando Apolo retorna a Delfos.

Mes de Dadaphoros: diciembre/enero, cuando Apolo abandona Delfos y Dioniso se hace cargo del templo.

Mes de Bucatio: entre agosto y septiembre.

Oikos: recinto, casa, hogar.

Ónfalo: *omphalós*, piedra depositada en el templo de Delfos que señalaba el centro, el ombligo del mundo.

Paidotriba: pedotriba, entrenador gimnástico de niños y adolescentes.

Pitia: pitonisa, sibila de Delfos.

Petteia: juego de tablero similar al ajedrez y las damas.

Próthesis: exposición de un cadáver antes de los funerales.

Próxenos: cónsules que actúan en favor de los extranjeros.

Theopropoi: consultantes del oráculo.

Tíades: sacerdotisas de Dioniso en Delfos.

Tíaso: comitiva de algún dios.

Vete a los cuervos: expresión similar a vete a la porra, a hacer puñetas.

Bibliografía

- AFRODISIAS, Caritón de, *Quéreas y Calírroe*, Madrid, Editorial Gredos, 1979.
- ALCIFRÓN, *Cartas de pescadores, campesinos, parásitos y cortesanas*, Madrid, Editorial Gredos, 1998.
- APOLODORO, *Biblioteca*, Madrid, Editorial Gredos, 1985.
- APULEYO, *El asno de oro*, Madrid, Editorial Gredos, 1983.
- ARISTÓFANES, *Lisístrata*, Digitalizado por Librodot.com.
- ATENEO de NAUCRATIS, *Banquete de los Eruditos*, Madrid, Editorial Gredos, 1998, 2006.
- CALVO MARTÍNEZ, José Luis y Sánchez Romero, M.^a Dolores, *Textos de magia en papiros griegos*, Madrid, Editorial Gredos, 1987.
- CASQUILLO FUMANAL, Ángel Luis, «Edipo y Gaia, el tema de la Madre Tierra en el Oráculo de Delfos», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t. 23, UNED, 2010.
- CELSE, *El discurso verdadero contra los cristianos*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- CORTÉS COPETE, Juan Manuel, «Delfos, colonia neroniana», *Habis*, n.º 30, 1999, pp. 237-251.
- DÍAZ LAVADO, Juan Manuel, «La educación en la antigua Grecia» en Carlos Manuel Cabanillas Núñez. *Actas de las III Jornadas de Humanidades Clásicas*, Almendralejo, Junta de Extremadura 2002, pp. 93-114.
- DOVER, K. J., *Homosexualidad griega*, Barcelona, El Cobre Ediciones, 2008.

- ESQUILO, *La Orestíada*, LibrosEnRed.com.
- EURÍPIDES, *Las bacantes*.
- FRAZER, James George, *La rama dorada*, Madrid, Ediciones F.C.E. España, 1981.
- GARCÍA ROMERO, Fernando, *El deporte femenino en la antigua Grecia*, Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, *En torno a la iconografía de la serpiente de Asclepio: símbolo sanador de cuerpos y almas*, Universidad Complutense de Madrid.
- GRAVES, Robert, *La Diosa Blanca*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.
- , *Los mitos griegos*, Grandes obras de la cultura, Barcelona, RBA Coleccionables, 2005.
- HELIODORO, *Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea*, Madrid, Planeta DeAgostini, 1996.
- HESÍODO, *Obras y Fragmentos*, Madrid, Editorial Gredos, 1978.
- HIPÓCRATES, *Tratados*, Madrid, Editorial Gredos, 1983.
- JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*, Madrid, Editorial Gredos, 1993.
- LANE FOX, Robin, *El mundo clásico, la epopeya de Grecia y Roma*, Barcelona, Penguin books, 2007.
- LISIAS, *Discurso fúnebre en honor de los aliados corintios*, Madrid, Editorial Gredos, 1988.
- OTTO, Walter F., *Dioniso, mito y culto*, Madrid, Ediciones Siruela, 2001.
- PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*. Madrid, Planeta DeAgostini, 1995.
- PLATÓN, *Diálogos, Fedón*, Biblioteca filosófica, Madrid, Medina y Navarro Editores, 1871.
- , *El banquete*.
- PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, Madrid, Editorial Gredos, 1995.

- POMEROY, Sarah B., *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la antigüedad clásica*, Madrid, Ediciones Akal, 1999.
- SAFO, *Poemas*, México D. F., Editorial Trillas, 1986.
- SAMOSATA, Luciano de, *Obras I y II*, Madrid, Editorial Gredos, 1988.
- SCOTT, Michael, *Delfos, Historia del centro del mundo antiguo*, Barcelona, Editorial Ariel, 2015.
- VALDÉS GUÍA, Miriam, *Las mujeres y la noche en los rituales griegos: Las seguidoras de Dioniso en Atenas*, Universidad Complutense de Madrid, 2009-2010.
- VANDENBERG, Philipp, *El secreto de los oráculos*, Barcelona, Destino, 1991.
- VITRUBIO, Marco Lucio, *Los diez libros de arquitectura*.



ISABEL ABENIA nació en Zaragoza, es licenciada en Derecho y ha cursado estudios de Arte e Historia Medieval en su ciudad. Escritora y pintora, ha publicado antes de *La última sibila* (2018) dos novelas históricas: *El alquimista holandés* (2008) y *Erik el Godo* (2015).